RAFAEL TARRADAS BULTÓ

EL FALSIFICADOR

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

BIBLIA DE PERSONAJES

PRIMERA PARTE. A PRINCIPIOS DE 1937

1. UN PRÉSTAMO SOSPECHOSO
2. LO QUE SE VA, LO QUE SE QUEDA
3. RANUCCIO BANDINELLI
4. FLAVIA
5. EL REGALO
6. ENCUENTROS INESPERADOS
7. EL CAMBIO

SEGUNDA PARTE. 1937, AGOSTO, DIEZ MESES ANTES

8. LA INFILTRADA
9. TRES PARA ACABAR CON DOS
10. JUAN REZOLA
11. ANETTA CALDERONE
12. LA SOCIEDAD HONORABLE
13. BUENAS OBRAS

14. EL ENCARGO
15. LA RUBIA
16. LA LISTA
17. DOS INVITACIONES
18. VELADA CULTURAL
19. NUEVOS PLANES
20. INTERÉS MUTUO
21. LOS MINUTANTES
22. AMISTAD INTERESADA
23. MOVIENDO LOS HILOS
24. DIEZ DÍAS
25. PLAN PARALELO
26. PRIMER AVISO
27. NO
28. AIRE DEL NORTE
29. ARMAS
30. CONSENSO
31. LA VERGÜENZA
32. LA TIARA
33. DENTRO
34. LA MARCA DEL FALSIFICADOR
35. DEUDAS
36. UNA MENOS: KRONBERG-ROMA
37. SACRIFICAR PEONES
38. «MI» PLAN
39. SU PLAN
40. EL CABO SUELTO
41. EL GUÍA DEL GUÍA

42. TIEMPO DE MORIR
43. LA NOTA
44. LAUSANA
45. LA BAILARINA, EL PRÍNCIPE Y LA SILLA
46. LA MAFIA Y EL ARTE
47. DOS MARCOS
48. LIBRE
49. LA RUTA
50. LA BOMBA
51. LA OPERACIÓN DECISIVA
52. FLORENCIA DE NUEVO
53. BIENVENIDO, HERR HITLER
54. COMPRAS
55. EL PLAN
56. RESURRECCIÓN
57. UNA CÓMPLICE
58. MAMÁ
59. SEDA DENSA
60. UNA IGLESIA MISTERIOSA
61. TRES CAMISAS NEGRAS

TERCERA PARTE. EL CAMBIO

62. AMOR Y ENGAÑO
63. SALVADO
64. EL DÍA
65. PREPARADOS
66. INSURGIR PARA RESURGIR
67. LA BOMBA
68. PLAN FALLIDO

69. LA ÚLTIMA CENA
70. SAN CARLO DE LOS LOMBARDOS
71. EL FASCISTA
72. UN BUEN ITALIANO
73. UN DÍA IMPORTANTE
74. TRATO CERRADO
75. EL RIDÍCULO
76. CAMBIAR
77. LA CALMA

EPÍLOGO

NOTA DE AUTOR

AGRADECIMIENTOS

Créditos

EL FALSIFICADOR

Rafael Tarradas Bultó

A los libreros,
incansables y generosos compañeros de viaje

BIBLIA DE PERSONAJES

JUAN REZOLA, falsificador español.

RANUCCIO BANDINELLI, arqueólogo y profesor. Experto en arte. Guía de Adolf Hitler y Benito Mussolini.

FLAVIA VIEL, propietaria del retrato de Colomba Corsini.

CARLO LEONE, marido de Flavia Viel.

GIACOMO Y COSIMA VIEL, padres de Flavia Viel.

ANETTA CALDERONE, sirvienta de Flavia Viel.

PADRE ALBERTO ORSO, sacerdote católico. Minutante. Miembro del Servicio Secreto Vaticano.

La monarquía

MARÍA JOSÉ DE BÉLGICA, princesa de Bélgica, casada con el príncipe heredero Humberto de Saboya.

HUMBERTO DE SABOYA, hijo del rey de Italia. Príncipe heredero.

MAFALDA DE SABOYA, hija del rey Víctor Manuel III de Italia, landgravina de Hesse-Kassel por matrimonio.

FELIPE DE HESSE-KASSEL, landgrave de Hesse-Kassel, marido de Mafalda.

VÍCTOR MANUEL III DE SABOYA, rey de Italia.

ELENA DE MONTENEGRO, reina consorte de Italia.

La Mafia / La Sociedad Honorable

LUDOVICA CONTI, miembro del servicio de la princesa Mafalda de Saboya / Hesse, integrante de la Mafia a las órdenes del capo don Gonzaga Testa.

GONZAGA TESTA, capo del clan siciliano de los Testa.

Justicia y Libertad

SANTO TESTA, miembro de la organización Justicia y Libertad. Hijo del capo de la mafia don Gonzaga Testa.

ANDREA Y MATTEO MARATTI, miembros de la célula florentina de Justicia y Libertad.

PRIMERA PARTE
A PRINCIPIOS DE 1937

1

UN PRÉSTAMO SOSPECHOSO

1937, mediados de marzo,
castillo de Faggio, Italia

El castillo de Faggio se elevaba como una mole áspera y sólida en un promontorio de los Abruzos, en el centro de Italia, sobre un panorama de extensas manchas de bosques de haya y pino, campos pulcramente cultivados y riachuelos, gran parte de los cuales pertenecían a la extensa finca que presidía la fortaleza. Pegada a él, como derramándose de su interior, la pequeña villa de San Raffaello llevaba siglos en armoniosa convivencia con sus señores, acostumbrada a pocos sobresaltos, una existencia monótona pero agradable y escasas visitas.

Por eso aquella noche era especial.

Giacomo Viel, señor del castillo, afrontaba la velada sin ilusión, pese a lo cual todo se había preparado con mimo, como siempre. La fortaleza ocultaba estancias sorprendentes. Como una ostra rugosa que guarda una fina perla, las vetustas paredes medievales encerraban un interior barroco, repleto de tapices toscanos, muebles de las mejores maderas, suelos con elaborados dibujos de mármol y techos artesonados.

—No sé qué hace esta gente aquí —dijo Giacomo una vez más, mientras se ajustaba la pajarita del frac.

—Eres muy pesado. Muy desconfiado —replicó su mujer, mirándose al espejo mientras se abrochaba un par de sus valiosos pendientes.

Cosima no era nada desconfiada. Giacomo a menudo se decía que por eso había sido fácil conquistarla. No se había dado cuenta de sus intenciones y de que pasaban de ser amigos a marido y mujer hasta que estuvieron casados. Ella estaba completamente feliz de haber caído en sus redes. Giacomo temía ser él quien estuviera a punto de caer en las de sus invitados.

—Anetta piensa lo mismo que yo.

—Anetta y sus cosas. Anetta Calderone se cree muy bruja, pero no acierta nunca.

—Te equivocas. Desde que la conozco, ha demostrado la eficacia de un pointer persiguiendo a un faisán.

—Anetta es una criada muy querida, fantástica, pero es una chismosa. Flavia y tú deberíais hacer más caso a la razón y menos al corazón..., y ella igual.

—Es más que una criada. Lleva años aquí, es más lista que la mayoría de los que tenemos cerca y más culta que algunos de nuestros amigos. Su padre era profesor.

—Ya lo sé.

—Pues recuérdalo. No desprecies su opinión solo porque haya preferido quedarse en casa con nosotros en lugar de buscarse la vida fuera. Su intuición acierta demasiado a menudo como para no tenerla en cuenta. Y la vocación por lo humilde a menudo es síntoma de inteligencia, no de lo contrario.

Habían tenido conversaciones similares muchas veces. Siempre acababan igual, es decir, sin acabar. Seguros de que no se convencerían el uno al otro, terminaron de arreglarse y bajaron las escaleras hasta la entrada para recibir a sus invitados. Por el camino

se les unió su hija, Flavia, bella y avispada, despierta como una liebre y tan incómoda como su padre aquella noche. Aunque se había casado hacía muy poco, su marido apenas pisaba aquel lugar y se había acostumbrado a encontrarse con él en Milán, donde tenía sus negocios, en semanas alternas. Todo muy civilizado. Se alegraba de estar en Faggio, pero odiaba tener que recibir a aquella visita.

Italia había cambiado y eso sí que no admitía ninguna duda. Flavia tenía pocos recuerdos de la época que precedió al fascismo, que llevaba trece años en sus vidas, pero su padre miraba los años anteriores a 1925 con creciente nostalgia. Desde entonces, la dictadura ocupaba todos los rincones de la vida social y cultural, y se perseguía a la oposición fieramente. Los simpatizantes de Mussolini, con sus camisas negras, se habían vuelto omnipresentes. Hacía algunos meses el Duce había retirado al país de la Sociedad de Naciones y había sellado una alianza con Hitler.

Giacomo había cerrado las puertas de su castillo a los festejos, temeroso de no poder evitar a invitados no deseados, temeroso de significarse, de hacer aún más evidentes los datos que lo señalaban como antifascista. Pero el día había llegado y la cena que iban a celebrar había sido inevitable.

Habían pasado unas semanas desde que el alcalde informara de la inminente visita a San Raffaello del subsecretario de Cultura Popular, Tommaso Russo, que estaba recorriendo los Abruzos para catalogar los monumentos de mayor importancia. Un político de grado medio, pero que venía con una misión planeada desde arriba. Un donnadie a ojos de Giacomo Viel, pero al que no se le podían cerrar las puertas.

Se las abrieron pasadas las ocho.

Como preveían, su invitado llegó acompañado de cuatro personas más: el alcalde de San Raffaello, un camisa negra, un militar y una

mujer a la que presentó como su secretaria. «La secretaria del subsecretario», pensó Giacomo, que detestaba la ineficaz y creciente burocracia italiana. Con todo, la cordialidad reinó desde el primer momento y, auspiciado por el alcalde, que era un hombre encantador, y por Cosima, que era la señora más agradable que un castillo pudiera tener, la cena transcurrió sin problemas. Cuando acabaron y Giacomo se preguntaba, ya muy en serio, qué demonios había ido a hacer esa gente a su casa, el invitado se lo aclaró.

—El ministro de Cultura Popular, don Dino Alfieri, de acuerdo con el de Educación, don Giuseppe Bottai, tiene una honda preocupación por la conservación de nuestros monumentos y de nuestra cultura. Cree, y a tenor de lo que hemos visto en los días anteriores de nuestro viaje, no le falta razón, que no se le ha prestado suficiente atención ni cuidados, y que muchos de nuestros tesoros están en peligro. Es por esto por lo que estamos elaborando un catálogo con todo lo relevante, todo lo que debe ser protegido para las generaciones venideras.

—Es lo que lleva haciendo mi familia desde hace muchos años —intervino Giacomo.

—Sin duda —replicó el subsecretario—; ojalá todos fueran tan cuidadosos como los Viel, aunque, por desgracia, no muchos cuentan con sus recursos.

Ni Giacomo ni Cosima dijeron nada. Hubiera resultado ridículo pretender que su fortuna no había ayudado a que sus bienes estuvieran en un estado impecable.

—Italia es la cuna de la civilización y en cada esquina hallamos tesoros. Algunos en peligro, otros en perfecto estado, como todo lo que tenemos alrededor.

—Si le apetece, podemos mostrarle algunas cosas bonitas —propuso Cosima.

Giacomo lanzó una mirada a su mujer. Como de costumbre, hablaba demasiado. La interrumpió, tratando de que nadie notara su inquietud.

—Poca cosa, en realidad. Lámparas, artesonados, suelos muy elaborados... Esto no es un palacio florentino.

—Es un palacio de los Abruzos —opinó el alcalde.

—Es un castillo, una construcción defensiva —matizó Giacomo.

—Bueno —sonrió irónico el subsecretario, moviendo la palma de la mano en el aire—, digamos que no es lo que uno espera de una construcción militar. Su hogar es verdaderamente suntuoso. —Giacomo había sabido desde el principio que era un error que esa gente estuviera en su casa—. Me encantará ver las estancias —continuó el intruso.

Acabaron de cenar y, sin posibilidad de evitar el recorrido, el anfitrión lo planeó de manera que esquivara lo que no le era cómodo enseñar. Por alguna razón, presentía que no era buena idea mostrarlo todo. Lamentó no haber escondido lo más importante. No haberla escondido a *ella.*

Empezaron por el salón de baile, que hasta hacía unos años se usaba una vez al año, en Navidad. Las ventanas se abrían a una vista que se extendía muchos kilómetros, y, donde no había ventanas, las paredes sostenían grandes espejos enmarcados por baquetones y yeserías. Desde allí pasaron a la biblioteca, con dos escaleras de caracol y estanterías repletas de libros ricamente encuadernados. La siguiente estancia era el gran salón, que, aunque efectivamente parecía muy grande, también resultaba acogedor, con sillones de terciopelo y grabados de Piranesi en las paredes enteladas en rojo. En cada una de las estancias, los invitados se mostraron impresionados y, sin embargo, Giacomo pensó que no se les veía del todo satisfechos. Estaban a punto de abandonar la sala

de música cuando su mujer, encantada de apostillar las explicaciones que él daba, se adelantó para abrir las puertas del despacho donde él atendía sus asuntos.

Giacomo intentó despistarla.

—Oh, esa habitación no tiene demasiada importancia. Es tan solo...

Flavia miró a su padre entendiendo lo que pretendía. También comprobó que no le había dado tiempo a rectificar el trayecto.

—Pero... qué discreto eres, querido —lo interrumpió Cosima—, si ahí tienes a tu amante. Déjenme que se la muestre. No puedo ocultar que hace años que me provoca celos. La mira más a ella que a mí. Pero a mi difunta suegra le pasaba lo mismo. Los hombres de esta familia la adoran.

Encendió las luces y el grupo se asomó al despacho, una estancia sobria, con un escritorio grande de ébano, muchos libros, una gran chimenea de mármol rosa y, sobre ella, el bien más preciado de la familia.

—Les presento a Colomba Corsini —anunció Cosima—, de Botticelli. La amante de mi marido, que trabaja desde hace años lanzándole furtivas miradas.

Cada una de las palabras de su mujer pesaron en el corazón de Giacomo. Quizás no fuera para tanto, pero quizás lo fuera todo. Pese a ello, no pudo evitar dar explicaciones.

—No es el Botticelli más relevante, solo un bonito recuerdo familiar, regalo del rey de Nápoles a mis antepasados.

—Ya les dije que era magnífico —intervino el alcalde, que no era la primera vez que contemplaba la obra, vanagloriándose ante los invitados. Estaba claro que era él quien los había llevado allí.

—No sabemos bien quién era Colomba Corsini —continuó Giacomo —. Hay constancia de unos Ducci Corsini en la corte del rey, pero

nunca se la ha identificado claramente.

—En cualquier caso, fue merecedora de un retrato de un gran maestro —apuntó el subsecretario Russo.

—Uno que colgaba en el palacio de un rey —intervino su secretaria, acercándose al cuadro para contemplarlo mejor.

—Uno que se quitó de encima —replicó Giacomo, tratando de restarle importancia al cuadro, un retrato de medio cuerpo de una mujer pelirroja, con la piel muy blanca, de perfil, ataviada con un vestido dorado. Una obra maestra.

—Es magnífico —se oyó decir al militar.

—Parece la mismísima Venus, pero de perfil —apuntó el alcalde.

Los visitantes se habían acercado al cuadro mientras los Viel y el regidor permanecían en segunda fila. Cosima le susurró a su marido.

—Sabía que les gustaría. —«Solo espero que no les guste demasiado», pensó él.

El resto de la visita al castillo pareció un mero trámite, y, cuando alrededor de las doce la venerable mole volvió a quedar solo para la familia y se fueron a dormir, Giacomo sintió que una sombra se cernía sobre él.

Bastó una semana para que llegara una carta con el membrete del Ministerio de Cultura Popular, firmada por el mismo ministro, Dino Alfieri. Giacomo tuvo que leerla varias veces para comprender lo que se le pedía. Lo que se le ordenaba.

Estimado señor Viel:

En primer lugar, me gustaría agradecerle su amabilidad en la reciente recepción que ofreció a la delegación encabezada por el subsecretario de Cultura Popular, el señor don Tommaso Russo. Mi subordinado volvió fascinado por el trato, el castillo de Faggio y la calidad de lo que contiene.

Es por eso por lo que me complace anunciarle que el retrato de Colomba Corsini, de Botticelli, ha tenido el gran honor de ser seleccionado para mostrarlo en una exposición privada al Führer Adolf Hitler en su próxima visita a Italia el año que viene.

Por lógicas razones de seguridad, no puedo darle demasiados detalles sobre la localización de esta exposición. Agentes del ministerio irán antes de final de mes a recoger el retrato, que guardaremos con el mismo celo que su familia.

Seguro de que se alegrará de tamaño honor, lo saluda

DINO ALFIERI

Quedaban dos semanas para que finalizara el mes cuando, en un viaje a Milán, Giacomo se encontró con Davide Veneziani en la Società del Giardino, el club en el que comía siempre que estaba en la ciudad. Su amigo poseía una magnífica colección de arte y era uno de los empresarios más importantes de Italia. Sus familias tenían algunas cosas en común, pero, hacía unas semanas habían añadido una más: a Davide también le habían pedido una obra de su colección para la exposición privada que se preparaba para el Führer: un óleo de Guido Reni. Cuando este le contó que los Foà de Roma, los Fieschi de Génova y los Ottolenghi del Piamonte habían recibido cartas similares reclamando sus Caracci, Guercino y Bellini, respectivamente, su expresión se ensombreció.

—¿Vas a entregar tu cuadro? ¿Van a hacerlo los demás? —preguntó, casi seguro de la respuesta.

—Sin duda, Giacomo. Todos lo harán y yo también. Tú, igual. No puedo enfrentarme a Mussolini, ningún italiano puede, y menos aun cuando lo que está detrás es una exposición para el hombre más poderoso de Europa. Del mundo, quizás.

Giacomo alzó la mirada al techo ricamente decorado y meditó en alto.

—Todos los cuadros tienen en común que son pintura académica italiana. Parece claro que es la que les gusta a ambos.

—A Mussolini le da igual la pintura. Le da igual el arte. Es Hitler el apasionado. Pero... hay algo más que tienen en común esas obras.

Giacomo cayó en la cuenta en ese instante.

—Todas pertenecen a judíos. Todos los que hemos recibido la carta somos coleccionistas judíos.

Davide lo miró a los ojos.

—Y precisamente por eso, es muy probable que no las volvamos a ver.

2

LO QUE SE VA, LO QUE SE QUEDA

El semblante de los tres miembros de la familia Viel presentes en la biblioteca del castillo de Faggio aquella mañana era sombrío. Sabían que estaban siendo testigos de una mentira y por eso no solo se sentían engañados, sino ultrajados. El retrato de Colomba Corsini ya estaba en el interior de una caja de madera con sellos del Gobierno, preparada para viajar a un lugar que la familia desconocía.

La llegada de los funcionarios había sido cordial. El más joven incluso había intentado flirtear con Flavia, pero ella tenía suficiente con contener la ira que la consumía. Estaba enfadada con su padre, que había cedido al atropello. Enfadada con el Gobierno de su país, que les quitaba lo que había sido suyo durante siglos, y más enfadada aún con que, a la postre, los ojos enfermos de Mussolini y de Hitler gozaran de lo que les habían quitado.

Los tres Viel estaban seguros de que eso estaban haciendo. Les estaban quitando el cuadro. Cuando Giacomo había preguntado a diferentes miembros del Gobierno y a los mismos implicados por la fecha en la que su propiedad le sería devuelta, nadie había sabido responder. Uno de ellos, al que suponía el más conocedor del asunto, lo había mirado sonriente, irónico, casi riéndose de su pregunta absurda. Las demás familias que habían donado sus obras para la misteriosa exposición privada también dudaban respecto a la posibilidad de volver a ver sus lienzos.

Con todo, la mecha que aquel acto había encendido hizo que se desataran varias decisiones relevantes, la primera de las cuales se planteó en cuanto el furgón cargado con su querido cuadro se alejó del castillo.

—He estado hablando con los Frouchtmann —dijo el padre de familia.

Eran buenos amigos de la familia, alemanes, y desde hacía años socios de los Viel, que trabajaban frecuentemente con su banco.

—¿Qué tal están? —preguntó Cosima.

—Mal. Están mal. Ese Hitler la ha tomado con los judíos y los pobres ya han asumido que han de salir de Alemania, sea lo que sea lo que dejen detrás.

—Maldito —murmuró Flavia.

—Sí. Jakob se lamenta de no haber tomado la decisión de partir antes. Ahora todo son dificultades..., pero claro, nadie podía esperar que las cosas se pusieran tan mal, y parece que se pondrán aún peor...

—Comprendo que se lamenten —apuntó la madre.

—A tenor de los últimos movimientos de nuestro propio Gobierno y su rápido acercamiento a las ideas de Alemania, no debemos dejar que nos pase lo mismo.

—No pasará. Italia... Italia es diferente —apuntó Flavia.

—Bueno. En cualquier caso, he tomado una decisión y tu marido está de acuerdo —dijo Giacomo, dirigiéndose a su hija.

—¿Has tomado una decisión con Carlo? —replicó ella, empezando a molestarse.

—Sí. Y te pido que no empieces. No es momento para discusiones de sufragistas.

Recurrentemente, Flavia y su padre discutían por cuestiones de índole similar. Ella no consentía que la consultaran menos por ser

mujer, pese a lo cual su padre seguía haciéndolo. Giacomo Viel pensaba que la protección de la mujer venía primero por su padre y luego por su marido. Primero por el señor Giacomo Viel y luego por el señor Carlo Leone. Flavia no estaba dispuesta a que ninguno de los dos decidiera por ella. En broma, aunque a ella no le hacía ni pizca de gracia, su padre la llamaba «sufragista».

—Nos vamos —dijo Giacomo—, nos vamos ahora que todavía no ha pasado nada. A Suiza. Ya he apalabrado la compra de una casa muy bonita cerca de Lausana, os gustará. Está delante del lago, estaremos cómodos. Cerraremos las casas de Italia. Roma ya está prácticamente lista, y Venecia y Pienza lo estarán también muy pronto.

Flavia miró a su madre.

—¿Tú sabías esto?

—Más o menos —dijo ella—. Tu padre me dijo que cerrara las casas por si teníamos que irnos, pero no esperaba que fuera tan pronto. En realidad, no esperaba que lo hiciéramos.

—Tu marido... Carlo está gestionando el traspaso de nuestros fondos a bancos suizos. Hace semanas que viaja allí discretamente.

—Nos vamos como conejos. Como cobardes —dijo ella—, los señores más cobardes que jamás defendieron su castillo. Siento vergüenza.

—Es lógico que te sientas así, es humillante, pero es lo más inteligente. Probablemente sea provisional.

—¿Probablemente? —preguntó Flavia.

—Seguramente —matizó Giacomo—, pero no quiero que nos pase lo que les ha pasado a tantos de los nuestros en Alemania.

—Y antes de irnos, les hemos regalado un Botticelli a los hombres de los que huimos.

—Déjalo ya. Es solo un cuadro —le pidió Giacomo.

—Sabes que no lo es. Preferiría que se hubiera quemado en un incendio o que lo hubiesen robado unos ladrones de medio pelo a que lo cuelgue cualquiera de los dos dictadores o de sus esbirros en su casa. A que le pongan sus sucias manos encima.

—Lo hecho, hecho está. Déjalo. La semana que viene guardarán los objetos más valiosos en las bóvedas del sótano y tapiarán las entradas. Esconderemos lo de aquí y lo que vendrá de las otras casas, y, por supuesto, todo el servicio se queda, así que también estará vigilante para que no pase nada. Nosotros nos iremos antes. Iremos ligeros. No queremos que nadie piense que abandonamos el país por..., bueno, por una larga temporada. No cojáis demasiada ropa, podréis compraros todo nuevo en París o donde queráis. Coged las joyas, eso sí. Estaremos bien y volveremos cuando todo esté más claro.

—Yo no iré —dijo Flavia de pronto.

—Harás lo que tu padre diga —se indignó su madre, que solo decidía por sí misma lo relativo a lo más doméstico.

—No. No lo haré. Soy mayor de edad y me quedaré. Idos vosotros si queréis. Yo esperaré un poco más. Defenderé lo nuestro.

—Lo nuestro es mío, no tuyo, y nadie te ha pedido que lo defiendas —apuntó Giacomo.

—Me quedaré igualmente. Esa gente no conseguirá que abandone mi país. No sin hacer nada por acabar con ellos. No. No les dejaré que ganen la partida sin haber ganado ni una jugada.

—Hija, ¿de qué te sirve jugar si sabes que vas a perder? —la cuestionó su madre.

—Me sirve para que sepan que hay alguien al otro lado. Me sirve para poder dormir sin la sensación de que les he abierto la puerta y les he dado las llaves de mi vida yo misma. Es cuando tus enemigos

ni siquiera saben que existes cuando tu insignificancia ha llegado al máximo.

—Deja eso, Flavia, te lo digo muy en serio —intentó Giacomo.

—No me iré. No aún. De momento apenas se ve la punta de las orejas al lobo. No me gusta lo que veo, pero debéis reconocer que aún se puede vivir aquí.

—Eso pensaron los alemanes.

—Os prometo que me iré si las cosas se ponen peor. Podéis esperarme en Suiza, yo os esperaré aquí. Ojalá sea yo la que no se mueva.

—No me gusta nada el color que está cogiendo Europa —murmuró Giacomo.

—Querido, hay paz. Pese a todo, hay paz —dijo Cosima.

—La paz es mucho más difícil de conseguir que la guerra, que se desata con facilidad. Se necesitan dos para hacer la paz, pero solo uno para hacer la guerra. Dios no quiera que nos encontremos a las puertas de otra.

—Bueno, de momento no hay guerra —insistió su mujer.

—Pregúntaselo a los Frouchtmann. Estoy seguro de que no creen vivir en paz —replicó él.

Giacomo miró a su mujer, que negaba con la cabeza. La situación de los judíos en Italia no era peligrosa. No aún. El tiempo diría si los Viel estaban exagerando o no. Mientras, en aquel salón barroco de techos pintados y cortinajes gruesos, todos sabían que ninguno conseguiría que el otro cambiara de opinión, pero Cosima lo intentó una última vez.

—Hija, ¿me quieres decir para qué quieres quedarte? ¿Qué es lo que vas a hacer? Ya eres insignificante para Mussolini. Ni siquiera sabe que existes. En serio, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo pretendes cambiar lo que es imposible cambiar? Eres joven, guapa y recién

casada, la vida te ha dado cosas buenas y ahora te ofrece un camino, que quizás no sea el elegido, quizás sea obligado, pero es tremendamente agradable, cómodo y adecuado. De momento nos han quitado tan solo un cuadro y... Ese hombre puede quitárnoslo todo, a nosotros y a cualquier otro.

—Ese es el mensaje que estamos dando: que puede quitarnos lo que quiera y que le dejaremos que lo haga.

—Hija, aprende la lección que hemos recibido hoy y aprovéchala. No lo puedes tener todo.

De pronto, una idea cruzó la cabeza de Flavia, una que como un rayo voló de una cala española a la faz de un hombre decepcionado, a un amor de verano y a un sentimiento que nunca había conseguido aplacar del todo antes de volver a ella. A un recuerdo muy presente. Una experiencia que llevaba a una idea, a un fin, a un objetivo.

—Madre, tienes razón. No se puede tener todo. Esa es una lección importante. —Una ligera sonrisa se dibujó en su cara antes de darse la vuelta para retirarse a su habitación—. Y quizás Mussolini deba recibirla también —murmuró.

Fue una suerte que sus padres no la oyeran.

3

RANUCCIO BANDINELLI

1938, finales de marzo,
Ministerio de Cultura Popular, Roma

Ranuccio Bandinelli era por aquel entonces un eminente arqueólogo y especialista en arte, ciudadano florentino, incansable viajero y excelente profesor en la Universidad de Pisa. Afiliado fiel al Partido Fascista, como todos los profesores que deseaban seguir ejerciendo. Tenía treinta y ocho años bien llevados, estatura media, mandíbula cuadrada, pero menos que el Duce, pelo oscuro y tez limpia. Estaba razonablemente en forma. No era guapo, aunque no carecía de apostura. Eso debía de haber pensado su mujer, con la que tenía dos hijas.

Una carta misteriosa lo había convocado a la sede del Ministerio de Cultura Popular en Roma una semana antes. Ranuccio la había esperado con miedo, pero, aun entonces, quiso creer que quizás no lo convocaran para lo que temía. Como todo el mundo en aquellos días, no puso objeción alguna y se plantó en la sede del ministerio en la fecha indicada, anulando cualquier cita de su agenda personal, que no le importaba nada a nadie, salvo a él.

La confirmación le llegó una hora antes de la reunión, cuando se encontró con algunos amigos en la facultad de Bellas Artes y ellos le explicaron el motivo que la carta que había recibido escondía. Lo

sabían bien, pues eran ellos los que habían dado su nombre. Ranuccio no pudo darles las gracias. Quizás pensaron que le haría bien estar expuesto al público tras tantos años al margen de las ocasiones oficiales, pero él estaba contento con su vida y detestaba que le cambiaran los planes.

En el ministerio, un alto funcionario de apellido Baldessari lo recibió con suficiencia en un magnífico salón y no dejó minutos a lo banal para atacar directamente el asunto por el que había sido convocado, con preguntas cuya respuesta Ranuccio daba por hecho que conocía.

—Usted sabe alemán, ¿es así?

—Sí —respondió sin dejarse amilanar, pero deseando haber podido decir que no.

—Bien. Y es un experto en arte. También se desenvuelve bien socialmente, se explica bien.

—Bueno, no mejor que muchos otros.

—Eso no es lo que dicen sus compañeros.

—Me tienen en alta estima.

—Bueno. Mientras sean sinceros, es suficiente.

Aquello no iba nada bien. Ranuccio no era religioso, pero miró al cielo implorando el milagro, deseoso de que las palabras que temía escuchar no salieran de la boca de Baldessari.

—Adolf Hitler va a visitar Italia. —Horror—. En mayo. Del tres al nueve. Invitado por el Duce. Visitará algunas ciudades y conocerá de primera mano al pueblo italiano y su legado cultural. Allí es donde entra usted.

—¿Yo?

—Sí, usted. Es profesor, habla alemán. Se trata de dejar bien parada la cultura italiana y estamos buscando a alguien que sepa alemán y que cause buena impresión. Debería sentirse muy

honrado. Apuesto a que todos los eruditos de su sector desearían estar en su piel. —«Apuesto a que no», se dijo Ranuccio—. Será un *tour* de unos días. Nápoles, Roma y Florencia. Deberá proponer los lugares que culturalmente sean..., ya sabe, relevantes. Un secretario le informará de las preferencias del Führer. En la anterior visita no le ofrecimos platos de su gusto. Esta vez tiene que ser completamente diferente.

—Puedo darle algunos nombres que, según mi criterio, serían idóneos para tal tarea. Mejores que yo.

—Dígame... —respondió el funcionario con desinterés, preparado para escuchar la sugerencia de Ranuccio sin apuntar ni uno solo de los nombres. Luego se quedó mirándolo—. Creo que usted lo hará mejor —dijo al fin.

Ranuccio permaneció en silencio, lo que molestó a Baldessari, que esperaba emoción y entusiasmo sin hallarlo.

—No sé si soy la persona más indicada —se limitó a decir al rato, impacientando aún más a su interlocutor, que estaba harto de tratar con el mundo del arte, siempre formado por gentes pausadas, observadoras y cautas. Gente lenta.

—Bueno, piénselo. Pero nadie entendería que no aceptase —le dijo antes de despedirlo sin cordialidad.

Ocho días después recibía otra citación para ir a Roma y se presentaba nuevamente en el ministerio, donde lo recibieron con un tono distinto. Tras explicarle lo que ya sabía, pero con menos cordialidad que en la primera ocasión, el funcionario encargado le manifestó algo que también sospechaba.

—Comprenderá que su opinión en este asunto no es del todo relevante —le dijo, mirándolo a los ojos—, bastaría una orden para que hiciera lo que le estamos solicitando.

Ranuccio volvió a Pisa preocupado.

El 2 de abril recibía la mencionada orden: en un mes mostraría a Hitler las maravillas del arte italiano. También se las recordaría a Mussolini.

1938, 7 de mayo

Paulina Borghese permanecía impertérrita, esbelta y firme, recostada en su *chaise longue,* con la cabeza apoyada en la mano, el pecho descubierto y la sensualidad con la que había sido creada ciento treinta años antes intacta. Nadie hubiera resistido la atenta mirada del hombre más poderoso de Europa de no haber sido de mármol. Decían que la retratada, siglos antes, había sido orgullosa y provocadora, y que poco le importaba que su escultura hubiese desatado el escándalo. ¿Quién, sino ella, hermana del mismísimo Napoleón Bonaparte, podía enfrentarse sin miedo a las críticas? Con todo, Ranuccio Bandinelli no estaba seguro de que hubiese aguantado el escrutinio de Hitler. A él le estaba costando. Lo acababa de conocer y trataba de olvidar quién era la persona a la que debía abrir la puerta y los ojos a las maravillas del arte italiano.

El Führer había llegado cinco días antes a la estación Ostiense de Roma, donde había sido recibido por el rey Víctor Manuel III, al que conoció en aquel momento. Era difícil que el monarca, de 1,53 metros de altura y dominado por Mussolini, hubiera despertado ningún tipo de admiración en el alemán. Tampoco interés. Ni su tiempo ni su físico contribuían a dotar al tercer rey de Italia de cualquier halo regio y, de nuevo, su presencia iba a ser meramente testimonial aquellos días.

Desde entonces, Adolf Hitler había participado en desfiles y recepciones. Había viajado hasta Nápoles para observar las

maniobras de la Marina Real y había vuelto a Roma para reunirse con Mussolini y sus ministros. Todo en cuatro días, antes de iniciar la parte del viaje que le resultaría, seguro, más placentera.

El 6 de mayo Ranuccio había participado en la visita a la exposición de la Romanidad sin ningún protagonismo, sino como parte de un grupo numeroso: Goebbels, Von Ribbentrop, Himmler, Hess... Tan solo Göring se había perdido el viaje, cosa que a algunos les había extrañado, habida cuenta del interés del segundo hombre más poderoso del Reich por el arte. En cualquier caso, Ranuccio se dio cuenta de que ni en sus más inverosímiles sueños se había visto rodeado de tanto poder. Los hombres que estaban cambiando el continente, los que acaso cambiarían el mundo, estaban a pocos metros de él. Con todo, agradeció aquella primera aproximación, pues le ayudó a asimilar la primera línea en la que se encontraría al día siguiente.

Desde la mañana del día 7, él, un buen profesor y arqueólogo, hombre de arte e historia, tenía a un lado a Hitler y al otro a Mussolini. Era realmente extraordinario, pero Ranuccio no había tenido tiempo de enorgullecerse de su tarea.

Por supuesto, era un honor, pero un honor peligroso, uno que le podía traer más cosas malas que buenas. La fama de los dictadores era tan temible como veraz. Si fallaba, si decía o hacía algo inapropiado, caería en desgracia. A aquellas alturas todo el continente esperaba la guerra salvo los españoles, que ya llevaban dos años de batallas. Los fascistas estaban tirando de la cuerda, rompiendo todas las limitaciones que les habían impuesto, y el resto de los países tan solo eran capaces de mirar y no hacer nada, hipnotizados por los dientes del león, aunque fuera a ellos a quienes el león se los mostraba. Asombrados. Fascinados. La pujanza de Alemania parecía no tener freno, pero la de Italia, que soñaba con

volver a sus tiempos de gloria imperiales, también llenaba de orgullo a sus compatriotas. Quizás no a todos, pero sí a muchos. Nadie se manifestaba en otro sentido.

Le dieron un pase, una especie de tarjetón que no le hizo falta más que unos minutos, pues enseguida quedó claro que su cercanía a los dos hombres más poderosos del continente iba a ser permanente.

Más aun.

Ranuccio viajaba en el mismo coche que ellos, sentado en la segunda de las tres filas de aquel Lancia Astura, justo delante de los dictadores, que llegaban a cada lugar entre vítores y júbilos. Cuando se detenían, él bajaba antes que ellos, se colocaba a la izquierda de la puerta y esperaba a que Hitler pusiera el pie en la calle para ponerse a su lado, explicando y traduciendo.

Y la Galería Borghese, como era de esperar, le estaba gustando.

Desde el principio su proximidad con el Führer fue mayor que con el Duce, pues lo que explicaba en buen alemán al primero dejaba completamente indiferente al segundo. Daba igual cuál fuera la maravilla ante los ojos de los dictadores, la reacción era una variación en intensidad de la misma sensación: Hitler se admiraba y Mussolini se aburría, y, lo peor, no se esforzaba lo más mínimo en disimularlo.

Miró al Duce. Ranuccio estaba afiliado al partido que él lideraba, pero no podía esquivar la realidad que tenía delante de sus ojos. Era grotesco, con la piel grasa, y caminaba como un títere, con el mentón siempre elevado, moviendo la cabeza de lado a lado oblicuamente. Parecía que estuviera todo el tiempo a punto de empezar un discurso, y ni siquiera el uniforme, que podría haber sido digno, pero que, especialmente en la cintura, se ceñía demasiado, mitigaba cierto aire cómico de su presencia. Hablaba

alemán elevando la voz, con fuerte acento romañol y cierta soltura. A su lado, Hitler le resultó menos repulsivo. Compuesto, ordenado y casi modesto. Ranuccio se acercaba a él explicando cada obra, pero el alemán se detenía más tiempo en unas que en otras. En Villa Borghese se extasió admirando con interés los cuadros de Guido Reni, Carpaccio y Guercino, y observó detenidamente la *Madonna con niño* de Botticelli, momento en que a su espalda algunos hombres uniformados susurraron entre ellos, como si fueran poseedores de una información que los demás desconocían. Hitler apreciaba el color y la técnica más que el tema, y emitía una especie de suspiro ronco de rendición frente a las obras, como si le superara la impresión que le producían. Ranuccio se lo explicaba todo casi como si estuvieran solos, y el Führer, de vez en cuando, dejaba escapar algún comentario personal, casi íntimo.

Bajaban la escalera de la villa cuando Hitler se volvió a dirigir a él, apenado por no poder permanecer más tiempo entre tantas muestras del arte que admiraba.

—Si aún fuera un hombre privado, me quedaría aquí semanas —se giró para ver la villa renacentista desde el exterior—, a veces me pesa ser político.

—Seguirá aquí cuando pueda volver, mi Führer —se aventuró Ranuccio.

—Antes todo debe estar en orden en Alemania —lo miró a los ojos —, pero quizás sí. Quizás podría alquilar una villa a las afueras de Roma y visitar los museos de la ciudad de forma anónima.

Ranuccio iba a replicar, pero, mientras subía al coche, la mirada de Hitler cambió por unos segundos en un destello que no supo identificar, menos dócil, más agrio, lo que hizo que se contuviera. Con todo, no pudo evitar pensar que el arte obraba el milagro. Botticelli, Caravaggio, Canova... conseguían que el carácter del

poderoso dictador se agrietara para mostrar un interior casi humano. El mundo habría sido diferente si el Führer hubiese dedicado su vida a su primer gran amor, si en la Academia de Bellas Artes de Viena hubiesen aceptado su ingreso y se hubiese convertido en un pintor mediocre pero feliz, alejando los impulsos y odios que lo habían llevado a poner el mundo boca abajo.

En cualquier caso, estaba claro que su amor por el arte era selectivo. Amaba el académico, pero detestaba las nuevas corrientes artísticas, el «arte degenerado», como lo llamaba. Lo dejó muy claro en su anterior visita a Italia, cuatro años antes, un estrepitoso fracaso en términos políticos y una decepción mayúscula en cuanto al programa artístico. Nadie se explicaba cómo habían cometido el error de llevarlo a la Bienal de Venecia, que le había horrorizado.

Por eso, el Gobierno estaba decidido a no cometer el mismo error. El arte degenerado no tenía cabida en la ruta de Ranuccio.

Tras la Galería Borghese, la comitiva se dirigió al Coliseo. Hitler había pasado por delante de este al llegar a Roma, en el coche de caballos del rey, pero en esta ocasión podría entrar y pisar su arena. Era, en muchos sentidos, un turista, pero tanto en la devoción por lo que observaba como en sus conocimientos ante cada obra no era uno más. Ranuccio lo nutría como a un bebé sediento de leche y el Führer bebía de su conocimiento con interés y complicidad. Se notaba que le había caído en gracia y que, de haber podido, habría preferido visitar aquellos lugares tan solo con él. No solo sin Mussolini, incluso su séquito, que callaba cada vez que hacía un comentario y alababa sus conocimientos, parecía hastiarlo cuando acabaron la visita.

Una vez que los recorridos terminaron, Hitler y su séquito volvieron a sus alojamientos en el palacio del Quirinal y diferentes hoteles. Ranuccio esperaba poder ausentarse también, pues su

trabajo había finalizado aquel día, pero, por desgracia, lo reclamaron de nuevo, esta vez en la sede del ministerio. Al llegar a la sala a la que lo habían convocado, identificó varias caras amables y una conocida.

Antonio Muñoz era el director del Departamento de Bellas Artes y Antigüedades de Roma, y había participado en el *tour* los días anteriores con el mismo protagonismo que había tenido Ranuccio en ese último. Era, a todas luces, un ferviente defensor del Duce, y parte de la restauración de las obras monumentales que acompañaban la imagen del régimen partía de su cabeza. Ranuccio lo conocía poco, pero siempre había sentido que había cierta simpatía de Muñoz hacia él y que valoraba sus opiniones. Sin duda, aquello era lo que lo había llevado hasta aquel despacho. Muñoz lo invitó a sentarse. Eran las siete y la luz que entraba por las ventanas era la de un día cansado y con ganas de retirarse.

—Creo que todo ha ido impecablemente —le dijo de entrada—, y ha sido, sin duda, gracias a usted.

—No merezco tanto reconocimiento, pero me ha parecido que el Führer ha disfrutado sinceramente de las explicaciones.

—No lo dude, ese hombre tiene verdadera devoción por el arte. Quizás por eso lo que podría parecer una pérdida ha acabado por parecerme una interesante oportunidad. Para la diplomacia, para el país y para el arte en sí mismo.

—¿Una pérdida dice? —Ranuccio pensó que estaba cansado. No seguía a Antonio.

—Sí. Bueno. Siempre he pensado que las obras de arte deben estar en manos de quien las valore y las cuide. Si eso contribuye, además, a la mayor gloria de Italia, mejor aún. —No hizo falta que Ranuccio dijera nada para que Antonio comprendiera que debía explicarse—. Atienda: hace algunos meses, se lanzó desde las más

altas instancias la idea de que la visita del Führer debería concluir con algún regalo de importancia, algo que lo ligue para siempre a nuestro país, que le llegue a lo más hondo de su ser.

—Parece muy ambicioso.

—Lo es. Por suerte, es un regalo del que nuestro país tiene sobradas muestras. Se decidió regalarle alguna pieza de arte.

—Pero...

—Comprendo sus reticencias —lo interrumpió Muñoz—; por supuesto, son las mismas que las mías: ¿cómo íbamos a regalar algo que forma parte del legado de todos los italianos, por más que ese legado sea tan abundante? Por tal razón, encontramos una vía más conveniente. Decidimos que, aunque fuera el Estado el que ofreciera este regalo, sería en realidad una obra cedida voluntariamente por alguna familia. Un amigo bien relacionado nos ayudó a elaborar una lista muy útil, detallada y corta de coleccionistas privados. Alguno necesitado de congraciarse con el pueblo. Así, identificamos y visitamos con la mayor cordialidad a diferentes familias. Familias judías. Esa gente debe hacer méritos. Saben bien que en todos los rincones de Europa se les está cayendo el disfraz y que hay muchas personas deseosas de que paguen por su larga historia de agravios a la sociedad. Como le digo, todo se ha desarrollado con el mejor ánimo, y las familias han entendido bien lo que necesitamos y lo que se les pide. Así, hemos recopilado una bonita colección de arte. Muy pequeña, pero de gran calidad.

«El regalo», se dijo Ranuccio, que había escuchado hablar del misterioso presente en varias reuniones sociales.

—Es por este motivo —prosiguió el director de Bellas Artes—que necesito que vuelva a Florencia mañana mismo y compruebe que todo está como debe en el palacio Pandolfini, donde se han colocado las obras. Hemos encargado de ello al profesor Agostini, pero me

quedaré más tranquilo si es usted quien verifica que todo está al gusto del Führer. Usted lo conoce.

—Eso no es cierto.

—Bueno, lo conoce más que ninguno de nosotros.

—Y esas obras... son para...

—Son el presente que le ofrece el pueblo italiano al alemán.

—¿Cuántas son?

—Cinco: un Guido Reni, un Caracci, un Guercino, un Bellini y, la que sin duda es la joya del grupo, un maravilloso Botticelli. Puede elegir.

Los ojos de Ranuccio se abrieron como platos.

—No elegirá. Se las llevará todas.

—Bueno, sí, claro, es una posibilidad. Ojalá lo haga. Ojalá ponga uno de esos cuadros en cada una de sus residencias. Crearemos un vínculo con él que nadie podrá igualar.

—Nadie regala Botticellis, eso está claro.

—Nadie. Es fabuloso, ¿no cree?

—Lo es —admitió Ranuccio.

—Vuelva a Florencia. Le esperan en el palacio. Le veremos pasado mañana allí. De veras siento la urgencia, pero todo esto... En fin, nos ha sobrepasado un poco, y, al ver su complicidad con Hitler, creo que su veredicto es necesario. Si viera algo inconveniente, algún cuadro que por alguna razón pudiera no ser de su agrado, alguno que crea que es mejor retirar, o todo lo contrario, colocar en lugar preferente, es libre de hacerlo. Me fío del profesor Agostini, pero..., bueno, debo reconocer que su magnetismo con nuestro insigne invitado nos ha sorprendido a todos. Usted le mostrará los cuadros, así que es necesario que los haya estudiado un poco antes. Si le gustan a usted, le gustarán a Hitler, y si le gustan a él, el Duce

estará satisfecho. Todo tiene que resultar perfecto. ¿Cree que podrá hacerlo?

No era una pregunta.

—Por supuesto —afirmó él, hastiado pero honrado—, lo revisaré todo.

Realmente, Hitler iba a recibir un regalo único.

A nadie le importaba que quien lo regalaba no quisiera hacerlo.

4

FLAVIA

Flavia Viel se resistía a llevar el apellido de su marido, aunque era bonito y prestigioso. Leone era el nombre de una noble y antigua familia toscana. Leone, como el fiero felino, aunque no hubiera manera de que Carlo mostrara las garras. Ella era diferente. Siempre había sido impulsiva, levantisca y desobediente. Simpática, nerviosa y activa. Educada pero indomable. De pequeña había sido la líder de todas las batallas, la instigadora de todas las travesuras, sobre todo en el castillo de Faggio, pero también en Venecia y en la Toscana. De mayor, los mismos escenarios la habían visto pasear su belleza desenfadada, sus ansias de diversión, su risa incontenida. Nadie sabía bien de dónde provenía aquel carácter que no tenía su padre ni mucho menos su madre.

Carlo Leone era su amigo desde la infancia. Era un buen chico y luego fue un buen hombre. Uno que se dejaba llevar por ella cuando se mostraba más audaz, pero que a la vez se labraba un brillante camino en las finanzas y se graduaba con honores en la Universidad de Milán. Alto, moreno, ordenado y corpulento, con hechuras de señor y cara bondadosa. Guapo sin estridencias. Se habían casado casi por inercia, porque todos, incluso ellos mismos, lo daban por hecho. Nadie la conocía como Carlo. A veces, Flavia pensaba que en realidad siempre habían estado casados. Lo quería, claro que sí. Con todo, desde la adolescencia había estado abierta a encontrar el amor

salvaje e irracional del que algunos le hablaban y que ella no sentía. El Amor en mayúsculas. Había conocido a otros chicos, a los que se lo había puesto fácil para que trataran de seducirla, la invitaran a cenar o a pasear. Muchos lo habían hecho. Carlo supo ocultarle sus celos, lo cual la había molestado un poco, aunque la realidad fue que ninguna de esas numerosas citas había despertado nada en ella y todos sus pretendientes habían tenido que conformarse con convertirse en buenos amigos. Así que, sin especial emoción, como una cita sin sorpresas, pero tampoco remordimientos ni inseguridad, había esperado su boda.

La tentación llegó en el último momento, como una manzana del pecado, jugosa, excitante y única, en una cala de la costa española de Gerona, en medio de un viaje en el barco de sus padres. La había mordido y la había saboreado, se había dejado llevar y había estado dispuesta a dejarlo todo hasta que descubrió que nada era tan perfecto y que a veces es preferible la seguridad de lo conocido que la incertidumbre de la novedad. Juan Rezola. Sería imposible que olvidara jamás al español al que había conocido casi por casualidad y con el que había sentido una conexión instantánea, como si estuviesen hechos el uno para el otro, cuando ya no esperaba ningún golpe de timón a lo que había planeado para su vida. Luego descubrió que Juan escondía suficientes cosas como para hacerla dudar... y se decidió. Carlo era preferible a Juan, por más que el español la removiera como ningún italiano había hecho jamás.

Seguridad. Sí, eso necesitaba.

La seguridad era lo único que le interesaba a Carlo. La esperaba en Suiza con una gruesa cuenta en un banco de Zúrich y dispuesto a que la humillación de huir de Italia, incluso antes de ser verdaderamente amenazados, no la atenazara. Dispuesto a no luchar si podían perder. Dispuesto a ser dócil mientras otros alzaban

la voz. Dispuesto a salvar los muebles sin que ni uno sirviera de barricada.

Cuando lo pensaba, se convencía de que Juan era lo contrario. Juan era la incertidumbre, la pasión, la risa y el riesgo. El desorden y el pelo revuelto. Juan era la vida. El recuerdo del último verano que había vuelto al presente, tan solo porque ella necesitaba de sus habilidades. No, no era una excusa: nadie podría haber hecho lo que Juan había hecho mejor que él, porque nadie falsificaba arte como el español.

Tenía una copia del retrato de Colomba Corsini y estaba a punto de lograr un acceso discreto al palacio Pandolfini, donde el lienzo original era custodiado junto a los otros «prestados» por las familias judías de Italia. Cambiaría la copia por el original, el suyo, que se llevaría y escondería fuera del país. En su cabeza todo parecía más fácil al planearlo.

Hacía más de un año que no había podido evitar que se llevaran el cuadro que decoraba el despacho de su padre, pero, pese a que a otro le habría parecido un capricho peligroso, ella estaba decidida a recuperarlo. Alguien debía hacer algo. Alguien debía decir que ya era suficiente. Y sí, era solo un cuadro, pero, aunque fuera uno tan valioso, lo realmente importante iba a ser la gesta que preparaba, que sería recordada para siempre. Si lo conseguía, claro.

Hitler se iría a su país con una obra falsa y la colgaría en un importante museo alemán, o, mejor aún, en su casa. Al mismo tiempo, la auténtica Colomba viajaría a un lugar seguro, quizás Estados Unidos, donde, en algún momento, ella se encargaría de hablar con la prensa, explicarles su hazaña y ridiculizar al hombrecillo que amenazaba con dominar Europa.

Sí, era solo un cuadro, pero el golpe de efecto sería mayúsculo.

Pero antes debía hacer algo.

Subió las escaleras de la casa de Via San Gallo hasta el lugar que conocía bien en el último piso. Como siempre a aquella hora, las paredes de pintura desvaída y el suelo de barro cocido se teñían del intenso color rojizo y rosa del cielo, cuya luz atravesaba el ventanal con dramatismo. Sobre la cama, descalzo, con la camisa abierta y su labrador negro a los pies, Juan leía tranquilo, con las gafas que lo envejecían un poco y la cabeza perdida en los mundos que encontraba entre las páginas. Observó un instante al hombre del que estaba enamorada. El hombre al que había obligado a volver a su vida. Ni él ni el perro la escucharon entrar y, solo cuando estuvo a pocos metros, repararon en su presencia. Sin sobresaltarse, él sonrió, cerró el libro, se quitó las gafas y se incorporó un poco. Lapsus movió el rabo tres veces.

—No te esperaba —le dijo.

—Me lo imagino.

—¿Te quedas? ¿Has cenado? Anetta ha dejado pasta. Está extraordinaria, pero no voy a decírselo más porque cada vez se lo cree más.

—Sabía que os caeríais bien al final.

—Díselo a ella. Ha sido un hueso duro de roer..., pero le gusta cocinar y lo hace muy bien, y a mí me gusta comer, y también lo hago estupendamente. —Sonrió tocándose la barriga—. Hasta a Lapsus le ha acabado cayendo bien, y eso que la mujer maldice a diario los pelos que deja por todos los lados mi perrete. Entonces, ¿te quedas?

—No. Y tampoco tú —dijo Flavia, cambiando el tono, seria.

—¿Nos vamos?

—Tú te vas.

Juan se incorporó un poco más.

—Ya has hecho lo que has venido a hacer —continuó Flavia, armándose de una dureza necesaria que no sentía—, desde aquí debo seguir sola.

—Estás bromeando.

—No, lo digo muy en serio. Quiero que te vayas. Mañana por la noche haré el cambio y nadie más que yo estará presente. Si fallo, seré solo yo la que caiga, ese fue el trato.

—No esperarás que te deje sola.

—Juan, eso es exactamente lo que espero y lo que vas a hacer. Mañana te irás.

El semblante de él cambió. Se estaba empezando a enfadar.

—No lo haré.

—Desde luego que sí. Esto es asunto mío.

—También es asunto mío. ¿Te tengo que recordar qué es lo que he hecho? Ese cuadro es obra mía.

—Lo sé, y te lo agradezco. Te he traído el dinero.

—Dinero.

—Sí, es más de lo que había pensado.

—Jamás hablamos de dinero.

—Ten —dijo sacando del bolso un sobre muy abultado y acercándoselo.

—Ni se te ocurra —la frenó—. Guarda eso. Me ofendes.

—Pensé que dirías eso, pero es a lo que te dedicas. Eres un falsificador de arte. Es tu trabajo. Y yo te he contratado para que hagas una copia del cuadro que me arrebataron. Debería poder pagarte.

—Ya te dije que no voy a seguir pintando. No falsificaré. Te dije que lo dejo. No quiero tu dinero, quiero ayudarte.

Flavia respiró hondo.

—Ya lo has hecho. Ahora vete. Si no te vas, no haré nada. No te involucraré más de lo que ya lo he hecho. Si me quieres, vete. Recuperar ese retrato ha sido mi objetivo desde que se lo llevaron. Si te quedas, anularé la operación. No me puedes hacer esto.

Juan la miró. La odiaba con la misma intensidad que la quería.

—Me iré esta tarde. No me volverás a ver.

Ella vaciló.

—No es eso lo que quiero.

—Ya lo sé. Pero no siempre se tiene lo que se quiere. A veces se tiene lo que se necesita.

Él se dio la vuelta y miró por la ventana, observando cómo el sol se ponía entre las cúpulas de las iglesias y las torres de los palacios florentinos. No le gustaba discutir y tampoco que lo mandaran, lo cual Flavia llevaba haciendo meses; seduciéndolo; la complacía en cada uno de sus deseos, doblegando su voluntad sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. El labrador se le acercó y frotó su cabeza contra su pierna, como recordándole el verdadero sentido de la amistad.

—No nos despidamos así —le escuchó decir a Flavia.

—Tú nunca te despides —le recriminó él—, descuidas el camino por el que luego pretendes volver. La vida no funciona así.

—No me despediré entonces. No lo haré porque te volveré a ver, aunque no quieras. Un día entenderás que, por una vez, esta decisión no es producto de mi egoísmo, sino de mi generosidad.

—Vete. Mañana, cuando vuelvas por aquí, no estaré —espetó Juan.

Flavia bajó la mirada. Pese al dolor, estaba segura de hacer lo correcto. Se dio la vuelta en silencio y abandonó la habitación que tantos secretos escondía.

Cuando, al día siguiente, volvió, Juan Rezola había cumplido su palabra: solo Colomba Corsini habitaba ya el ático de Via San Gallo.

Y ni siquiera aquella fabulosa copia de Botticelli era capaz de llenar el vacío.

5

EL REGALO

1938, noche del 8 al 9 de mayo, Florencia

Eran pasadas las doce cuando el profesor Ranuccio Bandinelli llegó al 74 de Via San Gallo tal y como le habían indicado. No era la dirección más célebre de la ciudad, todo lo contrario, pues, a pesar de encontrarse en un palacio renacentista diseñado por el mismísimo Rafael, solo algunos escogidos lo conocían. La familia Pandolfini lo había ocupado ininterrumpidamente desde su edificación en el siglo XVI y aún era la residencia del conde Pandolfini. Ranuccio llamó a la puerta y esperó, observando a través de la reja la cochera abovedada y el patio que se adivinaba al fondo. A los pocos minutos, un camisa negra le abrió la puerta sonriente. Eran temibles, pero Ranuccio se había hecho célebre rápidamente y por aquel entonces todo el mundo era amable con él. Llevaba tres días pegado al Führer y al Duce, así que no necesitaba ninguna explicación para entender aquel cambio. Junto al camisa negra encontró al profesor Agostini, tan bajito, flaco y enjuto como lo recordaba. El profesor era mayor y ya solo le importaba el arte. Lo recibió con gesto malhumorado.

—Ah. Usted. Estará contento —le dijo, mirándolo desde abajo.

—Profesor Agostini.

—Esto es una barbaridad. Una barbaridad.

Ranuccio miró al camisa negra, como advirtiendo a Agostini de que no expresara sus pensamientos de una manera tan abierta.

—Me da igual lo que me haga este hombre.

—No pensaba hacerle nada —le sonrió el tercero. Parecía claro que debía pensar que Agostini estaba senil y loco, cosa en la que se equivocaba.

—Regalar esto... Que Dios nos perdone. Saldría ahora mismo con los que pudiera bajo el brazo.

—Eso sí que no lo permitiré —apuntó el camisa negra.

—Yo tampoco —confirmó Bandinelli—, pero veamos de lo que hablamos.

Cruzaron la cochera hasta el jardín, ordenado con grandes macetones de terracota con limoneros, y siguió a ambos hasta una galería de una sola planta, con arcos acristalados entre columnas de cuyo interior salía algo de luz. En una esquina se escuchaba el borboteo de una fuente.

Accedió al espacio alargado, y enseguida su acompañante encendió las luces para iluminar la estancia: un museo pequeño, insólito y desconocido, pero de máxima calidad.

Cinco buenos lienzos se apoyaban en sendos caballetes, listos para que el Führer decidiera cuál llevarse, aunque todos tenían asumido que probablemente no eligiera y se los llevara todos, igual que hacía con todo lo que se le antojaba: un Guido Reni, un Guercino, un Caracci, un Bellini y, el mejor de todos, un Botticelli: el retrato de Colomba Corsini.

Le habría gustado ver las obras a la luz del día, pero no había tenido ni un minuto para sí mismo desde que Hitler había llegado a Italia. Tampoco ese minuto le pertenecía, pues estaba ejecutando un encargo que, a través del director de Bellas Artes, provenía del mismo Mussolini.

—Es un atropello. Un atropello —murmuraba Agostini de fondo mientras el camisa negra le ofrecía un cigarrillo y él lo aceptaba.

Tras dar una bocanada de medio pitillo, toser y cerrar los ojos un instante, se recompuso y se acercó a Ranuccio en el momento en que inspeccionaba el primero de los lienzos: una mujer que le devolvía una mirada altiva.

—Salomé —dijo Ranuccio.

—Sí —confirmó Agostini—, de Guido Reni. Probablemente no la vuelva a ver más a partir de mañana.

Ranuccio no se tomó el comentario como una provocación. No tenía por qué. Observó el cuadro unos minutos hasta pasar al siguiente, una pequeña joya de Guercino que mostraba la lucha de un hombre contra una multitud.

—Eso deberíamos estar haciendo —dijo Agostini—, luchar. Sacar estas obras inmediatamente de aquí. Como ese.

—Como Sansón —apuntó Ranuccio.

—Profesor, es tarde y lleva muchas horas igual. Hay causas mayores que la suya —intervino el afable camisa negra, que no se tomaba en serio nada de lo que el anciano decía.

Bandinelli observó el lienzo admirando su maestría, reteniendo cada detalle. Luego hizo lo mismo con el próximo y con el que lo siguió, otras dos obras maestras que, no obstante, quedaban algo relegadas por la importancia del Botticelli. Sus ojos se iluminaron al tenerlo delante.

—No podemos dejar que se lo lleven. —Las palabras de Agostini eran ya de súplica—. Diga que no es digno del Führer, que es una obra menor. No deje que ese cuadro cruce los Alpes. Usted puede intentarlo al menos.

—No haré tal cosa —respondió Ranuccio—, me han encomendado una tarea y la haré bien.

—Entonces..., no hay nada que hacer —dijo el profesor—, parece que la solución está en manos del problema.

Ranuccio Bandinelli no estaba dispuesto a admitir tanto.

—Profesor, váyase. No lo necesito, es tarde y deseo estar solo. No soy un problema para nadie. Estas obras quedarán en manos de un hombre que las amará y, de paso, favorecerá los intereses de nuestro país, los suyos y los míos.

—Usted no puede hablar en...

—Váyase le digo —lo interrumpió Ranuccio harto, haciéndolo callar.

El profesor lo miró con la cara triste e indignada del que ve su casa arder sin remedio. El camisa negra se compadeció.

—Vamos, amigo, lo acompañaré a la calle —dijo, apartándolo.

—Usted no es mi amigo —aún tuvo fuerzas de decir el anciano.

—Eso es porque usted no quiere. —Sonrió el otro.

Ranuccio se quedó solo.

Solo frente a los maestros de la pintura académica. Solo frente a Colomba Corsini.

La observó con detenimiento. El retrato tenía cada una de las características del maestro renacentista: su finura, su impecable ejecución de la figura humana, el velo que cubría el pelo perfectamente ejecutado y los dorados de las ropas a punto de saltar del lienzo. Colomba le daba el perfil como preguntándole adónde pretendía que viajara. En aquel entorno y con aquella luz, se enfatizaba el poder de la obra, y Ranuccio no pudo evitar sentir que fuera a abandonar su país para siempre, probablemente con la misma intensidad que el profesor Agostini, pero sin ánimo de evitar lo necesario. Se resignó. No era la primera vez que el arte servía a la diplomacia y, seguro, tampoco sería la última.

—Bello, ¿verdad? —escuchó a su espalda al rato. El camisa negra volvía a estar junto a él.

Nadie podría haber escapado a la magia del cuadro. Ni tan siquiera aquel rudo acompañante.

—Es mucho más que eso —musitó Ranuccio.

—Le dejaré solo. Aunque no puedo decir que me haya hartado de ver a esa dama. Estaré en la puerta si necesita algo —dijo antes de alejarse de nuevo.

La obra era contemporánea del retrato de Simonetta Vespucci y guardaba varias similitudes respecto a su composición. Era una obra del artista en su plenitud y, además, no era de temática religiosa, la más habitual del pintor. La historia del cuadro, que había pasado de las manos de Lorenzo de Medici a las del rey de Nápoles, y de aquellas a las de la rica familia de banqueros Viel, le daba un valor añadido. El Renacimiento y su arte eran admirados por Hitler. Si el cuadro era bueno para su mayor mecenas y para un rey, también lo era para él.

Era, en definitiva, una obra única.

Ningún regalo era demasiado importante para el Führer, pero Bandinelli estaba convencido de que aquel le satisfaría sobremanera. Había observado su reacción ante todo lo que había visto hasta entonces. Era una mezcla de dos sentimientos de espíritu muy diferente: el mayor era de admiración, de pasión, de auténtica emoción al ver las maravillas que los grandes artistas eran capaces de crear. Hitler amaba el arte con fuerza y, respecto al que le interesaba, era razonablemente entendido. Había escuchado a Ranuccio con atención, preguntándole, pidiendo más, bebiendo de su sabiduría. Pero, al subir al coche, tras la visita a la Galería Borghese, había visto algo en su mirada que se acercaba más a lo que se había empeñado tan vehementemente en mostrar al mundo.

El italiano creyó saber lo que era. Desengaño. Envidia. Quizás algo de ira incluso. Bandinelli estaba seguro de que, tras observar tantas maravillas, Hitler se había dado cuenta de que él tenía pocas. De que el arte del que rebosaba Italia era escaso en su país.

El país que había de dominar el mundo, la cuna de la raza superior, apenas podía contar con algunas de las migajas que se acumulaban en Italia, en Francia o en España.

Por eso ningún regalo podría haber sido más adecuado. Por eso se llevaría todos los cuadros.

Ranuccio contempló el Botticelli durante una hora más antes de volver por donde había venido.

Sí. Aquel sería un excelente regalo.

6

ENCUENTROS INESPERADOS

Faltaban pocas horas para que los jerarcas y sus comitivas pisaran el jardín renacentista de los Pandolfini cuando Flavia se dispuso a acabar de horadar el último tramo de pared que separaba el lugar donde reposaba la auténtica Colomba Corsini del túnel por el que pretendía sustraerla. Estaba nerviosa, pero más decidida que nunca. Había discutido con Juan, pero ya intentaría arreglar el desencuentro cuando todo acabara. Imaginaba que el español estaba de camino de Trieste, aunque, tozudo como era, podía estar también en cualquier otro lugar donde le costaría volver a encontrarlo. Quizás no lo hiciera nunca más, y trató de engañarse con que tal vez eso fuera lo mejor. Como decían los españoles, el cántaro había ido mucho a la fuente y que no se hubiera roto aún era un verdadero milagro. Nunca había tenido tan claro como entonces que la intensidad, y no el tiempo de lo vivido, era lo que más poso dejaba, lo que más afectaba, lo que marcaba. Los últimos meses habían supuesto una vida entera. Iba a echarlo de menos mucho más de lo que quería reconocer.

Trató de apartar aquella certeza para centrarse en lo que la había llevado allí.

Había dejado la copia que había pintado Juan en la bodega, apoyada en una pared y envuelta en una manta. Era perfecta, pero incluso la mano del mejor falsificador podía acabar por distinguirse

de la del pintor original, por lo que algún día el engaño se descubriría. Que cuando ocurriera la auténtica Colomba Corsini estuviera en manos de sus propietarios y lejos era la clave.

Bastó media hora para que la pared que llevaba un tiempo debilitando empezara a moverse levemente, dando signos de que, con un pequeño esfuerzo más, el túnel que le daría acceso al jardín del palacio quedaría concluido. Miró el reloj y sacó un pequeño cincel de la caja de herramientas. Con él, haciéndolo girar como si fuera un sacacorchos, tardó bien poco en conseguir un pequeño orificio que atravesaba lo que quedaba de muro en aquella parte. Enseguida, una fina brizna de aire del exterior, nuevo y fresco, se coló en el túnel. Acercó el ojo para observar el espacio que se veía a través.

Como había previsto, había más movimiento que otros días, y los tres camisas negras, cuyas caras ya conocía, ordenaban los macetones y limpiaban la zona, afanados en los últimos retoques. El jardinero del palacio había acabado su tarea y todo lucía a la perfección, pese a las reticencias del propietario a que aquella escena fuera a producirse en su casa. Flavia tenía la información precisa. A las ocho, solo uno de los camisas negras se quedaría en el interior del recinto mientras los otros dos esperarían fuera, a ambos lados de la entrada, en la calle. A la vez, el que permanecería en el palacio iría a tomar un refrigerio y a cambiarse. Solo veinte minutos en los que la galería se quedaría sin vigilancia y ella podría cruzar rápidamente el jardín que presidía, cambiar el cuadro y volver sobre sus pasos con el Botticelli familiar. Escapar. Parecía sencillo. El jardín estaba separado unos centímetros del muro que Flavia agujereaba, y, si sus cálculos no fallaban, un gran laurel disimularía la entrada de su túnel. Las sombras que cubrirían aquella esquina a la hora convenida también jugaban a su favor. Pasarían días hasta que se

descubriera el boquete y, Dios mediante, para entonces todo habría acabado.

Eran las tres y media. Se propuso que a las siete y media la abertura debía estar completada. Tenía tiempo de sobra y —creía— las agallas necesarias.

El falsificador español Juan Rezola había abandonado el ático de Via San Gallo por la mañana, molesto y preocupado. Molesto con Flavia. Preocupado por Flavia. Ni siquiera Lapsus, su perro, había logrado animarlo, a pesar de ser el que mejor sabía hacerlo. El labrador se había pegado a él, silencioso y tranquilo, esperando a que el mal cuerpo se le pasara a su amigo humano, pero no lo había conseguido, y quizás por aquella razón el Bugatti azul de Juan seguía aparcado en una bocacalle y no habían abandonado Florencia aún.

El ambiente de la ciudad llevaba meses cambiando, y aquel 9 de mayo había llegado a su punto álgido, haciéndola irreconocible. La capital de la Toscana estaba llena de oficiales de la Gestapo que paseaban como los dueños del lugar, mancillando algo del honor de los florentinos de toda la vida, que se mostraban cautos y diferentes, también curiosos. No era necesario el uniforme para distinguirlos. Su aire de suficiencia y su manera de moverse bastaban. A su paso, la habitual espontaneidad italiana se contenía expectante, y los pasos de los locales se veían dirigidos con humor desigual de un lugar a otro, a través de calles desviadas y trayectorias errantes. Muchas de las cosas que le gustaban a Juan de Florencia se habían ocultado, el carácter y la vida mediterránea no encajaban bien con el ideal fascista. El desorden, la gracia y la improvisación se habían aplacado. Los edificios de pintura desgastada habían sido tapados, el

Ponte Vecchio se mostraba embellecido pero artificial, y las fachadas más importantes estaban limpias como el día de su construcción, como si las huellas del tiempo fueran algo de lo que avergonzarse. Allá donde uno miraba, en cada lugar emblemático, las banderas italianas se entrelazaban con esvásticas. Incluso se habían hecho excavaciones simbólicas para hallar el eje Roma-Berlín, que solo existía en la ensoñación fascista.

Hitler estaba en la ciudad y no había florentino que no sintiera su presencia. También la de Mussolini.

Incluso cuando uno se apartaba de los lugares en los que se le esperaba, tenía la sensación de ser observado, vigilado y amenazado. Juan más que ninguno. El Führer y los alemanes habían hecho suya Florencia, y parecía que hasta las estatuas renacentistas tuvieran que sonreír, saludar a su paso, mostrar respeto y sumisión. Eso hacían los florentinos de carne y hueso. La recepción del Führer había sido multitudinaria.

Hitler venía a empaparse de la que consideraba la cuna cultural de Europa, la del arte verdadero, el que hacía que cualquier otro, anterior o posterior, resultara indigno.

Había llegado a la estación a las once y visitado algunos lugares emblemáticos. Todo el mundo sabía que estaba en Palazzo Vecchio, muy cerca de donde Juan caminaba en aquellos momentos. El rumor de lo que ahí sucedía era el fondo de los sonidos que escuchaba.

«Sí, Florencia es otra», se dijo, odiando que fuera así, y con las mismas ganas de irse que de quedarse cerca de Flavia.

Estaba paseando junto al Arno en dirección al Ponte Vecchio cuando, de frente, incomprensiblemente solo, meditabundo, fumando un cigarrillo, mirando al río y vestido de uniforme, reconoció al profesor Ranuccio Bandinelli. No eran amigos aún, pero, de no haber existido entre ellos la barrera política que Juan daba por

segura, lo podrían haber sido. En los meses anteriores habían coincidido en tres ocasiones, una casual y dos absolutamente intencionadas. Habían hablado y se habían interesado el uno por el otro. Ranuccio era la persona destinada a ilustrar a Hitler en el viaje. A ser su guía. Juan pensó que el arqueólogo estaría con el dictador, pero no era así. Sin dudarlo, se acercó. Pocos metros antes, él también reparó en su presencia.

—Rezola —dijo, irguiéndose un poco para recibirlo.

—Ranuccio —le devolvió Juan, tendiéndole la mano.

El italiano sonrió un poco, aunque en su cara se marcaba el cansancio.

—Lo hacía entregado a sus altas responsabilidades.

Ranuccio sonrió levemente. Parecía exhausto.

—Están en el Palazzo Vecchio. He aprovechado para comprobar que todo está bien en el Medici Riccardi, a donde irán luego, y me he acercado a respirar un poco.

—Parece que están teniendo un día intenso.

—Sí, lo tenemos todos, pero el Führer no se cansa del arte. Ha disfrutado del Pitti y de los Uffizi.

—La ciudad está muy bonita, con todo tan engalanado y limpio —mintió.

—¿Le parece? —inquirió Ranuccio, poniendo en duda tal afirmación. Luego cambió el tono—. Discúlpeme, es solo que la Gestapo es agotadora. Hemos repetido el recorrido tantas veces que he perdido la cuenta. Parece que deba ser yo el que garantice la seguridad de herr Hitler. La visita, eso sí, está resultando un éxito. El Führer ha gozado mucho en Roma y aquí lo hará tanto o más.

Juan decidió arriesgarse un poco.

—Mientras no se lleve nada, no hay problema.

Ranuccio cambió un segundo la mirada, escrutando la de Juan. Cuando dejó de sospechar, volvió a sonreír.

—Nada que usted vaya a echar de menos. —Suspiró—. Tiene suerte. No se echa de menos lo que no se ha visto nunca.

—Diríase que usted no está en la misma situación. —Juan se empezó a alarmar.

—No. No lo estoy. Pero el arte siempre ha sido un elemento útil para la diplomacia. Las obras más extraordinarias han ido de un lugar a otro del mundo, Goyas españoles a Londres, obeliscos egipcios a París, tapices gobelinos a Madrid... Así que supongo que hay que asumir las cosas como son, aunque a veces entristezcan. Es tan solo que anoche vi un... —Ranuccio se calló, Juan se asustó.

—¿Qué vio?

—Un cuadro —respondió él, dudoso por un instante—. Varios, en realidad, pero uno era realmente mayúsculo. Es una especie de exposición de la que el Führer podrá llevarse lo que quiera. Cinco cuadros. Llegué anoche a Florencia para verlos. Uno me encandiló por su calidad. Se trata de un retrato maravilloso. Una mujer que deberá seducir al Führer..., y que seguro que lo hará. Pese a estar acostumbrado a tener frente a mí grandes obras, tras una hora delante de ella, difícilmente se borrará de mis retinas tal belleza. A nuestro afortunado invitado le agradará el regalo, no me cabe duda. Pocos hay mejores. Pero reconozco que me será difícil ver cómo se lo entregan.

Juan estaba ya aterrorizado; tal y como suponían desde hacía meses, estaba decidido que el retrato de Botticelli sería para Hitler, y probablemente los demás cuadros que se exponían junto a aquel correrían la misma suerte, pero lo preocupante de verdad era que el eminente profesor lo hubiera inspeccionado antes. Una hora ni más

ni menos. Ranuccio miraba al río y no percibió su expresión mientras seguía hablando.

—... pero no se preocupe demasiado..., ni usted ni la inmensa mayoría de los italianos lo añorará. —Se irguió un poco, quizás creyendo que estaba hablando demasiado—. En fin. Debo volver —dijo tirando su cigarrillo al río. Siempre es un placer verlo.

—Lo mismo digo —aseveró—, quizás, cuando esté más tranquilo, deberíamos organizar un encuentro.

—Descubrirá a otra persona, se lo aseguro. Mi misión actual es un gran honor, pero una responsabilidad abrumadora también.

Se dieron la mano y Juan siguió su camino conteniendo el ritmo de sus pasos mientras su cabeza parecía a punto de estallar.

Flavia había vuelto al piso que ocupaba en el mismo edificio que Juan, debajo del que el español había habitado mientras realizaba la copia del Botticelli. También ella había visto el furor que se estaba desatando en Florencia y se preguntaba por qué exactamente algunos de sus compatriotas mostraban tanta alegría por el acontecimiento. Tal vez tuviera mucho que ver la curiosidad en el hecho de que los florentinos se echaran a la calle. Desde su ventana, mientras hacía la maleta, contempló la espléndida vista sobre Florencia. Si todo iba bien, en unas horas abandonaría la ciudad hacia Suiza. Si todo iba mal, no la volvería a ver. Estaba tan asustada como decidida.

El retrato de Colomba Corsini era el recuerdo de lo que había tenido, y también de lo que estaba arriesgando. Podría haber huido a Suiza y vivir una vida segura. Una vida sin riesgos. Una vida cómoda y lujosa, continuación de la que la acompañaba desde niña, que, en realidad, no era para ella. Ya había dado instrucciones a

Anetta para que la semana siguiente cerrara la casa, cubriera los muebles y escondiera algunas cosas.

Miró el reloj. A las cinco debía estar en la iglesia. Derribaría la pared final del túnel, cambiaría el cuadro de Botticelli por el de Juan, lo enrollaría en un tubo y saldría por piernas. Tenía un plan de escape bien urdido. Durante la parada de Hitler en el palacio Pandolfini, ni ella ni nadie podrían entrar o salir de Via San Gallo, pero, en cuanto se fuera, quizás a las once o las doce, Flavia tenía previsto encaminarse andando hasta el barrio de Careggi. Allí había dejado aparcado su pequeño Fiat Balilla, con el que había calculado que en cuatro horas llegaría a Bolonia, desde donde enfilaría luego el segundo tramo de su viaje hasta Piacenza. El trayecto, sobre todo antes de Bolonia, era tortuoso, pero a partir de aquella ciudad circularía por la vía Emilia, que era de las mejores del país, y contaba con puntos de descanso de Agip cada cuarenta kilómetros. En uno de aquellos dormiría. Pasado Piacenza, podría circular más rápido, pues hacía algunos años se había inaugurado la primera autopista del país. En tres horas estaría en Chiasso, el puesto fronterizo con Suiza. Aunque eso fuera lo que le pidiera el cuerpo, no tenía que correr. La copia del cuadro estaría en un vagón del *Amerika*, el tren de Hitler, camino de Berlín. Si alguien se percataba de que era falso, no sería en el tren. Incluso si lo hacían entonces, no podrían actuar hasta días después. Si su plan salía bien, lo sabría en el momento. Si salía mal, también. El ruedo era el palacio Pandolfini. Fuera de aquel entorno, estaba salvada. Era todo o nada.

Nunca se había sentido tan sola, pero estaba segura de que había hecho lo que debía. Nadie más debía arriesgarse. Ejecutaría el cambio en solitario, aunque haber contado con alguien con quien compartir sus miedos le habría dado el doble de fuerza.

Se asomó a la calle. Frente al palacio había algo de actividad, pero parecía muy claro que aquella parada del Führer iba a ser rápida y secreta. Un par de coches de la policía vigilaban las esquinas con las calles adyacentes, pero no se le impedía el paso a nadie, y solo ella, que sabía lo que había de producirse, reparó en la novedad. Anduvo los pocos pasos que separaban su portal de la iglesia de San Giovannino y cerró la puerta tras ella. Era una suerte que el padre Orso le hubiera dado las llaves. En diez meses apenas se había cruzado con algún feligrés anciano y ninguno le había prestado la más mínima atención. Tras revisar la nave principal, en un impulso que más tarde le resultaría raro, aprovechó para rezar. Era judía, pero qué más daba en aquel momento. Solo tenía aquellas figuras para consolarla. Habría rezado a Buda y a Rama de haberlos encontrado allí. Se encomendó a los santos para que todo saliera bien. Al rato le pareció que la miraban con cierta ironía. Estaba nerviosa.

«Vamos», se dijo poniéndose en pie. Volvió al vestíbulo de entrada del templo, abrió el armario y, atravesándolo, bajó a la cripta y cruzó hasta la bodega del edificio contiguo. El cuadro seguía donde lo había dejado, en una esquina del sótano oscuro y con olor a vino. Desde donde estaba revisó el bulto sin detenerse y se acercó al final del túnel. Como había planeado, a través del pequeño orificio que había perforado horas antes, observó de nuevo el jardín del palacio. Todo estaba exactamente como había previsto. Exactamente como sus informadores le habían asegurado que estaría. Se tranquilizó un poco. Todo saldría bien. Con cuidado, empezó a rascar la pared y enseguida el polvo fue sustituido por trozos de yeso, mayores cada vez. Eran las siete y media cuando un gran pedazo cayó al meter una mano a través de él. Efectivamente, ahí estaba el laurel que disimulaba por completo su presencia allí. Las sombras del jardín

también la beneficiaban, pues a aquella hora, aunque el sol aún iluminase el centro, la esquina por la que pretendía emerger ya se había oscurecido. Con las manos fue partiendo el yeso y metiéndolo dentro del túnel hasta que el agujero fue lo bastante grande como para colarse por él sin problema.

Jamás lo encontrarían. Probablemente se quedaría allí hasta el final de los días.

Eran las siete. Había acabado el túnel quince minutos antes de lo previsto. En media hora haría el cambio.

Cuando volvió a la bodega en busca del cuadro, sobrevino la sorpresa. No estaba donde lo había dejado. Alarmada, giró sobre sí misma y se asustó. En la penumbra, una sombra lenta y segura se acercó a ella. Llevaba el lienzo en las manos.

Alguien estaba a punto de cambiar sus planes.

7

EL CAMBIO

Flavia se quedó donde estaba unos segundos, paralizada. Enseguida, la luz iluminó el contorno del individuo que la acompañaba en aquella bodega.

Juan.

Respiró aliviada, pero, al tiempo que intentaba entender qué era lo que el español hacía allí, se molestó. Le había pedido tajante que se fuera y había dado el tema por cerrado. Ya lo habían discutido y no tenía tiempo para volver a hacerlo.

—Sé lo que vas a decir, pero he averiguado algo —dijo él—: No traigo buenas noticias.

—No conseguirás detenerme —le advirtió ella.

—No lo voy a hacer yo. Me he encontrado con Ranuccio.

—Con Ranuccio Bandinelli.

—Sí.

Flavia y Juan llevaban semanas analizando al encargado de mostrar las maravillas italianas al Führer, pero Ranuccio Bandinelli era hermético y, aunque la cordialidad era el signo de su relación y habían conseguido alguna información relevante, les había sido imposible bucear en su carácter.

—Pensaba que estaría ocupado con Hitler, al parecer lo que te contaron es cierto, el profesor no se ha separado de él desde que pisó suelo italiano —dijo Flavia.

—Eso ha hecho hasta anoche, cuando adelantó su llegada a Florencia. Un día antes que el Führer, para prepararlo todo. Ese es el problema.

—No veo por qué debería afectarme. —Flavia seguía hablando de la misión como de algo exclusivamente suyo.

—Te afecta porque, contra toda previsión, ha visto el cuadro. El Botticelli. El retrato de Colomba Corsini.

La italiana cambió un poco el gesto.

—Bueno, no hay problema. Quizás lo habría si hubiera visto el tuyo, si su ojo fuera mejor que tu arte. Si pudiera detectar que es falso, pero el que ha visto es completamente auténtico.

—Le costaría detectar que el mío no lo es. Le costaría mucho si no pudiera comparar los dos cuadros. Pero va a poder hacerlo. Como te digo, ya ha visto el auténtico.

—Y va a estar en la entrega —dijo Flavia lentamente, sintiendo cómo su plan empezaba a tambalearse.

—Sí. Él mismo me lo dijo.

—Da lo mismo. Lo cambiaré igualmente. Me arriesgaré.

—No puedes hacerlo. Ranuccio es uno de los mayores expertos en arte del país. Si no hubiera visto el cuadro auténtico, si no hubiera visto el real, quizás podríamos engañarlo. Pero ha visto el Botticelli original, y, si sigues con tus planes, hoy verá su copia. No dudes de que detectará los cambios, de que verá algo raro. Su ojo es mejor que el de cualquier otro, y no arriesgará su vida entregando un cuadro falso al hombre más poderoso del mundo. Dios mío, Flavia, ese hombre es un afiliado al Partido Fascista Republicano. A estas horas será casi amigo de Hitler.

—No lo creo. Es un afiliado más.

—Uno que ha pasado horas charlando con el Führer sobre arte, el tema que más les apasiona a ambos. Mussolini no ha sido buen

compañero en esas visitas y sus acompañantes alemanes tampoco tienen ninguna formación en pintura o escultura. Hitler se ha apoyado en Ranuccio a cada paso. Si el profesor era ya tan buen fascista como suponíamos, ahora lo será más...; incluso, de no ser así, no arriesgará su vida si sospecha que puede entregarle a Hitler un cuadro falso. —Flavia no quería escuchar, pero Juan tenía buenos argumentos—. Si sigues con tu plan, llegará antes, verá mi copia, sospechará que no es el mismo cuadro y pedirá que se inicie una búsqueda en el palacio, que acabará por dar con el túnel. Sabes que, mientras estén los camisas negras y la Gestapo en esta calle, nadie podrá escapar. Cerrarán los accesos y buscarán puerta por puerta, casa por casa hasta dar con el cuadro... y contigo.

—Tu copia es perfecta.

—Mi copia es muy buena, pero la he hecho basándome en fotografías y en cuadros similares, del mismo autor y época. He utilizado pigmentos antiguos, he pintado sobre un lienzo viejo y parecido; he hecho todo lo posible, pero, si colocas los dos cuadros, uno al lado del otro, un ojo experto detectará que no son el mismo. Es un Botticelli perfecto, pero distinto al que os requisaron. Perfecto para engañar a cualquier aficionado, incluso a un experto, pero no a Ranuccio. Ninguno pensamos que alguien del nivel de él vería los cuadros. Los dos. Menos aún en un intervalo tan corto de tiempo. En la mente de Ranuccio Bandinelli, los cuadros estarán así, uno al lado del otro. Los podrá comparar pese a tener uno delante y el otro en su cabeza. Él mismo me dijo que estuvo una hora observándolo ayer mismo. ¡Ayer, Flavia!

—Es igual, ni yo misma reconocería la copia y he visto ese cuadro en un millón de ocasiones —intentó convencerse.

—Sabes que no. Lo sabes. Flavia, lo siento de veras, pero, si quieres salir con vida de esto, hay que abortar la operación.

—Me arriesgaré.

—No lo harás. Todos preferimos perder un cuadro que perderte a ti. No dejaré que lo hagas, aunque tenga que atarte de pies y manos o amordazarte.

En ese punto, ella pareció rendirse e, incluso en la penumbra de la bodega, Juan creyó ver sus ojos humedecerse. Luego, en silencio, se encaminó escaleras arriba. Juan la siguió con el cuadro falso.

Flavia se tumbó mirando al techo, vencida, en la cama del ático. La de Juan. Su mirada era de impotencia, peor que de tristeza o decepción. Por supuesto, estaba triste y decepcionada, pero, sobre todo, se sentía impotente. Aún no había decidido darle las gracias a Juan, que a la postre podía haberle salvado la vida, pues la sensación de que lo que llevaba meses preparando se había ido al traste lo impregnaba todo. Él cogió una silla, la acercó a la cama y se sentó al revés, abrazando el respaldo y mirándola.

—Siento que las cosas no hayan salido como querías.

—Aún —murmuró ella.

Se quedaron así, mirándose de vez en cuando, pensando en silencio hasta que, casi a las once, desde la calle, se empezó a escuchar la llegada de algunos coches y se acercaron a la ventana para ver lo esperado.

De un camión empezaron a saltar hombres de uniforme que, en perfecto orden, se dispusieron a acordonar la entrada de la Via San Gallo desde Via Salvestrina hasta Via delle Ruote. Los pocos que circulaban por la acera los miraron tan solo unos segundos antes de acelerar para alejarse. Un grupo de cinco guardias se colocó en cada extremo. Otros dos entraron con perros. Poco después, a cada lado de la entrada al jardín del palacio Pandolfini se colocaron dos

guardias y otros tantos se encargaron de vigilar la calle y cada una de las puertas de los edificios que tenían acceso a ella. Una mujer se asomó un instante, pero enseguida fue obligada a quedarse dentro, cerrar la puerta y no insistir en salir. Se despejó todo y se impidió el paso a los que hubieran querido circular por ella, a pie o en vehículo.

—Tenías razón. Como creíamos, nadie podrá salir hasta que los alemanes se vayan —confirmó Flavia.

Esperaron hasta las once y media, yendo de la cama a la ventana y de la ventana a la cama en silencio, pensativos y sin respuestas, para escuchar otro rumor de vehículos.

—Ahí llegan —indicó Juan al ver a una inconfundible comitiva acercarse desde el final de la calle.

Cuatro motocicletas y un coche oficial precedían el imponente Fiat Torpedo que se abría paso a través del cordón. Tras él, otros dos coches, un pequeño furgón y cuatro motocicletas más cerraban la caravana. Sin dilación, el coche se detuvo ante la puerta del palacio y, pese a la celeridad con la que descendieron del vehículo, Flavia reconoció a Hitler, a Goebbels y a Ranuccio Bandinelli.

—A por mi cuadro —murmuró ella con tristeza.

—Eso es —confirmó él.

Los hombres se cuadraron al paso de los jerarcas. Ranuccio iba a la zaga de Hitler, hablándole por encima del hombro, como hubiera hecho un intérprete. El alemán miró un instante al palacio y asintió, aprobándolo antes de desaparecer hacia el interior.

—Un Rafael —dijo Flavia, en referencia al arquitecto del palacio—. Claro que le gusta. Es una suerte para el conde Pandolfini que el Führer no pueda llevarse su casa a Alemania.

Apoyó la cabeza en el cristal con la mirada fija a la calle. Triste, sintiéndose casi ridícula, poco más que una señorita mimada a la que le quitan lo suyo sin que pueda hacer nada más que llorar. Eso

empezó a hacer, mientras sus ojos enrojecidos no se desviaban de lo que sucedía cuatro pisos más abajo. Nada durante diez minutos. Todo después.

No habían tocado las doce en el campanario de San Giovannino cuando los guardias se empezaron a inquietar y el coche de Hitler se puso en marcha. Enseguida, un pequeño pasillo de hombres de uniforme se formó a los lados de los dos metros que separaban el coche de la entrada al palacio. Otro hombre se acercó al Fiat, abrió la puerta y aguardó junto al elegante vehículo. De pronto, con la decisión del que ve el final del día cerca, el Führer emergió por la puerta del edificio. Como en los días precedentes, Ranuccio Bandinelli iba pegado a él, precediendo a Goebbels, que lo seguía con su paso imperfecto. El Führer parecía de excelente humor. Flavia estuvo segura de que nada en aquel viaje le había hecho dibujar una sonrisa tan amplia como el regalo que acababa de recibir.

El coche de Hitler se puso en marcha y con él toda la comitiva, que resonó entre las paredes de los edificios que los veían pasar. Las motos que cerraban la caravana adelantaron al pequeño furgón mientras este se colocaba pegado a la puerta del palacio. Pese a que había poco espacio entre el vehículo y la puerta, Flavia vio a los guardias pasarse de unos a otros cinco cajas. Cada una contenía una de las obras que las familias italianas se habían visto obligadas a ¿prestar? «De ninguna manera», se respondió a sí misma. Así que no era solo un regalo. Eran cinco. Estaba segura de que su familia y todas las demás recibirían una carta del Ministerio de Cultura Popular o del de Educación, felicitándolos por el gran honor de que sus propiedades hubiesen pasado a manos del Führer.

Juan no sabía cómo animarla. La única manera era recuperando el cuadro, pero esa misma noche el tren de Hitler volvería a Alemania sin remedio, y, con la obra custodiada por los alemanes, parecía

imposible hacerlo. Él también estaba decepcionado, pero sabía que había hecho lo correcto. De haber sido descubierta la trama, Flavia habría tenido serios problemas...

Hitler no se iba a llevar un cuadro falso.

Un cuadro falso.

Un cua...

De pronto, una idea cruzó por su cabeza. Una locura, pero quizás una realizable. Su expresión cambió y no pudo evitar dar una palmada mientras el plan se concretaba rápidamente en su cabeza. Flavia se incorporó para mirarlo.

—Puede que aún haya una posibilidad —dijo pensando en alto—, un poco remota, pero... —Sonrió—. No imposible.

—Es todo lo que necesito —replicó Flavia, secándose las lágrimas.

Tenían poco tiempo. La historia estaba a punto de revelarles si sería el suficiente.

SEGUNDA PARTE
1937, AGOSTO, DIEZ MESES ANTES

8

LA INFILTRADA

1937, agosto, Villa Savoia, Roma

El canto de las cigarras era el sonido de fondo de aquella tarde, en la que, una vez más, el sol tostaba la fachada principal de Villa Savoia. Ni siquiera las persianas entrecerradas y el frescor que daban las casi doscientas hectáreas de fronda que los rodeaban en plena Roma eran capaces de atenazar el calor de agosto. Humberto hacía días que estaba de caza en Raconnigi y la había dejado sola una vez más, pero se había acostumbrado y había aceptado que su matrimonio siempre se parecería a lo que ya conocía. Que Humberto fuera —se pusiera como se pusiese— homosexual no había sido un problema para que un primer hijo ya correteara por los pasillos de su casa, pero lo cierto era que, al margen de aquellos encuentros motivados más por el deber que por el placer, su marido la trataba cada vez más como a una amiga y menos como a su mujer. Humberto era un buen hombre, pero habría sido infinitamente más feliz en otra familia y sin el peso de su fervorosa devoción, que, en vez de aliviarlo, lo atormentaba día y noche y le hacía sufrir cada vez que pecaba dando rienda suelta a sus impulsos. En cualquier caso, María José había sido educada para soportar muchas cosas y mantener la dignidad, aunque todo se derrumbara a su alrededor.

Era inteligente, guapa y valiente, con profundos ojos azules, tez blanca, boca pequeña y cuello fino. Regia en cada uno de sus movimientos, aunque no reinara en ningún lugar. A su lado, su marido, aunque no exento de apostura, resultaba menos vistoso siempre, por más que los uniformes del Ejército italiano ensalzasen la figura de cualquiera.

Eran malos tiempos para la familia, que repetía errores que habían llevado a muchos parientes a tener que exiliarse mientras observaban la aproximación de un monstruo que, con distinta cara, tenía movimientos reconocibles. El totalitarismo siempre acababa por provocar el desastre, y María José luchaba como podía por evitar que se produjera. Por suerte, su determinación aplacaba un poco su miedo.

Observó desde su ventana cómo el coche se detenía ante la puerta y su invitado entraba con paso firme en la villa. Sin necesidad de que lo anunciaran, bajó las escaleras para recibirlo. En el vestíbulo ya le recogían el sombrero cuando ella lo saludó y lo hizo pasar a su despacho, ubicado en esa misma planta y con vistas a un jardín viejo de pinos y cipreses que se perdían entre laderas sinuosas. Cerró la puerta y corrió las cortinas, como hacía cada vez que recibía una visita como aquella. El conde Sforza siempre conseguía visitarla y darle noticias cuando pasaba por el Vaticano. Diplomático en el exilio, María José se valía de su experta mirada y de su acceso privilegiado a los círculos del poder europeos para comprender la situación en la que se encontraban.

—Sabemos que al menos dos de los lacayos más jóvenes son informadores del partido, así que es de suponer que haya alguno más. Toda precaución es poca. Las paredes de este lugar tienen oídos, y lo mismo pasa en todas las casas de la finca. No querría ponerlo en un compromiso, querido amigo.

—He dado el nombre falso que me indicó.

—Ya, bueno. A veces creo que soy muy inocente, pero esperemos que no miren demasiado en esta dirección. Es todo gravísimo.

—Los Roselli.

—Sí, no puedo creerlo. Y no soy la única. Varios de mis amigos se horrorizaron con la noticia.

Hacía algo más de un mes, Carlo y Nello Roselli, fundadores del movimiento Justicia y Libertad, habían sido asesinados en París, donde vivían exiliados. Aunque la autoría del crimen había sido adjudicada a la Cagoule, una organización secreta de pistoleros de ultraderecha, diversos informes apuntaban a que tras ellos estaba la OVRA, la temible Policía secreta de Mussolini. Los Roselli no eran unos revolucionarios al uso, sino intelectuales cultivados, bien relacionados con los círculos liberales y con la aristocracia romana. Con todo, su asesinato había servido para que muchos de los opositores al régimen que aún dudaban en actuar dieran un paso al frente. María José era una de ellos.

—¿Realmente cree que es posible que el Estado italiano esté eliminando a intelectuales, a personas, a causa de sus ideas?

—No tengo ninguna duda. La inteligencia vaticana está absolutamente convencida y otras fuentes fiables opinan lo mismo —le confirmó su invitado.

—Este país se encamina al abismo y parece que nadie lo ve.

—El Duce visitará al Führer en un mes. Está todo listo para su viaje a Alemania. El acercamiento de los dos países parece no tener freno. La admiración es mutua.

—Mussolini se ha enamorado de un monstruo. Cuando despierte, Italia ya no será suya.

—Parece claro que el viaje no hará sino alimentar más su ambición. Hitler se rodea de masas, y no me cabe duda de que

querrá mostrar la fuerza del pueblo alemán, que parece capaz de seguirlo a donde desee con fe ciega.

—Los alemanes están enloquecidos de obediencia. Ese Hitler está poseído, no inspirado.

—Tenemos confirmación de que el Führer corresponderá a la visita del Duce.

—Hace tiempo que conocíamos ese rumor.

—Ya no lo es. Creemos que será en mayo del año que viene. Roma, Nápoles y Florencia. Es una visita importante para Mussolini, por supuesto. Hitler es un amante del arte y pretende que a las numerosas reuniones previstas le siga un programa más lúdico, en el que vea los tesoros de nuestro reino. Se está preparando todo con mimo. Personajes como los que nos ocupan son viscerales: si la visita es un éxito, Mussolini afianzará más aún la unión de nuestros pueblos; si no lo es, las consecuencias pueden variar desde la nada hasta el todo.

—En ese caso ya sabe lo que necesitamos. —El conde Sforza esperó a que María José se respondiera a sí misma—. Debemos conseguir que sea un completo fracaso.

—No puede comprometer a la familia real.

—El rey ya la ha comprometido. Pero no, no seré yo quien insista. Es tan solo que... Pienso que estas cosas son más importantes de lo que parecen. Rara vez los humanos escapamos completamente de lo que nuestro corazón dicta. Rara vez dejamos que sea únicamente la razón la que mande. Si esa visita le trajera malos recuerdos al Führer...; si, por alguna razón, cuando vuelva sobre ella, en su cara no se dibuja una sonrisa, las consecuencias podrían ser enormes.

—Es lo que le decía: el fracaso de la diplomacia blanda.

—Sí, eso es.

—Lamentablemente, en su posición debe ser muy cauta. Estoy seguro de que no le gustaría verse en mi situación. Estar exiliado no es un plato de buen gusto para nadie, pero menos aún para familias como las nuestras.

Sforza tenía razón, como casi siempre. Su clarividencia ayudaba a María José a entender la magnitud del desastre que se aproximaba. Una situación contra la que estaba dispuesta a luchar mientras se obligaba a no desanimarse. Ella, una princesa belga casada con un príncipe italiano en la más frágil de las situaciones, donde cualquier gesto podía traer su ruina y cada palabra era susceptible de ser malinterpretada y retorcida para hacerles daño.

Despidió a Sforza y reflexionó en silencio hasta armarse de valor. Debía pasar al ataque. Si ella sola no podía derrocar al Duce, debería buscar ayuda, y sabía bien dónde encontrarla. Tiró del llamador y enseguida una doncella apareció en su puerta.

—Llame a Filipo.

El joven no tardó en aparecer frente a ella. Había sido mozo de víveres hasta que María José descubrió que era demasiado avispado para dedicarse solo a eso. Desde entonces, con la excusa de su trabajo, que lo obligaba a viajar a diferentes lugares en busca de los productos que surtían a Villa Savoia, ella lo utilizaba de correo. Delgado, bajito e inquieto como una lagartija, Filipo seguía pareciendo un niño a sus dieciséis años, pero su cabeza, que el joven descubrió en cuanto apareció en la puerta, era madura y viva.

—Necesitamos perfume.

—¿Florentino? —replicó él.

—Eso es. Aquí tienes la receta. —Los dos sabían que el sobre que María José le entregaba no contenía una receta—. Casi no queda, así que urge. Entrégalo hoy.

El chico sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa. Estaba realmente preocupada, y ayudar a los que podían cambiar las cosas se estaba convirtiendo en una prioridad acuciante. Quizás en Florencia supieran cómo seguir. Mientras, Italia mudaba de cara. La monarquía era arrinconada y nadie se atrevía a enfrentarse al enemigo, que, poco a poco, proyectaba su sombra sobre la familia real. El rey parecía perdido, paralizado y sin saber cómo actuar. Su trono se asentaba en tierras movedizas.

Era un problema para Italia.

Un problema para la monarquía.

Un problema para ella, la princesa del Piamonte, casada con su príncipe heredero.

«Justicia y libertad», se dijo mientras entregaba la «receta».

9

TRES PARA ACABAR CON DOS

Eran las cuatro de la tarde cuando Santo Testa llamó a la puerta del palacio Maratti, situado a pocas manzanas del Duomo, en una calle estrecha del centro de Florencia que acababa en la pared almohadillada del edificio. Pese a su importancia, el palacio no era célebre y ningún turista reparaba en su fachada, pues la principal, barroca y cargada de nichos con bustos de mármol y columnas clásicas, se encaraba al jardín, que solo visitaban la familia y algunos pocos privilegiados. Santo era uno de ellos. Lo llevaba siendo desde hacía siete años.

El mayordomo lo saludó con una sonrisa y se ahorró acompañarlo a la glorieta del jardín donde lo esperaban. Santo, que había andado esos mismos pasos en infinidad de ocasiones, enfiló el sendero que atravesaba el vergel hasta el templete. El espacio jugaba inteligentemente con la vegetación para parecer mayor, pero era en realidad una mancha verde de escaso tamaño que, encerrada entre las paredes del patio de manzana, daba cabida a una veintena de cipreses, limoneros, laureles y un gran cedro. En cualquier caso, nadie discutía que tener jardín en el centro de la ciudad resultaba un enorme privilegio. Saludó a sus amigos y se sentó junto a ellos. Padre e hijo le sonrieron como al familiar que sentían que era.

Era una casa de hombres, a pesar de que los tres que se encontraban en el jardín eran extremadamente devotos de las

mujeres. Matteo, el mayor, un viudo en la sesentena, aún hablaba cada noche con el retrato de su mujer, una figura que también había marcado a su hijo Andrea, quien con veinticinco años pensaba en ella antes de tomar cualquier decisión. El caso de Santo era atípico: aunque había pasado muchos años alejado de su familia, que seguía en Sicilia, no había cortado jamás el hilo con su madre, una mujer estricta que lo había protegido sacándolo de la isla y que, incluso desde tan lejos, le mandaba cartas cada semana y lo aleccionaba para que no se convirtiera en nada remotamente parecido a su padre.

Con todo, lo que los había unido era la justicia y la libertad. Las dos palabras que daban nombre a un grupo de valientes que el fascismo perseguía dentro y fuera de Italia.

Justicia y Libertad era el movimiento antifascista más activo desde su fundación, hacía casi una década, por parte de algunos célebres exiliados políticos italianos. Era un grupo que aglutinaba a personas de diferentes orígenes —socialistas, liberales, republicanos—, en general, cultivadas y alejadas de la radicalidad. Querían acabar con el fascismo, pero rechazaban con igual fuerza el comunismo estalinista. Defendían el humanismo laico, el parlamentarismo, el sindicalismo libre y la economía mixta.

Su lema era claro: «Justicia social sin dictadura, libertad sin privilegios».

«Lo lógico», decía a menudo Matteo, para el que cualquier otra cosa resultaba absurda. Su mujer había sido monárquica y su cuñada aún era dama de honor de la reina Elena, pero para él la adhesión a los Saboya era, en aquellos días, muy difícil de justificar. Los había dignísimos y valientes, pero ninguno se había bajado públicamente del tren que llevaba al rey al desastre. No lo esperaba, pero, como no podía entender que el resto de sus compatriotas no

lo vieran tan claro como él, se guardaba de expresar sus opiniones fuera de los muros de su palacio, donde era un fiel monárquico y un destacado afiliado del Partido Fascista. Contradictorio quizás, pero muy habitual también.

Los tres hombres formaban una de las células de Justicia y Libertad en Florencia. Creían que la única, pero no estaban seguros, pues el éxito de la organización se basaba en que una célula no conociera a las demás, de forma que, de ser capturada, no pudiese delatar a nadie.

Hasta entonces sus acciones habían sido menores. Los jóvenes repartían panfletos, pegaban carteles y realizaban pequeños sabotajes sin demasiada importancia. Dejaban el periódico de la organización, *Giustizia e Libertà,* en lugares estratégicos. Matteo, que financiaba lo que podía, se exasperaba con su insignificancia, porque estaba seguro de que era imposible acabar con un régimen como el que sufrían con aquellas nimiedades. Al atardecer del día anterior le habían entregado una carta. Como su autora, él también se había hartado. En su cara, los dos jóvenes leyeron aquel ánimo.

—Lo primero que quiero saber es si esto os satisface. Si os llena. Si creéis que lleva a algún sitio. —Los discípulos se miraron—. Tú, Santo, ¿te satisface? ¿Crees que estás cambiando en algo el mundo o tan solo bajando un poco el volumen de la música que no te gusta?

—Yo...

—¿Y tú? Dime, hijo mío: ¿crees que lo que estás haciendo merecerá un lugar en la historia?

—No —dijo Andrea, completamente convencido—, hace tiempo que creo que arriesgamos mucho por muy poco. Nos encerrarían sin dudarlo por repartir cuatro panfletos y cortar algunos cables. Nuestras acciones tienen el mismo efecto que el de una mosca que

espantas con la mano. Molestan, pero no alteran. No vale la pena. No sirve de nada.

—Muy cierto —replicó Matteo—, y ha llegado el momento de decidir. La vida nos hace elegir. Nos obliga a definirnos. A calibrar. ¿Queremos realmente acabar con este régimen?

—Sí —dijo Santo sin dudarlo.

—Sí —confirmó Andrea con el mismo aplomo.

—Esta vez no os arriesgaréis a una detención, sino a la muerte. Porque no vais a sabotear nada material: quiero que acabéis con una vida. Con dos quizás.

—¿Asesinar? —preguntó su hijo, sorprendido.

Matteo se puso de pie y les dio la espalda, mirando hacia su espléndido palacio.

—Sí, y no debe escandalizarte. Se mata mucho y mal. Es una de las calamidades de la historia que se repiten. Se mata a muchos inocentes sin motivo. Yo quiero que matemos poco y bien. Ojalá se hiciera más.

—¿Matar más?

—Con más frecuencia y de manera selectiva. Más veces, a menos personas y mejor elegidas. La humanidad tendría que haber acabado con muchos antes de que actuaran: Lenin, Robespierre, Calígula o Nerón, Herodes, Enrique VIII o Vlad el Empalador. Lo que propongo es que por una vez lo hagamos bien. No me importa demasiado pasar a la posteridad, pero, aunque anónimamente, sí querría dejar algunas cosas solucionadas.

—Explícate —pidió Santo, para quien Matteo era una referencia desde poco después de haberlo conocido.

—Tengo un contacto en las altas esferas, uno con información única y una animadversión al Duce tan grande como la nuestra. Sabe de mi implicación en Justicia y Libertad, aunque no de nuestras

acciones. En cualquier caso, es una fuente muy valiosa de información... Y me ha confirmado que Hitler viene de visita. A Italia. Aquí.

—Nunca hablamos de matar a Hitler..., ¿verdad? —dijo Andrea.

Su padre se giró para mirarlo a los ojos.

—No, aunque le desee la muerte, nuestro objetivo es otro. Pero sería un daño colateral estupendo. Los amigos de nuestros enemigos son nuestros enemigos. A quien quiero matar es a Mussolini y a su régimen, que asfixia poco a poco nuestra libertad. Respecto a eso, creo que se abre una oportunidad. Mi confidente me informa de que se está elaborando un programa para el viaje de Hitler que parece que incluirá una visita a Florencia. También a Roma y a Nápoles. La idea del Gobierno es agasajar al Führer con un recorrido que, además de importantes reuniones, tenga previstas algunas visitas culturales. Es conocida su pasión por el arte.

—No podemos decir lo mismo del Duce. Por lo que sabemos, nunca ha mostrado interés por la pintura ni por la escultura... —intervino Andrea.

—Mi informador coincide con él habitualmente y, en efecto, sabe que no lo tiene. Por ningún arte, ni los que has nombrado ni ningún otro. No escatimó en descripciones poco enaltecedoras respecto a sus intereses —confirmó su padre con una sonrisa irónica—. Al parecer, es tan zafio como parece.

—Pues esperemos que no sea él quien le explique a Hitler lo que vean, sobre todo si el alemán es un entendido —apuntó Santo. Matteo sonrió.

—Habéis razonado exactamente igual que yo desde que me llegó la información: Hitler va a necesitar un guía, varios tal vez. No tardarán en empezar a buscarlos. Será alguien que estará cerca del líder, hombro con hombro, explicándole los tesoros de nuestro país.

No es nada descabellado pensar que viajen en el mismo coche, comentando lo que vean a su paso. Ese hombre, ese erudito, estará en una situación privilegiada, cerca de los dos dictadores. Entre ellos. Si quisiera, podría cambiar la historia en un instante.

—Implicaría su sacrificio.

—Quizás. Y es de esperar que busquen a alguien que jamás se planteara hacer ningún daño a los dos jerarcas. Lo contrario no sería realista. No obstante, sí es muy posible que escojan a un guía florentino para mostrarle nuestra ciudad. Debemos averiguar quién es. No debería sernos difícil. Cuando lo sepamos, actuaremos en consonancia. Quizás incluso podamos infiltrar a alguien que nos favorezca.

—No conseguirás hacer de un erudito del arte un terrorista, por más dinero que le ofrezcas —le aseguró Andrea.

Matteo se quedó unos segundos en silencio antes de responder. Lo había pensado casi todo.

—Tienes razón, pero puedo utilizarlo de caballo de Troya sin que él lo sepa. En cuanto haya pasado los primeros controles, será fácil que lleve algo encima que podamos utilizar. Que colemos algún artefacto en su equipaje, si lo lleva, o quizás en su indumentaria.

—¿Una bomba? —preguntó Santo, que empezaba a interesarse en serio.

—Sí, algo así. Estoy estudiándolo. Quizás una chaqueta con un explosivo pequeño, pero suficiente para matar al que tenga cerca. Algo que podamos coser al forro, o al cinturón, que pase desapercibido para todos.

—Incluido él —apuntó Andrea.

—Incluido el guía, sí, claro.

—Va a morir.

—Sí, si con ello mueren los que tiene cerca. Al menos Mussolini. Esa es la idea.

—Vamos a matar a un inocente.

—Mataría a más de uno si con ello librara a Europa de lo que la amenaza. Me sacrificaría yo sin dudarlo —afirmó Matteo—, pero aún no tengo claro cómo lo vamos a hacer, así que no saquemos conclusiones. Lo primero que debemos averiguar es quién acompañará a Mussolini y a Hitler. Probablemente sea más de uno, pero su cercanía nos beneficia mucho. Quizás se pueda articular una acción con la complicidad de esa persona y no sea necesario que muera un inocente. Lo que os digo es que va a haber alguien, no un militar, sino un civil, codo con codo con los dos hombres más peligrosos de Europa, y que debemos aprovechar la situación.

Pese a su edad, Andrea era a menudo más realista y menos impulsivo que su padre. El joven comprendía la oportunidad, pero el planteamiento no era tan fácil como suponía.

—No has matado a nadie en tu vida. No sabes hacerlo —le dijo a su padre—. Tu mano temblaría como una hoja al encañonar a tu víctima, que acabaría por no serlo. Tampoco darás una maleta con una bomba a un incauto que morirá sin saberlo, por más que en tu cabeza te resulte lógico, que lo es. Santo y yo quizás pudiéramos disparar, pero planificarlo todo requiere experiencia. No somos terroristas. Somos conspiradores de poca monta, pero tenemos acceso a lugares a los que otros no llegarán nunca y podemos conseguir la información de esta visita a través del guía. Puede que logremos que colabore con nosotros, que, gracias a él, conozcamos los puntos débiles de la seguridad, o que podamos intervenir en el diseño del programa para crear esos puntos débiles, pero no conseguiremos que se inmole por la causa. Nuestro objetivo debe ser localizar al guía y que planifique la visita con nosotros. Si

entramos de su mano, de la nuestra puede hacerlo un profesional. Quizás un francotirador o un experto en venenos o en el arte de matar en cualquiera de sus formas. O quizás tan solo necesitamos que ese profesional nos diga qué hacer. Estamos en un país con personas dedicadas a eso desde generaciones.

Una idea cruzó la cabeza de todos. Matteo y Andrea miraron a Santo, pero solo el primero se atrevió a pedirle que materializara el pensamiento que sobrevolaba la conversación.

—Tal vez haya llegado el momento de retomar el contacto con tu padre. Por una vez, tu familia puede obrar algo bueno —le dijo Andrea.

—Mi familia —musitó él—. Es precisamente de ellos de quien he tratado de apartarme toda la vida —dijo Santo, sabiendo bien lo que le pedían.

—Odian al Duce tanto como nosotros y están acostumbrados a ser expeditivos —intervino Matteo—. Ha llegado el momento de que se impliquen en su final. Sabes bien que conocen técnicas, gentes y materiales, y que pueden sacar partido a todo lo que nosotros averigüemos. Les abriremos la puerta... y ellos actuarán.

—Ya lo hacen. El poder de Mussolini languidece cuando se acerca al sur. Su visita a Sicilia fue un completo desastre. Puedes estar seguro de que el que quiera acabar con el Duce terminará por contar con...

—La Cosa Nostra —acabó Matteo.

—Sí, con mi familia —replicó Santo, cabizbajo.

—Ve a verlos. Sabrán cómo actuar, quizás quieran implicarse. Tan solo haz eso. Sabrán cómo seguir. Justicia y Libertad resulta demasiado... idealista, poco experimentado para lo que nos ocupa. Pregunta a tu padre. Aunque no quiera participar, nos orientará.

—Si se lo pido yo, no tengo ninguna duda de que lo hará. Tanto por acabar con su enemigo como por implicarme a mí en lo que precisamente hizo que me apartara de él.

—Tu madre hizo bien trayéndote aquí. Eres una persona limpia, honesta. Un ciudadano de bien.

—Pero parece que tendré que ensuciarme al final.

Andrea y Matteo lo miraron en silencio. Ellos, que habían sido la vía de escape de Santo a una vida destinada a la violencia, la extorsión y la muerte, le pedían que volviera al lugar del que había escapado. Y lo peor era que Santo sentía que no tenía opción.

—Iré a Sicilia —dijo al fin, sabiendo que no había nada que pudiera hacer.

Matteo sonrió, se acercó a él y le puso las manos en los hombros.

—Te conozco bien. Eres mejor que ellos. No temas. Que ocasionalmente nos asociemos con la mafia siciliana no nos convierte en mafiosos. También las águilas reales comen carroña cuando no hay más remedio.

—Aunque vean a los buitres alimentarse de ella siempre.

—Eso es. Un águila real es un águila real. Tú eres tú.

—Recordaré eso —dijo Santo.

—Adelante entonces —replicó Matteo.

Se miraron los unos a los otros, convencidos de la importancia del paso que iban a dar.

La historia decidiría si la justicia y la libertad llegarían de su mano.

Jamás habrían imaginado que pudieran llegar de la mano de la Cosa Nostra.

10

JUAN REZOLA

Enamorarse de Flavia Viel. Ser abandonado por Flavia Viel.
Ir a Italia en su busca.
Ser abandonado de nuevo.
Instalarse en Italia huyendo de la guerra española.
Ser reclamado por Flavia Viel para que lo ayudara en una arriesgada misión.

«Flavia», se repitió Juan Rezola en la cabeza tras repasar una vez más los hitos de su vida durante los últimos dos años. Aquel nombre se repetía como un mantra. Hacía dos años que la italiana guiaba sus pasos sin que él pudiera resistirse. Desde que se habían conocido en el verano de 1935 hasta aquel día de agosto de 1937.

Con el corazón roto y la cabeza hecha un lío, llegó a Florencia entre el sofocante calor del verano, nuevamente por voluntad de Flavia Viel. El sol tostaba las calles y, como siempre, las multitudes las hacían incómodas de transitar, lo que no ayudó en nada a que su humor mejorara. En su casita del golfo de Trieste, los pinos atenuaban el clima, y siempre podía lanzarse al agua si la temperatura subía demasiado, pero Florencia era otra cosa. Cuando uno piensa en los bonitos parques que la rodean, no recuerda que en el interior de la ciudad los árboles son escasos y que, cuando aparecen, rara vez lo hacen fuera de los jardines privados de los palacios renacentistas. En la calle todo es severo, duro y caluroso. Magnífico, sin duda, pero no para Juan, que se acaloraba con

facilidad y sudaba mucho más de lo que habría tolerado cualquier otro. Lapsus, su labrador negro, tampoco parecía demasiado contento, a pesar de que siempre lo estaba si lo tenía cerca.

Flavia había mandado a un sacerdote amigo suyo a reclamar la ayuda de Juan desde su retiro en Trieste y, aunque este había tratado de resistirse, había acabado por aceptar. No verbal, pero sí tácitamente, pues estaba en Florencia, donde lo reclamaban. Sí, había aceptado el trabajo, pero antes exigió ver a Flavia. Quería verla avergonzarse y disculparse. Quería, en definitiva, castigarla, y que ella lo necesitara era una suerte del destino que no estaba dispuesto a desaprovechar.

La última vez que se habían visto, Flavia le había roto el corazón. Lo siguiente que supo de ella era que necesitaba ayuda. Las cosas no funcionaban así.

A unos metros, distinguió la figura negra del padre Orso. La misma que había aparecido hacía unos meses en la cala de Trieste en la que se había recluido. Su imagen ya formaba parte de las que nunca se borrarían de su memoria.

Desde hacía poco más de un año, era un extranjero en Italia. Uno que había llegado en busca del amor y se había quedado por la guerra. Resultaba irónico. El desenlace de su relación con Flavia y el inicio de la Guerra Civil en su país lo habían anclado a una pequeña casita de la costa, parecida a la suya en algunas cosas, pero que no conseguía del todo evitar su añoranza. No era momento de volver a España, pero volvería.

En Trieste trataba de convencerse de que estaba donde quería y, sobre todo, con quien quería, es decir, solo con su labrador negro. Lo había llamado Lapsus porque lo había adoptado en un lapsus de

su fría mente cuando se lo ofrecieron, pequeño, peludo y dormido, en el jardín de la villa palladiana de uno de sus clientes.

Le gustaba estar solo, y su primer año en Italia se estaba pareciendo lo suficiente a sus últimos años en España. El plan era seguir así. Pero, aunque Juan no hacía planes con nadie, Flavia tenía uno que lo implicaba a él.

Había pasado un mes desde el 8 de julio de 1937, que recordaba como un mal día. Volvía con el motor de su barca casi al ralentí, con el sol en la cara, la piel salada, la botella vacía y el mar tornándose rápidamente plano como un plato cuando Lapsus se levantó, avanzó hasta la proa y ladró un par de veces a la novedad que aparecía cerca del cabo de los Ángeles.

Sobre la roca, mirándolo como si le estuviera esperando, un hombre vestido de negro permanecía en pie. Hacía meses que nadie visitaba la cala y la presencia de aquel desconocido no le gustó.

Llego a la playa, fondeó, paró el motor e inmediatamente el zumbido de las cigarras lo llenó todo. Miró hacia las rocas, deseando que la figura extraña hubiese desaparecido, y se alegró al no verla. Se tiró al agua seguido de su labrador y nadó hasta la playa. Desde allí enfiló las escaleras de su casa.

La había localizado la misma semana en la que decidió olvidar a Flavia y recordar su país desde la lejanía. Hizo una oferta sin saber si era lo correcto, casi como una huida hacia delante, con la misma ilusión por que los propietarios la aceptaran o la rechazaran. Habían aceptado.

En los meses que llevaba allí, a pesar de su decisión impulsiva, no se había arrepentido. La casa estaba a tan solo unos metros del agua, un poco en alto, enraizada entre pinos, resguardada del viento por la colina que llamaban el Salvador y del mar violento por las rocas que cerraban la bahía. Cuadrada, de una planta y techos altos,

su teja vidriada verde se camuflaba entre los pinos. Las ventanas se abrían a la cala, y el olor a salitre, a pinaza y a resina se mezclaban como en ningún lugar que hubiera conocido. Tenía una gran terraza de grava desde la que se dominaba el mar, y un pequeño muelle y un mirador redondo, en el que había instalado su caballete de pintor. En invierno, una chimenea desproporcionada calentaba la casa rápidamente y ofrecía un sonido que era la mejor música para las historias que se acumulaban en su amplia biblioteca.

Juan Rezola se levantaba tarde, pintaba, salía (o no) a navegar en su barca, comía, dormía, leía, cenaba y se iba a dormir tarde, a menudo tras un último baño en el mar. Resignadamente satisfecho de estar solo.

Por eso aquellos golpes en la puerta lo molestaron. Lapsus volvió a ladrar, aunque Juan supo que era de ilusión.

—Perro traidor —le dijo, observando su rabo moverse de lado a lado mientras ambos se dirigían a la puerta.

Se abrochó la camisa y abrió sin ninguna intención de parecer amable, pero en su puerta encontró la sonrisa de alguien dispuesto a lo contrario.

Era del tipo de personas que caminaban por el borde del sobrepeso sin caer del todo en él. Sonrosado, con pelo escaso y negro que cubría con un sombrero indefinible y vestido completamente de oscuro. Apolillado y demasiado abrigado para aquel día de calor.

—¿Qué desea? —preguntó Juan, directo. Lapsus se puso a dos patas e intentó lamerle la cara. Juan lo miró con odio.

—Oh, oh... —dijo el desconocido, acariciando al labrador mientras trataba de quitárselo de encima—. *Cucciolo, cucciolo* —repetía.

Cogió a Lapsus del collar y lo acercó a él. El desconocido comprendió que debía presentarse.

—Soy el padre Alberto Orso, vengo de Roma. ¿Es usted el señor Rezola?

—Lo soy —respondió Juan.

—¿Puedo pasar?

—No —replicó al instante—, ¿qué es lo que quiere?

—Traigo un mensaje de una amiga suya. De Flavia. Flavia Viel.

Juan miró al hombre de arriba abajo y, sin disimular cordialidad, le dijo:

—Váyase. No conozco a nadie con ese nombre. —Y cerró la puerta en sus narices.

Era tarde. Tarde para Flavia.

Juan quiso creer que con el portazo en la cara del padre Orso el hombre habría desaparecido. No hizo falta que hiciera caso a la lógica para saber que alguien que había llegado a su puerta en una cala remota de la costa de Trieste no se rendiría tan fácilmente, pues la prueba de su persistencia se veía a través de la ventana. Sentado en un poyete, de espaldas a él, mirando al mar, el hombre parecía dispuesto a envejecer donde estaba, ejerciendo una resistencia silenciosa imposible de vencer.

No, el padre Orso no se iba a ir.

Se sirvió una copa de vino y salió a su encuentro. El sonido de sus pasos sobre la grava alertó al sacerdote, que se giró hacia él. Sonrió sin malicia y, sabiendo de su triunfo, decidió celebrarlo.

—Yo también tomaré una copa —dijo al verlo.

—Traeré la botella —replicó Juan, malhumorado.

Hizo lo acordado y se sentó junto al cura, también mirando al mar, que plateaba al reflejo de la luna.

—Así que Flavia, eh. —Juan había intentado olvidar ese nombre.

—Me dijo que reaccionaría así.

—Sabe que no merece otra cosa.

—Espera merecer su ayuda. En situaciones como las actuales, cualquier rencilla se queda en nada. Ya habrá tiempo para que hablen sobre lo que fuera que los enemistara.

—No me enemisté.

—Decidió olvidarla.

—Eso sí.

—La señora Leone necesita su ayuda. Su familia tiene problemas con el Duce. Bueno, quizás no exactamente con él..., pero sí con sus leyes, con su Gobierno.

—Ese Mussolini. —Juan suspiró—. A mucha gente le gusta ese hombre por aquí. Yo trato de olvidar a todos los que se presentan como un mesías.

—Solo hay uno.

—No para Flavia.

—También para ella, pero que no es el mismo que para nosotros.

—Los judíos siempre llevando la contraria.

—Eso mismo piensa Mussolini.

—No me compare con él.

—Ha sido usted quien lo ha hecho. Pero no vengo a juzgarlo. Eso queda en manos de Dios.

—Usted es un sacerdote...

—Católico.

—Amigo de una judía.

—Mucho. Desde hace muchos años. Los Viel llevan siglos instalados en San Raffaello, en los Abruzos, de donde yo procedo. Flavia y yo somos amigos desde la infancia. A nadie le importaba entonces que fueran judíos y a mí tampoco me importa hoy. Los Viel siempre han sido muy respetados, pero parece que los tiempos que se acercan no son buenos para ellos.

—No sé nada de eso.

—El Gobierno del Duce mira al del Führer. Eso crea inseguridad a los judíos. Los previsores han iniciado la diáspora, pero muchos se están resistiendo a hacerlo aún. Es mucho lo que los une a Italia.

—Flavia no se irá.

—No. No aún, no sin antes haberse asegurado de que algo de su legado familiar se va con ella.

—Jamás habría dicho que fuera una mujer con apego a las cosas materiales.

—No lo es. Pero tampoco está dispuesta a ceder sus bienes sin resistencia.

—¿Tanto es?

—Sí, mucho más de lo que imagina. Los Viel son una de las familias más prominentes del país, lo han sido durante muchos siglos. Sus propiedades se expanden por toda la península: un palacio en el Gran Canal de Venecia, una finca vinícola en la Toscana, una buena mansión junto al palacio de los Colonna en Roma..., y el castillo de Faggio, en San Raffaello, donde viven.

—No va a resultar fácil llevarse eso.

—No, pero sí algo de su interior. El padre de Flavia hace algunos meses que dejó bienes en el extranjero, en Francia y en Suiza. También compró una bonita villa en Lausana. Su marido también ha sacado parte de sus bienes.

—Su marido —repitió Juan con tono agrio.

—Sí, el señor Leone. —En este punto, el sacerdote remató su copa de vino y suspiró antes de continuar—. Usted sabe que los sacerdotes somos depositarios de muchos secretos y especialistas en guardarlos. Es una de las misiones que nos fue encomendada.

—Por supuesto.

—Los buenos sacerdotes guardamos los secretos de cualquiera que nos los entrega, incluso si no son fieles y..., bueno, debe saber

que Flavia me habló de usted, así que digamos que sé alguno de los secretos que ella descubrió.

—Lo que me faltaba.

Hasta conocer a Flavia, solo su socio sabía la identidad del falsificador de cuadros más importante de Europa, es decir, él. Gracias a la italiana, ya había dos personas más.

—No se enfade. Necesitaba saberlo si me iba a encomendar la misión que me ha traído hasta este rincón de Italia. —Juan lo miró. Era difícil enfadarse con alguien que no tenía la culpa de nada—. Sé a lo que se dedica.

—Me dedico a muchas cosas —respondió Juan, seguro de saber a lo que se refería.

—Sé lo que le proporciona su cómoda vida.

—Entonces sabe demasiado.

—También sé lo que pasó con Flavia.

Juan respiró profundamente...

—Qué demonios, fue solo un verano, en España. Lo que era entonces y lo que soy ahora son cosas distintas.

—Un verano puede cambiarlo todo... —opinó Orso—, pero los españoles nunca cambian y lo necesitamos en Florencia. Flavia lo necesita. Déjeme explicarle.

Juan obedeció. Permaneció en silencio mientras el sacerdote empezaba a detallar el plan más arriesgado, audaz y, de entrada, innecesario que jamás le habían planteado. Uno dictado por el corazón en vez de por la cabeza.

Un Botticelli, un dictador y un expolio. Un cambio imposible. Un palacio florentino.

Y frente a todo, la mujer a la que no había conseguido olvidar.

Un mes después, tras llegar a la ciudad de los Medici, se acercó en su coche al Ponte Vecchio a la hora señalada. Allí, con la misma expresión satisfecha y la sotana negra con la que lo había conocido, lo esperaba el padre Orso.

Juan sentía cierta simpatía por él. Al verlo, el sacerdote lo saludó y se acercó a paso ligero, subió al asiento de copiloto sin preguntar e hizo que Lapsus se tuviera que colocar incómodamente entre sus piernas.

—Vaya hacia allí —le indicó con la mano mientras achuchaba al perro. —Juan obedeció—. Es maravilloso que esté aquí, y su perrito también. Su alojamiento ya está listo. Me he ocupado yo mismo de que esté muy cómodo y de que cuente con espacio suficiente. No hay razón para que uno esté mal si puede estar bien; al fin y al cabo, usted no ha hecho voto de pobreza.

—¿Lo cumple usted?

—No, lo cierto es que no. Me alojo en el Palazzo Ruspoli. —Sonrió —. Es una suerte que los católicos prósperos sean numerosos en esta ciudad.

—Una suerte, sin duda —dijo Juan. Miró a Orso y cruzó una sonrisa con él, que acercaba la cara al labrador acariciándolo con las manos.

—Gire por ahí —le indicó, levantando la cabeza.

Accedieron a una calle de un solo carril, jalonada de edificios dispares, y Juan detuvo el coche donde el sacerdote le indicó. Orso descendió, abrió el portón de un local y le pidió que metiera el Bugatti, cerrando de nuevo luego. Juan miró alrededor de aquel garaje estrecho y pequeño, y deseó que su alojamiento fuera mejor que el de su coche.

—Es por aquí —le informó el sacerdote mientras abría una portezuela que le había pasado inadvertida a Juan y subían por una

escalera estrecha.

A medida que ascendían, la luz se aclaraba. Cuando la escalera acabó, Juan se encontró en un ático grande, abuhardillado en algunos puntos, totalmente vacío, con una cama en un lado y un gran ventanal en el otro, al que se enfrentaba una mesa de caballetes de varios metros de largo. Las paredes mostraban en algunos lugares frisos y figuras desvaídas. Centrada en medio de la nada, sobre el suelo de barro cocido, una bañera de patas parecía desubicada. En una esquina adivinó lo que faltaba del cuarto de baño. El padre giró sobre sí mismo extendiendo los brazos.

—Creo que estará bien aquí.

—Es...

—Es perfecto —lo interrumpió—. Nadie lo molestará. La escalera sube directa hasta arriba. Solo hasta arriba. Asómese. Puede bajar a su perrito al patio si quiere.

Juan obedeció acercándose a la ventana. A un lado se perfilaba un techo alargado; al otro, un palacio con un gran jardín, con cipreses y tilos y una buena extensión de hierba sobre la que había macetones de terracota con limoneros. Un patio grande se adivinaba un poco más adelante.

—A la derecha tiene la iglesia de San Giovannino dei Cavalieri. El palacio de la izquierda es el Pandolfini, la residencia del conde y, lo más importante, el lugar de entrega del Botticelli de los Viel.

—¿Cómo sabe todo eso?

—El conde se lo contó a un sacerdote de mi congregación. Está horrorizado con la idea de que Hitler pise su propiedad, pero, como es obvio, no ha podido negarse. La calle de abajo, Via San Gallo, es perfecta para que el Führer acceda sin problemas y pueda luego partir sin pasar por el centro de la ciudad.

—Con el cuadro falso.

—Eso es. El que usted pintará.

—Conoce mis exigencias. No he decidido nada aún —mintió.

—Flavia vendrá a visitarlo esta tarde. Compré todo lo que me indicó. Lo tiene sobre la mesa. Me costó encontrar cuadros antiguos y no ha sido nada barato, pero espero que le satisfagan.

—¿Son de la misma medida que el Botticelli?

—Exacta. Me ocupé de ajustarlos.

—Bien. ¿Y el marco?

—Un artesano está en ello. Por fortuna, tiene el mismo dibujo que otro de los cuadros de la colección Viel, así que lo podemos copiar con exactitud... —Sonrió, cambiando de tema—. Le dejo. Puede dar una vuelta. —Se acercó a Lapsus para arrodillarse, cogerle la cabeza y acariciarlo—. Perrito bueno —dijo antes de levantarse—. A menudo paseo por los jardines de Boboli, así que me lo puedo llevar si lo desea. Se lo pasará bien. Quizás haya una buena italiana para él.

—Prefiero a las españolas —bromeó Juan, irónico—. Deje al pobre animal.

—Ah, sí, las españolas... Siempre lo paso bien cuando voy allí —comentó el cura sin importarle lo que Juan interpretara.

Luego sacó una llave de gran tamaño del bolsillo de su sotana y la dejó sobre la mesa, le sonrió, acarició un poco más a Lapsus y volvió por donde habían llegado.

11

ANETTA CALDERONE

Juan Rezola observó al padre Orso partir sin poder evitar una sonrisa.

Ordenó sus cosas y comprobó lo que el sacerdote había comprado. Todo era perfecto, como suponía de un hombre que se adivinaba eficiente, y, al recorrer con la mirada el espacio, también se mostró satisfecho: el ático era grande, luminoso y con solera, como le gustaban las cosas. Se desvistió y llenó la bañera.

Su carácter siempre había sido igual. Había estudiado en un colegio normal las cosas normales, pero perdía la atención fácilmente y no todo le interesaba. Si algo lo hacía, bebía de ello; si no, lo descartaba rápidamente. Desde muy niño, disfrutaba en los museos y podía pasar horas mirando la misma obra, examinando cada detalle. En el comedor de la casa de sus abuelos, en Barcelona, había algunos cuadros de la escuela de Olot, un Vayreda que mostraba una charca campestre en la que las vacas bebían, y tres paisajes de Modesto Urgell más oscuros, pero que también le llamaban la atención. A menudo se lo encontraban mirándolos.

Con doce años, su madre lo apuntó a un estudio de dibujo y pintura, en el que rápidamente destacó. Copiaba como una cámara fotográfica. A los quince, escaso de dinero y de escrúpulos, reprodujo el Vayreda de sus abuelos y lo cambió, vendiendo por medio de su profesor de pintura el original en una subasta. Desde

entonces la copia decoraba el comedor familiar. Nadie se dio cuenta, lo cual encendió la mecha de lo que sería su ocupación. Pero la prueba de fuego llegó más tarde, cuando, en vez de vender un original, vendió una falsificación, un retrato de una aristócrata que firmó con la pulcra letra de Madrazo. Tampoco entonces nadie reparó en el engaño.

Su profesor dejó un trabajo honesto y mal pagado por otro deshonesto pero muy lucrativo. Dejó también sus maneras bohemias para convertirse en un afamado marchante. Uno que mercadeaba con muchas obras auténticas y con todas las imitaciones de Juan, que se esmeró en estudiar la técnica de los falsificadores: el uso de pigmentos y telas antiguas, la historia detallada de cada uno de los artistas a imitar, sus manías y virtudes.

«Sí, organizamos una buena», se dijo Juan Rezola mientras se sumergía lentamente en la bañera. Era un delincuente y, sin embargo, nunca se había sentido mal. Es decir, nunca hasta que Flavia lo había descubierto.

Llevaba diez minutos en remojo cuando escuchó unos pasos que ascendían la escalera. No le dio tiempo a salir de la bañera antes de que el inesperado invitado apareciera en el umbral de la puerta.

Esperaba ver a Flavia, pero, en vez de ella, una mujer bajita, de alrededor de sesenta años, con el pelo oscuro recogido en un moño alto y grandes lentes entró en la estancia. No podía medir más de metro cincuenta ni pesar más de cincuenta kilos, pero, a pesar de ser la persona más flaca y menuda de cuantas se hubieran cruzado con Juan, parecía cargada de energía. También cargaba un cubo con dos palos.

La mujer no resultaba en nada amenazante, pero Juan se molestó por la sorpresa. Ella, en cambio, le sonrió, dejó el cubo en el suelo y se acercó rápidamente.

—*Buongiorno, Buongiorno* —le dijo en un italiano empalagoso que no le pegaba nada—. Soy Anetta Calderone. Me manda la señora Leone. Flavia Viel... de Leone. Yo lo atenderé. Limpiaré y le dejaré algo de comida. Este piso fabrica polvo. Hace bien en bañarse —le dijo mientras se colocaba junto a él, mirándolo desde arriba.

Instintivamente, Juan se tapó la entrepierna con las manos, pero ella le tendió la suya para saludarlo. Él no se movió.

—Oh, por favor, ahí no tiene nada que no haya visto ya. —Rio. Juan no se inmutó—. Bueno, da lo mismo. Le cambiaré las sábanas. Los ratones las han usado mucho estos últimos meses y..., bueno, son monos, pero supongo que preferirá no compartirlas con ellos. Luego fregaré. Siga sumergido, haga como que no estoy aquí. —Lo miró de nuevo y recorrió indisimuladamente el cuerpo del español de arriba abajo. Luego se fijó en el labrador.

—Oh, no. Un peludo. Uno de los que dejan pelos. No debería tenerlo aquí. Es imposible limpiar. Esto sí que no lo esperaba. ¿Es realmente necesario?

Juan salió de su sorpresa para defender a su mejor amigo.

—Completamente necesario.

—Así que es usted español —sonrió ella cambiando de actitud—. Ese acento... Se nota, no porque hable mal el italiano, sino porque su acento no es de ninguno de los lugares del país.

—Nadie me dijo que vendría usted.

—Aah, mi amigo, por eso siempre digo que lo único que vale en la vida son los hechos. No se lo dijeron y, sin embargo, aquí me tiene. Soy limpia y discreta, y la señora Leone ya me ha pagado, así que haré lo acordado. Vendré cada día, más o menos a esta hora si no tiene inconveniente. —Se detuvo un instante—. Lo cierto es que, si lo tiene, se aguantará, porque vendré de todas formas. Soy buena

cocinera, le traeré cosas buenas. Me gusta comer y a usted también le gustará lo que cocino.

—Pero nadie me dijo...

—Deje de decir eso. Aquí estoy. Se lo digo yo. Me han pagado, así que no hay nada que pueda hacer más que irse si no quiere verme, porque no faltaré al compromiso. Nunca lo hago. Además, ya me he gastado el dinero que me pagó la señora Leone, así que no se lo podría devolver aunque quisiera. Nunca la he fallado y no la fallaré ahora. La conozco desde que nació y..., bueno, cuando abandonó el castillo de Faggio para venir aquí, me vine con ella.

—Es de su confianza.

—Es mi hermana pequeña, mi hija, mi amiga y mi jefa. Todo en uno. Y la villa de Poggio Imperiale llevaba años cerrada, así que hizo bien en traerme. La mitad del polvo que fabrica este piso se acumulaba en los salones de la señora Leone.

—Entonces, ¿Flavia tiene casa en Florencia?

—En el barrio de Poggio Imperiale, el mejor, pero es de su marido, el señor Leone... —Pensó un instante—. Aunque, claro, ahora es suya también.

—Entiendo.

—La señora Leone no debería estar aquí. Toda su familia está ya en Suiza y ella debería haber viajado con ellos, pero por alguna razón no lo ha hecho. ¿Usted sabe por qué?

—No tengo la menor idea.

—Miente.

—Parece usted muy segura.

—No me cabe ninguna duda.

—Pues se equivoca.

—No lo hago, y acabaré por saber qué es lo que traman. Acabaré por ser yo la que ponga orden. Llevo haciéndolo toda la vida con la

señorita. Incluso cuando se enamoró de ese...

Juan quiso hundir la cabeza bajo el agua.

—No me diga que es usted.

—¿Quién?

—El español. Es usted. ¿Ha venido aquí para estar con la señora?

—He venido porque ella me lo ha pedido.

—Eso no parece decente.

—Le aseguro que lo es. Muy decente. —«Peligroso, quizás ilegal, pero decente», quiso añadir—. Flavia es la última persona a la que deseo conquistar.

—No le creo. No se lo cree ni usted mismo, pero, bueno, ya veremos, vaya con ojo. La señora Flavia está casada. No puede irse con un cualquiera.

—Le agradezco el cumplido —replicó él, irónico, apoyando los brazos en el borde de la bañera de manera inconsciente y dejando, ahora sí, incluso sus partes más íntimas a la vista.

—Bueno, lo vigilaré. A usted y a la señora Flavia. La protegeré. Además... —dijo mirándolo por primera vez completamente desnudo —, tampoco hay nada demasiado extraordinario por aquí. —Juan se volvió a tapar. Ella sonrió—. Me está usted entreteniendo y tengo cosas que hacer. Haga lo que deba, haga como si yo no estuviera aquí. Yo haré lo mismo. No me interesa usted nada.

Juan ahogó una carcajada y vio a la mujer alejarse hasta una esquina, ajustarse el delantal y empezar a limpiar. Le había dicho que no se daría cuenta de que estaba allí, pero, aunque no hablaran, ella no dejaba de hacerlo consigo misma, como si no supiera mantener sus pensamientos dentro de la cabeza y tuviera que expresarlos.

—Poca cosa el chico este. Guapo sí, pero tampoco hay para tanto. Y mentiroso, cree que no me he dado cuenta. Bastante ordenado,

aunque el orden se demuestra con el tiempo. No me gusta. No, no, no. Uy, cuánto polvo. Maldito centro. Aquí no se puede vivir. Aunque qué bonita vista. Uy, eso es un gorrión. Me gustan. Está delgadísimo, este chico no come —la escuchó decir mientras trabajaba.

Él salió de la bañera, se anudó la toalla a la cintura y se cambió discretamente en una esquina, seguro de que Anetta lo estaría fiscalizando.

—Poca cosa. Poca cosa —le pareció escuchar.

12

LA SOCIEDAD HONORABLE

A Santo Testa no le hizo falta ninguna indicación para llegar sin pérdida a Misilmeri, el pequeño pueblo encajado entre colinas al sureste de Palermo en el que había nacido, crecido y del que había huido. Pese a que todo hubiera cambiado por dentro, Sicilia seguía igual por fuera, y Misilmeri no era una excepción.

Decían que la Cosa Nostra había muerto y, aunque era muy cierto que el fascismo había bajado hasta el fango para revolcarse con ella y atestarle un golpe enorme, Santo sabía muy bien que hacía falta mucho más para acabar con las familias que dominaban la isla desde hacía tanto tiempo. Quizás estuvieran agazapadas, momentáneamente en silencio, pero en ningún caso muertas.

No.

Tras su visita a la isla y la orquestada sucesión de desplantes que había recibido por parte de los caciques del lugar, Mussolini se había hartado y había dado alas, armas y vía libre a las fuerzas del orden para que actuaran. Desde entonces una sucesión de malos años había caído como la peste sobre la mafia siciliana. Por primera vez desde Roma habían logrado buenos resultados. El prefecto Cesare Mori había conseguido que muchos miembros de la Cosa Nostra se atemorizaran, que algunos de los más importantes emigraran o que a jóvenes como Santo sus padres los alejaran de Sicilia. Mori había utilizado las técnicas de sus enemigos: crueles, teatrales y exentas

de diplomacia. El prefecto habría sido un excelente mafioso, pero, por desgracia para la organización, jugaba en el equipo contrario.

En cualquier caso, se equivocaban los que pensaban que el partido había acabado. El equipo contrario se había replegado con más ganas que nunca de acabar con Mussolini, el prefecto Mori y todos los que habían osado plantarles cara. El panlatinismo no iba con ellos. El fascismo, menos aún.

Nadie habría dicho que la localidad de Misilmeri fuera especialmente bella ni merecedora de una visita prolongada, habida cuenta de las maravillas que salpicaban la isla. Ni siquiera su emplazamiento era en nada destacable, rodeado de colinas y de campos de cítricos y cereales. No obstante, Santo sonrió al ver lo que se ocultaba al ojo de los foráneos. Misilmeri era su casa y, como una mala hierba que, aunque arrancada, brota una y otra vez, mientras observaba el paisaje que dejaba atrás el autobús, el sentimiento puramente siciliano de su carácter volvió a su interior. Se apeó frente a la iglesia de San Giovanni y giró para observar la de Sant' Antonio, las casas color arena y la fuente de la que había bebido tantas veces, imagen de su infancia. Por unos minutos respiró tranquilo y olvidó las circunstancias que lo habían hecho salir de su tierra, las mismas que siete años después lo habían hecho volver. Aunque se empeñara en lo contrario, había nacido siciliano y moriría siciliano.

Eran las tres de la tarde y el pueblo estaba en silencio, quemado por el sol y vacío, aunque, como siempre, uno se sabía observado entre fraileras y rendijas. Aquel letargo nunca estaba exento de cierta tensión, de fragilidad. Se había roto repentinamente demasiadas veces como para que uno se lo tomara demasiado en serio. Cualquier siciliano sabía que tarde o temprano se desataba la tormenta, para volver a la calma después, como en un ciclo infinito.

Santo enfiló cuesta arriba y anduvo hasta que las últimas casas del pueblo desaparecieron y la calle desembocó en un camino de tierra jalonado de muros de piedra seca. Poco después llegó a la cancela que recordaba bien. Abierta, con el mismo gozne roto que hacía que uno de sus lados se apoyara torcido en el suelo. Nadie la arreglaría nunca. Sobre su cabeza, por encima de los barrotes, un arco de hierro igualmente oxidado sostenía una T rodeada de laureles. *«Baglio* Testa», se dijo. «Finca Testa». Sonrió vencido y siguió antes de que a su espalda una voz lo asaltara.

—Yo que tú no daría ni un paso más si no quieres que sea el último —escuchó sin miedo. Sin girarse, respondió a quien había reconocido.

—Deja eso, Marcello. Parece mentira que no hayas disparado a más amigos con la vista de topo que manejas.

Solo unos segundos de silencio precedieron al cambio de tono.

—¡Santo! ¡Oh, Santo! ¡Has vuelto! Se te ha puesto el culo gordo, como a los del norte. Nadie te hubiera reconocido. ¡Culo gordo y aspecto blando!

Santo se giró. Frente a él, andando a zancadas, feliz, con la barba descuidada, boina, ojos pequeños y cuerpo redondeado cruzado por la bandolera de su escopeta, Marcello Manfredi se acercaba a él abriendo los brazos. Podía ser temible con los demás, pero se hubiese dejado matar por cualquier miembro de la familia Testa.

Se abrazaron con fuerza y su olor a sudor, tierra, algarroba y res en un instante devolvió a Santo a su infancia. Llevaba unas horas en Sicilia y el día avanzaba entre regresiones. Aún lo esperaban las de mayor importancia.

Marcello le pasó el brazo por el hombro y no le dejó hablar hasta que, tras unos minutos de paseo, la casona de la familia Testa apareció ante la pareja.

Pese a que cada uno de los años desde que se había reformado a principios del siglo XIX había dejado su huella en el edificio, a Santo le pareció que estaba igual que siempre. Tres pisos de pintura desconchada color ocre, presididos por una escalera central que llegaba a la gran terraza de balustres abotellados, donde se situaba la entrada, en el primer piso y asentada sobre los arcos de la planta baja. Macetas en cada escalón, algunas con hierbas, otras con geranios. La estatua de un ángel sin brazos en la crujía del techo a dos aguas. Barroca solidez siciliana a prueba del tiempo, todo con la belleza dejada pero presente del que tiene cosas mejores que hacer y está por encima de lo que piensen los demás. Bajo los arcos de la planta baja, tres hombres dormitaban a la sombra.

—Ah..., no hay nada como volver a casa, ¿no es así, Santo?

—Nada —replicó él, sin estar seguro de que aquel pensamiento fuera positivo.

Subió la escalinata exterior y, cruzando la terraza, se acercó a la puerta principal, donde otro hombre dormitaba con una escopeta colgada del respaldo de la silla. Al verlo, se recompuso un poco y se tocó la gorra para saludarlo. Santo no lo conocía, pero supuso que había reconocido las facciones de su padre en él.

Entró en la casa, que mantenía el ambiente de siempre, con la luz atenuada por las cortinas, el polvo flotando en el aire y el olor a comida de una casa señorial y provinciana a la vez. Cruzó la planta inferior para salir al emparrado donde su madre pasaba las horas. La encontró donde siempre, sentada en su mecedora, que movía hacia adelante y atrás lentamente, mirando al horizonte. La señora Testa podía permanecer durante horas en silencio, contemplando sus tierras, sin hacer nada más que pensar en sus cosas, sin aburrirse jamás. El resto del tiempo lo pasaba ordenando o cocinando con las hermanas Olivieri, que llevaban años a cargo de la cocina del *baglio.*

Tuvo dos hijos con el padre de Santo. Cuando el mayor murió con solo dieciocho años en una de las acciones del prefecto Mori contra la organización, Julia había hecho dos cosas: la primera, enviar a Santo a Florencia para que viviera bajo la protección de los Maratti; la segunda, dejar de hablar a su marido.

Se acercó a ella y se inclinó para saludarla. Ella se sorprendió, sonrió y se puso seria en tan solo unos segundos. Julia era mujer de sentimientos controlados, rencores irreductibles, memoria prodigiosa y lealtad a prueba de todo. Santo sabía que su madre lo quería lo más lejos posible de Sicilia.

—No deberías estar aquí —fue lo primero que le dijo.

—No me quedaré mucho.

—Estás muy guapo. Menos...

—¿Siciliano?

—Bueno. Estás hecho del mismo cuero, solo que limpio y afinado. Están siendo años duros por aquí.

—¿Mori?

—Sí, claro.

—Pensé que os había dejado en paz.

—El maldito prefecto. Ya sabes la desgracia que trajo. Nos cambió la vida. Debimos habernos ido, pero somos de aquí. No sabría andar por otra tierra que no fuera esta. Soy más siciliana que la catedral de Monreale. Pero tú tienes escapatoria. No deberías estar aquí. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no te has quedado en Florencia con los Maratti?

—Son ellos los que me han pedido que venga. Necesitan la ayuda de papá.

—Están locos.

—No, es tan solo que tienen algo entre manos que no saben cómo solucionar.

—Están locos.

—Mamá.

—No. Si los Maratti piden ayuda a tu padre, deben saber que no será gratis. La Sociedad Honorable no hace favores.

Así llamaban las familias implicadas a lo que en el resto del mundo se conocía por Cosa Nostra. Era cierto que el honor era clave para pertenecer a ella, pero el honor de la mafia era un comportamiento cuyos márgenes marcaba la misma organización.

—Creo que, en este caso en concreto, no tienen de qué preocuparse.

—Entonces será porque tu padre ganará lo mismo que ellos. Si cree que ellos ganarán más, les hará pagar la diferencia. Sabe cómo hacerlo y no olvida nunca, ya lo conoces.

—Lo sé.

—Morirá matando. No ha vengado aún la muerte de tu hermano y..., bueno, lo que vino después. No nos ha beneficiado que algunas familias se hayan ido a América. Los Maranzano, los Bonnano... eran poderosos. Sin ellos nuestro mundo pierde fuerza. Ya nadie está tranquilo. Les debimos mucho durante largo tiempo, pero nos han dejado solos. Estábamos más protegidos antes.

—Creí que las cosas estaban más tranquilas. Que el prefecto Mori había saciado su hambre.

—Bueno, más o menos. Hace dos meses un grupo de *carabinieri* llegaron a la puerta de casa. Tu padre no estaba y ellos lo sabían. Me puse en la entrada con el rosario y les dije que no entraría nadie sin mi permiso. Pasaron por encima de mí, literalmente. Me empujaron a un lado y caí al suelo. Arrinconaron a los hombres y encerraron a Maria y Peppa Olivieri en la cocina. No habrían podido con ellas. Salva tuvo que apartarme para que no me pisaran todos, pero, aun así, al día siguiente tenía el cuerpo lleno de cardenales. Tu

padre se enfureció, aunque el origen de todos nuestros problemas sean sus quehaceres. Los de su abuelo, su padre y luego él.

—Es...

—Es la guerra. Solo que aún no hemos empezado a contraatacar. Ese Mussolini se las verá con nosotros, puedes estar muy seguro. No olvidamos. Por eso me gustaría que no estuvieras aquí. No quiero una generación más de Testa viviendo así.

—Pero quien nace Testa, muere Testa —se escuchó decir a unos metros—. ¡Hijo mío, qué alegría tenerte aquí!

Del interior de la casa, con la camisa abierta hasta el ombligo, la tez morena y las carnes agradecidas, Gonzaga Testa, el padre de Santo, se aproximó a ellos extendiendo los brazos. Julia cambió de expresión y volvió a mirar hacia el horizonte como si la hubieran desconectado de la corriente. Su hijo, en cambio, sonrió y fue a completar el abrazo paterno.

Padre e hijo se abrazaron antes de que el primero se separara para mirarlo a la cara.

—Estás guapo. Estás fuerte... y estás aquí. ¿Te quedarás? —dijo, sabiendo que no lo haría.

—Vayamos dentro. Quiero que hablemos.

Su padre entornó los ojos, escrutándolo.

—Sí, hablemos —replicó, pasándole el brazo por encima del hombro, acercándolo a él y llevándoselo al interior.

Se sentaron uno frente al otro en torno a la mesa de despacho que Santo conocía bien. Los dos eran impacientes, razón por la que sus conversaciones pasaban por encima de lo que fuera prescindible y avanzaban muy rápido y con resoluciones inmediatas.

—Papá, sé que las cosas no están bien por aquí y siento de veras que lo estéis pasando mal.

Su padre cruzó los dedos de ambas manos sobre la mesa y cambió algo la expresión.

—Creen que han matado la planta solo porque la han cortado y no ven los tallos. Pero en realidad la están regando, abonando y haciendo que sus raíces crezcan. Cuando asomemos por encima de la tierra, no habrá quien pueda talarnos. No debes preocuparte.

Aquel era el tipo de comentarios que a Santo sí le preocupaban: la idea de una guerra sin fin, en la que nadie estuviera dispuesto a darse por vencido. En cualquier caso, esa iniciativa iba a facilitar mucho sus planes.

—Yo también estoy actuando —dijo, seguro de que su padre se alegraría.

—Contra...

—Contra el régimen. Contra Mussolini. No sé si has oído hablar de Justicia y Libertad.

Su padre pareció decepcionarse.

—Hijo, no hay movimiento clandestino que no conozca. Pero esos... esos son un grupo de idealistas que reparten papelitos y cortan cables. No conseguirán nada.

Santo había previsto aquello.

—Lo sé, pero son una buena plataforma para infiltrarse en cualquier lugar y tienen información. Se codean con gente importante como uno más y entran en el Quirinal y en los ministerios sin problema. Tan solo les falta ser más expeditivos... —Miró a los ojos a su padre—. Les faltas tú.

—Hijo —dijo Gonzaga, poniéndose en pie y dándose la vuelta para encararse a la ventana—. Si mi organización tuviera acceso a los lugares de los que tú hablas y manejara la información que dices, las cosas serían muy diferentes. Habríamos actuado hace mucho tiempo. Pero nuestra línea es distinta: vosotros tan solo rozáis una

carne que yo pretendo atravesar y despedazar. No reparto pasquines. No corto cables. Yo corto cabezas.

Santo respiró hondo.

—Lo sé. Por eso necesito que me ayudes a cortar la más importante de todas.

Gonzaga se dio la vuelta y, apoyando las manos en la mesa, se inclinó sobre ella con renovado interés.

—Te escucho.

—Hitler visitará Italia y el Duce pretende pasearlo por Nápoles, Roma y Florencia.

—No se me ocurre un momento en el que ambos estén rodeados de mayor seguridad. Empiezas mal.

—No tanto. Sabemos que visitará diferentes lugares de nuestro patrimonio: museos, palacios...

—En agosto tiene previsto visitar la isla y nadie va a hacer nada. No veo por qué Florencia es diferente.

—Porque tendrá a alguien nuevo, un civil, o a más de uno pegado a él. Va a necesitar un guía, o varios. Nuestra idea es que ese guía actúe. Suponemos que viajará con los dos dictadores, probablemente en su mismo coche. También que será el que organice las visitas, el programa, las rutas.

—Alguien que lo sabrá todo y que actuará en función de lo que vayan a ver y no tanto de la seguridad.

—Eso quizás sea muy optimista. La seguridad será prioritaria, como en cualquier situación similar —apuntó Santo.

—No —le contradijo su padre—. No lo creo. Mandará la localización. Si solo hay una forma de llegar al monumento o al museo que sea, se hará por ese lugar. El guía podrá decidir el destino y, por lo tanto, en menor medida, también por dónde pasa el coche.

—Eso es.

Gonzaga meditó un instante y una sonrisa se empezó a dibujar en su cara.

—Me gusta lo que oigo.

—Sabía que te gustaría.

—Tenemos que aprovechar la oportunidad. Esta vez no se nos puede escapar.

—¿Esta vez?

Su padre le sonrió con un deje de tristeza.

—Sí, esta vez. Ya fallamos una. Fue hace unos años, cuando el Duce visitó la isla. Lo teníamos todo listo. Nuestros contactos habían averiguado el trayecto y el horario, y un tirador excepcional estaba listo para dispararle a la cabeza. Carmelo Meli lo organizó todo y don Vito Cascio lo supervisó. Todas las familias estábamos enteradas y esperanzadas..., pero en el último momento la comitiva cambió de ruta.

—Nunca me has hablado de eso.

—No. Ni lo oirás comentar en las otras casas. La Sociedad Honorable no desvela sus fracasos. Nadie sabrá nunca que eso sucedió.

Se hizo el silencio durante un minuto, en el que, incluso desde donde estaba, Santo creyó escuchar la cabeza de su padre maquinar.

—Sí. El plan está claro —dijo Gonzaga poco después.

Santo reconoció la mirada de su padre. La había visto muchas veces de niño, cuando no había quien no lo saludara con respeto o le cediera el paso. La mirada que provocaba temor y respeto, la que gobernaba aquel rincón del mundo, en el que unos pocos se imponían a otros muchos y todos aceptaban la situación. Temió haber abierto la jaula al león.

—No quiero que...

—Quieres matar al Duce —lo interrumpió Gonzaga—. Quieres que su Gobierno acabe. Yo también. Todas las familias lo desean. Te ayudaremos, pero esta debe ser tu respuesta a todo lo que hagamos. Cuando te preguntes por qué, respóndete: para acabar con el Duce.

—Pero...

—Tú me pasarás la información, los nombres de los posibles guías, y yo me ocuparé de que escojan al adecuado. No tengo ninguna esperanza de colar a un terrorista comunista especialista en arte en el coche del Duce, pero sí a uno que nos sea fácil controlar, quizás al menos fanático, o al que nos sea más sencillo extorsionar. Somos expertos en eso y todo el mundo tiene muchas cosas que esconder, más aún en esta época. Sodomitas, gente con amistades inconvenientes, personas que han hablado más de la cuenta, amantes infieles... Encontraremos el punto flaco de cada uno de los que se tomen en cuenta para hacer de guía. Cuando conozcamos todo sobre los candidatos, escogeremos al que nos funcione mejor para lo que vendrá después. Cuando sea elegido, comenzará la segunda fase: conocer al detalle el programa de visitas e inclinarlo a nuestro favor. En Nápoles deberíamos ser capaces de actuar, pero también será donde más seguridad tengan.

—¿Qué haré yo?

—Ya te lo he dicho: tan solo ocúpate de pasarme la lista de candidatos. Serán académicos y gente de la universidad... —pensó un segundo— que estén afiliados al partido, que sepan alemán. Entérate de los que tengan más conocimientos en aquellas artes que el Duce mostrará a Hitler.

—El Duce no es amante del arte.

—El Duce es un romañol con ínfulas que solo ama el poder. Céntrate en lo que le guste al alemán. Es eso lo que irán a ver.

—Tiene lógica.

—*Yo* soy lógico. Resumiendo: busca a expertos que sepan alemán, que estén afiliados al Partido Fascista y que sean especialistas en las artes favoritas de herr Hitler. En ese grupo estará el guía.

—De acuerdo. Pero como...

—No te preocupes por la receta, preocúpate por el resultado. —Gonzaga volvió a girarse para mirar hacia el exterior. Parecía más erguido y joven, cargado de energía. Con aplomo, concluyó—: Ten por seguro que la persona que acompañe a los dictadores, por lo menos una de ellas, será la adecuada. Y que seré yo quien la ha elegido.

13

BUENAS OBRAS

Anetta Calderone se fue antes de que Flavia hiciera su aparición en el ático de Via San Gallo que iba a ser la casa de Juan Rezola. Para entonces, el suelo de barro resplandecía y la capa de polvo que lo había matizado todo hasta su llegada se había esfumado. Juan la vio acabar de deshacerle la maleta y no se atrevió a detener aquella violación mientras la desconocida ordenaba sus camisas, pantalones y ropa interior dentro de un armario grande con las puertas pintadas. Luego, se echó en el suelo y se arrellanó con Lapsus hasta que este levantó la cabeza poniéndose alerta y, poco después, él también escuchó a alguien subir las escaleras con decisión.

Desde el umbral de la puerta, Flavia se detuvo para observarlo y, aunque ambos tenían asuntos que echarse en cara, ninguno pudo contener una ligera sonrisa. Juan siempre maldecía que su cuerpo reaccionara sin su permiso, como el rabo de un perro que jamás oculta sus sentimientos, y había aprendido a controlarse, pero quizás en aquel momento fuera pedirse demasiado.

Flavia era Flavia. Aun vestida de elegante burguesa, con aquel traje de chaqueta oscuro, sus labios rojos, su pelo arreglado y abundante y su aura general eran los de la misma mujer que había conocido en la cala de Sa Tuna. La misma de la que se había enamorado para decepcionarse después.

—Tienes buen aspecto —le dijo ella.

—Tú también —replicó él.

Se acercó lentamente y él se levantó del suelo, dejando que Lapsus, negro, peludo y poco sutil, se acercara a ella moviendo el rabo con tanta fuerza que todo su cuerpo se contagiaba del balanceo. Flavia se agachó un poco para cogerle la cara y aceptar sus lametazos. Luego siguió hasta Juan. Él no pudo rechazar el abrazo. Largo, sincero e inesperado.

—Han pasado muchas cosas —le dijo ella, separándose un poco para mirarlo a los ojos.

—Muchas.

—Tenemos que hablar. Nos debemos una explicación y, si quiero que me ayudes, comprendo que no la podemos aplazar. No tengo mucho tiempo..., al fin y al cabo, somos expertos en aprovechar cada minuto, ¿no crees?

Lo eran. Los diez días que habían pasado juntos hacía dos años le habían parecido media vida, porque tan solo uno con aquella felicidad podía compensar muchos meses de tristeza, pero a Juan no le gustó la referencia. Se dio la vuelta y, dándole la espalda, miró hacia la ventana.

—Te fuiste y te has casado con otro. No hay mucho más que hacer ni que decir. Admiro tu frialdad. Lo que no entiendo es por qué viniste a mí entonces, si probablemente ya tenías tu futuro decidido.

—No tengo una explicación para eso, pero debes saber que lo que te mostré era puro y real.

—Era perfecto para ti. Me alegro de que lo pasaras bien. —El tono de Juan era de sarcasmo y molestia, pero se contuvo en parecer enfadado.

—Fue más que divertido. Mucho más. No lo minimices.

—Diez días.

—Diez días únicos. Los mejores de...

—Bueno —interrumpió él—, como dices, no hay mucho tiempo, así que, antes de decidir si puedo ayudarte, cuéntame cuál es el plan.

Flavia lo miró, aunque él le daba la espalda. Le entristeció pensar que la odiaba y que no quería saber nada de ella. Se lo había ganado, pero solo en parte. Juan también era culpable, y quiso decirle que, de no haber descubierto que era un delincuente, un falsificador, habría tenido más herramientas para luchar contra un destino, el suyo, decidido años antes de que se conocieran. Pero era tarde, y se hacía tarde.

—El cuadro está en el banco y no hay forma posible de sacarlo de allí. He hablado con varios amigos, gente relevante dentro de la institución, pero poco importa que mi familia haya tenido tratos con ellos durante siglos: nadie es más importante que el Duce y ninguno osaría disgustarlo. Así que la única opción que tengo es cambiar la copia que tú vas a hacer por el original. Cuando esté en el palacio.

—El de aquí al lado.

—Sí, en el palacio Pandolfini. El padre Orso, el hombre que mandé para convencerte de que me ayudaras, es el confesor de la familia y, además, es un historiador único.

—No sé qué tiene que ver la historia en todo esto.

—Mucho. Es lo que nos ha dado la oportunidad. La historia del palacio y la del barrio, y el terreno en el que se asienta nos ha señalado la vía de escape.

—¿La vía de escape?

—De escape del cuadro. Nos ha proporcionado la forma de sacarlo del palacio, de cambiarlo por la obra que pintarás para que el original vuelva a mis manos.

Juan suspiró antes de darse la vuelta para mirar a Flavia.

—¿Por qué no te has ido? Eres joven, tienes dos manos e, incluso si te quitan todo lo que tienes, podrás salir adelante. Vas a arriesgar

tu vida por un cuadro. ¡Demonios, Flavia! Coge un coche y vete de Italia. ¡Ve con tu marido y tus padres! ¡A España, a Suiza, a Inglaterra! Dios sabe que te adaptarás al lugar que te acoja.

Los ojos de ella se enrojecieron y su expresión se ensombreció. Más indignada que triste.

—Tienes razón. No necesito ese cuadro. He vivido muy bien, pero podría vivir con muchísimo menos. Podría sobrevivir. Pero ese cuadro es mío. Es de mi familia. Lo ha sido siempre, y estoy cansada de agachar la cabeza y cumplir con todo lo que este atajo de déspotas ha decidido para hacernos la vida más difícil. Así que el cuadro se vendrá conmigo, o al menos lo intentaré. Me odiaré si siento que solo he obedecido. Que no lo he intentado. Que no he puesto mi granito de arena contra el maldito Duce. Tengo un buen plan, de veras lo creo. Y... —una sonrisa se dibujó en sus labios— no me digas que no te parecería maravilloso que el Duce le regalara un cuadro falso al Führer y que este lo colgara en su casa, o donde sea, y lo contemplara; mejor aun: imagínate cuando descubran que es falso, imagínate el ridículo.

—Sería monumental.

—Sí. Así que lo haré. Sea como sea. Por mi orgullo, por mi familia y porque es lo que tengo que hacer. No dejaré que me pisoteen más. El arte es para los que lo aprecian, no para los que lo usan para adquirir prestigio, y no dejaré que el Duce lo haga a mi costa. Haré todo lo contrario. Cuando mi cuadro esté conmigo y todos estemos a salvo, de acuerdo con el pintor de la copia, haré saber que es falso. Será un golpe. Uno muy sonado. No haré nada en lo que no esté de acuerdo todo el que participe en la operación, nada que comprometa su seguridad, pero sería maravilloso... —suspiró—, y te necesito. Necesito tu ayuda.

Juan reflexionó. Había engañado a mucha gente en su vida, y varios museos y grandes colecciones de todo el mundo colgaban, orgullosos, lienzos suyos. Se había dedicado a engañar a gente a la que el dinero le sobraba, y sí, claro, era un engaño, una estafa, independientemente de las cuentas de aquellos compradores, pero se había escudado en eso para no sentirse peor. Lo cierto era que lo que Flavia proponía constituía la primera oportunidad que su trabajo le ofrecía de hacer el bien. Ayudar a una amiga y colaborar en un acto contra la sombra que amenazaba con cubrirlo todo. Finalmente, participaría en una buena obra. Miró a Flavia a los ojos y ella reconoció la respuesta.

—Te ayudaré.

Le sonrió, pero Juan supo que no estaba impresionada. Diez días y un fuerte desengaño habían servido para que ambos se conocieran más de lo que pensaban. Eran almas opuestas y, por lo mismo, afines: uno llegaba a donde el otro no, y viceversa. Flavia se acercó y lo abrazó, pero él se quedó tieso como un palo, frío, sin devolver el abrazo. Flavia lo notó y no pareció importarle. A los pocos segundos, se separó de él, lo miró a los ojos y lo invitó.

—Acompáñame.

Aún algo aturdido y en el fondo molesto por la facilidad con la que había aceptado participar en la operación pese a tener asuntos pendientes con ella, Juan siguió a Flavia escaleras abajo hasta la calle, donde, a pocos metros del edificio, penetraron en el contiguo: una iglesia con la cruz de malta sostenida por ángeles sobre la entrada. Dentro, Flavia abrió una pequeña puerta y accedieron a un templo de factura sencilla, con una nave principal separada de las laterales por columnas que sostenían arcos de medio punto, sin demasiado interés arquitectónico, sobre todo en un país sembrado de obras maestras. Los cuadros que la decoraban eran otra cosa, y

el ojo de Juan enseguida detectó la mano de grandes artistas tras cada uno de ellos: un Cristo crucificado, un san Juan decapitado, una anunciación... Excelentes. Pero no habían ido a admirarlos.

Flavia se lo aclaró.

—Este es un templo curioso. Muy antiguo y muy cambiante. Ha tenido diferentes advocaciones y ha pasado por muchas manos. Formaba parte del monasterio de San Silvestro, como casi todo en esta zona. Otro día te contaré la historia si te interesa, pero la clave es que durante unos años aquí se veneró a santa María Magdalena, ya que se convirtió en convento de damas nobles florentinas. Nobles, y algunas sin ganas de cumplir con algunos de los votos.

—El de castidad.

—Sí, el más difícil de todos, sobre todo si no has saciado tus instintos. Esas chicas estaban ahítas de riqueza y de hacer lo que querían, pero no de lo otro. Y ahora viene la historia, la leyenda que me contó el padre Orso, que se ha contado durante siglos, muy románticamente, en este lugar. También los Pandolfini cuentan la misma leyenda. Por lo visto, una de las Medici se enamoró de un jardinero de Boboli, el jardín en el palazzo Pitti que todos conocen. El asunto es que el padre, iracundo y temeroso de que su hija se echara a perder con tan humilde personaje, lo despidió y le juró a ella que lo mataría si lo volvía a ver. Como ella no se achantó ante la amenaza, y preocupado porque sus instintos la llevaran a repetir sus actos con otro de los empleados de la villa, acabó por ingresarla en el convento. El que pisamos. Pero la historia no acaba ahí. He aquí que el jardinero, el primero de los amantes, volvió a Florencia con nombre falso y, tras enterarse del destino de su amada, pidió y consiguió trabajo en el palacio Pandolfini, justo al lado del convento. En esa época, los jardines ya eran famosos por su calidad, y claro, necesitaban cuidados. Pero el jardinero ideó algo para poder,

además, cuidar de su amada. Al parecer, tras una tormenta, uno de los árboles del jardín cayó, y sus raíces levantaron mucha tierra y dejaron al descubierto parte de los cimientos del monasterio contiguo. El jardinero encargado de restablecer el orden botánico decidió hacer una abertura en esos cimientos para comunicar el palacio con la bodega del monasterio. Desde allí, enseguida se orientó para, rompiendo otra pared, llegar hasta la antigua cripta de la iglesia en la que nos encontramos. Utilizaban la iglesia de San Giovannino para escapar del convento. El jardinero entraba desde el jardín del palacio; la monja, desde el convento, directamente a la bodega, y desde allí salían por la iglesia.

—Verdaderamente, suena a leyenda.

—Pero no lo es. No del todo. Me da igual si el jardinero y la Medici se casaron y vivieron en el país de las hadas para la eternidad; lo cierto es que los planos del antiguo convento muestran que la cripta de San Giovannino estaba pared con pared con la bodega del convento, y esta da al jardín, bueno, a lo que hay debajo de él, del palacio Pandolfini. Así que no parecía nada improbable que hubiera una especie de pasadizo debajo de donde estamos. Uno perfecto para entrar en el palacio y cambiar el cuadro auténtico por uno falso. Acompáñame.

Juan siguió a Flavia, seguro de que el plan concluía allí. Un pasadizo secreto, una leyenda..., ¿qué clase de fabulación era aquella? Salieron al vestíbulo de entrada de la iglesia, rodeado de armarios de madera empotrados, y, en un ágil gesto, Flavia tocó el borde y uno se abrió. Se giró hacia él con mirada triunfal y, cogiéndole la mano, lo arrastró al interior, donde empezó a sobrevenir la sorpresa. El estrecho cubículo de menos de un metro de ancho no tenía fondo, es más, entre la oscuridad, Juan empezó a bajar una rampa que más tarde se enroscaba en una escalera de

caracol. Ya abajo, en una oscuridad rota levemente por la claridad que venía de un lugar indeterminado, Flavia se movió y encendió una vela. Cuando los ojos de ambos se acostumbraron a la débil luz, distinguieron un espacio abovedado con suelo de tierra húmeda.

—Dios mío —musitó Juan.

—Es la cripta. Lleva abandonada años. Fui yo misma la que, junto con Orso, abrí el fondo del armario. Fue fácil. Lo difícil vino después.

—¿Cómo lo encontrasteis?

—Por los planos. El sacerdote tiene acceso al archivo del convento, que se llevó a otra biblioteca católica cuando se cerró. Tras informar los Pandolfini de que la entrega del cuadro se haría en su casa, empezamos a buscar la forma de sacarlo de allí. Antes de que llegue al palacio, es sencillamente imposible. Pensamos en hacernos pasar por parte del servicio, pero, si nos descubrieran, comprometeríamos a la familia; también valoramos una acción más expeditiva saltando el muro del jardín, o descolgándonos desde el tejado, pero no es discreto. La idea del túnel llegó cuando supimos que la leyenda de su existencia se contaba a ambos lados de su supuesto trayecto. El jardín del conde Pandolfini tiene un laurel en un extremo. Creemos que tapa la salida. Que la disimula.

—¿Por qué no le pides al conde que te deje comprobarlo?

—Porque no creo que tengamos éxito si demasiada gente está implicada, y esta es una operación personal. No quiero mezclar en ella a unos buenos amigos que, sin duda, me ayudarían, pero que, de ser descubiertos, pagarían duramente las consecuencias de mi osadía. Si el plan sale mal, solo yo debo pagar. Si fallo e interrogan al personal del palacio, o a los condes, quiero que puedan decir la verdad; es decir, que no sabían nada.

—A mí sí me vas a implicar.

—Sí, pero antes de que hagamos el cambio de cuadros, ya te habrás ido. Nunca te encontrarán. Te irás en cuanto lo acabes. Pero ese es otro asunto. Observa esto.

Flavia se acercó a la pared del fondo y enseguida desapareció tras ella. Juan se quedó de pronto otra vez a oscuras.

—¡Ven! —le dijo ella.

Siguió su voz y, entornando la mirada, descubrió una abertura en el muro por la que se introdujo. Era una pared frente a otra pared, y resultaba claustrofóbico, pues, cuando siguió la luz de la vela que llevaba Flavia, sus hombros tocaron ambos lados.

Fueron una decena de metros, quizás alguno más, hasta que el olor a vino llegó a sus fosas nasales.

Estaban en la bodega, que, aunque llena de grandes barricas en todo el perímetro, también parecía abandonada.

—Tapiaron la entrada desde el exterior al poner el pavimento nuevo en el patio —aclaró Flavia—. Al parecer, se accedía desde lo que ahora es una de las zonas de recreo de los niños del colegio que ahora ocupa el antiguo monasterio. Dame la mano.

Juan volvió a obedecer y se dejó guiar por Flavia a la pared que tenían enfrente, pasando por detrás de una hilera de grandes barricas. La superficie del suelo estaba cubierta de pelusas, polvo, tierra y elementos que ninguno quiso detenerse a ver. Poco después llegaron a un arco y subieron algunos escalones en caracol hasta que el aire se limpió un poco y una pared les cerró el paso.

—Según mis cálculos, tras este muro está el laurel de la esquina del jardín Pandolfini —dijo triunfal.

—Es formidable —Juan sonrió—, y tu plan es derribarlo.

—Sí.

—Te oirán.

—Ya he pensado en eso, pero todo a su tiempo. Todo con tiempo. Mañana empezaré. La pared es de ladrillo viejo y húmedo por una fuente, que está cerca. Se deshace con facilidad. Lo iré rebajando poco a poco, para que, llegado el día, haga falta apenas nada para perforarla. Lo he probado en otra pared del mismo material. Sé cómo hacerlo. Haré muy poco ruido. Además, el laurel pegado al muro es fácil de atravesar, pero me esconderá sin problema. —Juan la miró. Realmente hasta el momento todo parecía bien atado—. Mi plan es bastante audaz —continuó—. Es... difícil, pero en ningún caso imposible.

—Si te cogen, te...

—No me cogerán —lo interrumpió Flavia—, y, si lo hacen, afrontaré orgullosa mi destino. Alguien tiene que hacer algo. ¿Cómo sería el mundo si, a lo largo de la historia, nadie se hubiera rebelado?

—Todo por tu cuadro.

—Sí, pero, aunque suene a algo muy personal..., muy individual y pequeño, ¿sabes una cosa? —Hacía unos minutos Juan la miraba como cuando estaba enamorado de ella—. Mi rebelión, por individual y pequeña que te parezca, para mí es una revolución enorme e imparable.

14

EL ENCARGO

La casa de Carlo Leone en Lausana era exactamente lo que sus suegros esperaban que él adquiriera para vivir con su hija Flavia. Una gran casa de dos pisos, con tejado de pizarra, paredes blancas y ventanas muy altas, enmarcadas en piedra, que presidía un jardín de césped impoluto que acababa mojando sus pies en el lago Lemán. En los días claros se veía el macizo del Montblanc desde el salón. Era un retiro de oro planificado para una familia que él pretendía ampliar, pero Carlo tenía dos problemas: el primero, que su mujer estaba en Florencia y nadie la esperaba próximamente; el segundo, que, a pesar de las apariencias, no se podía permitir aquel lugar.

No siempre había sido así, pero hacía ya varios años que fingía tener la misma posición de la que sus padres habían gozado y que su mujer mantenía. Se había acostumbrado a mentir, a pedir dinero y a no devolverlo, convencido de que alguno de sus negocios funcionaría, de que las cartas del casino lo favorecerían y, finalmente, de que el mullido colchón de billetes que su familia política poseía lo sacaría del apuro.

Carlo tenía problemas y Flavia resultó una agradable forma de solucionarlos. Sí, la fortuna de los Viel podía tapar los agujeros que él había provocado en sus finanzas, pero, mientras tanto, había puesto a la venta todas sus propiedades en Italia. La casa de Milán ya estaba colocada y la de Florencia no tardaría en tener

interesados. Lo malo era que sus deudas eran ya mayores que el valor de sus bienes.

Necesitaba que todo se arreglara, porque sus acreedores habían dejado de ser cordiales. Los préstamos fáciles de obtener habían resultado imposibles de devolver y no ayudaba nada a mejorar la actitud de los prestamistas el que lo vieran vivir a todo tren o saber que su mujer era tan rica. A sus ojos, Carlo no devolvía el dinero porque no quería, y por más que les prometiera que el pago llegaría, él mismo desconfiaba y empezaba a impacientarse.

Flavia estaba en Florencia y sin ella no tenía acceso a la fortuna de sus padres, que jamás hablaban de dinero y pasaban los días cuidando el jardín o visitando a los amigos que rápidamente se habían granjeado en el vecindario. Carlo no sabía ni hasta cuándo su mujer se quedaría en Italia ni qué pretendía hacer allí. Por suerte, había encontrado la forma de averiguarlo, y esa misma mañana esperaba resolver la incógnita. No le gustaba nada que gente de aquella calaña pisara su casa, pero quizás le compensara.

Recibió en su luminoso despacho a una persona oscura, de piel cetrina, dedos alargados y mirada vacía, con acento romano y ningún atractivo. Su pelo negro era tan fino que la forma de su cráneo se dibujaba perfectamente bajo él. Uno de los usureros que lo acuciaban se lo había recomendado, así que Carlo no tenía ninguna duda de que estaba ante una persona de los más bajos fondos. Los que se había visto obligado a frecuentar.

—Su mujer va cada día a un apartamento en Via San Gallo, donde frecuenta a un joven español. Los he seguido, los he visto pasear, cenar y comer. No dan muestras de cariño en público, pero, sin duda, se tienen estima.

—No sé de quién puede tratarse.

El hombre extrajo un sobre del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Carlo no esperó a que se fuera y lo abrió directamente delante de él.

En las fotos vio a un hombre bien parecido, rubio e impecablemente vestido, con un labrador negro, paseando junto a su mujer. Los vio sentados en el Caffè Il Sole; Flavia reía y ambos parecían pasarlo bien. Los vio en los jardines de Boboli, conversando en un banco. La sonrisa de ella era amplia y franca, plenamente auténtica y casi desconocida para él. El investigador tenía razón, no había muestras de cariño, pero Carlo hirvió al ver aquella complicidad.

—¿Sabe qué es lo que hace en Florencia el español ese?

—No, pero puedo entrar sin problema en su apartamento si es lo que usted quiere. Obtendré información.

—Sí, eso es lo que quiero. Haga fotos. Mientras..., me gustaría que de alguna forma lo hiciera desaparecer —dijo impulsivamente, lleno de rabia.

—Para eso tendrá que buscar a otra persona, no soy un asesino. Ya no —matizó el hombre—; en cualquier caso, me debe dinero, así que, antes de seguir hablando, quiero que me pague. Me debe dieciocho mil liras.

—Eso ya sabe que no es problema, le pagaré en cuanto haya podido ir al banco.

—No, me pagará ahora. Me ha dicho lo mismo varias veces. No me moveré de esta silla hasta que tenga mi dinero.

—Es usted muy maleducado.

El hombre no respondió. En lugar de ello, clavó su mirada en Carlo, que, instantáneamente, supo que no se libraría de él a menos que le pagara. Suspiró, ojalá todas sus deudas fueran tan pequeñas.

—Está bien, está bien —dijo cuando ya no pudo aguantar más. Abrió un cajón del escritorio y extrajo las últimas veinte mil liras que tenía. Con aire de suficiencia, simuló que las contaba y se las dio al investigador—. Hay doscientas más. No estoy acostumbrado a pelearme por dinero.

—Le pasa a la gente que tiene mucho. También a la que no tiene nada. —Parecía claro que aquel hombre no iba a ser fácil de engañar. Le sonrió irónico, leyendo los ojos de Carlo, antes de seguir —: La semana que viene tendrá fotos del interior del apartamento y toda la información posible que pueda extraer de esa visita... Pero no se preocupe demasiado por el amante, su mujer es joven: tres revolcones y volverá con usted. Muchas lo hacen.

—No es su amante —dijo Carlo, abochornado e inseguro.

—Y si lo es, sospecho que usted se ocupará de que deje de serlo —respondió el invitado.

«Me ocuparé de que deje de ser, y punto», pensó Carlo.

Por la tarde, cuando las noticias respecto a Flavia catalizaron en la mayor indignación en años, tras romper varios objetos y maldecir con furia, las visitas siniestras continuaron. Al contrario que la anterior, la que le anunció su viejo mayordomo era del todo inesperada. Bueno, quizás no tanto. Hacía seis meses que sus acreedores lo amenazaban con acciones más expeditivas, y el resultado de aquella amenaza tomó forma en un hombre de mandíbula cuadrada y aspecto apuesto que lo esperó en el salón. Sólido de figura y sólido de intenciones.

—Creo que no nos conocemos —dijo Carlo, estrechándole la mano.

—No, por supuesto que no. Pero los asuntos que vamos a tratar sí le son conocidos: me han traído hasta aquí las familias Visconti, Marino y Gentile.

—Comprendo.

—Para eso estoy aquí, para que comprenda. Soy Bruno Greco.

—¿Es usted abogado de los anteriormente nombrados?

—No, no..., por favor, no. No me gustan los abogados. Son las caras que uno ve cuando tiene problemas, y a mí me gusta solucionarlos solo. Represento a la familia Testa, de Sicilia.

—No he oído hablar de ella.

—Es muy conocida en la zona de Misilmeri. Son importantes allí. Lo controlan todo. Gente honorable.

Un escalofrío recorrió la espalda de Carlo. ¿Acaso estaba ante un representante de la Cosa Nostra? La cara de Bruno Greco mostró una pequeña sonrisa. Claro que sí.

—El asunto es que la familia Testa ha decidido adquirir la deuda de la que usted es acreedor.

—No entiendo —dijo Carlo.

—Es sencillo. Las familias Visconti, Marino y Gentile ya han sido satisfechas. No se les debe nada, porque la familia Testa ya ha saldado la cuenta que usted tenía con ellas.

—Entonces...

—Ahora nos debe el dinero, ese mismo, a nosotros. Es muy sencillo. Somos especialistas en cobrar deudas de personas que no entienden con claridad a nuestros clientes. Lo bueno de los sicilianos es que damos pocas vueltas a las cosas y siempre acabamos por encontrar una solución conveniente.

El desconocido se sentó en un sillón y Carlo optó por hacer lo mismo. Temía que le temblaran las piernas. Estaba asustado. Aquella vuelta de tuerca no podía ser peor. Podía dar largas a todos sus acreedores, pero sería difícil lograr la paciencia de la mafia.

—Así que —continuó Greco—, en aras de la buena relación que estoy seguro de que vamos a comenzar, me gustaría saber cómo

piensa pagarnos.

Carlo sabía que no valían excusas, y que tampoco servía de nada indignarse. No tenía frente a él a un amigo, pese a que su trato, de momento, era cordial. Se le ocurrieron dos ideas.

—He puesto a la venta mi casa de Florencia. Es una villa magnífica en la zona de Poggio Imperiale.

—La mejor, eso está bien. ¿Tiene algún comprador? —inquirió Greco.

—Ha habido algún contacto ya, así que confío en que la venderé pronto. Podré pagarles entonces.

—De acuerdo, ¿cree que en cinco meses habrá realizado la venta?

—Estoy seguro —dijo Carlo, sorprendido con el generoso plazo.

—¿Será suficiente para pagarnos? Su deuda actualmente asciende a...

—Será más que suficiente —lo interrumpió—. Es una casa magnífica.

—También es magnífica la cantidad que nos debe.

—Será más que suficiente.

—Muy bien entonces. En cinco meses volveré a verlo.

Greco hizo ademán de levantarse del sillón, pero Carlo alzó una mano pidiéndole que se detuviera para escucharlo.

—Hay algo más. Su visita ha sido providencial, porque tengo algo que encargarles, precisamente en Florencia. Algo que creo que nadie podrá realizar como ustedes.

—No será gratis —le advirtió Greco—, ¿está seguro de querer endeudarse más con nosotros?

—Con la venta de la casa tengo más que suficiente para pagar las deudas anteriores y algunos encargos posteriores —replicó Carlo, cargado de optimismo.

—Lo escucho —dijo Greco, recostándose hacia atrás y cruzando las piernas.

—Quiero que asusten a un hombre.

—Eso sabemos hacerlo.

—Luego, cuando yo se lo diga, quiero que lo maten.

—Eso también se nos da bien. —El representante de los Testa sonrió.

15

LA RUBIA

En las semanas posteriores a su llegada a Sicilia, Santo Testa comprobó enseguida que su padre se ponía en marcha y que la actividad en el *baglio* familiar aumentaba rápidamente. Pese a la certeza de que se estaba urdiendo un plan, Santo fue con intención apartado de él y solo le consultaban pequeños detalles, sin darle aún una idea completa de lo que tenían entre manos. Parecía claro que la influencia de su madre había pesado para que a él solo se le involucrara en la parte menos sucia, una que le permitiera seguir con su vida como un ciudadano de bien sin manchar sus manos de sangre.

Se había acostumbrado a no discutir. Era más que inútil. En las tierras de su padre se hacía lo que él decía sin importar en nada la opinión de los demás. Gonzaga Testa solo se amilanaba con las familias mayores, que protegían a la suya en un sistema de corte feudal que se había perpetuado de cacique en cacique. Por esa razón, Santo pasó días paseando por las tierras que un día serían suyas, rozando los troncos retorcidos de viñas y olivos, y conversando con su madre a la espera de que su padre decidiera informarlo. En las comidas y las cenas que precedieron al momento, hablaron de todo menos de lo que lo había llevado allí.

Se había acercado a la cancela de entrada con Marcello para intentar arreglar la puerta descolocada, descolgada de uno de los

goznes, pero pesaba tanto que estaban muy cerca de rendirse, y, sentados sobre una roca más arriba de la entrada, la miraban agotados. Marcello era rudo y simplón, de una lealtad total a su padre y buen conversador cuando no se profundizaba demasiado, por lo que era perfecto para desconectar de la gravedad de aquellos años. Era un animal siciliano, a veces con reminiscencias más porcinas que humanas, y, cuando olfateaba el aire igual que hubiera hecho un jabalí, y Santo observaba su pelo duro y grueso, la semejanza era evidente.

Eso acababa de hacer: Marcello había interrumpido la conversación y había cogido el rifle haciéndolo callar. Alguien se acercaba.

Le dio lo mismo que fuera una joven tan bella. Con un disparo a los pies hizo que se detuviera. Estaba a pocos metros, a las puertas del *baglio* Testa, junto a la cancela que habían intentado arreglar. Miró hacia ellos. No había rastro de miedo en su expresión; de hecho, Santo creyó que la joven los observaba con media sonrisa.

—¡Alto! —voceó Marcello, bajando rápidamente adonde estaba.

—Me llama don Gonzaga —dijo ella muy tranquila antes de retomar sus pasos.

Marcello miró un instante a Santo. Luego, como dándole un permiso que ella no necesitaba, siguió a la mujer para escoltarla en silencio y Santo hizo lo mismo. Aunque Marcello la mirara como a una peligrosa enemiga, él no pudo evitar hacerlo como un hombre, pues su vestido la envolvía con ligereza hasta justo por debajo de las rodillas, dejando sus bonitas piernas y su cuerpo, joven y bien torneado, a la vista, sin demasiado margen para la imaginación. Era un espécimen extraño allí, con melena rubia y lisa, pero la piel tostada por el sol. Una mezcla perfecta y extrema del norte y el sur.

—Si ya has acabado de examinarme, puedes ponerte a mi lado; quizás de cara también te parezca agradable —dijo ella sin girarse. Santo no negó nada y se acercó a ella.

—Don Gonzaga es mi padre —dijo para romper el hielo.

—Lo llevas escrito en la cara —replicó ella.

—Por dentro somos distintos.

—Es una pena. Me gustan las personas como don Gonzaga.

—Parece que lo conoces bien. —Ella no contestó, pero sus ojos azules le sonrieron—. Me llamo Santo.

La misma sonrisa fue su respuesta. Era guapa, pero no tenía el más mínimo interés en él. Santo se giró hacia Marcello, que se encogió de hombros y con la boca gesticuló: «Es muy rara».

Llegaron a la casa y, sin vacilar, la joven encaró la escalinata exterior, saludó al hombre que hacía guardia y cruzó la puerta. Santo supo que estaba reunida con su padre porque ambos desaparecieron en su despacho. A la hora de comer, seguían encerrados. Maquinando. Cuando despertó de la siesta, la puerta de la habitación estaba abierta y no había nadie dentro. No volvió a ver a la misteriosa rubia hasta mucho después, pero, al atardecer, su padre le explicó el plan en el que ambos se verían envueltos.

Atardecía y los sinuosos campos del *baglio* se oscurecían poco a poco bajo las sombras alargadas de la vegetación. Aunque lo dominara la violencia, la paz aparecía entonces como un espejismo cálido y reconfortante.

Les sirvieron un Amaro Averna a cada uno y Santo esperó a que su padre hablara, cosa que hizo tras dar un primer sorbo al licor.

—Saldrá muy bien. Es un plan con pocos cabos sueltos. Volverás a Florencia. Lo haremos allí. Será más fácil que en Roma.

—No lo hubiera dicho.

—El Duce tiene ojos y oídos en cada esquina de la capital. En cambio, en Florencia... tú conoces a mucha gente, y a los que no, los conocerán los Maratti y tu red. La de...

—Justicia y... —lo interrumpió Santo.

—Esa —lo interrumpió ahora su padre—. Tan solo quiero que averigües con quién contacta el Ministerio de Educación o el de Cultura Popular. También que hables con los Maratti. Que muevan sus hilos para que la visita pase por los lugares más convenientes, los que te indicaré.

—Creo que sobrevaloras su influencia.

—No lo creas. No les será tan difícil. Hay un extenso catálogo de lugares en los que podemos actuar, tan solo tenemos que conseguir que incluyan uno de ellos. Uno nada más. No es mucho pedir y ya tengo al agente. Es especialista en el terreno de la persuasión... y el que vendrá después. Probablemente pueda bastarnos con su colaboración y la tuya.

—¿La chica?

Gonzaga miró a los ojos a su hijo, retándolo. No le gustaba que le adivinaran las intenciones, pero su silencio era una confirmación.

—Todo a su tiempo. De momento demuestra que sirves para esto. No hace falta que te preocupes por lo que viene después. Recaba la información. Yo me ocuparé de que alguien la recoja y la mueva como es necesario.

Al anochecer del día siguiente, Ludovica Conti llegó desde el *baglio* Testa, en Sicilia, a la garita de entrada de la Villa Polissena cuando ya era de noche y la lluvia que había caído sobre Roma esa tarde la había dejado brillante y fresca. El guardia, que la conocía y podría haber hablado de las entradas y salidas de ella y de las de muchos

de los que vivían en aquella finca, olvidó de nuevo su curiosidad y le abrió la cancela coronada por leones de piedra. Luego, la joven se dirigió por el camino hasta la villa.

Edificada en la finca de la familia real como regalo de bodas para la princesa Mafalda, la tranquilidad que emanaba su entorno y su fachada barroca y roja contrastaba con el ambiente que se vivía en su interior. Como en la cercana Villa Savoia, conocida como la Palazzina Reale, las circunstancias políticas habían enrarecido el ambiente de la familia que la ocupaba. La princesa Mafalda, hija del rey, creía que su marido, Felipe de Hesse, había perdido la cordura, por lo menos en lo referente a la política. El príncipe alemán había sido uno de los primeros en acercarse al nazismo, antes incluso de que triunfara. Por ello, Hitler lo tenía entre sus allegados y lo invitaba con frecuencia a sus actos. Por supuesto, el marido de Mafalda también admiraba al Duce; probablemente más que ningún otro miembro de la familia real e infinitamente más que ella, que lo detestaba y estaba segura de que los llevaría al desastre.

Con todo, las discusiones y el ambiente de los salones de la villa eran perfectos para que Ludovica, Ludo, de origen italoalemán, recabara información privilegiada de los asuntos que allí se trataban. Mussolini y Hitler usaban a menudo al príncipe Felipe como puente, como enlace no oficial, pues lo tenía todo para ayudarlos: ferviente nazi, ferviente fascista, miembro de la familia real italiana por matrimonio y cabeza de la familia real de Hesse por nacimiento.

Por suerte para Ludo, en Villa Polissena Felipe era, además, poco cauto. Si, como era de prever, iba a participar en la organización de la visita de Hitler a Italia, ella se enteraría de cada detalle.

Podía hacerlo, pero, además, se había comprometido a ello.

La madre de Ludo había sido amiga de la madre de Felipe, Margarita de Prusia, cuando vivían cerca de Kronberg. Por desgracia

también era amiga del alcohol, de algunas drogas y de muchas personas que deseaban para sí lo que quedaba de su fortuna familiar. Aún era abundante cuando su padre entró en escena: un italiano guapo, enérgico y enamorado del juguete roto en el que se había convertido su madre. Durante un tiempo las cosas fueron bien para el matrimonio y aquellos vicios parecieron solo un mal recuerdo. Los primeros pasos de Ludo transcurrieron por las calles de la pequeña ciudad y los jardines del castillo de Friedrichshof, donde residía la familia real. Pero la Primera Guerra Mundial dio un golpe definitivo a su economía; uno que su madre decidió no encajar el día que se cortó las venas. Ludo tenía entonces seis años y su padre se enfrentó a su crianza entre la ruina y la soledad. A pesar de su edad, la muerte y la miseria de la posguerra quedaron grabadas en su retina. Cuando su padre decidió volver a Italia para ganarse la vida, Ludo quedó en manos de los Hesse, que la alojaron como a una pariente lejana que se queda demasiado tiempo de visita. De cualquier forma, su vida quedó ligada a ellos, mientras la de su padre se ligaba a otra poderosa organización. Tres años después de su partida, Romolo Conti empezó a mandarle buenas cantidades de dinero a su hija, que, con catorce años, supo que no le faltaría nada de lo básico. Para entonces ya se había ganado un papel en el servicio como camarera del secretario del príncipe heredero. En 1925, cuando este se casó con la hija del rey de Italia, ella lo acompañó a Roma como parte del personal, y al año siguiente como niñera del príncipe Mauricio, el primer hijo de la pareja.

Tenía diecisiete años y Roma la acabó de formar. Se encontraba con su padre en contadas ocasiones, pues él se había instalado en el sur. Aparecía de forma inesperada, sin avisar, cuando ella paseaba por las calles o los parques, cosa que le encantaba, pues salía

siempre de Villa Polissena con la ilusión de verlo, y muy de vez en cuando su deseo se cumplía.

Mientras, Felipe de Hesse iba y venía de Alemania, pero ella se quedaba siempre en Italia. Con el tiempo, se convirtió en una especie de ama de llaves a tiempo parcial, una que cuidaba de la casa cuando los príncipes partían, que supervisaba a los niños cuando estaban en Italia, que ayudaba un poco en todo y que se movía en una zona gris situada entre la familia y el servicio, sin ser del todo parte de ninguno de los dos grupos. Ayudaba mucho y se había hecho imprescindible. A nadie le importaba que entrara y saliera de la finca de la familia real todo lo que quisiera.

Su vida cambió en 1935, diez años después de que llegaran a Roma. Ludo lo recordaba bien. Su padre la sorprendió en el Trastevere, apoyado en una esquina que vislumbró al final de la calle, cuando volvía de una cita con un guardia real que no había conseguido seducirla.

—Hola, *bellina.*

Siempre la llamaba así. Ludo se echó en sus brazos.

—Estás muy guapa. Y has hecho bien, ese muchacho no me gustaba para ti.

Ludo se apartó.

—No me gusta que me espíes.

—Solo te protejo.

—Sé hacerlo sola. Tú me enseñaste.

—Bueno, a ningún ejército le sobran soldados.

Pasearon hasta el río y desde allí en dirección al Coliseo, pero, por una vez, fue su padre el que la informó de su vida y no al revés. Hasta entonces, Ludo solo sabía que trabajaba en labores de exportación de aceite y vid sicilianos. Resultó ser más que eso.

—Imagino que habrás oído hablar de la Sociedad Honorable.

Su padre se equivocaba.

—No he oído ese término nunca. ¿Es acaso alguna asociación?

—Bueno, sí. —Romolo meditó un segundo—. Sí que lo es en realidad.

—¿Es ese el nombre de la empresa en la que trabajas?

—Sí.

—Exportando.

—Bueno, sí, pero tenemos labores más importantes. La Sociedad se ocupa de muchas cosas en Sicilia y en Nápoles..., y en toda Italia también, aunque con menos arraigo. Domina los mejores contactos, infraestructuras y está también en la cúspide del poder en esas zonas. Es una especie de equilibrio supragubernamental, formado por varias familias poderosas. Tienen negocios conjuntos, se protegen, etcétera.

Ludo abrió los ojos.

—La Cosa Nostra —dijo lentamente.

—Sí. No creas lo que has oído de ella. En un mundo como en el que vivimos, la lealtad y el arrojo son valores muy valiosos.

—Pero... esa gente... Son violentos.

—¿Te parezco violento yo?

—No, tú no.

—En cambio, puedes estar segura de que mataría por ti, de que te defendería hasta la muerte.

—Yo también lo haría por ti.

—Pues eso es lo que hace la Sociedad. Defiende lo que ama. Desde que llegué a Italia, estoy con ellos, y no hay día en que no me admiren su eficacia, su valentía y su organización.

—No es lo que se dice de ella.

—Olvídalo. Créeme a mí, tú que tienes a alguien dentro a quien conoces bien.

Encontraron un banco y se sentaron en él. Romolo necesitaba toda la atención de su hija.

—Ludo, la Sociedad me ha involucrado en algo muy importante y no te veré en un tiempo. No debes temer ni entristecerte demasiado. Estaré haciendo lo que debo y en una misión que puede cambiar muchas cosas.

—Nadie te pide que no temas si no hay una razón para hacerlo.

—Perdóname. Todo cambio verdaderamente importante comporta algunos riesgos, pero en este caso está todo controlado.

—Ya.

—En cualquier caso, quiero que sepas que mi protector también te protegerá a ti. Si él te llama, acude a su presencia sin dudarlo. Se llama Gonzaga. Don Gonzaga Testa. Puede que nunca lo veas, pero, si lo haces, confía en él. No encontrarás a nadie con unos valores más sólidos.

—¿Ese es el jefe de la... Sociedad?

—Eso es. —Romolo se acercó y acarició el pelo rubio de Ludo—. Con él de tu lado puedes estar muy tranquila.

—No tenía ningún motivo para no estarlo hasta ahora.

—Sé que cuesta entenderlo, pero hazme caso. ¿Lo harás?

Ludovica miró a su padre a los ojos. Claro que lo haría.

Lo siguiente que supo de él fue de mano del mismísimo don Gonzaga Testa. Al parecer, el riesgo que había corrido su padre no estaba tan controlado. La importante misión en la que participaba quedó inconclusa, y el encargado de cumplirla, descabezado. Literalmente. Pocos meses después del encuentro, su padre había muerto en una comisaría de Palermo. Las fotos de su cadáver bastaron para que cualquier reticencia a la violencia se disolviera en ella. Ludo supo que contra la violencia solo cabía violencia. Con todo, don Gonzaga también le ofreció el remedio para su tristeza:

podía concluir el trabajo que su padre había iniciado. Le dijeron que no sería difícil, que tan solo necesitaba aprender algunas técnicas. Por lo demás, la vida la había situado en el mejor lugar posible para que la misión fuera un éxito. Decidió no desperdiciar la oportunidad. No buscaba venganza, pero, colaborando con la Sociedad Honorable, concluía el trabajo de su padre y lo honraba. No buscaba venganza, buscaba justicia. El Duce debía caer y don Gonzaga Testa ayudaría a que así fuera.

Así, en su tiempo libre, Ludo pasó un año entrenándose en secreto en un sótano de la Suburra, el barrio más marginal de Roma, en el que jamás nadie se atrevió a tocarla. Aprendió a disparar, a colocar y a fabricar explosivos, a matar rápidamente, y a todo lo que conllevaban los trabajos que esperaba que se le encomendaran. A la vez, le explicaban la filosofía y la particular moral de la organización, de la Sociedad Honorable. Todo le encajaba perfectamente a una chica que había visto una cruel posguerra, la miseria de su país, y aún penaba la muerte de su único familiar. Cuando no vaciló al ser encomendada para ejecutar a dos agentes de la OVRA que le presentaron atados a una silla, sus superiores supieron que habían hallado a una buena colaboradora. Aquel fue su primer contacto con la Policía secreta fascista. Los disparó en la frente sin culpa. Un instante que su mente borró sin problema. Tenía muy claro quién era el enemigo, y también que no acabarían con ellos si no era de aquella forma.

Después de su adiestramiento, volvía a Villa Polissena y supervisaba al pequeño príncipe Mauricio, con el que paseaba, jugaba y era cariñosa. Una niñera ocasional en la mafia siciliana. Un ama de llaves con pistola. La sola idea la hacía sonreír.

La visita a Sicilia había ido bien. Don Gonzaga era inteligente y la quería, y ambas cosas se notaban enseguida.

Tenía dos misiones para ella: la primera era bien sencilla, un encargo de un cliente del norte. Debía dar un buen susto a un desconocido que vivía en Florencia y planificar su asesinato en cuanto se lo indicaran. No hizo preguntas, pues la Sociedad Honorable también podía, para financiarse y en casos muy específicos, utilizarla de mercenaria a ella y a los demás. La segunda misión era más sofisticada y, sin duda, de mayor calado: surgía por la visita de Hitler. No discutió las instrucciones que le dieron, pero le preocupó tener que depender, aunque fuera poco, de las pesquisas de Santo, el hijo de don Gonzaga. Parecía blando y lleno de dudas, lo contrario que ella. Lo contrario de lo necesario. Supuso que nada de lo que hiciera él le serviría.

Acostó al príncipe, le contó un cuento y una hora después se metió en la cama, decidida a hacer bien su trabajo. Probablemente también tuviera que realizar el de Santo Testa.

16

LA LISTA

Santo Testa volvió a Florencia decidido a iniciar la labor que su padre le había encomendado.

Su idea inicial era rebuscar en los archivos de las diferentes academias de arte e historia, también en las universidades. Revisar el claustro de profesores e investigar su tendencia política. Si eran fascistas o si no lo eran, debía resultar fácil de averiguar, y quizás también podría identificar a los que eran proclives a colaborar con Justicia y Libertad. De entrada, estaba seguro de que ninguno se prestaría a colaborar con la mafia siciliana, pero su padre tenía formas de lograr dicha colaboración. Formas que temía él y temería quien se interpusiera en el camino de don Gonzaga Testa.

Su trabajo acabaría temporalmente con la elaboración del listado, una especie de catálogo de personas de entre las que su padre debería elegir a su colaborador, que orientaría la visita hacia los lugares deseados, aquellos en los que fuera más sencillo atentar contra el Duce. Estaba seguro de que la Sociedad Honorable volvería a él cuando todo estuviera avanzado, pero en la cabeza de Santo había sombras y duda. Aunque conocía bien la forma de proceder de Gonzaga, y sabía que no tenía mesura, solo esperaba que, al final, todo lo que hiciera obedeciera a un bien común y que los daños colaterales no fueran excesivos. No estaba nada seguro de aquello.

Matteo Maratti le hizo descartar rápidamente el plan que había trazado.

—Nos llevaría años. No podemos estar yendo de una a otra universidad haciendo preguntas. Se cuestionarán para qué quieres el listado.

—Seguro que está disponible ya.

—Bueno, sí, pero no tiene sentido, resulta hasta sospechoso. Te darán un listado de todos... ¿Y qué vas a hacer?, ¿investigarlos uno a uno? Es inabarcable. Debemos quitarnos a un buen grupo de una sola vez.

Así había surgido la idea de las veladas culturales: los Maratti abrirían las puertas de su palacio para una tertulia sobre arte renacentista y clásico, seguida de una cena y un concierto de cuerda. El tipo de cebo que ningún profesor de vida social, sueldo y despensa escasos sería capaz de evitar.

—Suena apasionante —ironizó Andrea Maratti.

—Lo será para los académicos. Demasiado a menudo se ven recluidos a foros menores, en lugares tristes, siempre con la misma gente. Son como los pobres que ven la ópera desde el gallinero. Nosotros vamos a darles importancia y a escucharlos. Se entusiasmarán, no lo dudes.

—Es una buena idea —terció Santo.

—Lo es. Mi madre, tu abuela, hizo veladas de este tipo en esta misma casa, claro que a ella le divertía. Yo solo acudía a las literarias, que eran muy entretenidas..., pero el resto... Es una pena que la mayoría de los entendidos no tengan el don de la palabra, porque no hay nada capaz de captar mejor la atención que el arte.

—Quizás les faltara vino —opinó Andrea.

—No creo que ayude a decir lo correcto —intervino Santo.

—No, ayuda a todo lo contrario. Por esa razón les daremos mucho el día que vengan. Mañana mandaremos las invitaciones.

—¿Tienes los nombres?

—No, pero no supone ninguna dificultad invitar a una fiesta como la que planeo. Son las exclusivas las que ofrecen problemas..., a la nuestra los invitaremos a todos.

17

DOS INVITACIONES

Juan Rezola había pasado toda la mañana mezclando pigmentos para empezar con el fondo del cuadro, que iba a pintar sobre un lienzo de la época del que pretendía imitar. Con los años, la pintura obtiene una textura agrietada, parecida a la de la tierra de un lecho húmedo que se seca, llamada craquelado, que él debía imitar. Como el tiempo era imposible de conseguir al ritmo que deseaba, pintando sobre pintura ya craquelada, esperaba lograr el mismo efecto. Los pigmentos con los que iba a cubrir la pintura original también eran antiguos, con el brillo matizado y la textura envejecida.

Lapsus lo miraba desde cerca, respetando su espacio y dormitando cuando el aburrimiento ganaba a la curiosidad. El labrador no había pisado un lienzo o volcado un bote de pintura desde que aprendió que la sutileza no era virtud de su raza y que debía apartarse varios metros del trabajo de Juan. Así, estaban los dos tranquilos cuando escucharon unos pasos en la escalera y poco después el rabo del perro empezó a golpear el suelo con su automatismo de alegría.

Flavia apareció en el umbral de la puerta sonriente, con un vestido *beige* que se ajustaba a la cintura con un cinturón ancho y rojo como sus labios. Aún se debían muchas palabras y más explicaciones, pero Juan sospechaba que igual que él, ella estaba buscando el momento adecuado.

—Te traigo *bombolones...,* y Anetta me ha dicho que hoy te traerá pasta. La ha hecho en casa y, si sabe tan bien como huele, os gustará. Lapsus también puede probarla.

Juan se había aficionado a los *bombolones* florentinos en cuanto había llegado, pero disimuló un poco su alegría, igual que disimulaba todo sentimiento que le provocaba Flavia. Estaba decidido a ser frío con ella, pero no lo conseguía del todo.

—Se va a poner gordo si seguís alimentándolo así.

—Ya, bueno, será un gordito feliz. No dejaremos que llegue a ser insano. —Se acercó al perro y le acarició la cabeza—. Huele fatal.

—Huele a perro. Quizás él piense que los que olemos fatal somos nosotros.

—Traigo noticias —dijo ella cambiando de tema mientras sacaba un sobre del bolso—: mañana tenemos una fiesta. Bueno, una velada.

—¿Una velada?

—Sí, ya sé, suena peor que una fiesta. Pero, si no se baila, no es una fiesta, ¿no crees? La organizan unos conocidos, los Maratti, en su palacio. Por lo visto van a reunir a todo el ámbito cultural de la ciudad. Profesores, académicos, gente del ministerio... Si queremos saber algo sobre la visita del Duce y Hitler, es el lugar para recabar información.

—¿Hay noticias nuevas?

—Muy pocas. Se da por hecho que visitarán los Uffizi, y poco más. Nadie sabe lo de la exposición privada..., lo de mi cuadro y su entrega en el palacio Pandolfini. Por eso no nos la podemos perder. Si consiguiésemos saber quién está organizando la visita, ajustaríamos mejor nuestro plan. Cuándo llegará el cuadro al palacio, la vigilancia, las horas, el plan de fuga... son detalles fundamentales.

—No lo averiguarás esa noche.

—Quizás no. Pero lo intentaremos. Y tú me acompañarás.

Era la segunda vez que Flavia lo invitaba a acompañarla y en las dos ocasiones le había parecido mucho más una obligación que una opción. Cuando, poco después volvió sobre sus pasos y lo dejó de nuevo solo, Juan se tumbó en la cama y recordó el día que la conoció. No estaba seguro de agradecer haberlo hecho, pero los recuerdos eran, sin duda, dulces.

Flavia había aparecido dos años antes, cuando, encarado al mar, él trataba de plasmar la luz de las olas en su lienzo y un lujoso barco de recreo de pabellón italiano le estropeó la perspectiva. En la cala Sa Tuna, en la costa de Gerona, aún primaban los *llaüts* y los barcos de pesca, por lo que a Juan le molestó doblemente aquella intromisión.

Al rato, descolgaron un bote del pescante y vio a algunas personas embarcar y perderse hacia el interior de la cala. Detestó que una cosa tan poco importante le hubiera llamado la atención y siguió pintando, fingiendo que aquel forúnculo en la bella cara del mar no existía.

Tras varias horas de dedicación, el pequeño lienzo ya reproducía fielmente el mar y Juan buscaba el color de los pinos cuando a su espalda notó una presencia. A muchos pintores no les gusta que los observen trabajar, y él no era una excepción. Se giró decidido a ser firme pero educado, pero resultó difícil ser lo primero.

Una joven en traje de baño, de pelo oscuro, ojos marrones, piel bronceada y presencia elegante inclinaba la cabeza hacia un lado, concentrada en lo que él pintaba. Esperó a que ella hablara.

—Eso es de algunas horas atrás —dijo al fin. Pronunciaba las erres como una extranjera.

—Efectivamente. El sol ha cambiado... y el barco ha estropeado los reflejos.

—¿Aquel? —preguntó ella señalando el gran yate.

—Ese mismo. Debería haber dejado de pintar en cuanto llegó.

—No parece tan importante.

—No es lo que venía a pintar.

—La vida cambia. No se crea para que usted la encuentre como espera —replicó ella. Parecía divertida.

—Es una pena que un barco venido de Italia sea el culpable.

—No le gustan los barcos.

—Solo me gustan los bonitos.

—Y ese no lo es.

—No. Ese no. Se nota que los dueños no lo ven desde aquí. Seguro que por dentro resulta bonito, pero desde aquí es desproporcionado y está fuera de lugar. Es como vivir en una torre alta y fea. Tiene la mejor vista precisamente porque no se ve a sí misma.

—Es usted gracioso.

—No lo soy.

—Le pasa como al barco. Eso es porque usted se ve desde dentro. Desde fuera lo parece.

Juan dejó escapar una sonrisa y no pudo evitar que la mirada se le escapara hacia el cuerpo de la mujer.

—¿Esto sí le gusta? —le lanzó, pícara.

Juan se ruborizó un instante antes de recomponerse.

—Me gusta todo lo bonito —declaró.

—Eso está bien. —Lo miró divertida. Luego le tendió la mano—. Flavia.

Él se la estrechó.

—Juan.

—Muy español.

—Mucho —dijo él.

—Volveremos a vernos.

—Ojalá.

—No era una pregunta —replicó. Luego pasó frente a él, se balanceó descalza andando entre las rocas y, cuando estuvo cerca del agua, se tiró de cabeza.

Juan la observó nadar con pericia. Enseguida vio hacia dónde. Mientras el barco volvía a girarse, descubrió en la popa su nombre: «Flavia». Sonrió. Poco después, la desconocida a la que volvería a ver subía a cubierta, se cubría con una toalla y alzaba el brazo para saludarlo.

De pronto el barco parecía francamente bonito.

Se vieron al día siguiente. Al otro se besaron. El tercer día no podían parar de hacerlo. Al cuarto Juan ya estaba completamente enamorado y penetraba lentamente en una cueva de la que le iba a resultar muy difícil salir.

18

VELADA CULTURAL

—Hay que estar muy aburrido para venir a esta casa esta noche —suspiró Andrea Maratti mientras observaba desde su ventana el jardín del palacio.

Las puertas se habían abierto hacía tan solo unos minutos y algunos grupos de intelectuales se dejaban guiar por el servicio hacia la zona donde se ofrecería la primera copa.

—Varios estaban esperando fuera desde hacía media hora —comentó Santo.

—No han ido a una fiesta en su vida —replicó Andrea.

—No ha fallado ni uno.

—Pobre gente. Toda la vida estudiando para acabar dando clase por mil liras al mes a jóvenes que solo esperan que te calles de una vez. La vocación a veces es una maldición —sentenció Andrea.

—En cualquier caso, no será difícil que con un par de copas de vino averigüemos de qué pie cojean. Habrá más de uno que ahogue sus penas en alcohol mientras se pregunta por qué demonios a nadie le interesa lo que a él le apasiona.

—A mí me gusta el arte, pero, qué quieres que te diga... Para hablar de un tema del que eres experto con una persona que no lo es, es necesario empezar bajando a su nivel y desde allí cogerla de la mano y ayudarla a llegar a uno superior. Los que no trabajan así resultan pedantes..., y los pedantes, además de ser aburridos, son

antipáticos, es decir, del todo insoportables. Puedes aceptar a un antipático divertido y a un simpático aburrido, pero un aburrido antipático... Buf, es demasiado.

—Habrá de todo ahí abajo.

—Sí, también gente del ministerio. Mi padre se ha ocupado. Fanáticos de Mussolini, también personal del consulado alemán.

—No había hablado de eso.

—No —aseveró Andrea—, yo mismo lo he sabido esta mañana, pero tiene sentido. Veremos quién se acerca a ellos y quién los evita. Nos orientará sobre las afinidades de cada uno. El tiempo apremia. Tu padre necesita esa lista cuanto antes si quiere actuar.

Cada vez que Santo pensaba en la forma de «actuar» de su padre, presentía que ninguno de los Maratti tenía ni idea de dónde estaban metiéndose. La Sociedad Honorable era para muchos que la conocían temible, pero ellos tan solo pensaban en su efectividad. Les habían pedido que le pasaran nombres a medida que los tuvieran. Una carta a una dirección desconocida de Roma con los datos de los académicos que ellos estimaran como candidatos a guía del Duce y el Führer bastaría. A partir de entonces debían dejarlo todo en manos de la Sociedad Honorable. De la mafia siciliana. Un escalofrío recorrió su espalda.

Matteo Maratti, organizador del evento, entró en la estancia sin avisar, pertrechado con una levita roja de cuello redondo y botonadura dorada que combinaba atrevidamente con pantalones de esmoquin.

—Espabilad —ordenó sin severidad a su hijo y a su ahijado—, no pienso atender a esa gente yo solo. Bajemos.

Santo miró por la ventana. Una mujer morena acababa de atravesar el primer arco de cipreses del jardín. Incluso desde aquella

distancia tuvo muy claro que era bella. Poco le importó que a su lado llevara a un hombre de buena planta.

—Sí, bajemos —dijo volviéndose a sus amigos.

No hubiera hecho ninguna falta que el palacio Maratti se engalanara para impresionar a los asistentes a aquella velada, pese a lo cual lo había hecho. Cientos de velas decoraban los caminos del pequeño jardín y colgaban de los árboles. La fachada barroca había sido iluminada y los bustos gastados que la decoraban resaltaban sobre el fondo amarillento de las paredes. Los búcaros mostraban exuberantes arreglos florales. Habían descartado la idea de un concierto en el que el público estuviera sentado porque necesitaban que los asistentes hablaran y se dieran a conocer, no que permanecieran en silencio, así que no había un escenario, sino un programa musical de varios intérpretes que actuarían indistintamente en un lado y en otro.

Serpenteando entre los invitados, los camareros paseaban bandejas repletas de copas de champán.

Todo muy extravagante para aquella concurrencia.

En el centro se oían las risotadas de un grupo de camisas negras que alternaban con un hombre de aspecto frágil.

—Ahí está el director de la Real Academia —dijo Matteo señalándolo—. Iré a atenderlo. Vosotros dividíos. Escuchad las conversaciones. Sugerid los temas y ocupaos de que el champán y el *chianti* fluyan generosos. Tenemos que saberlo todo sobre esta gente. Bueno, todo lo posible.

—Harán falta más noches como esta —aseguró Andrea.

—Celebraremos las que sean necesarias.

—Yo iré con aquellos —dijo Santo, señalando hacia donde estaba la mujer a la que había visto entrar hacía unos minutos.

—Lo suponía. —Sonrió con picardía su amigo.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar y enseguida quedó claro que nadie le prestaría demasiada atención. Tampoco la pareja a la que se acercaba Santo. No tenían la cercanía de unos novios, lo cual le alegró. Ella era realmente guapa, morena, con la piel tersa y llena de vida, el cuerpo bien torneado, y los hombros, que su vestido de tirantes dejaba ver, marcados y finos. Su acompañante tenía el aspecto de un milanés de buena casa.

—Bienvenidos —dijo, revelándose como anfitrión—. Soy Santo Testa, gracias por acompañarnos.

—Flavia Viel —respondió ella—. Él es...

—Juan Rezola —la interrumpió el hombre.

—¿Español? —preguntó Santo por decir algo.

—Mucho —respondió él acercándole la mano—. Tiene una casa muy bonita, me alegro mucho de haber venido.

—¿Son ustedes académicos?

—No, solo aficionados —respondió ella—. ¿Usted?

—Aficionado también —apuntó. ¿Era decepción lo que había visto en los ojos de ella?

—Matteo Maratti es amigo de mi marido. Llegó una invitación a nuestra casa. Lamentablemente, no está en la ciudad, así que he venido con un amigo. Juan es pintor.

—Ha hecho muy bien —dijo Santo, decepcionado por que la joven estuviera casada. Se giró hacia el hombre—. ¿Así que pintor?

—Bueno, nada importante. Me gusta el arte.

Llevaban unos minutos hablando cuando la música de fondo cambió a un ritmo más animado y lo clásico dio paso a lo moderno. Un saxo se incorporó al grupo y sonó un *swing.* Los fascistas lo odiaban. Santo supo que aquella era la primera prueba para que los invitados se definieran. Lo sabía, pero lo forzó un poco más.

—Oh, me gusta esta pieza. Creo que es de Duke Ellington, ¿la conocen?

—No, pero me gusta mucho cómo suena —dijo ella.

—Un *swing.* A mí me también me gusta —dijo el español, cuya opinión no le importaba demasiado.

No dio tiempo a que la pieza acabara. El *jazz,* el *swing,* y en general todo lo que se relacionara con la música estadounidense o negra había sido arrinconado con celeridad. Los fascistas las odiaban y así lo demostraron. Un camisa negra corpulento, ancho y paticorto como un tentetieso se acercó a la orquesta y, tras parar a uno de los miembros para hablarle, enseguida los demás dejaron de tocar. Tras una breve pausa, la música volvió a un repertorio más clásico.

En la otra punta del jardín la reacción del corrillo en el que estaba Andrea fue similar.

—Vaya, me gustaba esa pieza —dijo un profesor de historia del arte bajito y con cara alegre.

—Parece que al partido no —replicó Andrea.

—A mí tampoco —dijo otro de los que estaba por allí, que se había presentado como Stefano Boggi y aseguraba ser doctor en arte antiguo—. Es música lasciva, degenerada. En mi visita a Alemania solo se tocaba en los peores antros.

—Esos son los más divertidos, ¿no cree? —bromeó Andrea.

—No, de ninguna manera.

—¿Conoce bien Alemania? —Aquello se ponía interesante.

—Sí, muy bien. He visitado con frecuencia Berlín y Hamburgo.

—¿Habla alemán?

—Sí, desde pequeño. Mi padre trabajó en la oficina comercial de Krupp, una empresa importante allí. Aprendió alemán y se empeñó en que nosotros lo hiciéramos también.

—Así que sabe alemán e italiano.

—Exacto —sonrió él—, y, tal como va el mundo, parece que con estos dos idiomas será suficiente.

Andrea apuntó mentalmente los nombres. Estuvo seguro de que el profesor amante del *swing* no era seguidor de Mussolini. Pequeño, frágil y de gustos musicales equivocados. En cambio, Stefano Boggi era el primer candidato a guía del Führer.

En el grupo de Matteo el anfitrión hablaba con el director de la Real Academia de Bellas Artes.

—Supongo que les habrán contactado ya respecto a la visita del Führer. —El hombre lo miró un segundo. Le habían pedido discreción, pero estaba claro que el señor Maratti estaba bien informado.

—Oh, vamos. Es una noticia que corre como la pólvora. Comprenda que todos tenemos nuestros contactos.

—Sé muy poco y..., bueno, no es un tema para tratar a la ligera.

—Es lógico, le aguarda un papel muy relevante.

La cara del hombre no mostró ilusión alguna y a Matteo no se le escapó. Supuso que no saltar de alegría era todo lo que podía hacer, ya que cualquier otra acción habría resultado sospechosa. La mayoría de los que estaban en posiciones como la del director se habían visto obligados a afiliarse al Partido Fascista para seguir donde estaban. Si alguno opinaba de forma equivocada, sabía a lo que atenerse. El círculo de opositores al régimen se cerraba y pasaba a la clandestinidad rápidamente.

—¿Será usted quien los guíe? Parece claro que entre las virtudes del Duce no se encuentra el conocimiento del arte.

—Tiene razón, pero es comprensible. Es difícil centrarse en este mundo cuando se tienen tan elevadas responsabilidades. —Los dos hablaban entre líneas, sin atreverse a hacerlo con franqueza—. Pero

no —continuó el director—, no seré yo. Idealmente están buscando a alguien que sepa alemán.

—¿Y lo tienen?

—No, aún no. Están entrevistando a algunos, pero todo es muy preliminar. Tal vez se utilice más de un guía. Si el adecuado no sabe alemán, necesitarán un intérprete. Lo importante es el experto.

—Comprendo. Encontrar al idóneo no es tarea sencilla, aunque tampoco sé qué lugares piensan visitar. —El director calló y, si bien Matteo comprendió que tal vez estaba empujándolo demasiado, decidió hacerlo aún un poco más—. Lo esencial lo imaginamos todos. Nadie querría perderse la galería, el Pitti, quizás la Academia... Y en Roma, tal vez el Vaticano.

—Eso no parece posible —respondió el director—. El papa sabe ser muy lento en sus contestaciones cuando le conviene.

—Bueno, en Florencia pueden contar conmigo para lo que necesite. Sé lo engorrosas que pueden ser estas cosas. Los asuntos del Gobierno... Esos hombres acaban por meterse en todo.

—Entonces, ¿no lo han llamado? —dijo el director, bajando un poco la voz.

—Del... ¿ministerio?

—Sí, el de Educación, o el de Cultura Popular. Ambos están implicados. Buscaban un lugar adecuado para... —Calló un instante —. Buscaban un palacio, uno privado. Pensé que el suyo, al ser tan desconocido, podría ser un buen candidato, pero... tan solo lo puse en una lista. Lamento haber tenido que hacerlo, pero me aseguraron que era para algo poco importante, una especie de recepción privada.

—¿Con el Führer?

—Eso supuse..., aunque no sé nada. No me haga demasiado caso. Estoy mayor para estas cosas.

Matteo lo miró unos segundos, tratando de adivinar la información que escondía, pero de pronto el hombre alzó las cejas y abrió los ojos mirando a alguien que se acercaba por detrás.

—¡Ah, Ranuccio! —dijo saludando con la mano.

Un hombre de alrededor de cuarenta años, de aspecto sólido, limpio y saludable se acercó a ellos.

—Señor Maratti, este es el señor Ranuccio Bandinelli, arqueólogo y profesor en la Universidad de Pisa. El señor Bandinelli es experto en arte clásico, griego y romano. Una eminencia, me atrevería a decir.

—¿Es usted hijo de Mario? —le preguntó de entrada Matteo. El recién llegado sonrió con sorpresa.

—Ciertamente, lo soy. ¿Lo conoce?

—Por supuesto. De hecho, he estado en alguna ocasión en su villa de Siena.

—En la Villa di Geggiano.

—Eso es. Lamenté su muerte. Lo vi menos de lo que me hubiese gustado, pero siempre me pareció un buen hombre.

—Lo era, gracias. —Ranuccio había recibido comentarios de aquel tipo muchas veces.

—Así que se dedica al arte.

—Sí, toda mi familia ha sido aficionada, incluso mecenas en pequeña medida, desde hace mucho tiempo. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años, así que mi abuela vienesa fue quien me crio. También era una gran aficionada al arte y a la cultura. Supongo que no tuve escapatoria, el arte acabó por contagiarme y aún no he podido curarme de tal enfermedad.

—No lo haga, hay algunas mucho peores.

Matteo pensó con rapidez: si la abuela de aquel hombre era vienesa y, como le acababa de contar, lo había criado, estaba claro que hablaría alemán a la perfección. También procedía de una

excelente familia de la aristocracia media, por lo que sus modales eran perfectos. Y sabía de arte. Tenía frente a él a uno de los candidatos más plausibles para guiar al Führer. No era probable que lo hubiera mejor. No podía creer que lo hubieran encontrado tan pronto. Ahora tan solo le quedaba saber si podía acercarse a él; si era, de alguna manera, opositor al régimen o, por lo contrario, un fascista más.

—Hablábamos de la visita del Führer —dijo orientando la conversación hacia donde más le interesaba.

—Veo que ya lo sabe todo el mundo —dijo Bandinelli, tranquilo e inexpresivo.

—Bueno, somos mediterráneos, supongo que no es fácil guardar un secreto de tal magnitud.

—Supongo que no —replicó sin extenderse. De pronto su mirada era fría, distinta a la que tenía poco antes.

—Parece que la visita no será solo política —continuó Matteo—. Se comenta que habrá una especie de programa cultural.

Se hizo el silencio y Matteo percibió que se adentraba en un terreno peligroso. Ya había averiguado lo suficiente, y, si Bandinelli era finalmente el elegido, podría acceder a él más adelante. De momento, su nombre encabezaría la lista que recibiría la mafia siciliana. En cualquier caso, decidió cambiar de tema.

—Y... ¿aún mantiene su villa familiar? Era realmente magnífica.

A pocos metros, hasta el momento la conversación de Santo no estaba resultando tan provechosa, al menos en lo referente a la misión que se les había encomendado, pero estaba pasándolo muy bien pensando en cuánto mejor aún lo estaría si el español que acompañaba a Flavia Viel los hubiera dejado solos. Lamentablemente, lejos de reducirse, el trío se vio de pronto

ampliado por un hombre que se acercó a saludar a la chica. Ella pareció reconocerlo a medias.

—Señorita, usted es... No sé si me recuerda —dijo, ladeando la cabeza mientras sonreía.

—Usted estuvo en Faggio —aclaró ella. Su expresión no era de alegría.

—Eso es. Soy Tommaso Russo, subsecretario del Ministerio de Cultura Popular. Usted es la hija de los Viel, la señorita...

—Señora, señora Leone. Pero sí, soy una Viel. Lo recibimos en nuestra casa de los Abruzos.

—Oh, pero era mucho más que una casa —dijo el recién llegado girándose hacia los demás—. ¿La conocen? Deben conseguir que los inviten, caballeros. El de los Viel es un castillo espléndido y bien mantenido. Lleno de tesoros.

—Recientemente tiene uno menos.

—Ah, sí, claro. —El subsecretario se incomodó. Él había identificado el retrato de Botticelli que más tarde les habían quitado.

—Deberían ir con cuidado con quien los visita —dijo Flavia sonriendo, dirigiéndose a Santo Testa y Juan Rezola—. El ministerio vino a cenar y se fue con un Botticelli bajo el brazo.

—Eso es inexacto...

—No lo es. Es exactísimo.

—Bueno, digamos que es un préstamo.

—Quizás quiera decirme entonces cuándo podemos esperarlo de vuelta.

El subsecretario cambió el tono y tanto Juan como Santo supieron que había llegado al límite. Juan cogió a Flavia del brazo.

—Volverá cuando el Duce decida —replicó Russo—, debería sentirse honrada. Su cuadro estaba colgado en un despacho en un

castillo perdido, alejado de los ojos del mundo. Pronto lo tendrá alguien destinado a ser uno de los líderes de ese mismo mundo.

—No parece un préstamo entonces —dijo Santo sin poder contenerse. Flavia le lanzó una sonrisa de agradecimiento.

El subsecretario miró a unos y a otros de arriba abajo. Le habían puesto en evidencia y todos habían hablado de más.

—Son ustedes muy jóvenes y muy impertinentes. Es una mala combinación, vayan con cuidado —les advirtió. Luego se dio la vuelta y se fue.

Flavia, Santo y Juan cruzaron sus miradas.

—No se ha ido contento —terció Santo.

—Yo tampoco lo estoy —respondió ella a su nuevo amigo—, aunque imagino que es natural cuando le roban a una un Botticelli, ¿no cree?

—Al principio me pareció entender que era un préstamo de su familia al ministerio.

—Pero al final ha comprendido la verdad, ¿no es así?

—Sí.

—Se lo quieren entregar a Hitler como regalo del Duce. El Führer va a visitar Italia. Le han preparado una exposición privada con las obras de familias que, finalmente, se han resignado a perder sus cuadros.

—Usted no parece haberlo asumido.

La información sobre esa exposición privada para Hitler y Mussolini era la primera cosa de interés, después de la misma Flavia, que Santo había descubierto hasta entonces. Debía averiguar dónde iba a producirse. ¿Sería ese el escenario que buscaban para atentar contra el Duce? Tenía que enterarse de todo.

Ella calló unos segundos. ¿Había hablado de más?

—Solo soy una mujer enfadada.

—No es poco. —Sonrió él.

—No sé dónde está mi cuadro. Y... no puedo hacer nada. Pero tampoco disimularé mi enfado. Pero no quiero molestarlo más. —Miró a Juan—. Deberíamos saludar a nuestro anfitrión. Ha sido un placer conocerlo, señor...

—Testa.

—Eso, Santo Testa. No olvidaré su nombre.

Flavia supo reconocer la mirada de aquel hombre. La había visto en muchos otros antes. Sabía que hubiese preferido que se quedara allí, a ser posible sin Juan, pero no era ese el fin que la había llevado al palacio Maratti. Se acercó al dueño y sin atisbo de duda se abrió paso en el pequeño grupo que acompañaba a don Matteo. A él se le iluminó la cara al verla.

—Señores, permítanme presentarles a la señora Flavia Viel de Leone.

—Matteo —dijo ella alargando los dos brazos para que él le cogiera las manos.

Se miraron a la cara con ilusión unos segundos, hasta que ella se giró para presentarle a Juan. Matteo hizo lo mismo con el viejo director de la Real Academia y el profesor Bandinelli, que parecía incómodo, incluso cuando el anfitrión se deshizo en halagos hacia él y detalló su nutrido currículum. Cuando este, tras mirar su copa, decidió ir a por otra, Juan Rezola decidió seguirlo. Era la primera persona que le interesaba desde que habían llegado a la fiesta. Bandinelli no se percató de que iba detrás de él hasta que Juan se puso a su lado cuando se quedó mirando la fachada del edificio.

—Bello, ¿no cree? —dijo, buscando su complicidad.

—Mucho. No lo conocía.

—Pensé que era florentino.

—No, toscano sí, pero de Siena, aunque he vivido mucho tiempo aquí. El palacio no es conocido. Muy... privado. Esta ciudad nunca deja de sorprender.

—En Sevilla hay un palacio con una fachada similar. Quizás lo conozca.

—La Casa de Pilatos —adelantó el italiano—. Sí, lo conozco. —Ranuccio lo miró. Parecía que Juan había captado su interés.

Hablaron casi una hora antes de despedirse. De arte, que ambos conocían y apreciaban. De los países donde habían vivido. De todo menos de política, porque Juan sabía que hacerlo lo alejaría y enseguida supo que necesitaba tenerlo cerca.

Ranuccio, que no había podido excusar su asistencia a la velada y había ido con pocas ganas, volvió de mejor humor a su casa cerca de Santa Maria Novella.

Juan lo hizo seguro de que aquel hombre sería uno de los candidatos al guía que buscaba el ministerio. No había muchos como él.

Era pasada medianoche cuando acompañó a Flavia en coche a su casa en la elegante zona de Poggio Imperiale. La observó desde fuera con poco interés. Sus muros cubiertos de hiedra y buganvilla dieran una idea del lujo que encerraban.

Ella no bajó inmediatamente.

—Háblame de ese profesor —dijo Flavia.

—Tiene muchos números para que, al menos, lo consulten. Bandinelli no es solo profesor, es arqueólogo y experto en el tipo de arte que, indudablemente, le enseñarán a Hitler. Es un hombre refinado, de buena familia, cauto... Y sabe alemán. Me extrañaría

mucho que no sea de los primeros en conocer detalles del viaje. Si no lo han llamado aún, lo llamarán.

—Habéis estado mucho rato juntos. ¿Sabemos qué opina del régimen?

—No le he preguntado más que por su vida. No queremos que desconfíe. Le he caído bien, y también él me ha parecido simpático.

—No le pierdas la pista.

—No lo haré. Hemos quedado en vernos en unos días. Al parecer, pasará una temporada aquí. Le he dicho que soy pintor. Le ha interesado. Por supuesto, no irá al ático, pero ha sido una manera muy buena de encontrar afinidad.

—Sabes hacerlo, quizás no a la primera..., pero sí a la segunda.

Juan sonrió.

—Nunca he sido simpático.

—Eres mucho más que eso. A mí siempre me has caído bien.

Él no pudo decir lo mismo. La había odiado durante un tiempo. Su silencio habló. Claro que la había odiado.

—Bien. —La miró a los ojos, e incluso en la penumbra de aquella calle y a la débil luz de los faroles que flanqueaban la entrada a la propiedad, Juan creyó ver algo más. Algo de lo que trataba de huir.

—Me iré a casa —dijo al fin—. Ha sido un día largo.

Cogió el volante con ambas manos, mirando al frente, resistiéndose a volver a lo que quería dejar atrás. No dijo nada.

—Puedo invitarte a una copa si quieres. Aún es pronto.

Juan se giró hacia ella con una sonrisa triste.

—No, Flavia. Es tarde.

Ella comprendió. En silencio bajó del coche y enseguida el español escuchó el sonido de la cancela metálica al cerrarse. Puso el Bugatti en marcha y enfiló hacia su ático con la amarga sensación de no

saber qué sentía. Nostalgia, rabia, pena... y un amor que se resistía a abandonarlo.

Condujo por la ciudad como un italiano, pensando en sus cosas y pisando el acelerador hasta Via San Gallo, lamentándose de no tener una tasca amigable en la que refugiarse para vaciar alguna botella de vino. Decidido a hacerlo en su ático, subió las escaleras pesadamente. Nunca antes se había enamorado y la experiencia, vista desde aquella perspectiva, era terrible. Él, tan cabal, tan ordenado, tan independiente, de pronto reaccionaba con altibajos y dudas, pasaba el día con un humor desigual, y navegaba un mar sin destino conocido. Juan comprobaba cómo el amor no correspondido desordena la vida.

Escalaba hacia el segundo piso cuando su perro percibió su presencia en la escalera y comenzó a ladrar, pero la forma en que lo hizo le extrañó, pues lo hacía desde lejos, y su cabeza negra no asomaba por la escalera como solía cada vez que él volvía a casa. Preocupado, enfiló el último tramo a toda prisa. Al entrar, la sorpresa sobrevino: la casa había sido revuelta por completo; papeles y fotografías por el suelo, cajones abiertos, la cama deshecha. Lapsus estaba encerrado en el cuarto de baño. Al abrirlo, se abalanzó sobre él nervioso. Agachado junto al perro, comprobó que el lienzo que estaba pintando seguía donde lo había dejado.

La revisión y el orden posterior aclararon un poco las cosas. La cerradura de abajo había sido forzada, algo en lo que no había reparado al entrar; faltaba el dinero que estaba a la vista, pero no el que escondía bajo el cuenco del perro. El registro parecía exhaustivo pero apresurado. Juan supuso que su coche había levantado expectativas de un gran tesoro en su vivienda, pero por suerte no era persona de lujos obvios. Miró a su perro deseando que le explicara la escena. Lapsus, que no conocía la agresividad, debía de

haber movido el rabo insistentemente hasta que el intruso lo había encerrado.

No le dio más vueltas. No había perdido demasiado y robos como aquel sucedían cada día. Fastidiado, pero sin ganas de alargar el día, se metió en la cama de mal humor. Cada vez entendía menos qué hacía en Florencia.

19

NUEVOS PLANES

—Tenía esta fotografía pegada al lienzo —dijo el investigador—, lo está copiando.

Carlo Leone sabía bien cuál era el cuadro, lo había visto en multitud de ocasiones. La visita del maleante al piso de la Via San Gallo había revelado información muchísimo más interesante de lo que esperaba.

—No encontré nada más, aunque me llevé el dinero para que diera por hecho que había entrado un ladrón al uso.

Carlo estuvo a punto de pedírselo. Fuera lo que fuese, le iba a venir muy bien, pero el orgullo ganó una vez más a la necesidad y calló.

—El hombre se llama Juan Rezola, es español. Tiene un perro, un labrador negro al que encerré por precaución, pero que estaba deseoso de jugar conmigo. —El hombre, tan gris, se sorprendió esbozando una pequeña sonrisa al recordarlo. Enseguida se recompuso—. Lo revisé todo a conciencia, no había nada que lo relacionara con su mujer. No había ropa suya ni enseres personales.

«Había algo mucho más importante», pensó él, mirando la foto del retrato de Colomba Corsini por enésima vez.

Tras la reunión, Carlo despidió a aquel indeseable sin más encargos y con mucho en lo que pensar.

El plan de su mujer no era difícil de desentrañar. Estaba realizando una falsificación del cuadro para cambiarla por el original. De haber querido quedársela, no estaría aún en Florencia, la ciudad destinada para realizar la entrega del original a Hitler. Carlo lo sabía casi todo respecto al destino del cuadro desde mucho antes que Flavia.

Ella no debía estar en Italia, sino en Lausana con él, pagándole las facturas y abriendo las puertas a su urgente recuperación económica.

La quería. Desde mucho antes de dar el paso y declararse, se había enamorado de ella. En cambio, nunca había estado seguro de que ella se hubiera enamorado de él. Creía que no; Flavia nunca había tenido ningún tipo de dependencia de él. Simplemente, lo pasaban bien juntos, estaban cómodos, pero su amor era como una llama que solo servía para que ella no pasara frío, no para que se apasionara. Esa certeza lo corroía, porque le hacía sentirse inferior, inseguro y presa de unos celos enfermizos que, sin embargo, había aprendido a disimular a la perfección. No verla solo incrementaba aquella sensación. Aunque había averiguado el porqué de las frecuentes visitas de Flavia al ático de la Via San Gallo, también era cierto que el mismo hombre que la recibía allí paseaba con ella por las calles florentinas y reía con ella en los cafés.

Flavia no iría a Lausana hasta que pudiera hacerlo con su cuadro.

En vez de preocuparse por los posibles riesgos de la misión, temió que, si la distancia física entre ellos se mantenía muchos más meses, su vida sentimental no volviera jamás. Y sí, había más mujeres en el mundo, pero no todas podían solucionar su problema.

Una idea brillante cruzó su cabeza. Un plan. Un engaño. Uno más.

Debía ir a Florencia. Debía conocer a Juan Rezola.

20

INTERÉS MUTUO

«Aplazada acción al español de Florencia. Pasaremos fechas para su neutralización». El correo que recibió Ludovica Conti a final de septiembre era tan breve como claro. No debía dar ningún susto al señor Rezola, pero le indicarían cuándo tenía que matarlo. Era un cambio común a muchos de los encargos que ejecutaba. Los tiempos para morir son claves, ya que son definitivos, y parecía que el español debía aún hacer algunas cosas antes de que ella se encargara de que no hiciera ninguna más.

No era la única comunicación que había recibido aquel día.

Santo Testa había enviado la primera lista de académicos, historiadores, estudiosos y profesores destinados a ser el posible guía de la visita de Hitler, y, mucho más importante, a facilitar la muerte de Mussolini.

Había pasado los días deseando que llegara aquel documento mientras su vida seguía entre su trabajo en la casa Saboya y su vocación como justiciera de la Sociedad Honorable. Las órdenes de don Gonzaga Testa habían sido claras. «Localiza al que se subirá al coche con los dictadores y averigua todo de él. Lo extorsionaremos, lo llevaremos donde queramos, y, si no podemos hacerlo, lo quitaremos de en medio para colocar al que sí pueda ayudarnos».

«Paso a paso», se dijo Ludo, respirando hondo y releyendo la lista.

En ella, Santo también la orientaba sobre las tendencias políticas de cada uno de los candidatos. Ludo decidió que aquello no era lo más importante. Los ideales difícilmente podían competir con los secretos, las vergüenzas, lo que cualquiera quiere ocultar. Ante el temor a que algo realmente íntimo se revele, el hombre reacciona y lo exagera, como si la vida no tuviera ninguna posibilidad de desarrollarse con esa vergüenza a la luz, y se presta a ser chantajeado, sea lo que sea lo que se le pida. «Tontos», pensó. Rara vez nuestros secretos tienen para los demás la importancia que nosotros les damos. Rara vez resultan tan vergonzantes para los demás como lo son para nosotros. Rara vez su revelación cumple las expectativas de desastre que tememos. El hombre..., la sociedad es escandalosa, pero de memoria corta, y el escándalo pasa de moda como unos zapatos que pierden brillo frente a otros nuevos.

En cualquier caso, la debilidad humana daba consistencia a sus intenciones.

Había seguido a varios de los que enumeraba Santo, revisado su correo y sus costumbres. Varios eran homosexuales, por supuesto. También había adúlteros. Uno de ellos contrataba a adolescentes para que se tocaran desnudas delante de él. Uno robaba pequeños objetos. Otro era dominado por su mujer, que incluso había llegado a pegarle. Dos recibieron una carta citándolos en el Ministerio de Educación, así que empezó a darles mayor importancia que al resto. ¿Serían los primeros en ser considerados para cicerone? Uno de ellos tenía un viaje planeado desde hacía tiempo. A Ludo le dio igual el destino: si no iba a estar en Italia, no le interesaba lo más mínimo. Se centró en el otro.

Quizás fuera solo su intuición, pero el profesor Stefano Boggi tenía un aire fascista. Hinchaba el pecho como un pavo real orgulloso al salir del ministerio, al que entraba como si fuera su casa y miraba a

los demás con superioridad. ¿Había sido así siempre? Quizás no. Ludo lo vio compartir mantel en una terraza cercana a la Piazza Navona con Tommaso Russo, que tenía un alto cargo en el Departamento de Cultura Popular y estaría, seguro, implicado en la visita del Führer. A final de mes ya había decidido que debía acercarse a él.

Boggi era perfecto para un seguimiento, porque era metódico y soltero, lo que le permitía hacer lo que quería, que parecía ser siempre lo mismo. Salía cada mañana a la misma hora de su casa en el barrio de Prati, en la orilla derecha del Tíber, y se encaminaba hacia una cafetería no lejos del liceo Giulio Cesare, donde era director del Departamento de Arte.

A mediados de octubre, tras coincidir varias veces a la semana en la misma cafetería, ya se habían cruzado las miradas varias veces. Tommaso pensó que Ludo se sentía atraída por él, y, aunque no se equivocaba, erraba en el motivo. Empezó a vestirse con más cuidado y se perfumó y peinó como hacía cuando algún acto importante lo requería. Faltaba una semana para final de mes cuando se armó de valor para acercarse a la mesa de la mujer. Se tocó el sombrero a modo de saludo.

—La veo mucho por aquí —dijo, fingiendo que no llevaba ya varias noches fantaseando con ella.

Ludo elevó la mirada y dejó que sus ojos azules hablaran antes que sus labios.

—Se está bien aquí. Las caras son amables. Llegué después de verano a Roma. Soy nueva y estoy sola. Aquí me siento bien.

—¿Trabaja?

—Sí, de contable en una pequeña fábrica de recambios de motor, por las mañanas. No gano mucho, pero me permite tener las tardes libres, así que aprovecho para ver la ciudad, pasear... Soy aficionada

a la arquitectura y al arte, así que saco mi guía y aprendo sobre lo que hay alrededor.

Boggi vio en aquello una señal. A sus cuarenta y pico años sus relaciones sentimentales habían sido escasas, pero aquella mujer tan rubia, tan joven y amante del arte estaba sorprendentemente sola en una ciudad llena de galanes. Esperándolo. Se ofreció a acompañarla y ese mismo día anduvieron hasta el Vaticano, donde le explicó las particularidades de la columnata de Bernini, demostrando su sabiduría. Ella lo escuchó como ninguno de sus alumnos lo había hecho.

También cuando días después fueron al castillo de Sant'Angelo.

Y cuando pasearon por Villa Medici.

Cualquier mujer habría descubierto rápidamente que el profesor sería soltero siempre. Nulo seductor, no se interesó por nada de su vida y no le hizo preguntas, sino que trataba de impresionarla sin descanso con un monólogo eterno y aburrido. Para Ludo aquello era perfecto, pues, con una vida poco emocionante, Boggi no tardaría en explicarle sus secretos si quería que aquel monólogo se perpetuase en el tiempo. Así, el profesor no tardó en fanfarronear respecto a lo único que creía que lo hacía especial, un secreto que nadie podía saber y que nadie había querido escuchar. Justo el que Ludo quería conocer: estaba organizando el programa cultural de la visita del Führer a Italia. El mismo Duce había sugerido su nombre. Ludo no lo creyó, pero supo que podía sacarle información. Y eso hizo, día a día. Cuando él, rara vez, vacilaba antes de contarle algo, ella le acariciaba la mano, o lo miraba con más intensidad, y el profesor, al que ya llamaba Stefano como si se conocieran de toda la vida, le daba más datos aún. Su discreción desaparecía al tiempo que ella lo seducía queriendo parecer inocente, y ese día, cuando sentados

cerca de la Piazza del Popolo ella le puso un instante la mano sobre la pierna, la lengua de él se calentó.

—Ya tenemos planeada la ruta desde la estación. Queremos que pase por delante de los grandes monumentos de la ciudad. Para cuando los visite, tendremos a los mejores expertos. He hecho un listado y solo falta que el ministerio los convoque y acepten.

La lista que necesitaba. Mucho mejor que la que le había proporcionado Santo Testa. No podía preguntar por los nombres porque hubiera resultado muy sospechoso, pero debía hacerse con ella. Estaba dispuesta a todo.

Aprovechando que los príncipes habían ido con sus hijos a cazar al palacio de Stupinigi, en el Piamonte, aceptó una cita para cenar en una *trattoria* «muy auténtica» de la que el profesor Boggi le había hablado.

Se vieron a las ocho y a las nueve Ludo estuvo segura de que el profesor pasaba la mejor noche de su vida. No le dio pena, porque aquello ya no se lo podría quitar nadie y, si todo iba bien, nunca descubriría que solo se había acercado a él por interés. En cualquier caso, era una excelente impostora, pero no era sentimental. Tras la cena, alargaron la sobremesa hasta que el encargado avisó del cierre del local. Boggi estaba eufórico y ebrio. Cuando le propuso ir a tomar una última copa a su apartamento, Ludo aceptó.

El hogar del profesor era mejor de lo que esperaba, un cuarto piso de un edificio bonito y bien cuidado, con techos altos, ordenado, decorado con réplicas en escayola de estatuas clásicas y muchos libros. Él le ofreció que se sentase en el sofá mientras iba en busca de unas copas. Ludo acarició el terciopelo y miró alrededor. En un escritorio de limoncillo se acumulaban algunas carpetas. «Allí», se dijo.

Enseguida sonó Gina Cigna en el tocadiscos y ella se mentalizó de lo que tendría que hacer. Había sido entrenada para que no le afectara. El profesor le dio la copa y, sin tiempo a que ella le diera un sorbo, se abalanzó sobre sus labios. Ludo rio un poco y dejó la copa en la mesilla. Luego lo apartó con las manos, lo miró a la cara y lo besó lentamente. La excitación de Boggi daba cuenta de su inexperiencia, pero su timidez había desaparecido completamente y su cuerpo se apoyaba en el de ella cada vez con más peso. Le tocó los pechos y trató de meterle su mano entre las piernas mientras ella trataba de calmarlo un poco, pero sin resistirse demasiado. Se dejó desnudar y magrear con fruición por aquel aficionado.

Eran gajes del oficio, pero agradeció que al menos Boggi no tardara demasiado en desplomarse sobre ella. Estaba claro que era maestro en muchas artes, pero no en la amatoria. Cuando los ronquidos se sucedieron y el cuerpo torpe del profesor se rindió en un sueño profundo, ella se levantó para revisar el escritorio.

Había varias carpetas del liceo Giulio Cesare, todas con el escudo del instituto, también correspondencia del ayuntamiento, de la biblioteca y de una mujer que por la letra parecía mayor, quizás su madre. Movió todo con delicadeza, apartando las pilas a los lados para revisar luego los cajones. Cuando estaba a punto de rendirse, una pequeña argolla en la escribanía llamó su atención. Al tirar de ella, la tapa dejó a la vista un sobre del Ministerio de Educación. Sin dudarlo, extrajo el contenido. Allí estaba: «Programa cultural para la visita de la delegación alemana», leyó. El dosier incluía imágenes de cada monumento relevante. Junto a él, el experto que debería explicarlo. Varios nombres se repetían, no conocía ninguno. Se acercó al sillón donde había dejado el bolso y extrajo una pequeña cámara. Fotografió cada página. Al llegar a la última, escuchó a Boggi hacer un ruido diferente. Se giró inquieta y asomó la cabeza al

dormitorio, donde el profesor seguía dormido. De puntillas se acercó a la habitación y se metió en la cama de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando ella se despidió, Boggi se quedó solo en su casa, más feliz que nunca y haciendo planes de futuro. Estaba demasiado ilusionado para centrarse en las importantes labores que le habían encomendado, pero, cuando a mediodía pudo sentarse a su escritorio, abrió la carpeta que contenía los planes de viaje del Führer y descubrió un pelo rubio entre los papeles. Entonces supo que Ludo había hurgado entre sus cosas.

Presa del amor y seguro de que su vida solitaria había acabado, no le importó que ella hubiese querido conocerlo mejor. Al fin y al cabo, era mucho más lo que iban a compartir.

21

LOS MINUTANTES

Los pasos del padre Alberto Orso resonaban entre las paredes de la galería de mármoles de diferentes colores. A su lado, pese a que hablaba bajo, el cardenal Viciano había captado toda su atención. Así hablaban frecuentemente los minutantes y el cardenal lo era, igual que él.

Nadie en el Vaticano había reconocido su existencia, pero todos la daban por segura, aunque ni siquiera los obispos eran informados cuando el servicio secreto convertía a uno de sus sacerdotes en agente, en un «minutante». La Santa Alianza, el servicio secreto del Vaticano, había sido fundada en 1566 para combatir a Isabel I de Inglaterra. Desde entonces su red se había ampliado y no había rincón en el mundo que escapara a su mirada. Se reconocía como el mejor servicio de inteligencia del mundo y los minutantes, como se llamaba a sus agentes, eran la pieza clave de la red. El grupo lo formaban generalmente sacerdotes o monjas de gran sagacidad y conocimiento del terreno, pero también había seglares y gente influyente decidida a observar e informar. El Vaticano no participaba desde hacía años en ninguna guerra, pero estaba presente en todas, pues en todas había fieles a los que proteger. No existía una organización con más información y tampoco muchas gozaban de tanto poder.

Desde las nunciaturas de todo el mundo llegaba la información abundante, actualizada y minuciosa a la Santa Sede, donde más de trescientos analistas estudiaban con detalle cada dato y actuaban en consecuencia.

El mundo estaba revuelto, y «la Entidad», como llamaban por entonces a la Santa Alianza, tenía mucho trabajo y muchos disgustos. Aquello pesaba en el ánimo del cardenal, que, aunque generalmente era bromista y alegre, sorprendió a Orso con su discurso pesimista.

—Han arrestado a casi mil —dijo, deteniéndose un segundo, como si fuera incapaz de moverse y pronunciar aquellas palabras a la vez —. Casi mil.

Hacía unos meses, un minutante alemán se había infiltrado en un hospital y comprobado con horror que se asesinaba sistemáticamente a los deficientes mentales. Al acudir a otros lugares similares y comprobar que la práctica no era excepcional, la Iglesia, indignada, había enviado una encíclica que denunciaba y condenaba el hecho. Se había leído clandestinamente el Domingo de Ramos. Desde entonces, los arrestos de sacerdotes no habían cesado. Los arrestaban y los mandaban a los campos de detención. La impotencia era máxima. ¿Debían denunciar aquello también y exponerse a que la situación empeorara? ¿Debían quedarse callados y esperar a que, con razón, los fieles los tacharan de cobardes?

—Pero en Italia también nos enfrentamos a importantes desafíos. Mussolini... Nadie pudo verlo venir. Nadie puede resultar más dañino para la Santa Sede.

—Estoy de acuerdo. Ni para Italia.

—El rey está preocupado y no le falta razón, se lo ha comentado al papa. Cada día que pasa, su poder mengua. En poco tiempo nadie lo reconocerá como cabeza del Estado.

—Tiene razón, eminencia.

—Salvo que suceda algo. Por eso lo he llamado.

Salieron al exterior, quedando frente al palacio de Inocencio VIII, al que se encaminaron. El sol brillaba y el jardín se mostraba tan perfecto y opulento como siempre, un remanso de paz en medio del ajetreo de la ciudad. Orso esperó a que el cardenal concretara.

—Hace unos meses, recibimos información desde Sicilia. Como sabe, nuestros minutantes desplazados allí jamás cesan en su trabajo. La mafia y la Iglesia, para honra y deshonra, se observan de cerca y se relacionan. La organización nos tiene en mayor estima que nosotros a ellos, quizás por eso les generemos confianza. El hecho es que uno de los hijos de los capos de Palermo viajó para a ver a su padre tras muchos años, desde Florencia. Sabemos que es miembro de Justicia y Libertad. Imagino que ha oído hablar de ellos.

—Cómo no. Idealistas opositores. Liberales antifascistas y anticomunistas.

—Eso es. Conocemos sus acciones. Dejan pasquines aquí y allá, queman algún coche oficial como mucho, hablan con otros jóvenes para incitarlos a la oposición... Muy poca cosa. Pero que el hijo del capo haya vuelto a ver a su padre tras tantos años nos extrañó. Días después, una misteriosa joven también se unió a ellos. No habría llamado la atención si poco después de la partida de ambos no se hubiera convocado una reunión de todos los capos sicilianos. Incluso los emigrados a Estados Unidos mandaron representación.

—Planean algo.

—Por supuesto. Y si el que ha prendido la chispa a todo esto es un miembro de Justicia y Libertad, no dude que será algo contra el régimen. No le habrá costado nada convencer a la mafia, ya sabe lo que odian al Duce.

—Sí, pero... ¿por qué ahora?

—Eso es a lo que le hemos estado dando vueltas. Si ese chico ha acudido a su padre justo ahora es porque ha surgido una oportunidad. Una que él no tiene el valor o el arrojo de aprovechar.

—Son más idealistas que terroristas.

—Exacto. Por eso han buscado a alguien que apriete el gatillo.

—¿Quizás sea esa chica de la que hablaba? ¿La que visitó al capo..., al padre del chico?

Viciano le sonrió, cómplice.

—Por eso la hicimos seguir. Desde Sicilia hasta Roma, y en Roma, hasta su casa. Y ahí viene la sorpresa: trabaja en Villa Polissena.

—¿Con la familia real?

—Con los príncipes de Hesse, para ser exactos. Con la princesa Mafalda, la hija del rey. Es la supervisora de su hijo mayor, más que eso en realidad. Cuando los príncipes no están, actúa como una especie de ama de llaves. Hace un poco de todo. Se llama Ludovica. Hemos sabido que vino desde Alemania cuando el marido de la princesa Mafalda se instaló en la finca real. A raíz del ascenso del príncipe a gobernador del estado de Hesse y del aumento de su influencia en la esfera nazi, la familia pasa mucho tiempo en Alemania y los hijos mayores han sido escolarizados allí, pero Ludovica permanece en Italia. En teoría para tenerlo todo listo cuando, frecuentemente, los príncipes vuelven a pasar temporadas con los reyes; en la práctica, con mucho tiempo para ocuparse de otras cosas. Demasiado. Y parece que no lo ha desperdiciado.

—¿Una agente de la mafia en la Palazzina?

—Bueno, no exactamente. Está en la finca real, pero no en Villa Savoia.

—Sí, claro, en Villa Polissena. En el mismo recinto, pero no en la casa de los reyes, sino en la de la princesa Mafalda y su marido, el landgrave de Hesse.

—Creemos que esa chica prepara algo.

—Ni la mafia ni Justicia y Libertad atentarían contra la familia real —aseguró el padre Orso.

—Lo sabemos. Eso es seguro. No es su enemigo principal. Pero, en cambio, tanto la familia real como la mafia y Justicia y Libertad tienen un enemigo común.

—¿El Duce?

—El Duce —repitió Viciano, abriendo mucho los ojos.

—Eminencia, la familia real nunca ha reconocido nada al respecto.

—Oh, vamos, padre. Claro que no lo han reconocido, y probablemente les pase una factura mayor de lo que esperan. Pero algunos de sus miembros lo han hecho evidente. Sabemos que la princesa heredera, la princesa María José, lo odia, y la princesa Mafalda también ha dado pistas sobre su animadversión.

Estaban a punto de entrar en el palacio de Inocencio VIII cuando el cardenal guio al padre Orso con la mano hacia un rincón del jardín.

—¿Sería aventurado pensar que la mafia va a colaborar con Justicia y Libertad para atentar contra el Duce con la connivencia de algunos miembros de la familia real? —le preguntó el cardenal, que ya tenía su conclusión formada.

—Quizás un poco. Pero ninguna de las informaciones que me ha presentado parecen descartarlo tampoco.

El cardenal se detuvo y lo miró a los ojos. Era un poco más alto que él y su porte espigado y sus facciones angulosas le daban un aire de inteligencia y poder.

—El rey está cazando en Stupinigi, pero pasado mañana daré misa para la familia real en la capilla real de la Palazzina, a las doce, con motivo del cumpleaños del príncipe Heinrich, que cumplió nueve años hace un par de semanas. Antes escucharé en confesión a las

princesas y al landgrave, que está de vuelta de Alemania. El confesor de la familia es demasiado mayor para oficiar, por lo que quiero que sea usted el que se instale en la finca. Hay una pequeña casita a tal efecto entre Villa Savoia y Villa Polissena. Es perfecta para que pueda observar a la familia y, fundamentalmente, al ama de llaves. Tras la misa habrá una pequeña merienda, a la que hemos sido invitados. Chocolate, nata... y juegos para los niños, ya se imagina. Podrá empezar a relacionarse con Ludovica entonces. Acérquese a ella, pero sea cauto porque es una profesional. Quiero que averigüe qué pretende.

—¿Para detenerla?

El cardenal sonrió con un deje de malicia.

—O para ayudarla —concluyó.

22

AMISTAD INTERESADA

Cuando Flavia llegó aquella mañana al ático de Via San Gallo, solo Anetta Calderone estaba allí. Intentaba evitar desde hacía días a aquella mujer que, como las personas que la querían de verdad, tenían tanto derecho a alabarla como a censurarla. Temía que su fiel trabajadora hiciera lo segundo, y no le apetecía nada recibir un sermón, sobre todo, porque no estaba justificado. No aún.

Anetta era lista y la conocía, y, aunque no tenía ninguna duda de que los motivos de su acercamiento a Juan y su estancia en Florencia eran de peso, tampoco se le escapaba que Flavia se arreglaba un poco más de la cuenta, sonreía un poco más de la cuenta y acudía al piso de Via San Gallo también un poco más de la cuenta.

Su relación con Juan no había ido a más, pero tampoco a menos, y ninguno se negaba que, si no habían caído aún en la tentación, era solo porque el rencor de uno y la conciencia de la otra se lo impedían. El español llevaba ya cuatro meses en Florencia y se veían constantemente. Juan necesitaba visitar las diferentes academias y museos para impregnarse del arte que tenía que imitar, y ella lo acompañaba guiándolo por lo que más se asemejaba al retrato de Colomba Corsini. Al principio ella creyó que las fotografías del cuadro serían suficientes, pero Juan era meticuloso y necesitaba entenderlo todo bien, entender el entorno de Botticelli para convertirse un poco

en él. Además, como amante del arte, estar encerrado en su piso cuando todo a su alrededor rezumaba belleza y talento le resultaba imposible. A veces, Flavia pensaba que Juan ahogaba su deseo carnal yendo a conocer aquellas obras. Quizás estuviera compitiendo contra Venus, o contra las sabinas. En el fondo tenía algo de halagador. Cenaban a menudo y comían más a menudo aún. Bebían buen *chianti* y *brunello,* y conversaban como amigos con una cuenta pendiente que ninguno quiere saldar. Una de la que no querían hablar.

Aquellos meses no estaban exentos de tentaciones, y Anetta, que, al no conocer, imaginaba de más, no estaba en absoluto de acuerdo con una vida que sospechaba más licenciosa de lo que realmente era.

Flavia la observó en silencio. La mujer siempre limpiaba como una máquina infernal, levantando todos los muebles para fregar y barrer debajo de ellos, y hasta que el trabajo no estaba acabado, el panorama de cada espacio al que se enfrentaba era caótico, razón por la que le gustaba estar sola mientras trabajaba.

—Ha salido pronto —le dijo, mirándola antes de que Flavia pudiera preguntar—. El español.

En aquel momento levantaba con un brazo un sillón y lo apartaba. A Flavia siempre le había impresionado que alguien tan pequeño y tan delgado tuviera a la vez tanta fuerza.

—Vaya. Quería traerle algo.

—Pues ya ve. Por lo visto había quedado con alguien. Iba elegante, muy guapo. Supongo que será con una chica.

Flavia decidió ignorar el comentario, diseñado para molestarla.

—Puede ser —dijo, aparentando indiferencia.

—Sé lo que traman y espero que solo quede en eso. Aunque sea arriesgado, nada conlleva más riesgo que lo que puede rompernos el

corazón.

—Anda, Anetta, no empieces.

—Está jugando con fuego, pero no le estoy diciendo nada que usted no sepa.

—No, nada. Pero no estoy lista para tus sermones y analogías. Anetta, ya no soy una niña.

—Cuando algo forma parte de nosotros, no se apaga nunca, aunque nos hagamos mayores. Usted siempre ha sido una testaruda, amante del riesgo. Inconsciente del peligro. Pero eso no le romperá un hueso. Le romperá la vida.

—Déjalo, te digo. No he venido para escucharte.

—Está pintando a Colomba Corsini —dijo Anetta sin dejar de hacer lo que hacía, pero segura de que Flavia escucharía con toda su atención—. Lo sabe usted y lo sé yo. He visto ese cuadro más veces que nadie de su familia. —Señaló con la cabeza hacia el lienzo que descansaba en un caballete a un lado. Apenas un fondo oscuro con algunos matices de luz, nubes y un halo brillante a un lado.

—Siempre has sido muy lista.

—Nunca le importó hasta que se lo quitaron. El cuadro. Lo está pintando el señor Juan para cambiarlo por el bueno. No se me ocurre ninguna otra razón por la que usted metería a un pintor venido de quién sabe dónde en un ático escondido de Florencia para pintar una copia.

—No digas tonterías.

—Es usted joven. Lo que uno ve de joven lo distorsiona el corazón. Yo soy vieja, y lo que uno ve de viejo lo analiza el cerebro. Pero bueno, no diré nada por si acaso no son tonterías.

Flavia deseó que su plan hubiera sido más difícil de desvelar. Por suerte, muy pocos habían visto alguna vez el Botticelli de su familia, así que incluso en el improbable caso de visitar el ático y ver la copia

en la que Juan trabajaba, nadie averiguaría su importancia. Atenuó un poco la voz.

—No. No digas nada. Desde el principio te pedí que fueras absolutamente discreta con todo lo que pase entre estas paredes. Me lo prometiste.

—No hará ninguna falta que me lo repita. No lo hace. Pero un compromiso es un acto, no una promesa.

—Basta de dichos y frases, te lo ruego. Entonces..., ¿no sabes dónde ha ido el señor Rezola?

—No, así que no va a poder perseguirlo hoy.

—Eres una impertinente.

—A lo mejor. Pero a veces hay que aconsejar. Ya sabe, para que los demás hagan lo «pertinente».

Mientras, Juan paseaba en dirección a la cafetería Dei Fiore, cerca de la iglesia de Santa Maria Novella. La cita había surgido de forma casual al encontrarse cara a cara por la calle el día anterior y decidir ambos quedar al mediodía del siguiente.

Llevaba días pensando demasiado, quizás porque había pasado meses dejando que Flavia pensara y decidiera por él. Estaba enamorado, pero había pasado la noche desvelado, convencido de que debía aclarar su cabeza y dejar de actuar con base en lo que ella quería sin apenas discutírselo.

Al entrar, ya lo esperaban en una pequeña mesita desde la que se observaba la calle y la concurrencia, siempre numerosa en aquel punto de la ciudad.

El profesor Bandinelli lo saludó con una mano que enseguida pudo estrechar. Cuando se conocieron en el palacio Maratti, el tiempo se les había hecho corto y la conversación se había quedado a medias,

así que, cuando la casualidad los reunió, decidieron continuar la charla; a ambos les apetecía.

—Profesor Bandinelli.

—Llámeme Ranuccio. Es un placer volver a verlo.

—También lo es para mí. Llevo meses trabajando y saliendo más bien poco.

—¿Pintando?

—Sí, haciendo lo que puedo. Vine a Florencia para eso, pero la realidad es que nadie comprende bien lo que se va a encontrar aquí hasta que pasea por sus calles. Es todo más bello, más grande y más abundante de lo que uno imagina.

—Sí, puede ser apabullante si tienes interés por el arte. Para personas como nosotros la ciudad es un cajón lleno de maravillas por descubrir. Eso es lo bonito. Otras ciudades son como museos, pero esta es como una buhardilla llena de cosas. Un cuadro por ahí, una estatua por allá, un libro olvidado, una pared desconchada... Solo que, cuando uno observa bien, comprueba que el cuadro es de Giotto, la estatua de Miguel Ángel, la pared de Brunelleschi y el libro de Leonardo. No hay otro lugar igual en el mundo.

—Tiene razón. Quizás Florencia pida más al visitante que otras ciudades. Cualquiera se impresiona enseguida y fácilmente en Venecia o Roma..., pero las maravillas de esta ciudad parecen más escondidas. Por eso es importante no ser del todo profano, o, si se es, por lo menos dejarse acompañar por alguien que no lo sea.

Juan había aprovechado la ocasión, pero temió haber sido demasiado directo. No sabía si Bandinelli estaba ya en el grupo de posibles guías seleccionados para la visita del Führer, aunque no encontraba ningún motivo para que no fuera así.

—Tiene razón —dijo el italiano sin extenderse y cambiando de tema—. ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—No tengo previsión de partida aún. Es la ventaja de no depender de nadie. Así que nos veremos bastante, espero.

Ranuccio se quedó pensativo, valorando si hablar o no.

—Eso quizás no sea posible. Estoy planificando trasladarme una temporada.

—¿A Alemania? —Él lo miró un instante, sorprendido—. Me dijo que hablaba alemán. Que había pasado temporadas allí.

—Es cierto. Pero no —replico Bandinelli—, quizás a Francia. O más lejos. No conozco América aún.

Juan no preguntó el porqué de aquel viaje, pero, sentado en la mesa contigua, mientras fingía leer *La Nazione,* alguien de Justicia y Libertad tomaba buena nota del dato.

23

MOVIENDO LOS HILOS

Santo Testa informó ese mismo día de que el profesor Ranuccio Bandinelli planeaba abandonar Italia. Dejó un mensaje a un desconocido en el número de teléfono de Roma que le habían indicado y, aunque le pareció como mandar una información a la nada, supo que sería entregada a quien correspondiera a la mayor brevedad. Su padre y la Sociedad Honorable sabían cómo hacer ese tipo de cosas. No estaba seguro de que fuera importante, pero Bandinelli era uno de los candidatos más plausibles para ser escogidos como guía. Probablemente, el profesor lo supiera y, antes de recibir la carta reclamándolo, prefería huir, lo cual era también un dato relevante. Un fascista de pro hubiese esperado con ilusión ser el elegido, en cambio, Bandinelli planeaba ausentarse para no cargar con aquel teórico honor. Todo eran teorías, pero no tenían, de momento, nada más a lo que agarrarse.

En Roma, como había previsto, la noticia llegó enseguida a la persona adecuada, que no era otra que Ludovica Conti. Ella actuó con la expedición a la que sus superiores estaban acostumbrados. Había seguido recibiendo los nombres de los académicos más reputados de Italia y no le cabía ninguna duda de que Ranuccio Bandinelli era uno de los mejor posicionados, si no el mejor. Si además sospechaban que no quería en ningún caso realizar aquella tarea, estaba claro que debían forzarlo a que la hiciera.

Como había comprobado en otras ocasiones, la solución a su problema estaría en los libros. En uno en concreto.

Lo tenía entre sus manos y, sentada en uno de los bancos que rodeaban el *laghetto* de la finca real, pretendía leerlo mientras de reojo vigilaba a los príncipes Mauricio y Heinrich. Ludo era buena entreteniéndolos, pues dejaba que los niños fueran eso, niños, sin sobreprotegerlos, aunque eso conllevara que se hicieran heridas y magulladuras. Las niñeras e institutrices los tenían entre algodones y al padre de los príncipes, plenamente convencido de la doctrina nazi —también en lo que a la educación infantil se refería—, le encantaba que Ludo los tratara de distinta manera, fortaleciéndolos. Además, sabía bien que, sin la libertad controlada que ella les proporcionaba, sus hijos se hubieran aburrido rápidamente.

Felipe de Hesse contemplaba la escena mientras se acercaba, viendo cómo Mauricio y Heinrich remaban sobre una barca por el centro del plano de agua. Sonrió ante la estampa y se colocó junto al lugar en el que Ludo los vigilaba elevando la vista de su libro cada poco tiempo.

—Me gusta verlos así —dijo para sí, pero tan cerca de Ludo que ella se vio obligada a responder.

—Llevan una hora de un lado para otro y no puedo asegurar que alguno no acabe en el agua. He traído toallas por si sucede lo inevitable.

El príncipe lanzó una carcajada.

—Eso está bien. El agua helada les irá estupendamente. Procure que la princesa Mafalda los encuentre secos cuando los vea antes de cenar. Si es así, no habrá problemas. Mañana celebraremos el cumpleaños del príncipe Heinrich y no conviene que enferme.

—Llegará sano, aunque hayan pasado algunas semanas desde su cumpleaños.

—A los niños eso les trae sin cuidado mientras tengan buenos regalos y amigos alrededor. El día de su cumpleaños llovía mucho en Kronberg y nadie pudo siquiera asomar la cabeza al jardín. En cambio, aquí... No me extraña que los niños prefieran Italia.

Ludo le sonrió. Le caía bien Felipe de Hesse-Kassel, aunque políticamente estuviera en sus antípodas. El príncipe era un hombre de aspecto pulcro y bien plantado, con la frente despejada, la piel limpia, el pelo (poco) engominado hacia atrás y el bigote bien recortado. También era, en parte, previsible, así que hizo exactamente lo que ella pretendía.

—¿Qué lee? —le preguntó.

—Oh, esto... —respondió cerrando el ejemplar—. Es un libro realmente magnífico. De arqueología. Un estudio sobre las excavaciones de Chiusi.

—No sabía que le gustara la arqueología.

—Bueno, en realidad el arte antiguo en general me interesa, pero lo he descubierto con más intensidad paseando por la ciudad. No cabe duda de que en Kronberg no había tanto que ver.

—Mucha naturaleza, sí, pero Roma... Roma es Roma.

—El autor es excepcional. Debería leerlo, sus publicaciones están traducidas al alemán. Al parecer, lo habla a la perfección, ya que fue criado por una tía o una pariente alemana. Consigue explicarse sin ser pedante, pero con suficiente profundidad.

—Parece entusiasmada —dijo el príncipe con creciente interés.

—Lo estoy. Para una alemana interesada en el arte clásico, es el autor perfecto para descubrir los tesoros de Italia.

Si, como imaginaba, Felipe de Hesse estaba involucrado en la visita del Führer, *tenía* que haber entendido la importancia de lo que Ludo le comentaba.

—¿Y cómo dice que se llama ese hombre? —preguntó, acentuando su expresión de interés.

Ella giró el pequeño ejemplar para mostrarle la cubierta al príncipe.

—Este es: el profesor Ranuccio Bandinelli. Una eminencia. Me dijo el librero que actualmente imparte clases en la Universidad de Pisa, aunque pasa largas temporadas en Florencia. Seguro que conoce la ciudad como la palma de la mano... —Ludo pensó que, si seguía insistiendo, resultaría sospechosa. Era raro que no lo fuera ya.

—Recordaré ese nombre —sonrió el príncipe—, seguro que nos conviene conocerlo.

A la mañana siguiente, Ludo se ocupó de que los príncipes se vistieran apropiadamente para los oficios religiosos y los hizo esperar a sus padres en la entrada de Villa Polissena, para dirigirse a pie a la Palazzina Reale, en cuya capilla tendrían lugar. El rey Víctor Manuel III no era especialmente religioso, pero la reina Elena sí era devota, razón por la que las ceremonias religiosas seguían siendo un eje importante en las actividades semanales de la familia real. Si la fecha era relevante en el calendario católico, se desplazaban con toda la pompa a alguna de las iglesias romanas o a la del palacio del Quirinal, que seguía siendo su residencia oficial en Roma, pero si, como en aquella ocasión, solo era especial para el pequeño Heinrich, que volvía a celebrar su noveno cumpleaños, se recluían discretamente en la capilla de la residencia real, en la planta baja y pensada para que la familia cumpliera con Dios en privado.

Aquel día ni siquiera estaba el rey, pero los príncipes herederos los esperaron en el salón amarillo de la planta baja para departir antes del inicio del oficio. Los dos matrimonios se llevaban bien. Mafalda y Felipe tenían rango inferior a Humberto y María José, que estaban destinados a ser los siguientes reyes de Italia, pero aquel escalón

que se acentuaba en los actos oficiales se dejaba de lado en la vida familiar. Las dos cuñadas habían congeniado especialmente bien desde el principio, y, además, la política las había acercado. Mafalda y María José eran críticas con Mussolini. Más aún, María José lo odiaba.

—Tenemos capellán nuevo —dijo Humberto—. Ya era hora. En la última misa el padre Valentino se quedó dormido y hubo algún momento en el que no estuve seguro de que en realidad no hubiera muerto.

—¿De dónde viene? —preguntó María José, entornando sus ojos azules, curiosa.

—Creo que es florentino. Lo manda el Vaticano. Se llama Alberto. Alberto Orso. Dice el cardenal Viciano que es una de las mentes más brillantes que conoce.

—Eso nunca está de más.

—Nunca —intervino Mafalda—, sobre todo si está destinado a escucharnos en confesión y a aconsejarnos.

—Ojalá tenga más suerte de la que tenemos nosotras —le susurró María José justo en el momento en el que las puertas de la capilla se abrieron y el cardenal Viciano entró unos pasos por delante de un sacerdote que les sonrió abiertamente.

—Les presento al padre Alberto Orso. Creo que se llevarán muy bien. Como todos los sabios, sabe aconsejar, pero, sobre todo, sabe escuchar —comentó el cardenal.

—Su eminencia me valora demasiado, pero espero no decepcionarlos. Si lo hago, les aseguro que no será por falta de interés, me siento muy honrado de estar aquí —replicó Orso sin ruborizarse.

Uno a uno, el sacerdote escuchó a los príncipes mayores y menores confesar sus pecados sin averiguar mucho más de lo que

ya sabía antes de cruzar las puertas de la finca real. De él dependía ganarse la confianza de la familia y que las siguientes confesiones fueran más interesantes. Secreto de confesión, por supuesto. Trabajo como minutante, también.

Tras la misa, Orso acompañó al grupo al jardín delantero de la villa, donde se habían dispuesto varias mesas y ya aguardaban los invitados, un centenar de niños acompañados por sus profesores, seleccionados por la secretaría de la casa real entre los colegios romanos, con el objetivo de divertir a los príncipes y de que la fiesta de cumpleaños fuera una fiesta, al fin y al cabo.

Ludo estaba ayudando a servir chocolate cuando el desastre sobrevino. Al levantar la cabeza, su mirada se cruzó con la de un hombre que se acercaba con el príncipe Felipe: Stefano Boggi, el profesor del instituto Giulio Cesare al que había seducido para averiguar todo lo posible sobre la visita de Hitler a Italia, estaba frente a ella. Hacía días que no se veían, y ella se había excusado diciendo que tenía una importante carga de trabajo en la fábrica en la que trabajaba. Se había rodeado de mentiras, convencida de que el profesor no tendría ninguna posibilidad de desentrañarlas, y, de pronto, a sus ojos ya no era una contable con pocos amigos y un trabajo gris, sino una mujer en el mismo centro del poder. En uno de ellos. No había excusa posible para justificar su presencia allí, vestida sencilla pero elegante, y con el delantal que la acreditaba como miembro del servicio. Por si había alguna posibilidad de inventar algo, el príncipe Felipe se encargó de que se desvaneciera.

—Ludo, póngale al profesor Boggi un poco de chocolate. —Se giró hacia él, que la miraba con extrañeza—. Nunca se es demasiado mayor para el chocolate.

El profesor permanecía quieto, en silencio, tratando de entender. El príncipe Felipe malinterpretó sus pensamientos, lo que empeoró la

situación.

—Oh, los presentaré. La señorita Ludovica es la supervisora del príncipe Mauricio, mi hijo mayor. Vino con nosotros desde Alemania. Es de mi entera confianza... y me atrevería a decir que casi imprescindible en Villa Polissena, el ama de llaves cuando no estamos aquí. Es todo un poco difuso, irregular, pero funciona. Usted, como educador, seguro que apreciaría los modos de Ludovica. Es dura pero amable. Fortalece a los príncipes cada día. No está este mundo hecho para débiles.

Ludo hizo lo único que podía. Extendiendo la mano, saludó al invitado inesperado, que aceptó el ofrecimiento y se la estrechó. Boggi seguía paralizado, pero su cara empezaba a mostrar disgusto. El príncipe alzó el brazo para saludar desde lejos a otro invitado y los dejó allí solos.

—Puedo explicarlo —dijo Ludo, aunque no podía.

—Me has engañado —replicó él. Su cabeza bullía. Boggi ya no se sentía seductor, sino ingenuo. No iba a ser fácil volver a engañarlo. Era torpe con las mujeres, pero no tonto—. Nunca me has querido —dijo dolido.

—Oh, Stefano. En serio debes dejar que me explique. Te estás precipitando.

—Hazlo —respondió Boggi, cruzándose de brazos.

—Aquí no.

—Le diré al príncipe Felipe que no eres quien dices ser. A saber si a él le has engañado también. Pero no entiendo por qué me... por qué me elegiste. —El profesor se sentía engañado, pero de pronto recordó que había visto un pelo rubio entre las páginas del dosier con los planes del viaje de Hitler, uno que desde el primer momento supo que pertenecía a Ludo, con la que había pasado una noche en su piso. Entendió que la mujer lo había utilizado. Bajando la voz,

pensando en alto, dijo—: Querías saber del viaje del Führer. Querías esa información. Por eso la revisaste. —Ludo cambió de expresión, delatándose—. Te dejaste un pelo entre las páginas del dosier. Sé que lo has leído. Hablaré ahora mismo con el príncipe Felipe. Debe saber quién eres. Quizás le estés espiando a él también.

—Stefano, en serio, todo tiene una explicación. Te ruego que me dejes que te la dé, pero no aquí, acompáñame... Estamos del mismo lado —mintió.

Lo cogió de la mano sin importarle que alguien pudiera extrañarse al verla y lo arrastró hacia la parte trasera de la casa. Luego, enfiló el camino que llevaba a las cuadras.

Pese a su disgusto, Boggi se dejó guiar en silencio. Estaba confuso, pero a la vez todo aquello se le hacía grande. ¿Él, espiado? ¿Espiado por una mujer que se había acostado con él? Se avergonzó, porque en el fondo sospechaba que, de haberle ofrecido ella un intercambio sincero, una relación a cambio de la información que poseía, quizás hubiera aceptado. Casi seguro. Cuando algo inalcanzable pero deseado parece, inesperadamente, al alcance de la mano, el deseo de tenerlo se multiplica apartando todo lo demás, convirtiendo en primera necesidad algo que jamás se soñó tener. Boggi despertaba del sueño, incrédulo. Ludo abrió la puerta de una de las cuadras vacías y le pidió que entrara. Qué fácil seguía siendo manipularlo.

—Espérame un minuto. Vuelvo con la explicación, pero debo mostrarte algo. Te prometo que lo entenderás todo. —Le cogió la cara con una mano y lo besó en los labios sin que él ofreciera resistencia.

Fue todo lo que hizo falta para que Stefano Boggi obedeciera. Se quedó allí con la mente en blanco, tratando de aceptar que había sido engañado, esperanzado con equivocarse. Ludo no tardó en

volver con la prometida aclaración. Verificó que no hubiera nadie a la vista y, en cuanto entró en la cuadra, sin esperar a que el profesor se girara, le disparó en la nuca.

Lo miró un instante en el suelo, boca abajo y con los brazos abiertos, como abrazándose a la muerte. Lo tapó con la paja que encontró alrededor y, tras respirar hondo, abandonó las cuadras. Sintió haber tenido que quitárselo de en medio. Sintió hacerlo por la espalda, ella, que había sido adiestrada para matar siempre mirando a su enemigo a los ojos. Era cobarde y sin honor. Pero claro, Boggi no era un enemigo. Tan solo era un profesor fascista, una piedra en el camino que Ludo debía apartar para poder seguir transitando por él. Prefirió que no muriera con miedo o pena, sino por sorpresa.

No vacilaba nunca. Era eficiente. Si no estaba dispuesta a darlo todo, prefería no dar nada.

24

DIEZ DÍAS

Juan Rezola avanzaba sin prisa ni pausa en la ejecución de un cuadro que solo había visto en fotos, pero del que Flavia se esmeraba en dar detalles. Era extremadamente meticuloso, y estaba seguro de que, si el cuadro se observaba sin la comparación del original, pasaría la prueba del ojo más experto. Muchas de sus obras lo habían hecho antes. Algunas incluso colgaban en museos. La ingenuidad del que estaba decidido a creer una mentira era un arma excelente. Infalible si, como era habitual en él, Juan se lo ponía fácil. Sus cuadros eran perfectos, así que nadie tenía por qué creer que la autoría era otra de la que él fingía.

Estaba preparado para salir hacia la Galería de los Uffizi cuando escuchó pasos subiendo la escalera y Flavia se presentó ante él. Juan trataba de no mirarla demasiado, de permanecer en parte distante, porque se sabía débil a sus encantos. Así, no era el mismo hombre sonriente y seductor que ella había conocido. No era el amigo que Flavia deseaba porque él había querido ser más que eso. Quería haber sido su pareja. Si no podía serlo, no quería ser nada más. Ella lo sabía, pero ignoraba su actitud, tratando de que el verdadero Juan escapara por las grietas de la armadura que llevaba puesta.

—Te acompaño —dijo decidida—. Sé dónde están los Botticellis... y te llevaré a ver uno más desconocido. En una iglesia.

Juan hubiese preferido ir solo, pero aceptó. Lo cierto era que la compañía de Flavia era útil para su trabajo porque le mostraba partes y colores de los cuadros expuestos que guardaban semejanzas con el retrato de Colomba Corsini. Así, recorrieron los Uffizi durante horas y Juan grabó en su retina cada una de las obras del maestro. Del *Nacimiento de Venus* memorizó los tonos pelirrojos de la diosa, y de uno de los retratos el color de la túnica, que Flavia señaló como muy parecido al de Colomba Corsini. Luego se dejó guiar y, recorriendo la orilla del Arno, llegaron a la iglesia de Ognissanti.

Por fuera era un bonito templo barroco, pero el interior era excepcional, cargado de obras de arte con representaciones de los santos. Sobre el confesionario, en un formato menor que sus vecinos, pero de calidad única, Botticelli se había perpetuado con el retrato de san Agustín.

—Es increíble —dijo para sí.

—El nuestro es de la misma época. Menor en tamaño, pero muy parecido en el tratamiento de la piel y la tela.

—Me hago una idea. Has hecho bien en traerme.

Impulsivamente ella le cogió la mano y se acercó un poco.

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo. En serio, creo que es más importante de lo que crees. Tu trabajo... Sé que...

—Me dejaste cuando supiste a lo que me dedicaba. No me dejaste dar ninguna explicación —dijo él, soltándole la mano.

—He hecho cosas que...

—Si no me necesitaras, jamás me hubieras vuelto a hablar.

—Dejé que una emoción temporal fuera la causa de una decisión permanente. Eso siempre es una equivocación. Pero no busquemos razones. Estamos aquí otra vez, tú y yo. ¿No prefieres olvidar las

razones y centrarte en el hecho? —Juan giró la cara—. Oh, vamos. ¿No puedes guardar los buenos recuerdos y apartar los malos?

—Los guardo todos —dijo, deseando que ella no detectara cómo la emoción le rompía la voz ni viera cómo sus ojos se humedecían levemente.

Era cierto. Sus recuerdos de los diez días que había pasado con Flavia eran fotografías exactas que no se borraban. Todo había pasado muy rápido, pero había dejado una huella permanente.

Se habían besado tan solo dos días después de conocerse, esa vez por voluntad de él, de nuevo sobre la playa de guijarros de Sa Tuna, bajo un cielo completamente estrellado que llevaban muchos minutos contemplando en silencio, escuchándose respirar entre el rumor de las olas.

Se había acercado a ella y visto sus ojos reflejados en los suyos. Abiertos. Invitándolo a que lo hiciera. Había besado a muchas mujeres antes, pero por alguna razón aquella le pareció la primera. En realidad, lo era. Nunca había conocido a nadie como Flavia. Cuando sus labios se separaron, volvió a tumbarse a su lado, mirando al cielo.

Visto tiempo después, Juan se dio cuenta de que había sospechado el desenlace de aquella relación antes de que se produjera.

—Te irás. Te irás y me dejarás solo.

Ella no dijo nada, pero, al mirarla, vio una lágrima derramarse lentamente por su cara. Diez días.

Diez días en los que evitaron el tema, tratando que se disimulara entre besos, baños en el mar, paseos en barco y cenas en la playa.

El penúltimo día llegó sin que él supiera que lo era.

Había pasado la mañana rematando uno de sus últimos encargos, comprobando cómo el craquelado del cuadro antiguo sobre el que lo

había realizado se traspasaba a la nueva obra dándole la misma apariencia de antigüedad y, satisfecho, se dispuso a preparar la cena para dos.

Guardaba sus trabajos en la habitación trasera de la casa de pescador que ocupaba, junto a las herramientas necesarias para su oficio. Abrió la puerta y colocó en aquel espacio el óleo, un pequeño Canaletto que no era tal, que envolvió con cuidado y apoyó en una pared. Revisó las otras dos obras que se secaban sobre sus caballetes, una Virgen de Pompeo Batoni y un retrato de Guido Reni, y, satisfecho por sus tonos y realismo, los dejó allí. Flavia no tardaría en llegar.

La piel de la lubina y las patatas que la rodeaban se doró al tiempo que lo hacían las rocas de Sa Tuna y, como cada tarde, un bote llevó a Flavia a la playa. Aunque vestía con elegancia relajada, sencilla y sin artificios, el cuerpo de la italiana necesitaba de bien poco para resultar perfecto. Juan sonrió. Un vestido blanco y ligero, escotado en la espalda, envolvía su piel morena, limpia y brillante. Su sonrisa lo saludó antes de abrazarlo con la fuerza de una amiga y la ternura de una amante.

—Huele bien. Tengo hambre.

Ya entonces Flavia siempre tenía hambre. Siempre quería otra copa de vino. Siempre quería estar con él. Lo escuchaba, se interesaba, reía..., y pese a que no sabía su historia, parecía conocerlo más que cualquier otra persona. Cuando se encontraban con alguien, siempre sonreía. Juan sentía que Flavia siempre estaba a gusto, que su virtud era la generosidad de conseguir que los que estaban a su lado fueran felices. La única nube en aquella relación era la certidumbre de que ella partiría.

¿Era una locura pensar en seguirla?

Se sentaron uno frente al otro en una mesa pensada para uno, redonda, con vistas a la cala, y abrieron la primera botella de vino antes de que Juan mostrara con cierto orgullo la lubina que cenarían. La acabaron al tiempo que la segunda botella se había quedado a la mitad y el calor había empezado a llenar sus cuerpos.

—Podría ir a Italia. Nada me ata aquí —dijo él. Ella sonrió sin alegría, como el que lo hace al enfermo terminal que asegura que se curará. Juan captó enseguida su mirada—. Olvídalo. No quería incomodarte, es solo que...

—Me encantaría —interrumpió Flavia, pero de nuevo parecía expresar un imposible.

—Podría hacerlo.

—¿Dejarlo todo?

—Dejar esto... —dijo abriendo los brazos a su entorno—, empezar otras cosas.

—¿Y tu trabajo? Nunca me has dicho a qué te dedicas.

—Soy pintor, ya lo sabes —instintivamente, se irguió un poco. Por alguna razón supo que ella no lo creía.

—Bueno. No hablemos de esto. Disfrutemos el presente —lo esquivó Flavia.

—Cuesta más sabiendo que se acaba.

—Aquí dentro —dijo señalándose la sien— las cosas acaban cuando uno quiere..., y aquí dentro —dijo señalándose el corazón—, solo cuando uno muere.

Se acercó a ella y la besó en los labios mientras se acercaban. Luego, sin demorar más lo que ambos habían esperado, pero sin prisas, se abrazaron, se levantaron y avanzaron por la planta baja de aquella casa de pescador hacia el dormitorio. Juan estuvo seguro de que no podría quitarse nunca aquellas horas ni de su corazón ni de su cabeza.

En Florencia, dos años y pico después, frente a un cuadro del autor que ella le había pedido que imitara, el silencio también había hecho que Flavia recordara. Lo hacía frecuentemente, pero si además Juan estaba cerca, parecía inevitable. Igual que los de él, sus ojos tampoco resistieron la emoción. Entendía lo que Juan le decía y, como siempre, el paso del tiempo había atenuado la sorpresa inicial al saber a qué se dedicaba Juan; de hecho, parecía que su encuentro había sido organizado, previsto para que aquel amor de verano no fuera completamente pasajero. Mirando el Botticelli que colgaba de la iglesia de Ognissanti, recordó cómo lo había averiguado todo.

Aún se acordaba del tacto de sus pies en el suelo de barro, fresco, mientras avanzaba envuelta en una sábana en aquella pequeña casita de pescadores de la costa gerundense, de madrugada, tras librarse del abrazo de Juan, que dormía. Avanzaba hacia el portón que separaba la pequeña casa de la cala Sa Tuna. Cada día, cada momento con Juan, permanecería para siempre entre los favoritos de su vida y, sin embargo, al mismo tiempo que llenaban la balanza de lo positivo, se acumulaban con igual intensidad en el plato de la nostalgia, de la tristeza y del dolor por la pérdida y la culpa de lo que podría haber sido, pero era imposible que fuera. Porque... ¿era imposible? Hacía días que se decía que quizás no del todo. Miró al horizonte sin ver nada más que el barco de sus padres, que la devolvió a la realidad tras aquel paréntesis placentero. Las horas recientes no ayudaron a que lo afrontara con menor pena.

Se dio la vuelta para volver a la habitación, donde Juan dormía profundamente, con su cuerpo velloso preparado para que ella encajara en él, pero, antes de hacerlo, paseó por la casa, tratando de saber más de él. Era pequeña. Un sillón blanco, una estantería llena de conchas, muchos libros, algunas de las marinas que pintaba

colgadas de las paredes encaladas. Olía a sal, a mar y a limpio. Alargada. El salón y la cocina frente al portón de doble hoja que constituía la única abertura al exterior de la casa, estrecha y sin pretensiones, la habitación inmediatamente antes del cuarto de baño, sencillo, pequeño, un armario lleno de buena ropa y excelentes zapatos y otra puerta enfrentada a él.

La abrió y encendió la luz, dejando que desvelase algo más que un armario. Parecía el taller de Juan. El olor a óleo era inconfundible, y el desorden, controlado, el típico de los estudios de pintura, en el que lo blanco siempre se acababa manchando y los bártulos del oficio se apoyan en las paredes. En un caballete, una pintura llamó su atención. Flavia no era ajena al arte, en realidad, muchos hubieran dicho que era casi experta. A la convivencia diaria con óleos de los más prominentes maestros italianos había sumado su formación en las conferencias y ciclos que la Academia de Bellas Artes de Florencia impartía. Se había esmerado en conocer el arte y aprender a educar su ojo para que viera lo que quedaba oculto a los demás. Había visitado todos los grandes museos europeos. No sabía pintar, pero sabía observar, y no tuvo duda de que el cuadro que tenía enfrente era extraordinario.

Tanto que resultaba inverosímil que estuviera en una aldea de la costa de Gerona y no en las paredes de un palacio o museo. Una Virgen de mirada tierna, sentada en un trono y envuelta en una túnica roja observaba a un niño Jesús en pie entre sus piernas. El trazo, el color, el gesto, todo era único y excepcional. Entornando la mirada, se acercó a una esquina. En ella, en letra de palo, bien clara, leyó: «P. BATONI PINXIT. ROMAE ANNO 1765».

Un óleo de Pompeo Batoni, uno de los mejores pintores italianos del siglo XVIII, el maestro de las alegorías y escenas mitológicas, el retratista de los aristócratas ingleses, del emperador de Austria y del

papa Pío VI. Un cuadro de un valor incalculable guardado en una casa de pescador de Sa Tuna. Era inaudito. Acercó los dedos a la obra para tocarla como hacen los furtivos, con miedo y culpabilidad, pero, cuando rozó la superficie, descubrió algo aún más increíble. En lugar del áspero tacto del óleo viejo y craquelado, sus yemas se humedecieron y se quedaron marcadas en la obra. El cuadro que creía antiguo, no lo era. No se había pintado ni en Roma ni en 1765. Tocó otro lado, pensando que quizás fuera tan solo esa parte del cuadro, quizás en proceso de restauración, la que no estuviera seca, pero obtuvo el mismo resultado. Cuando pasó el dedo por encima de la firma y esta se desdibujó, supo que estaba ante una falsificación. Una perfecta.

En su cabeza, algunas incógnitas se desvelaron. Un pintor de marinas con un Patek Philippe en la muñeca. Un hombre instalado de forma indefinida en una casa apartada del mundo, pero con un bonito Bugatti 35 aparcado en la parte trasera. Con modales refinados, conocedor del buen vino y la buena mesa, vestido con ropa de calidad.

Un ermitaño, pero con dinero.

Un delincuente escondido en una esquina discreta del mundo que no hablaba de su trabajo y, solo cuando no había salida, daba vagas explicaciones sobre su vida.

Revisó el espacio. En un lado, uno apoyado sobre otro, contra la pared, había varios lienzos con obras de poca calidad, pero muy antiguas, con la pintura craquelada, igual que la tierra seca. Claro. Juan pintaba sobre esos lienzos, de forma que aquel síntoma de la edad se traspasara de la pintura antigua a la nueva. Cerca, todos los pigmentos eran antiguos también. Sobre una mesa descubrió una carpeta repleta de sobres, cada uno con el nombre de un maestro

de la pintura. En su interior, fotos de detalles de diferentes obras de cada uno de esos autores. Las manos, los ojos, la firma...

Dentro de otra carpeta encontró fotos de diferentes cuadros. Tras cada una de ellas estaba el nombre de alguien, de un comprador, y su precio de venta.

Guy de Rothschild, Lambert Art
Ana Gorchs, Galería Herman Diedrich
Bartolomé Ferrer, Galería Prado
Bernard Lauder, Goodman Ltd.

Una carpeta llena de mentiras, de infamia y estafa. Si Juan era marchante, era el mejor del mundo, con los mejores clientes y las mejores piezas... Pero lo que tenía delante de sus ojos apuntaba en otra dirección. De alguna forma, el hombre que dormía a pocos metros de ella había encontrado la manera de colar en las mejores galerías del mundo falsificaciones creadas por él. Los magnates que compraban en aquellos lugares acababan colgando en sus paredes cuadros de Juan Rezola, no de los maestros por los que habían pagado fortunas.

Flavia no tuvo ninguna duda: Juan Rezola era un falsificador. Uno excelente. Ningún otro podría haberla confundido. También era un delincuente.

Cuando se dio la vuelta, lo encontró de cara. Serio. Molesto. Quizás más aún. Flavia se sobresaltó.

—No deberías estar aquí.

—Yo...

—No deberías estar aquí —repitió Juan.

Flavia respiró hondo, tratando de encontrar el valor. La mirada de Juan era totalmente diferente a la que había visto hasta entonces. Recordó que tuvo miedo. No conocía de nada a aquel hombre, aunque se hubiera acostado con él.

—Eres un... —«Falsificador», quiso decir, pero no lo dijo.

—Sal de aquí —dijo él cerrando los ojos, aguantando la ira—. Vete.

—Seguro que hay una explicación —tentó ella.

—No necesito explicar nada. No te metas en mis asuntos.

No hacía falta que se explicara. Su ira y sus silencios eran prueba suficiente de que aquello era serio. Juan se dedicaba a falsificar. Él mismo debió de pensar que se estaba delatando cuando lanzó una única excusa.

—Me gusta el arte. Me gusta imitar los estilos de los maestros. No hago nada malo. No soy lo que piensas..., pero no me gusta que hurguen en mis cosas.

—A nadie le gusta que descubran sus secretos, sobre todo porque uno esconde lo malo, rara vez lo bueno.

—No es lo que crees. —Su tono severo no cambiaba.

—Explícate entonces.

—No tengo por qué. Apenas te conozco.

—Entonces me iré.

—Hazlo —dijo Juan cerrando los ojos, como obligándose a decir algo que no deseaba pero debía.

Flavia se acercó un poco a él. Le acarició la cara y le dio una última oportunidad para que volviera a ser el hombre del que estaba enamorada, pero la expresión de Juan no cambió.

—Eres un falsificador —dijo, decidida. Él levantó la mirada con los ojos inyectados de ira—, pero hay cosas que no se pueden falsear. Me acordaré de ti.

Pocas horas después, su barco giró la roca de Es Furió y la cala Sa Tuna desapareció para siempre de su vida.

Pero dos años más tarde, de pie, hombro con hombro, el falsificador del que se había enamorado observaba el mismo

Botticelli que ella.

Y lo que les había separado era también el motivo de que volvieran a estar juntos.

25

PLAN PARALELO

Juan había acabado la pasta que Anetta le había llevado y se miraba al espejo antes de asearse para acostarse cuando el timbre de la puerta de la calle sonó. Era la primera vez que lo hacía desde que había llegado, hacía cuatro meses, a Florencia, y le extrañó. Se asomó por la ventana para ver desde arriba la figura de un hombre trajeado y corpulento, con sombrero. Irreconocible.

Tapó el lienzo con una sábana y bajó a abrir.

La cara que encontró le resultó familiar sin saber de qué. Por suerte no tuvo que devanarse la memoria, porque, quitándose el sombrero, el mismo visitante se presentó.

—Soy Carlo Leone, marido de Flavia. Creo que conoce a mi mujer. Estoy preocupado, ¿podríamos hablar?

Cordial y educado. A Juan la visita le dio más pereza que curiosidad, pero la invitó a pasar. No tenía ningún miedo porque, aunque luchara contra aquel deseo, Flavia y él aún no tenían una relación que ocultar. Ya en el ático, el hombre giró en silencio sobre sí mismo observando el lugar. Juan le acercó una silla y lo invitó a sentarse. Luego hizo lo mismo y lo miró. Físicamente eran opuestos, y Carlo, seguro, se dio cuenta. Juan era espigado, fibroso, un poco desordenado y tendía al rubio. Carlo era alto y grande, menos ágil de movimientos, más sólido, con el pelo engominado oscuro, las manos grandes y aspecto elegante. Un artista y un banquero. Un

soltero irredento y un hombre casado. Un hombre de mar frente a uno de ciudad.

El de ciudad le sonrió un instante antes de hablar.

—Flavia no sabe que estoy aquí, ni siquiera sabe que estoy en Florencia. Hoy mismo volveré a Suiza.

—Lo escucho —dijo Juan.

—Sé que usted y mi mujer son amigos. Me parece muy bien. No soy celoso —mintió.

—No tiene por qué —respondió Juan, mintiendo también—, nos conocimos en España, en verano. Luego nos hemos vuelto a encontrar aquí, en Italia.

—Ya.

Carlo se levantó y le dio la espalda mirando hacia la ventana.

—Confieso que, hasta saber un poco más, me preocupó que no viniera conmigo a Suiza, donde vivo ahora, y que luego se viera con usted. La gente habla y es maliciosa. Los vieron en la fiesta de los Maratti y algunos amigos no tardaron en hincharme la cabeza con maledicencias.

—Somos amigos. Solo eso. Ni siquiera amigos íntimos.

—Lo sé. Me he ocupado de saber quién era usted. Tengo contactos en muchos lugares, y por mi trabajo estoy acostumbrado a buscar un poco más allá, a conocer a la gente en profundidad. Los banqueros debemos hacerlo para saber en quién confiar.

Carlo llevaba mucho tiempo sin hacer una buena operación en el banco y su información sobre Juan provenía del registro del ático en el que se encontraban y de la investigación sobre el español que había encargado.

—He sabido que es pintor, español y algunas cosas más. También lo que está haciendo aquí. Amo a mi mujer lo suficiente como para entender lo que pretende. —Juan escuchaba sin saber si debía

preocuparse—. Estoy inquieto, debe comprenderme. Flavia y yo tenemos un proyecto matrimonial. Nos conocemos de toda la vida y me atrevería a decir que la mitad de ella hemos estado pensando en ese proyecto. En tener hijos y un hogar estable. Lo convencional, quizás a usted le parezca aburrido.

—De ningún modo. —Juan hubiera aceptado gustoso ese proyecto de haberlo tenido con Flavia.

—Bueno. El asunto es que usted conoce a Flavia. Es una joven impetuosa, mimada, acostumbrada a que todo salga siempre como quiere. Caprichosa, y no entiende el peligro de lo que pretende. Si falla, morirá. La ejecutarán sin duda.

—Pero... —Juan se resistía a confesar.

—Sé que está pintando una copia del retrato de Colomba Corsini, el Botticelli. Lo he visto un millón de veces en la casa de mis suegros. Supongo que es eso de allí —dijo señalando el caballete tapado por la sábana—. Se lo ha encargado mi mujer, y solo se me ocurre una razón por la que lo ha hecho.

—Lo veo muy seguro.

—Mucho. Flavia dijo que recuperaría el cuadro que el Gobierno ha pedido prestado. Está segura de que no lo devolverán.

—¿Usted no?

—Yo no estoy seguro de que no lo hagan. En cualquier caso, no estoy dispuesto a que mi mujer arriesgue su vida por un cuadro. Es absurdo, y eso es lo que quiero tratar con usted. Necesito su ayuda. Esto es, a todas luces, una locura.

—¿El qué?

—Tratar de sustituir el original por la copia. Usted y Flavia están instalados en Florencia porque es aquí donde está el original. De haberle encargado una copia para nosotros, estaría en Lausana conmigo y usted en su casa, donde quiera que esta esté.

Juan no dijo nada. Tenía frente a él a un hombre amable y educado que parecía sinceramente preocupado por su mujer. Carlo siguió hablando.

—Tiene que ayudarme y tiene que hacerlo por Flavia. Esto es un capricho excesivo que puede acabar con su vida. Es hija única, es joven y es mi mujer. Va a destruir la vida de sus padres, la mía y la suya propia si no frenamos esto. Lo mismo que siente ella lo sentimos los demás, pero a veces se pierde y ella debe comprenderlo. Incluso si ese cuadro fuera esencial para nuestro sostenimiento económico, cosa incierta, no compensaría el riesgo. Lo he intentado todo para salvarla, pero ya solo me queda un recurso.

—¿Cuál?

—El engaño.

—No me gusta engañar.

—A nadie le gusta, pero si, como supongo, usted también tiene afecto a mi mujer, debe ayudarme. Quiero que realice una copia más. Una que me entregue antes del día en el que tengan planificado el cambiazo. Yo le diré a Flavia que he recuperado el cuadro por otras vías y le mostraré la copia fingiendo que es el original. Lo único que usted tiene que hacer es no decir nada respecto a este encargo y pintarlo en secreto. Le pagaré bien. Lo que me pida. Llevo veinte mil liras conmigo que le dejo aquí. Puede pedirme lo que quiera cuando acabe el cuadro.

Juan vio a Carlo levantarse y dejar un abultado sobre sobre la mesa. Parecía a punto de ponerse a llorar. Le compadeció porque, además, tenía mucha razón, y él también había pensado que el plan, aunque sólido, estaba motivado por un capricho y era muy arriesgado. Si hacía lo que Carlo le pedía, Flavia sobreviviría y se iría a Suiza con su marido, igual que haría una vez que la misión concluyera. O quizás no. Lo único seguro era que, haciendo lo que

Carlo pretendía, sobreviviría. Tal vez ella nunca averiguara la verdad. Puede que viviera para que la llama entre él y ella volviera a brotar. Carlo parecía buen tipo, una apuesta segura, pero tal vez el tiempo haría que ella se decidiera por otra apuesta más audaz, más emocionante. Por él. Para hacerlo, tenía que estar viva. Miró de nuevo a Carlo, un hombre grande y fuerte que parecía a punto de derrumbarse y cuyos ojos lo miraban suplicantes.

—De acuerdo. Lo haré —dijo, seguro de que era lo mejor.

26

PRIMER AVISO

Los Hesse habían vuelto a Kronberg, y Ludo se encontraba de nuevo sola en Villa Polissena cuando recibió noticias de la Sociedad Honorable.

Los mantenía puntualmente informados y sabían de las complicaciones que habían surgido con el profesor Boggi, al que había tenido que matar y a quien la policía había encontrado flotando en el Tíber con signos que su incompetencia determinó como «inequívocos» de suicidio. No le favorecía nada haber tenido que quitarse de en medio a Boggi, pero, desde Sicilia, don Gonzaga Testa era poco de mirar atrás si no era para vengarse, y enseguida pensó cómo sacarle partido.

En su misiva a Ludo, el capo le decía, con mucha razón, que dejar caer el nombre de Ranuccio Bandinelli al príncipe Felipe de Hesse para que lo considerara como guía no era suficiente. El príncipe ni siquiera vivía a tiempo completo en Italia, y, cuando estuviera en Alemania, quizás olvidara el nombre del arqueólogo y profesor que Ludo había fingido leer y admirar. Mientras, sabían que Bandinelli pretendía abandonar Italia y, precisamente porque quería hacerlo, no podían permitirlo. Ese había sido el detonante de que lo investigaran, con sorprendentes conclusiones.

En un registro a su casa familiar de Siena descubrieron en su habitación muchos de los libros que el régimen prohibía y que un

buen fascista, un afiliado al partido como Bandinelli, no tenía sentido que tuviera. Así, en sus estanterías encontraron la novela *Adiós a las armas,* de Hemingway, prohibida por ofender el honor militar italiano al describir la derrota de su ejército en Caporetto y, peor aún, una obra de Ignazio Silone, que era abiertamente antifascista. Al revisar su listado de amigos, descubrieron a dos comunistas, uno de los cuales había sido compañero habitual de cenas y paseos hasta su desaparición en misteriosas circunstancias. En la visita a su casa de Pisa, lo que los sorprendió fue lo que no encontraron: ni una foto de Mussolini ni una señal del orgullo fascista habitual en todos los afiliados al partido. Cuando, de vuelta de una cena, probablemente con alguna copa de más, lo vieron sonreír al ver al cebo de la mafia orinando contra una pared empapelada con un cartel fascista, la Sociedad Honorable se convenció de que la admiración por el régimen que se le suponía a Bandinelli y de la que en alguna ocasión había dado muestras era, cuando menos, un disfraz. El mismo que se ponían muchos cobardes para seguir con su vida sin meterse en problemas. Su mujer y sus dos hijas parecían bien adiestradas para llevar uno idéntico.

Así que con instrucciones precisas y aprovechando que los príncipes no estaban en Roma, Ludo dejó Villa Polissena y viajó hacia el norte. Había llegado la hora de conocer al profesor Ranuccio Bandinelli.

Dos días después, el sol se empezaba a colar entre la bruma que cubría como una manta los campos toscanos cuando llegó a la Villa di Geggiano. Estaba situada a pocos kilómetros de Siena en dirección a la pequeña población de Castelnuovo de Berardenga, en un paisaje poblado de campos ordenados con muros de piedra, pulcramente plantados de viñedos y olivos. El entorno era rico, exuberante y verde, con los colores de la naturaleza saturados como

en todos los lugares donde la lluvia limpia frecuentemente la atmósfera y el sol ilumina generoso. Una buena tierra que en verano tenía que haber sido más bonita aún, pero que incluso con las cepas sin hojas y las brumas de las que se rodeaba aquella mañana resultaba impresionante. La casa aparecía modestamente, de repente, de espaldas, edificada en ladrillo y piedra vieja, después de una curva en la que se pasaba de la sucesión de campos a lo que parecía una pequeña aldea de diez, quizás quince casitas. La mayor de todas era la que había llevado a Ludo hasta allí.

Dejó el coche en la entrada de un camino y rodeó la casa hasta encontrar un muro bajo por el que saltar para, rodeándola, verla de frente. Desde allí, la perspectiva tosca y austera de la fachada trasera cambiaba totalmente. Geggiano era una villa impresionante, de color blanco viejo, de tres alturas, en la que se distinguía la planta baja, el *piano nobile* y el de servicio, con altas ventanas en la planta baja y en la primera, y otras menores en la superior, todas con contraventanas verde oscuro. Sobre ellas emergía una especie de apéndice central más corto que elevaba la casa un piso más. A los lados sobresalían dos cuerpos retranqueados con arcos.

La casa se abría a un jardín a medio camino entre el orden francés y el paisajismo inglés. Con caminos flanqueados con bojes recortados y cipreses en varios lugares, así como algunos *follies* graciosos rematando las diferentes vistas. Era una casa noble de importancia, con una finca productora de *chianti* alrededor. Ludo sabía que Bandinelli era rico, pero no esperaba que lo fuera tanto. Se alegró de no haber demorado la visita, los ricos escapan mucho más fácilmente que los pobres y no podía dejar que este lo hiciera.

Bajo un porche observó el coche familiar, un Fiat 1500 de color oscuro. Sobre el techo del vehículo había dos grandes baúles atados a la baca con cinchas. No, no dejaría que se fueran. Se acercó

sigilosa al coche y desdeñó estropearlo. Tenía las llaves puestas, así que las cogió y se las metió en el bolsillo, segura de que las de repuesto estarían en Pisa, donde vivían habitualmente Ranuccio y su familia. La fuerza que pretendía utilizar era otra, pero no podía arriesgarse a que la huida se precipitara. De la bolsa que llevaba extrajo un ejemplar del *Corriere de la Sera* de cuatro días antes, que abrió por la página adecuada y dejó en el asiento del conductor, con un sobre a nombre de Ranuccio.

Por la tarde, cuando estuvo segura de que el interesado había revisado la nota y el periódico, llamó a la puerta. Enseguida, una criada la llevó ante Bandinelli, que la recibió en una estancia de paredes pintadas y techo abovedado que parecía el despacho de la casa, sentado tras un escritorio, con actitud molesta.

—No entiendo nada —dijo él, directo—, y no sé qué quiere de mí. ¿Qué es esto? —dijo mostrándole la nota que Ludo le había dejado. En ella se leía: «Espéreme a las cuatro y veinte».

—Por eso estoy aquí, para explicárselo.

—No tengo demasiado tiempo.

—Sí que lo tiene. Su viaje ha sido anulado.

—Eso lo decidiré yo. —Bandinelli trató de que el nerviosismo no se le notara. Decidió tomar la iniciativa. Acercó el periódico por encima de la mesa hacia el lado de Ludo—. ¿Sabe quién ha hecho esto?

Ludo observó la pequeña reseña del *Corriere de la Sera:* «Hallado muerto el profesor Stefano Boggi, director de arte del liceo Giulio Cesare».

—Boggi murió a exactamente esta hora, hace cuatro días. Veo que no cree que se suicidara. Es curioso cuando todo el mundo ha asumido esa idea.

—Nadie que lo conociera como yo. No sabía que había muerto, pero de lo que estoy seguro es de que no se ha suicidado. En los

últimos tiempos parecía más feliz que nunca. Si antes era improbable que Boggi se suicidara, ahora lo es más aún.

—Tiene razón. No se suicidó.

Bandinelli palideció. No quiso preguntar si tenía delante a la responsable del hecho. Temía demasiado que lo fuera.

—¿Qué quiere?

—Déjeme que le cuente antes quién soy. Represento al poder más antiguo de este país tras la Iglesia.

—No representa al Gobierno.

—No, a la Sociedad Honorable.

—No sé qué es eso.

—Bueno, a menudo se habla de mi organización con otros nombres. Menos fieles a la realidad, más despectivos..., pero, como todos los que luchamos, tenemos enemigos, y, bueno, no hablan bien de nosotros. En cualquier caso, da igual cómo te llames si vences... y eso nos basta. El nombre más feo resulta exótico y bonito si lo lleva la chica más guapa, o recio y noble si lo defiende el hombre más fuerte. Nuestro prestigio se ha construido a base de hechos. Nuestra fama viene definida por nuestros actos, no por nuestro origen o nuestro nombre. Así que aceptamos que nos llamen como sea, no es importante. En Sicilia hemos aprendido que la fuerza y el orden necesitan más que de teorías y buena voluntad para ponerse en práctica.

—La Cosa Nostra.

—Bueno, no es el término que yo utilizaría, pero hágalo usted si quiere —dijo Ludo, encogiéndose de hombros.

—No sé qué pueden querer ustedes de mí. No he hecho nada que pueda molestarlos y estamos lejos del sur.

—Tiene mucha razón. Esté tranquilo. Nada tiene por qué torcerse para usted, todo lo contrario. Usted y los suyos están seguros. Su

hija Sandra puede seguir con sus clases de pintura. Debo decirle que tiene buena mano, con solo nueve años ya parece poseer un talento especial. Es una lástima que la cambiaran de profesor, se llevaba mejor con don Mario, pero supongo que acabará tomándole cariño a don Julio también. Respecto a Marta, me alegré mucho de que el enfado con su madre se arreglara satisfactoriamente. La preadolescencia en las mujeres puede ser muy revoltosa, se lo digo por propia experiencia, yo también tuve trece años. Su mujer debe ser más paciente, aunque ella, igual que sus hermanos, adolezca de impaciencia. Los Garrone son demasiado susceptibles. Tan buenos como impacientes.

Ranuccio se asustó. La mafia lo sabía todo de ellos y aquella mujer se lo había hecho saber. Lo que fuera que quisieran era lo bastante importante para dedicar tiempo a investigarlo en profundidad. Ludo comprendió que había logrado el efecto deseado.

—No se asuste. Lo que le voy a pedir es que colabore con nosotros en un fin mayor que cualquier otro. Uno que beneficiará a mucha gente.

—A ustedes.

—No solo, no. Este propósito es mayor a cualquier otro en el que mi organización se haya visto involucrada.

—La escucho —dijo Ranuccio.

Ludo se puso de pie y empezó a explicarse mientras paseaba por la habitación.

—En mayo, el Führer va a realizar una visita a Italia.

«Oh, no», pensó Bandinelli, que temía desde hacía demasiado tiempo verse involucrado en el viaje y había querido huir de su país precisamente para evitarlo.

—Como sabrá —continuó Ludo—, se le está preparando un importante programa cultural. El profesor Boggi estaba implicado.

Quizás por eso lo veía tan contento. Estaba orgulloso. La vida le sonreía y se disponía a colaborar con el Gobierno que tanto admira. Que admiraba tantísimo más que usted, que lo detesta.

—Eso no es...

—Sí, claro que es cierto —lo interrumpió Ludo—, pero no se preocupe, nadie odia tanto al Duce como la Sociedad Honorable, estamos en el mismo barco. Y vamos a navegar juntos. —Le sonrió —. Usted se está preparando para huir porque sabe que va a ser llamado para la labor. Que le van a pedir que participe en la visita como cicerone. Habla alemán, es... refinado, por lo que nadie se preocuparía nunca de que no diera la talla en cuanto a modales, y es experto en arte clásico, el que más le gusta a nuestro visitante.

—Quieren matar a Hitler —susurró Ranuccio.

—Casi. Queremos matar a Mussolini. Pero, si se da la situación, podemos hacerles un bonito favor a los alemanes. —La sala se quedó en silencio—. Oh, vamos. Solo a los más afortunados, en algún momento de nuestra vida, se nos ofrece la oportunidad de hacer algo realmente relevante. De pasar a la historia. El que no acepta el encargo del destino merece el peor. Y no queremos eso para usted, que va a aceptar el encargo.

—No soy un asesino.

—No, pero nosotros sí cuando es necesario. Vamos a lograr que usted sea el elegido para acompañar al Führer. Ya estamos en ello, por eso no puedo dejar que se vaya de Italia. Estará varios días pegado a ellos y actuará cuando se lo digamos. Tenemos muchas formas de matar.

—Me ahorcarán al instante, tanto si lo logro como si fallo.

—No se preocupe por eso. Me comprometo a que no sea nada fácil. Nadie tiene por qué sospechar de su colaboración. Cubriremos cada uno de sus pasos.

—¿Qué pasa si no acepto?

—No quiera saberlo. Esto es lo bastante importante como para que no escatimemos en formas de convencerlo. La Sociedad Honorable puede ser la mejor amiga o la peor enemiga. Puede regar su jardín y llenarlo de buenos frutos o convertirlo en un páramo sin vida ni oportunidad de supervivencia. Somos muy buenos en ambos propósitos. Los mejores, diría.

—Me está amenazando.

—No, le estoy mostrando dos opciones. Dos caminos. Uno lleva a la gloria y al bien común. El otro lleva a la nada.

—¿A... a la muerte? —balbuceó Ranuccio.

—No, a algo mucho peor. —Ludo lo miró fijamente un instante, luego sonrió—. Pero ¿por qué siquiera hablar de eso? Usted es un idealista. Un amante de lo bello. ¡Sea idealista! ¡Luche por sus ideales! Los dos sabemos que debe hacerlo. Que es necesario que quien pueda hacer algo lo haga. Le estoy ofreciendo la posibilidad de colaborar con nosotros para acabar con lo feo, con lo que ensombrece nuestro país y acabará por llevarlo al desastre. No estará solo en ningún momento. Nuestra red es enorme y segura. Su colaboración, aunque imprescindible, puede limitarse a llegar un poco tarde o un poco pronto, entretenerse en una explicación o agacharse para atarse los zapatos para facilitar un disparo. Y no desespere, para coger el camino peor, que no le recomiendo, siempre se está a tiempo. Son las buenas oportunidades las que pasan volando.

Ranuccio hundió la cabeza entre los brazos apoyados en la mesa. No podía creer que aquello estuviera pasando. Detestaba a Mussolini y detestaba su política de alianzas, de la que la visita era imagen elocuente, pero resultaba asombroso que fuera él, un arqueólogo, un estudioso, el encargado de cambiar las cosas.

—No tengo suerte —murmuró para sí lo bastante alto como para que Ludo lo escuchara.

—No diga eso. La suerte es llegar preparado al momento correcto..., y le puedo asegurar que así será.

27

NO

Flavia se había vestido para salir y tan solo esperaba a que el tiempo pasara para acudir al ático de la Via San Gallo cuando Anetta ya lo hubiera abandonado. La criada era demasiado sagaz y sabía leer en su interior. Ya había adivinado su plan para cambiar el cuadro falso por el auténtico, pero, aunque pareciera increíble, el temor real de Flavia era que descubriera sus sentimientos hacia Juan, ya que ni ella misma era capaz de reconocerlos.

Miró el reloj en repetidas ocasiones hasta decidirse a salir, pero, cuando cerró la puerta tras ella, por el camino de entrada vio el enorme Isotta Fraschini de su marido avanzar lentamente hacia la casa. Debería haberse alegrado, por lo menos sorprenderse, pero una sensación distinta se impuso sobre las que eran lógicas. Con todo, se forzó en sonreír y avanzó hasta el vehículo. Carlo llevaba meses en Suiza, en la casa que habían comprado cerca de Lausana, y ella, que aún no la conocía, había hecho evidente su nulo interés en salir de Italia. Había discutido mucho, primero con su padre y luego con él, y en aquellas ocasiones Flavia había sido irreductible. Ahora temía que Carlo llegara con artillería nueva y formas más convincentes.

No era fácil defender por qué se había quedado, y en el fondo se sorprendía de que su marido, pese a no entender sus motivos, lo

hubiera aceptado. Flavia pensó que quizás no lo había hecho en serio.

—Dame un abrazo —le dijo él con la misma cara que ella conocía desde hacía tanto tiempo.

Aunque sabía que había ido a buscarla, se hundió en su cuerpo grande, su olor reconocible y en el cachemir de su abrigo. Carlo era la seguridad, la solidez frente a lo imprevisible, la amistad frente a la pasión. Mentalmente, Flavia cambió sus planes del día convencida de priorizar aquella visita sobre todo lo demás, que era poco, pero al lado de Juan. Al menos le debía eso a su marido. Carlo jamás le había hecho daño y siempre había aceptado su carácter a veces levantisco e impulsivo, no había podido echarle nada en cara nunca y quizás por eso se sentía culpable de no quererlo como merecía. Era un buen hombre, pero hacía tiempo que Flavia sabía que la bondad no suele encender el deseo. Entraron en la villa y se sentaron frente a la chimenea, que no descansaba desde hacía días. Fuera, Florencia entera se escarchaba cada mañana y el hielo congelaba fuentes y estanques.

—Traes muy poco equipaje —observó ella, entre intrigada y aliviada.

—Los baúles de nuestra familia van a ir en dirección opuesta, es decir, de Italia hacia Suiza, al menos de momento.

—No empieces.

—No, Flavia. —Le cogió la mano y la miró, firme pero casi suplicante—. No lo voy a hacer porque esto no podemos discutirlo más. Juré protegerte y voy a hacerlo. Necesito que me escuches. Hace tiempo que las cosas avanzan, tal vez silenciosamente, pero inexorables, hacia una situación de la que te debo salvar.

—Estoy al corriente de lo que pasa en Alemania. Es tremendo. Pero esto no es Alemania.

—Mis contactos en los ministerios están asustados. Se están preparando leyes similares que nos convertirán en apestados en nuestro propio país. Mussolini y Hitler se miran el uno al otro y se copian en todo lo inconveniente.

—Inconveniente —repitió ella, irónica. Carlo siempre había sido demasiado educado.

—No tiene ninguna gracia.

—No me voy a ir —aseveró ella una vez más.

—Haz lo que quieras, pero déjame que te explique. Nuestro Gobierno ya aplica leyes raciales en los territorios africanos. Las lleva aplicando y probando, depurando, un buen tiempo. Los europeos, por un lado; los africanos, lo más lejos posible. Segregación, distintos derechos, prohibición de matrimonios mixtos, etcétera.

—Mal. Pero yo no soy africana, mi familia lleva en Italia desde hace muchos siglos.

—No eres africana, pero eres judía. Escúchame: los funcionarios del Ministerio de Cultura Popular, el Ministerio del Interior y un grupo de juristas fascistas llevan meses recopilando información sobre los judíos italianos, debatiendo definiciones de lo que es una «raza». Están preparando el terreno. Luego entrará la propaganda y más tarde la ley. Será peligroso para nosotros, y no tardará. Nos arrinconarán, nos perseguirán y nos robarán. Será un bonito regalo para Hitler de parte del Duce.

—Me iré antes. Y tú no eres judío.

—Estoy casado con una judía. Deberías irte ahora mismo, conmigo, pero, si lo que te cuento no es suficiente para convencerte, no sé qué puede serlo. Te llevaría a la fuerza, la ley me adjudica a mí elegir el lugar de residencia familiar, y probablemente a la larga me lo agradecerías, pero te conozco demasiado bien como para saber que volverías. Eres testaruda, pero eso puede condenarte.

Flavia permaneció en silencio.

—El rey no aceptará que se nos trate como a ciudadanos de segunda —dijo de pronto—. Conoce a mi familia y a otras familias judías. Mi madre es amiga de...

—¡Flavia, por Dios! —la interrumpió Carlo con un golpe en la mesa —. No digas tonterías. El rey firmará. Claro que lo hará.

—No somos un problema para nadie.

—No —dijo él, serenándose—, y Mussolini lo sabe. Sabe que no somos un problema, pero también que nos podemos convertir en uno muy útil. Toda la comunidad judía se está movilizando discretamente. Muchos piensan como tú y se equivocan. Otros como yo. No todos pueden elegir, tú sí puedes hacerlo.

—Ya lo he hecho.

—Sabía que dirías eso. Yo también he tomado una decisión. Estoy vendiendo todo lo que tenemos en Italia. Tu padre también se está quitando de encima los inmuebles de los Viel: pisos, los edificios, algunas fincas que han sido fáciles de colocar, pero vuestras residencias históricas no encuentran comprador. Te traigo las escrituras del castillo de Faggio y las de las casas de Roma y Venecia. De igual modo las de la finca vinícola, con un poder de tu padre para que puedas venderlas también, aunque suponemos que será muy difícil.

—No venderé el castillo. No venderé nada de lo que lleva tantos años en manos de mi familia.

—Tu padre dijo que dirías eso, ya ves que nadie puede contigo. Haz lo que quieras —dijo Carlo sin discutir lo que ya preveía—. Yo he hecho lo contrario: he vendido esta casa. Esta misma semana deberás abandonarla. Te pagaré una semana en el Helvetia. Luego deberás espabilarte. Tienes tu coche. Nada me gustaría más que te subieras a él y vinieras a Suiza. Te gustará mucho la casa que

tenemos allí. Tu madre va a comprar la finca contigua. Al otro lado de la calle vive la reina Victoria Eugenia de España, en una casa espléndida que llaman Vieille Fontaine.

—Me quedaré en el Helvetia tanto tiempo como quiera —dijo Flavia, ignorando datos que le traían sin cuidado—. No hace falta que me pagues ni una sola noche.

Carlo atenuó la mirada y le cogió la mano.

—Odio que estemos así. Odio que nos digamos estas cosas. Pero solo lo hago porque me importas y porque no puedo creer que una tontería como un maldito cuadro al que jamás has prestado atención te retenga aquí. No sé qué tramas ni cómo pretendes recuperarlo, pero no lo lograrás. Los funcionarios con los que estarás negociando no te devolverán el cuadro, es más, no harán nada más que señalarte. Nadie va a devolvértelo por mucho que muestres tus preciosos ojos y supliques, sobornes o creas que los influencias en algún modo. Lo grave es que te estás exponiendo. Demuestras el descontento con el teórico préstamo a Mussolini y te dejas en evidencia. Puede ser peligroso.

Carlo no tenía ni idea de lo peligroso que era lo que ella había planeado. No iba a negociar nada con ningún funcionario. Iba a robar lo que era suyo, sin más. Su parte infantil e inconsciente le provocó una pequeña sonrisa, pero luego se entristeció. Era en momentos como aquel cuando se daba cuenta de lo diferentes que eran su marido y ella. Bajó la mirada.

—Deberías ser más comprensivo. Si es importante para mí, deberías intentar entender por qué en vez de ridiculizarme. Tú estás dispuesto a seguir con tu vida. Que el golpe inmerecido, el empujón violento te impulse para seguir adelante. Yo prefiero pararme, darme la vuelta y devolver el golpe. Aunque sea mínimo y me haga avanzar más despacio. Quizás si reacciono, se lo pensarán dos veces antes

de volver a atacarme. Y aunque no lo hagan, dormiré mejor, aunque te parezca que no sirve de nada. —Calló y se dijo: «Y si sale bien, te aseguro que a ese Mussolini va a dolerle más mi pequeña acción que algunas batallas perdidas, porque, para los orgullosos, la vergüenza hiere más que una bala».

—En fin —dijo Carlo dando una palmada y por acabada la discusión—, no te voy a convencer, pero haré todo lo que esté en mi mano para que la cordura impere en este matrimonio. Te han robado un cuadro, intentaré que no nos quiten nada más. Ahora saldré. A mediodía firmo la venta del edificio de la calle Cavour. Iré a cambiarme antes. Te dejo las escrituras de tus cosas en el despacho. Nunca se sabe, puede ser que haya algún incauto con ganas de hacerse con un castillo perdido en los Abruzos.

Carlo se levantó, la besó en la frente como se besa la mano de un sacerdote y se encaminó piso arriba.

—He dicho que no venderé nada —murmuró ella, cruzada de brazos.

Por la tarde el humor de Flavia cambió y decidió dejar de preocuparse y empezar a ocuparse. Estaba en el jardín cuando la figura pequeña y activa de Anetta apareció con una bandeja con zumo de naranja. Pese al frío, o especialmente por él, la fiel criada y amiga se lo ofrecía a menudo.

—Es importante tomar zumo en invierno. Fortalece la salud y la moral.

—Porque nos llena de vitaminas y nos recuerda que somos unos privilegiados por poder tomar fruta en invierno —contestó Flavia.

—Eso es —dijo Anetta.

—Siempre lo mismo —dijo algo reconfortada de que la devolviera por un instante a su feliz infancia.

—Ojalá, querida. Todo parece cambiante últimamente. Echo de menos Faggio.

Flavia no quiso contarle las malas noticias. Ante el riesgo de que acabaran por hacérselo vender a precio de saldo o se lo incautasen, su padre estaba decidido a deshacerse de todo, también del castillo, el lugar al que ambas llamaban hogar.

—Ya. Yo también lo echo de menos. Todo parece fácil cuando estamos allí —dijo Flavia, sacudiéndose la realidad de la cabeza.

—Eso es. A veces recuerdo el día en que llegué. Lo hago para asegurarme de que no debo tener miedo a lo desconocido ni juzgar por el aspecto.

—Te asustaste.

—Era una niña. Catorce años, hija de una maestra, sobrina de la cocinera. Mi madre dijo que bastaba ya de holgazanear y me mandó a trabajar allá, en medio de los Abruzos, desde Trapani. Cuando vi el castillo, lloré. Tan grande, tan oscuro por fuera..., y trabajando para judíos, con lo devota que es mi familia. Pensé que me contagiarían, que iría al infierno con ellos, todos endemoniados. Me atormenté algún tiempo, la verdad, pero ahora pienso que, cuando suba, encontraré la manera de convencer al Señor para que los acepte a usted y su familia. Los Viel son buena gente. A la semana de mi llegada, Faggio era mi sitio favorito y me daba igual que mis empleadores estuviesen completamente equivocados respecto a su religión. Con mi primer sueldo compré una Virgen María para mi habitación y le dije cada noche que yo sí creía en todas sus virtudes. De vez en cuando echo unas gotitas de agua bendita en sus copas, lo reconozco también... pero, bueno, ya me conoce. Da igual, nunca sentiré ningún otro lugar como mi hogar. Sí —dijo recogiendo el vaso ya vacío—. Mi hogar es el castillo de Faggio.

—¿Llevaba agua bendita el zumo?

—No, no, qué va. —Cambió un poco la cara—. El padre Ricardi es un vago que jamás tiene remanentes para mí. En mi precioso castillo de Faggio el sacerdote es mucho más trabajador. Bueno, su castillo. Bueno, el de las dos.

—El castillo de Anetta.

—Eso dice su madre cada vez que no encuentra las cosas que ordeno.

Pero Flavia ya no escuchaba.

—El castillo de Anetta —repitió.

—Eso dice, sí.

—¡El castillo de Anetta! —exclamó Flavia.

—Querida, está usted un poco tonta. Una vez hace gracia, tres ninguna. —Olió el zumo que quedaba como si contuviera alcohol, pensando que debía hacerse con una botella de agua bendita.

Flavia la cogió de los hombros. La cara de Anetta era de absoluta extrañeza.

—Anetta, necesito que hagas algo. Te voy a vender el castillo, las casas de Venecia, la Toscana y Roma. —Anetta volvió a oler el zumo. Tenía que haber intoxicado de alguna manera a la señora Flavia—. No bromeo.

—Pues entonces llamaré al doctor inmediatamente —dijo la criada.

—Escucha. Papá lo quiere vender todo. Teme que lleguen tiempos en los que nos veamos obligados a hacerlo, por...

—Por ser judíos.

—Eso es. Pero podrías comprarlo todo tú y hacerte con las llaves de cada una de esas casas.

—Señora, salvo que esté hablando del artilugio en sí, es decir, de la llave, pero no de la cerradura de la puerta, ni de la puerta donde está esa cerradura, ni de la pared donde está esa puerta ni de los

salones que esconde esa pared, creo de verdad que ha perdido completamente la cabeza.

—Te voy a vender las cuatro propiedades por el precio del llavero. Si son tuyas, nunca nos las podrán quitar. Cuando todo pase, te las volveremos a comprar por el mismo precio. Si la situación no mejora, confío en que serás tú quien las venda y nos entregues el dinero.

—Eso sí tiene sentido —dijo Anetta.

—¿Lo harás? Puedes pensarlo unos días si quieres, pero necesitaré saber algo pronto.

—Quedarme dos palacios, una finca vinícola y un castillo por... ¿cuatro liras?

—Eso es.

—No necesito pensarlo. ¿Conoce usted a alguien que diría que no?

Flavia sonrió.

—No.

—Pues si encima lo hace para salvarlos, como haría yo, aún menos —concluyó Anetta.

La tarde siguiente, Anetta Calderone se convirtió con sesenta y dos años en propietaria de un vasto patrimonio. El notario encargado de la operación, judío como Flavia, no hizo preguntas porque comprendió muy bien la maniobra. Muchos amigos habían hecho operaciones similares. Que fuera o no necesario, solo el tiempo lo diría. Por su parte, Anetta no podía evitar sentir que de pronto era muy rica, aunque supiera que aquellas propiedades fastuosas tan solo estaban de paso por sus manos.

—Mi madre estaría muy orgullosa de ver dónde he llegado —dijo envuelta en un abrigo de astracán que había sido de la madre de Flavia y le iba grande.

—Seguro que sí. Tú debes estar orgullosa también —la conminó Flavia.

—No hablo de las casas, sino de la confianza. Mi madre no le daba importancia a lo material, solo valoraba lo de dentro, la rectitud, la honestidad, el buen trabajo. Eso, lo que genera confianza. La gente más rica es la que tiene mejores amigos, y solo se tienen amigos si confían en uno. Qué maravilloso don es ser de fiar.

—Te lo has ganado. Si quisieras, podrías quedártelo todo.

Ella detuvo un instante su paso acelerado por la Via delle Belle Donne y la cogió del brazo.

—Eso ni lo diga. Anetta Calderone nunca se ha quedado nada que no fuera suyo. La confianza se gana con muchos actos, pero la desconfianza con solo uno. No he fallado jamás, por eso confían en mí. —Reflexionó un instante—. Y nadie quiere un castillo si le toca barrerlo cada día.

—Hablando de barrer... A partir de la semana que viene, no tendrás que ir a la villa de Poggio Imperiale. El señor la ha vendido.

—Ya lo sabía.

—Lo supuse.

—No es que escuche, no vaya a pensar que soy una fisgona.

—Si no quisiéramos que lo supieras, lo hubiéramos hablado de otra forma. Pero el caso es que tendrás menos trabajo aquí. Puedes volver al castillo si quieres. O ir a Trapani con tu familia.

—Eso querría usted, señora. Mi familia es usted y me quedo, que si no hará usted vaya a saber qué —murmuró por lo bajo—. Y la casa del español es una fábrica de hacer polvo. El pobre perrito ya es más gris que negro. Me quedo. Buscaré un lugar. Cielos, es irónico. Tengo más casas que en mi vida y, sin embargo, estoy sin techo.

—Encuentra algo que te guste y pásame el coste. Yo me instalaré en el Helvetia unos días. Luego buscaré algún lugar donde quedarme cerca de la Via San Gallo. No debemos olvidar para qué estoy aquí.

—Eso espero, señora, que no lo olvide.

—No empieces, Anetta.

—No lo hago.

—Cuando todo acabe, ¿vendrás a Suiza conmigo?

—Ay, señora, ojalá cualquiera de las dos cosas fuera fácil para usted. Creo que ambas tienen las mismas posibilidades de cumplirse.

—Eres muy impertinente. Otra te despediría.

—La verdad es incómoda a veces.

—Quizás el padre Orso conozca algún piso que puedan alquilarme —dijo Flavia cambiando de tema—. Ese hombre es más rico que la mitad de los nobles de la ciudad.

Anetta mudó la cara como cuando ocultaba algo. Era tan expresiva que le era imposible disimular cualquier sentimiento. Cuando lo intentaba, no podía evitar cerrar los ojos con fuerza, como si la ayudara a que lo que tenía en la cabeza desapareciera. Su cara morena y arrugada adquirió el aspecto de una pasa, tensa y reconcentrada.

—¿Qué?

—Nada —dijo, cogiéndola del brazo, aún con los ojos cerrados, pero sin dejar de andar.

—Oh, Anetta, sabes que te lo acabaré sacando. Suéltalo.

—Tiene razón —sus músculos se relajaron y aminoró un poco el paso—, y una vez más la culpable de la tentación será precisamente la Iglesia, que nos pide que recemos para librarnos de ella.

—No te entiendo.

—El padre Orso me dijo que su congregación tiene un piso en el mismo edificio de la Via San Gallo, es más, todo el edificio es suyo.

Flavia no pudo evitar sonreír.

—Vaya, pues es una buena noticia. El padre se lo tenía muy callado.

—Pues por algo sería, señora. Por algo sería.

28

AIRE DEL NORTE

A final de año un temporal de frío barrió la Toscana y las calles de Florencia perdieron vida. La llovizna, casi helada, penetraba en las prendas sin remedio y los florentinos se asomaban lo menos posible a las calles, siempre mojadas. Como buenos mediterráneos, detestaban el clima adverso y permanecían en lo posible en el interior de sus casas, deseando que aquellos aires del norte amainaran pronto. Pero su presencia iba a hacerse notar cada vez más, aunque el clima mejorara...

Se había creado la Oficina de Celebraciones con ocasión de la visita del Führer y la capital toscana empezó a prepararse para el magno acontecimiento.

Roma estaba destinada a representar el nuevo Imperio romano y la pujanza de la cultura clásica llevada a la modernidad. Nápoles mostraría que Italia era de nuevo la guardiana del Mediterráneo, la fuerza principal del Mare Nostrum. Florencia iba a ser la cuna de la cultura. A nadie se le escapaba que también sería la visita más esperada para Hitler.

Así que el norte, Alemania, iba a condicionar la vida de los florentinos durante algunos meses más.

Se estaban seleccionando arquitectos, fotógrafos, historiadores y diseñadores para hacer que la visita superara las expectativas del invitado, que tenía una visión hiperbólica y brillante de la cultura

clásica. Así, la ciudad empezó a convertirse en un hormiguero de albañiles destinados a dar esplendor a todo lo demasiado viejo, demasiado despintado o demasiado roto. Se marcaron diferentes fachadas que debían ser restauradas, se empezó también la renovación del pavimento, las aceras y los puentes. La iluminación de las calles y la modernización de muchos escaparates tampoco se demoró. Las fuentes, los hidrantes, los buzones se limpiaron y mejoraron. Se decidía qué enseñar y qué ocultar.

En paralelo, se empezaron a buscar ávidamente los puntos de conexión de la cultura italiana con la alemana, exagerando cualquier relación por pequeña que fuera e inventándola cuando no existía.

Juan observaba tanta actividad atónito y algo disgustado, pero también nervioso, porque, para cuando todo estuviese listo, él debía estarlo también y Flavia se jugaría la vida. Había intentado advertirla de los riesgos de lo que pretendía una y otra vez hasta entender que el problema era que para ella el único temor era el de morir sin haber vivido. La venta de su hogar conyugal y la presión que su marido había ejercido sobre ella habían logrado el efecto contrario al que Carlo pretendía. Si había alguna posibilidad de que entrara en razón y acudiera junto a él a Lausana, se había desvanecido completamente. Recuperar el cuadro se había convertido en un hito vital, en el fin de una época y el inicio de otra, un hecho con el que demostrarse a sí misma su determinación, su independencia y su valentía. El hito a partir del cual *viviría* de verdad. Juan no estaba seguro de que aquella fuera la mejor forma de que la mujer de la que estaba enamorado cambiara el rumbo de su existencia, pero, sabiendo que no la convencería, se esforzó en no juzgarla, pues él mismo podría ser juzgado también. Como tantos, a menudo Juan era muy rápido para juzgar a los demás y muy lento para hacerlo consigo mismo.

Ayudaría a Flavia, pero en secreto rezaba por que el plan de Carlo funcionara y que este lograra engañarla con la segunda copia del retrato de Colomba Corsini. Aunque la alejara de él, ojalá creyera que su marido había recuperado el cuadro original y que, por lo tanto, no hacía falta que arriesgara su vida. La perdería, pero estaba lo bastante enamorado de Flavia como para no dudarlo, como para entregarle su corazón aunque se lo llevara lejos. Como para buscar el bien de ella y sacrificar el suyo. Solo quería que Flavia estuviera bien, con o sin él. ¿Acaso no era esa la base del amor?

Miró a su alrededor. En la Via Panzani estaban colocando mástiles para banderas. Seguramente fueran esvásticas.

Ya faltaba poco.

29

ARMAS

—Padre, me encuentro sola en mi propósito y soy incapaz de hacer ver a nadie de esta familia el desastre al que estamos abocados.

—Alteza, está menos sola de lo que piensa, pero debe entender al príncipe. Es el heredero de la corona de su padre y debe actuar con cautela.

—Lo sé, padre, pero ¿acaso no ve lo que les ha pasado a todos los parientes que se asociaron con movimientos militares? El káiser, el rey de España... Tronos mucho más antiguos que el de Italia han caído y, si no hacemos algo, seremos los próximos. Ese Mussolini... ¿Qué dice el santo padre?

—El papa está preocupadísimo, como ya le hizo saber. Y su preocupación va en aumento.

La princesa del Piamonte se había abierto al padre Orso al poco de llegar a Villa Savoia. Era más listo y mejor consejero que el padre Valentino, que se había retirado a un convento cerca de Castelgandolfo tras meses realizando sus importantes tareas con cada vez menos talento. Orso era de mente rápida y aguda, y provenía de una familia aristocrática que conocía bien qué podía pedir y qué no a la princesa María José, la segunda dama de Italia tras la reina Elena. Comprendió su desesperación enseguida, pues era plenamente fundada. Como en tantas ocasiones, los monarcas debían decidir entre hacer algo o esperar a que lo hicieran por ellos,

y, como siempre, era difícil discernir cuál era el mejor camino para su supervivencia.

—Alteza, debe ir con cuidado. En este mismo parque real ya sabe que nadie es tan neutral como parece, y no hace falta que le diga que las paredes tienen oídos. También sabe que, de querer, encontraría participantes entusiastas para sus planes entre personas cercanas a su persona.

—Habla usted de mi cuñada, por supuesto. La princesa Mafalda es valerosa y decidida, pero se expone de una forma que no puede ayudarme en nada, más bien lo contrario. Es una mujer única, pero yo debo ser más cauta. En cualquier caso, si en algún momento ella necesita de algo en lo que yo pueda serle de ayuda, articúlelo. No le diga que estoy implicada, pero hágamelo saber. Nuestras posiciones en la familia son distintas y yo no puedo evidenciar mis ideas de la forma en que ella lo hace, sobre todo si, como es el caso, deseo actuar. Ha surgido algo en lo que creo que puedo ayudar y para lo que necesito su colaboración.

—La escucho.

—Tengo desde hace algún tiempo un correo, alguien de mi plena confianza, escurridizo y hábil, que lleva mis mensajes a intelectuales, opositores y personas ligadas a Justicia y Libertad.

—Comprendo.

—El asunto es que, a raíz del asesinato de los hermanos Roselli, Justicia y Libertad ha tomado un nuevo impulso, ya ve que no hay mal que por bien no venga, y parece estar actuando con más intensidad y mayor determinación. También están más organizados, lo que, por otra parte, ha llevado a la policía secreta a una persecución más feroz e indiscriminada. Por desgracia, la financiación de sus actividades siempre los lastra. Sé que necesitan armas y equipamiento, radios, etcétera. En eso pensaba cuando

hace dos semanas, con motivo de la inauguración de una fábrica, cené en Milán con un grupo de empresarios realmente notable, entre los que estaba un viejo amigo belga, el señor Henri Pieper.

—¿De la Pieper-Bayard?

—El nieto del fundador de la célebre empresa de armas, sí. Se ha diversificado mucho y la parte de fabricación armamentística ha quedado poco a poco arrinconada. Su nicho en el mercado, los revólveres y las pistolas medianas, se volvió poco rentable. Ahora hacen motores, bicicletas..., otras cosas. Sus armas no son adecuadas para los ejércitos.

—Pero son perfectas para organizaciones menores —apuntó Orso, siempre sagaz.

—Exacto. Discretas y fáciles de llevar. Sin darle demasiada importancia, con pena, el señor Pieper me dijo que aquella parte de su negocio había quedado en tan poca cosa que incluso tenía una partida de ciento cuarenta revólveres y pistolas, nuevas y perfectas, almacenada en una antigua nave cercana a Lieja, con la que cabía muy poco que hacer y que a veces pensaba en fundirlas. Inmediatamente pensé en Justicia y Libertad, claro. Así que me puse manos a la obra. A través de mi hermano, el príncipe Leopoldo, le envié una carta al señor Pieper cuyo contenido mi hermano desconocía. La respuesta llegó hace dos días a través de la embajada belga. Una simple postal del Palacio de los Obispos de Lieja, con un cariñoso saludo firmado con la ininteligible letra de Henri Pieper. La confirmación de que acepta mi oferta.

—Alteza, ¿quiere comprarle las armas?

—Sí, y dárselas inmediatamente después a los opositores al régimen. A Justicia y Libertad, y a todo el que quiera disparar al Duce. Sé cómo hacerlo. Lo que no sé es cómo introducirlas en Italia, cómo traerlas, ni cómo hacerle llegar el pago.

—¿Tiene los recursos para hacer frente a ese coste?

—Tengo una tiara de aguamarinas y brillantes que perteneció a la gran duquesa Pávlovna de Rusia, la gran duquesa Vladímir, que me entregaron con motivo de mi boda y nadie recuerda. La tiara de la casa Saboya es tan excesiva que esta, a pesar de ser mucho más valiosa, pasó desapercibida. Ese es el pago que le he ofrecido y ha aceptado Henri Pieper, con la única condición de que la desmonten inmediatamente después de recibirla para que nadie pueda identificar su procedencia. Pero, como le digo, no sé cómo hacérsela llegar.

Orso barruntó una idea que podía funcionar. Requeriría de una discreción extrema y de que algunas personas mostraran su verdadera cara, pero eso era algo que tenía previsto hacer en algún tiempo. Quizás adelantara la situación; al fin y al cabo, nadie cruzaba mejor las fronteras que los traficantes.

Y nadie traficaba mejor que la mafia siciliana.

Desde la casa que le habían proporcionado, se veía entre los pinos la cancela de entrada de Villa Polissena, lo que le había servido para tener vigilados los movimientos de Ludovica Conti, la joven que, bajo la apariencia de una eficiente chica-para-todo, había captado la mafia siciliana con objetivos que al padre Orso no le eran difíciles de suponer, pero que no había detallado aún. La había visto abandonar el recinto del parque real muchas tardes, y aquella de finales de diciembre no fue diferente. En cuanto la vio cruzar la puerta, él cruzó la suya y se encaminó hacia Villa Polissena. La casa vivía entre puntas de actividad y ruido, y semanas de silencio y letargo dependiendo de la presencia o ausencia de los príncipes de Hesse y sus hijos. Cuando no estaban, tan solo un mayordomo y dos doncellas se ocupaban de que todo estuviera a punto, y el resto del servicio se trasladaba a Villa Savoia, por lo que el sacerdote, que se

movía libremente por toda la finca, lo tenía más fácil todavía para entrar discretamente.

Había ido en numerosas ocasiones a la villa, a la que accedió por la puerta trasera. Observó que el servicio que la atendía estaba limpiando la galería que daba al jardín. Ninguno lo vio. El interior aún no había adquirido la pátina del tiempo, pero era, sin duda, hermoso y estaba cargado de detalles, yeserías, cornisas, cuadros de cierta importancia y decoración a la italiana interpretada por el ojo del príncipe Felipe de Hesse, que tenía buen gusto. El padre Orso subió las escaleras hasta el piso superior y recorrió el largo pasillo que llevaba al extremo del edificio. Era fácil reconocer la habitación de Ludovica, pues era la única que tenía las contraventanas abiertas y sobre la mesilla había un libro en alemán.

Sin dudarlo, empezó a revisar uno a uno los cajones de la cómoda.

A paso ligero, enfilando la Via Salaria en dirección al centro, donde debía recoger la información que le mandaban desde Florencia y Sicilia, Ludo se palpó instintivamente el bolso de ante que llevaba colgado del hombro.

—Diantre —dijo, parándose en seco.

Lo abrió y, tras rebuscar, se percató de que había olvidado el microfilm con las imágenes del nuevo vehículo de Felipe de Hesse. No pretendían atentar contra él, pero los coches de todas las personas a las que controlaba y espiaba la Sociedad Honorable debían estar localizados. Enfadada, se dio la vuelta para ir en su busca. Cuando uno no es despistado, le molestan más los despistes, y Ludo se puso inmediatamente de mal humor y no pudo evitar que todo, desde su cara hasta sus pasos, lo mostraran.

En la entrada de la villa la saludó el mayordomo, que seguía ocupado en la limpieza de la galería. Subió a zancadas la escalera y volvió a su habitación, pero, al entrar, comprobó que había sido revisada. Con urgencia se puso de rodillas para sacar de su sitio el último cajón de la cómoda, bajo el cual, en el espacio que quedaba entre esta y el suelo, había un hueco donde guardaba documentación, munición y las herramientas de su trabajo clandestino. Sobre todo ello, había una nota.

> La espero a las ocho en el templo de Flora.
> Hablaremos y nos pondremos de acuerdo.
>
> PADRE ALBERTO ORSO

A las ocho, Ludo estaba en el lugar acordado, un templete de jardín de poco uso en los meses de invierno. Sentado en un banco, mirando hacia el bosque con la sonrisa del que sabe más y carece de miedo, estaba el sacerdote. Ludo lo había observado hacerse rápidamente con la confianza de los príncipes de Piamonte y de la reina. Estaba segura de que a la princesa Mafalda también le iba a caer bien, pero había tenido poco tiempo para conocerlo, pues estaba de vuelta en Alemania. Jamás había subestimado el poder de los sacerdotes, y la mirada de aquel hombre era la de alguien de mente rápida y sólidas convicciones.

Se acercó a él, y este se puso en pie y con la mano le indicó que se sentara a su lado. Ambos esperaron un instante para que el otro iniciara la conversación. El cura tomó la iniciativa.

—Siempre he creído que, si se tiene un mismo fin, uno lo bastante potente, somos capaces de asociarnos hasta con nuestros enemigos.

—¿Eso somos? —preguntó ella, extrañada.

—No. En ningún caso. Aunque nuestros métodos sean muy diferentes.

Ludo se giró hacia él.

—Padre, ¿me va a decir quién es usted?

—Ah, querida, por supuesto que sí. Es muy fácil: soy lo que ve. Un sacerdote, y, como tal, mi deseo es que la gente a mi alrededor esté bien. Además, soy un buen observador, la Iglesia suele serlo, y hace tiempo que sabemos que su labor en este lugar va más allá de la de una niñera. —Ludo aún no había decidido matar al padre Orso, pero no podía permitir que la familia real supiese lo que hacía allí—. Sabemos de su relación con cierto caballero siciliano llamado don Gonzaga Testa —continuó Orso—. Suponemos lo que pretende, y... no debe preocuparse, porque no nos oponemos. La Sociedad Honorable y la Iglesia han aprendido a respetarse cuando ha sido necesario, y mi organización ha pecado de omisión cuando ha hecho falta. Creemos que ha llegado uno de esos momentos. —Ella palpó la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. El gesto no le pasó desapercibido al padre—. Deje eso. No le va a hacer falta. La familia no tiene por qué saber nada, ya que no es contra ellos contra quien trabajaremos. Podemos seguir siendo el cura y la niñera, o supervisora, o ama de llaves, lo que quiera que haga en cada momento. Yo no hablaré, pero quiero que me ayude. Con ello ayudará a sus propósitos, por supuesto. A los de don Gonzaga y a los de muchos italianos, también de la Iglesia. —Ludo se tranquilizó un poco. El padre continuó—: Con la excusa de su trabajo a caballo entre Alemania e Italia, usted entra y sale del país con facilidad, y es bien sabido que nadie controla mejor los puertos que la organización para la que usted trabaja. Necesito que vaya a buscar, pague y traiga un cargamento de armas cortas que queremos hacer llegar a Justicia y Libertad. Sabemos que tiene contacto con ellos. El régimen ha apretado a esos jóvenes y parece que están decididos a actuar en favor de los que creemos que Italia merece otro Gobierno.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque compartimos el mismo objetivo... y porque ambos sabemos que el profesor Boggi no se suicidó. Como le decía, compartimos objetivos, pero nuestros métodos son distintos. El Vaticano tiene la información actualizada de usted, incluida la propuesta que le estoy ofreciendo..., y está dispuesto a que iniciemos una provechosa colaboración. Nadie más que nosotros dos puede conseguir tantos datos, y se acerca el momento en el que podremos utilizarlos para cambiar Italia, quién sabe si quizás el mundo. Ustedes tienen los contactos y los medios para hacer su trabajo, igual que nosotros. Unamos nuestro poder para hacer que Justicia y Libertad pueda actuar también. De momento solo tienen ideales, arrojo y juventud, pero pueden ser de mucha ayuda si, además, tienen pistolas.

—¿Me está pidiendo un favor?

—Puede tomarlo así si quiere, aunque me parece más una oportunidad. Digamos que estamos armando a la infantería para cuando ataque la caballería, es decir..., nosotros.

—¿Nosotros?

—Sí, querida. Este régimen caerá antes o después, y será porque todos hemos apartado nuestras diferencias y hemos hecho nuestro trabajo. Usted hará lo que sabe y yo haré lo mismo. Hable con don Gonzaga. Nos veremos a las ocho, pasado mañana. No me cabe duda de que a su jefe le interesará lo que le va a contar. Yo le daré los medios para que pague las armas, también los detalles de entrega. El viaje lo dejo de su parte. Y puesto que va y viene, quizás sea buen momento para una visita a Bélgica.

—Bélgica, eh.

—Sí.

—Sabía que la princesa heredera estaba con nosotros.

Orso sonrió.

—No está con nosotros. Está contra él.

30

CONSENSO

Dos semanas después de la fecha de partida prevista, los Bandinelli seguían en el mismo lugar, disfrutando de la Villa Geggiano, en Siena, con las maletas hechas. Ranuccio había barajado desobedecer a Ludo, pero desobedecer a la mafia era algo que siempre resultaba muy caro. Tenía más familia en Italia, amigos, cosas y casas que amaba y a las que no quería perjudicar. A la vez, se decía que, por una vez, las intenciones de la Cosa Nostra eran justas y que quizás su colaboración fuera mínima, autoconvenciéndose. Así, tuvo que ofrecer una explicación a su mujer e hijas. Para su suerte, era la noticia que querían escuchar.

—Estaremos mejor en Italia. Europa está demasiado revuelta. Toda nuestra vida está aquí, tenías razón.

Eran las mismas palabras que su mujer le había dicho una y otra vez, y, aunque no entendió por qué Ranuccio había cambiado de opinión cuando parecía inflexible, se encogió de hombros, alegre, y aceptó la circunstancia. Maria era temperamental, y Ranuccio, que lo sabía, le ocultaba los asuntos políticos que podían hacer que ella se indignara y se mostrara como era, sin pensar en las consecuencias de no ser cautos. De haberle dicho que había tramado una huida porque sospechaba que lo iban a llamar de Roma, que lo iban a implicar de algún modo en el viaje de Hitler a Italia, ella le habría dicho que no hacía falta emigrar, que bastaba con negarse. Como si

negarse a los deseos del Partido Fascista, al que se había visto obligado a afiliarse, fuera fácil.

A menudo pensaba que quizás estuviera exagerando. Tenía que haber más expertos en arte que supieran alemán, y, aunque no los hubiera de su nivel, siempre se podía contratar a intérpretes. Italia era grande, y él, una figura de importancia menor. «No, no me llamarán», se convenció durante unos días.

Por desgracia para él, había demasiada gente interesada en que sí lo hicieran.

Tres días antes, desde el castillo de Friedrichshof, Felipe de Hesse había acabado de leer el libro del profesor Ranuccio Bandinelli. Le había llegado en un paquete desde Roma, con una nota de recomendación de Ludovica Conti, quien, además, le pedía permiso para realizar un pequeño viaje a Bélgica antes de volver a Kronberg junto a los niños, a los que no veía desde que se habían ido de Roma hacía varias semanas.

Al príncipe le había gustado mucho la manera de expresarse del profesor Bandinelli y le había recordado su existencia, de la que se había olvidado. No volvería a hacerlo. Se levantó de su butaca sonriente y se acercó a la ventana mientras veía la nieve caer sin descanso sobre las colinas a sus pies. Le preocupó que no les hubiera dado tiempo de cubrir las estatuas del jardín, como hacían con las más preciadas cuando helaba, o que algunas de las ramas de los árboles se partieran por el peso de la precipitación. El príncipe era sensible, aficionado a las artes, especialmente a la decoración y la arquitectura, y cuidaba de su morada con mimo. Rodeado de los bosques del Taunus, colocado en la cima de una suave colina sobre Kronberg, desde donde, en los días claros, se podía intuir Fráncfort,

su castillo era moderno y de estilo historicista, con elementos decorativos góticos y renacentistas, y empinados techos de pizarra. Había sido construido hacía tan solo cuarenta años y su piedra clara aún no había visto pasar el tiempo y brillaba cuando lo hacía el sol. Era más una gran mansión que un castillo, con caprichosas torres angulares que no tenían nada de defensivo. No se habían producido grandes gestas entre aquellas paredes. Felipe sabía que la historia de Friedrichshof no podía competir con la de los grandes castillos de sus primos coronados ni con los de otros nobles europeos. Pese a ello, gozaba con la ventaja de su confort y los avances de su tiempo. Se acercó un instante al radiador caliente y lo acarició satisfecho. Fallstein, Braunfels o Homburg eran imponentes, pero dentro se estarían todos muriendo de frío, pensó divertido.

Revisó la cubierta del libro que tenía en las manos y pasó el dedo por encima del nombre del autor. Era sencillamente perfecto, tal y como le había dicho Ludo. Sonrió para sí mientras su vista se centraba en el horizonte blanco que veía desde su despacho. Era realmente formidable, una joven del servicio que leía tratados de arqueología. Si sus primos europeos se enteraran, no tardarían en tratar de quitársela. Esa era la educación ilustrada que necesitaban los tronos del viejo continente. Y esa era la conversación que le interesaría al Führer.

Ya lo esperaban para su partida de *bridge* diaria, pero no demoró ni un segundo más la carta con destino a la cancillería. El profesor Ranuccio Bandinelli debía ser entrevistado.

Dos semanas después, a mil doscientos kilómetros de distancia, en un aula de la Academia de las Bellas Artes de Roma, varios profesores debatían a gritos bajo una espesa capa de humo de

cigarro. Los había convocado el profesor Raimondo Catalano, que llevaba la voz cantante como instigador de aquel encuentro y había sido uno de los elegidos por el ministerio para seleccionar a los candidatos. Lo cierto era que en aquel foro parecía que todos buscaban la manera de que su nombre no acabara en la lista que él debía escribir, y Raimondo lo comprendía.

—¡Un error! Un mínimo error y caeríamos en desgracia.

—Es peor aún. Podemos caer en desgracia por un error que ni siquiera es nuestro. Puede ser un fallo del intérprete. No es fácil traducir una explicación profesional, la terminología del arte es compleja, y el Führer... es un apasionado del arte igual que lo es de tantas cosas. Y la pasión... Ah, compañeros.

—Lleva a amar en exceso y a odiar en exceso —lo interrumpió otro—, casi irracionalmente... No querría ser yo al que odie.

—No querríamos ser ninguno.

—Señores —apuntó otro—, estamos hablando de la persona más poderosa de Europa. El admirable Führer de Alemania.

A menudo en las conversaciones, en cualquier lugar, se deslizaban frases como aquella, destinadas a que las paredes que escuchaban y las bocas que hablaban demasiado no pudieran nunca decir que uno había estado en una reunión subversiva. Lo cierto era que había tanta preocupación como ironía en las palabras de todos. Algunos se sabían incluidos en la primera lista de candidatos, otros aún lo temían y habían anulado sus conferencias para mantenerse fuera del radar de los funcionarios que estaban organizando el viaje. Los que, en cambio, se sentían orgullosos de formar parte de los seleccionados no estaban en esa sala. Eran, en general, los más adeptos al régimen, y a menudo tan fanáticos del arte como del mismo Mussolini. Alguien quiso recordarlos.

—Queridos colegas, para muchos de los nuestros, implicados ya en la fase preliminar de la programación de las visitas culturales, participar resulta un gran honor. Si los llaman, no deben perder eso de vista. Si la visita sale bien, tocarán la gloria —terció Raimondo, suplicante.

—Eso creíamos que pensaba el profesor Boggi y..., bueno, finalmente no pudo con la presión.

Un silencio cubrió la sala unos instantes.

—En cualquier caso —volvió a hablar el profesor Catalano—, nos debemos poner de acuerdo en los nombres que proponer. Si todos señalamos a la misma persona, será la elegida. Creo que hay cierto consenso respecto a algunos nombres, ¿no es así?

—Sin duda.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Por supuesto.

Raimondo se echó hacia atrás y sonrió satisfecho.

—Bien. Entonces ya saben qué tenemos que hacer.

31

LA VERGÜENZA

Habían pasado dos semanas desde que Flavia se había instalado en el hotel Helvetia cuando Anetta decidió tomar cartas en el asunto. Estaba segura del motivo por el que la joven no se había mudado aún al edificio de Via San Gallo. Lo podría haber hecho a los pocos días de cerrar la casa de Poggio Imperiale, pues el padre Orso le había cedido uno de los pisos inmediatamente después de que le explicara por carta que su marido había vendido la villa. No lo había hecho. Su actitud también había cambiado y se mostraba irascible y caprichosa, algo que nunca había formado parte de su carácter.

Flavia se sentía confusa, descentrada, y se preguntaba si la pérdida de la casa familiar no era la primera de otras muchas. El cuadro, su marido... Había hecho un paréntesis en su vida, que no era ideal, pero sí estable, y, sin embargo, durante aquellos meses no la había echado nada de menos. Preocupada, se daba cuenta de que, desde hacía demasiado tiempo, buscaba respuestas a sus preguntas sin encontrarlas.

Anetta fue al hotel decidida a sacudirle de encima ese problema. Hacía días que no había nada más que trasladar ni del hotel ni de la casa de Poggio Imperiale al piso del padre Orso, pero Flavia demoraba la partida.

Llamó a la puerta de la *suite,* una de las mayores del establecimiento, y esperó a que le abriera. Cuando lo hizo, parecía

lista para salir, y un pequeño gesto en su cara le mostró que no la esperaba y que tampoco la quería allí. A Anetta le dio igual, porque en su pequeño cuerpo, bajo su oscura melena recogida en un moño, tenía muy claro que los amigos no están solo para sonreír y halagar cuando tomamos el camino correcto, sino, sobre todo, para señalar y aconsejar cuando transitamos hacia el malo. Maldita soberbia.

—Iba a salir —le dijo Flavia, distraída.

—Ya no —replicó Anetta—, saldrá luego y para siempre.

Flavia era demasiado lista para que aquella conversación la sorprendiera.

—Estoy pensando en quedarme aquí un poco más, indefinidamente —dijo, dándole la espalda y acercándose a la ventana—. Es todo muy conveniente y muy...

—Caro.

—Eso a ti no te importa.

—Tiene razón, no me importa, pero sí su actitud. Ha hecho amueblar y arreglar un piso, y ha trasladado sus cosas allí. Ha pedido favores, y ahora, simplemente porque no quiere reconocer que, en el fondo, la han echado de su casa, pretende que nada ha pasado. Llevo semanas cargando cajas.

Flavia se avergonzó. Había hecho trabajar a Anetta y aunque, como era natural, le había pagado por ello. Obligar a hacer un trabajo inútil era humillante para cualquiera.

—Te pido perdón.

—No necesito que se disculpe. Tampoco que ocupe el piso. Es usted la que necesita salir de esta habitación. Señora, no deje que su soberbia la lastre. A veces, a todos nos salen las cosas de manera distinta a como las planeamos. No me gusta que esté tan cerca del español, ya lo sabe, pero me gusta menos aún que camine por la vida avergonzada cuando no tiene por qué. A veces se pierde y, al

reconocerlo, la reconocerán a usted y la valorarán más. Todos. Ese español también.

Flavia cerró los ojos y se apretó la frente con los dedos.

—Tienes razón. Tienes razón, Anetta.

Seguía dándole la espalda, mirando por la ventana. La mujer se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Señora, iremos a Via San Gallo juntas, pero será usted la que suba el desayuno al español. Cuénteselo todo. Así no tendrá que disimular más.

—¿Crees que Carlo me ha dejado?

—No. Creo que ha hecho algo más difícil: le ha dejado la puerta abierta para que decida si es usted la que lo deja a él.

—No le he sido infiel... y no sabe nada de nuestro plan ni del español.

—Probablemente. Pero la conoce desde que son niños y sabe leer en su mirada. Sabe que la situación dista de ser normal. El señor Leone es... Ya sabe que tuve mis reticencias, pero en el fondo supongo que es un buen hombre que solo quiere una vida tranquila y familiar, y no comprende que se ha casado con otro tipo de persona. Quizás pensó que podría domarla, pero se enamoró de una mujer indomable, y debería entender que lo que le atrajo de usted es lo que no debería querer cambiar.

—Somos muy distintos.

—Siempre lo fueron. Dicen que los polos opuestos se atraen, pero también es cierto que el agua no se mezcla con el aceite. Es mucho más fácil que decidan por nosotros que al revés, porque de esa forma siempre podremos quitarnos la culpa de encima, pero en este caso no va a tener esa suerte. No pasa nada. Respire. Céntrese. Aclare sus ideas. Su marido esperará su decisión y la aceptará. No puede hacer otra cosa.

—No sé cuáles son mis opciones. No sé ni siquiera de qué estamos hablando. ¿De dejar a mi marido?

—Olvide a su marido de momento. Céntrese en su plan. En el cuadro. Luego podrá decidir. El tiempo y las circunstancias lo hacen a menudo por nosotros. Vayamos a San Gallo.

Anduvieron hasta la entrada del edificio donde vivía Juan y se disponía a instalarse ella, y Anetta la detuvo ante la puerta.

—Tenga —le dijo, cediéndole el cestillo en el que llevaba pan y varios *budino di riso* que habían comprado para el español—, lléveselo usted y quítese de encima las excusas. Explíquele que va a vivir debajo de él y por qué. Y no se avergüence por lo que aún no ha pasado y que, llegado el caso, si quisiera, podría evitar. Nadie la ha abandonado. —«Aún», quiso concluir Anetta, pero pensó que era innecesario.

—Voy —dijo Flavia, armándose de valor.

—Abriré las ventanas de su piso. Le gustará cómo ha quedado. Luego compraremos flores. Estará bien aquí.

Flavia subió al ático. Juan era ordenado, metódico, sabía que lo encontraría trabajando. Así fue. El falsificador se giró hacia ella, y como siempre, no pudo evitar que se le escapara una gran sonrisa que inmediatamente matizó. Seguía tratando de que lo que aún sentía por ella no fuera plenamente transparente. Ella también se contenía. Ambos temían no poder hacerlo muchos meses más. Se veían casi a diario.

—Te he traído el desayuno —dijo ella, desatándose el pañuelo que llevaba en la cabeza y dejando el cestillo sobre la mesa.

—¿Y Anetta?

—Está abajo. Ordenando el piso.

—El que vas a ocupar, ¿no?

—Eso es. ¿Cómo lo has sabido?

—Ya sabes que Anetta habla sola mientras limpia. Que no puede pensar en silencio. Ha estado murmurando más de la cuenta últimamente y la vi metiendo cajas. Pensaba que tenías una casa en...

—Mi marido la ha vendido. —Juan la miró en silencio, esperando que fuera Flavia la que explicara lo que quisiera—. No sé exactamente qué significa. Dice que no quiere que le quiten lo que tiene en Italia, pero no necesita ese dinero y sabía que me dejaba en la calle. Al principio no pensé nada, casi lo comprendí. Pero ahora... me siento ofendida... y avergonzada.

—¿Has hecho algo de lo que avergonzarte? —dijo Juan.

—No.

—Quizás sea él quien deba avergonzarse entonces. —Se acercó a ella—. No te avergüences nunca por cómo te traten los demás. Tratar a los demás inmerecidamente es lo que debería ser vergonzoso, lo que debería avergonzar al que lo hace. El que trata mal al camarero, a la tendera, al mendigo o al potentado sin motivo alguno es el que debería avergonzarse, no el que recibe tal trato.

—Tienes razón, pero supongo que hay sentimientos que no eliges.

—Es verdad, pero puedes reflexionar sobre ellos y borrarlos luego. Haz eso en un rato, pero, de momento, mira la obra. Creo que ayer conseguí finalmente el color de la túnica. Ahora que seremos vecinos, podrás ver su evolución más de cerca.

Flavia sonrió tímidamente, se enjugó la única lágrima que había estado a punto de mostrar y se acercó al lienzo. Delante de ella, el pecho de Colomba Corsini ya tenía, efectivamente, el color debido. El resto seguía siendo un vacío con trazos difusos, pero estuvo segura de que el resultado final la satisfaría a ella y sería imposible distinguirlo del original.

Mientras escrutaba la obra, acercando la mirada, Juan la miraba a ella, herida y frágil, exactamente igual que se había sentido él hacía no tanto.

Habían pasado más de dos años, pero aún recordaba vívidamente la desagradable sensación que lo recorrió al ver el barco que había traído al amor de su vida desaparecer la mañana después de que Flavia descubriera a qué se dedicaba y él hubiera respondido tan violentamente a aquella intromisión. Culpabilidad, remordimiento, pena, impotencia... lo acompañaron muchas horas, convirtiendo lo que había sido una tranquila y feliz existencia en una pesadilla de la que no se le ocurría cómo salir.

Así durante días.

Sin pintar. Sin hablar con nadie. Entregando las falsificaciones que le habían encargado sin entusiasmo, recibiendo el pago generoso y sintiendo que cada uno de los billetes estaba sucio y lo había alejado de lo mejor de su vida. Pensando en Flavia a cada minuto.

Meses después, a finales de mayo de 1936, estaba recogiendo la casa de pescadores de cala de Sa Tuna y preparándose para ir a Italia en busca de Flavia. Si su relación tenía que terminar, necesitaba, por lo menos, que no lo hiciera de aquella manera. Prefería un punto final, definitivo y claro, en lugar de aquel punto y seguido, quizás falsamente esperanzador. Necesitaba cerrar el capítulo o seguir escribiéndolo. Necesitaba actuar.

Juan consideró entonces que aquel era el primer arrebato de su vida, lo primero que había hecho de forma completamente espontánea. Además, sospechaba que estaba abocado al fracaso. A pesar de todo, mientras el pequeño Bugatti biplaza sorteaba las curvas y túneles de la Riviera Francesa, pasaba San Remo y Génova, y penetraba en la bota italiana, la sonrisa y la esperanza no desaparecieron de su cara.

Lo recordaba bien porque la herida no había cerrado.

Flavia le había dado muy pocas señas de dónde vivía. Habían hablado muy poco de sus vidas, como si ambas hubieran empezado al conocerse. Muy bonito, pero a todas luces un error. Todo lo que sabía era que vivía en un pueblo llamado San Raffaello, así que marcó el lugar en el mapa y se dispuso a localizar el domicilio de los Viel costara lo que costase. No debería de ser demasiado difícil. Las casas de la gente de su estatus siempre eran más relevantes que las que tenían alrededor. Para algo tenía que servir el dinero.

Tardó tres días en llegar, sin ningún plan. Por entonces, la primavera ya se plasmaba en cada esquina y la belleza del paisaje boscoso de los Abruzos se mostraba con la alegría del renacer. La carretera cruzaba bosques de hayas pintados de verde joven que se besaban con los de pinos, densos y aromáticos, cubriendo un paisaje montañoso, virgen y olvidado, en el que a menudo se abrían pastos repletos de flores de todos los colores. Los pueblos eran de poca importancia, con casas de piedra que hacía mucho tiempo que se habían integrado en el paisaje, en paz, en perfecta armonía cuando el mundo, poco a poco, se acercaba al abismo.

San Raffaello apareció de repente al fondo, tras una curva en un desfiladero que poco después se abría a un valle luminoso. Era algo mayor que los pueblos que había dejado atrás, pero no podía tener más de diez o quince mil habitantes. Sí era, en cambio, más noble, y sus casas parecían de mejor factura, sus calles estaban bellamente decoradas y el ambiente rural se sofisticaba un poco. Presidiendo la postal perfecta, un imponente castillo renacentista dominaba la población, que parecía derramarse desde el interior de la fortaleza. Detuvo el coche frente a la iglesia y su Bugatti enseguida llamó la atención. Aparcó en un lado y dejó que los curiosos lo observaran

mientras pasaba frente a la estatua de un caballero y se encaminaba a la posada enfrentada al templo.

Pidió una habitación para una semana sin saber que solo dormiría allí una noche.

Juan se acostaba tarde y se levantaba tarde también, pero aquella noche falló en ambas costumbres y a las ocho de la mañana ya estaba despierto, con la mirada fija en el techo de la habitación, preguntándose una vez más qué demonios hacía en Italia. Superado aquel interrogante recurrente, se dijo que el objetivo del día sería localizar la casa de Flavia y averiguar si se encontraba allí. Luego decidiría cómo aproximarse a ella, lo cual no sería difícil, y explicarse con toda la verdad, que sí lo sería. «Paso a paso», se dijo. Prefería volver de Italia con un «no» que con el «quizás» que lo atormentaba. Por lo menos, de aquella manera su vida podría seguir sin el peso que por entonces lo acompañaba a cada paso.

Abrió la ventana para contemplar la plaza a sus pies y observó que la estaban engalanando cuidadosamente con flores y guirnaldas, y que colocaban mesitas una al lado de otra para formar una grande y alargada. El ambiente era alegre también en la planta baja de la posada, donde le sirvieron un buen desayuno mientras la encargada canturreaba de un lado a otro.

Estaba acabando su plato cuando, como pudo, preguntó por la casa de la familia Viel. No era un apellido fácil de pronunciar, pero, cuando lo escribió en un papel, la mujer rio y lo acompañó al exterior entre risas. Luego, alzando la mirada, señaló al castillo que Juan había admirado al llegar. «Claro», se dijo. Los Viel eran los dueños del castillo, los caciques locales. Volvió a su habitación y rumió cómo seguir. Si se iba a plantar frente a la puerta de Flavia, debía pensar qué decirle. Sacó papel y lápiz y apuntó los ejes de su discurso, que probablemente no resultara muy natural, pero

intentaría que fuera clarificador. Estaba dispuesto a renunciar a su ocupación si era el problema. Tenía buenos ahorros y nunca había tenido miedo a empezar de cero, o arremangarse y trabajar en lo que hiciera falta. El resumen era que, en definitiva, estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera para estar con Flavia porque, aunque sin ella su vida fuera buena, con ella era plena.

Eran casi las dos de la tarde cuando se acabó de vestir y, como un niño, más ilusionado que temeroso, salió de la posada para encaminarse al castillo de los Viel. Resultó imposible. El pueblo entero estaba en la plaza, arremolinado en las aceras, a los lados del templo y asomado a las ventanas. La posadera, que estaba subida a una silla junto a la puerta de su negocio, le informó.

—*Una nozze!*

«Una boda», tradujo Juan mentalmente.

—*Beh, non esattamente, più simile a una festa de nozze.*

«La celebración de una boda», entendió Juan.

Colocadas las mesas sobre un entarimado, a un lado, una charanga empezó a tocar una especie de bienvenida. Luego, inconfundible con la banda con la bandera italiana cruzándole el pecho, el alcalde dio la bienvenida a todos. En ese punto, Juan no escuchaba, tan solo observaba la celebración, en parte contento de haber llegado a San Raffaello precisamente el día de aquel acontecimiento. La mayoría de los asistentes ya se habían sentado a la mesa y prestaban atención al discurso que Juan entendía a pedazos, pero sin demasiada dificultad.

—*... il benvenuto ai sposi, il signor e la signora Leone!*

«Los nuevos esposos», se dijo observando a una pareja subir los escalones de la tarima. Él, alto y corpulento, maduro, ataviado con traje *beige* y sombrero. Ella, con un vestido azul oscuro con lunares pequeños blancos y pamela de paja con un gran lazo blanco.

Elegante y con buena figura. Saludando a todos los presentes con su mano enguantada, sonriendo.

Con *su* sonrisa.

Juan miró fijamente a la mujer. Luego se acercó poco a poco hacia donde estaba. A veinte metros de la tarima se detuvo. A su alrededor los vítores no sonaban y el tiempo se detenía. Sobrevolando las cabezas de la concurrencia, cuando la mirada de Flavia se detuvo en él, su expresión cambió un instante. La nueva esposa se le quedó mirando como a una aparición, con semblante serio, quizás incluso asustada. Avergonzada. Descubierta. El mundo también se detuvo para ella. Todos pensaron que la lágrima que se secó era de emoción. El señor Leone, que desde entonces le daría su apellido, el primero.

Juan se quitó el sombrero, la miró sin ira, la saludó con sonrisa vencida y contuvo los sentimientos nuevos que lo arrasaban. Luego se conjuró para olvidar a Flavia para siempre.

En sus ojos ella leyó cada uno de esos sentimientos.

Dejó lo que debía en la recepción de la posada y se subió al coche para volver a casa. Mientras conducía, pensó en lo inútil de los días que había compartido con la italiana, en el nulo sentido de cada uno de aquellos minutos que, de entrada, no había buscado, pues había sido Flavia la que se había acercado a él. ¿Por qué le había robado el corazón si no pretendía hacer nada con él?

Pero el día deparaba aún más sorpresas. Cuando llegó al hotel de Génova en el que pensaba hacer noche antes de seguir, sobre la mesa, un periódico anunciaba el inicio de la guerra en España. Y se quedó en Italia.

32

LA TIARA

El padre Orso entregó a Ludo el estuche de cuero azul con forma de medialuna la noche antes de su partida. Al dárselo, el sacerdote la animó a que lo abriera. En el exterior, en dorado, se leía: «C. E. Bolin, Mockba».

—Será la penúltima persona en verla completa antes de que la desmonten. Es obra del joyero Carl Edward Bolin, uno de los más importantes de la corte rusa, para la gran duquesa Pávlova, más conocida como la gran duquesa Vladímir, que la vendió para sufragar su exilio a la familia Saboya. Es espectacular. El comprador la debe ver entera, pero luego ha de desmontarla delante de usted y quedarse solo las piedras. De conservarse completa, se podría averiguar su procedencia.

Era espectacular, sin duda. Sobre el interior de seda del cofre brillaba una pieza con forma de *kokoshnik* ruso, con seis grandes aguamarinas rodeadas de perlas y brillantes.

—Es una pena que la desmonten —dijo Ludo abiertamente—, pero la princesa heredera hace bien en venderla. Si no hacemos algo, pronto nadie tendrá ocasión de lucir estas piezas. Ella menos aún.

—Eso mismo le dije yo. Esta joya habrá servido por dos veces para luchar contra los totalitarismos. Primero aseguró algunos años de vida en el exilio, y ahora ayudará a armar a los opositores al fascismo.

Don Gonzaga Testa había tardado más de lo previsto en dar su autorización y encargar a Ludo una negociación con Orso, en la que no había conseguido nada, porque el sacerdote era más hábil en aquellos menesteres que él. No, no habría pago por aquel trabajo, y no, tampoco autorizaría que el cargamento de armas se entregara en Sicilia en lugar de en cualquier puerto al norte de Roma. El sacerdote sabía que, si se descargaba en algún lugar lejos de su control, llegaría la mitad de lo que habían pagado. Del mismo modo, estaba seguro de que, una vez acordado, la mafia se guardaría mucho de engañarlo, pues, de hacerlo, él delataría a Ludo y acabaría de un plumazo con una relación que podía dar pingües beneficios a la mafia, al país y a la Iglesia.

Pero había algo más.

—Hay una información que debe conocer para extremar las precauciones. Nos la hizo llegar un minutante de la diócesis de Hesse y cuadra con algunos datos y sucesos que habíamos notado en la diócesis de Roma. Hay un infiltrado de Mussolini en el entorno más cercano a los príncipes Felipe y Mafalda. Por lógica, parece que el objeto de su espionaje sea la princesa, pues nadie duda de la fidelidad al fascismo del príncipe Felipe, pero la princesa Mafalda no ha disimulado su animadversión al régimen. La princesa es impulsiva y valiente, muy mediterránea, pero nada sutil. La están observando de cerca para ver si va más allá y pasa de las palabras a los hechos, momento en el que pueden sobrevenir problemas muy importantes no solo para ella, sino para toda la familia real. Temo que los Saboya no se den cuenta de cómo mengua su influencia. Si sigue acumulando poder, Mussolini podría acabar con ellos antes de lo que ninguno imagina.

—Iré con cuidado.

—A quien quiera que sea ese infiltrado, le va a extrañar mucho que vaya usted a Kronberg. Revisará su equipaje, su vehículo. No lo dude. Actúe antes que él..., y si va a ser descubierta...

—Me ocuparé de quien sea...

—Eso es.

Un sacerdote que le pedía que matara. Orso era realmente inesperado.

Así que aquella mañana de febrero, cuando Roma despertaba y las cúpulas de la ciudad lentamente empezaban a verse entre la bruma, Ludo viajó hasta la pequeña localidad pesquera de Santa Marinella y embarcó en el *Honorabile,* un barco de carga de cuarenta metros cuyo nombre le hizo sonreír. La tripulación, acostumbrada a hacer pocas preguntas, no hizo ninguna una vez que ella enseñó su pasaporte con el escudo del reino. El acento siciliano del capitán la reconfortó. Don Gonzaga Testa sabía lo que hacía.

La ruta la llevaría hasta la isla francesa de Saint-Honorat, frente a Cannes, donde el padre Orso había previsto que contactara con un minutante del monasterio que ocupaba la isla. La idea era que el *Honorabile* la llevara allí y que un barco de bandera francesa la dejara en el continente de manera discreta, precauciones que Ludo estimaba innecesarias hasta que el sacerdote le recordó que el servicio de inteligencia del Vaticano la había seguido y averiguado quién era sin que se percatara..., y que bien podría pasarle lo mismo con la OVRA, la Policía secreta fascista, si no era más cauta.

—No queremos que nadie sepa dónde está usted durante unos días. Eso es todo —le dijo Orso—, así nadie podrá relacionar a la joven empleada de la princesa Mafalda en un acto de contrabando.

Le gustaba el padre Orso. Era efectivo y terrenal. Evangelizaba con su inteligencia, que era su mayor fuerza. Ludo, que era católica, pero hacía muchos años que no rezaba, se sentía orgullosa de

aquella institución poderosa en silencio. Todo lo que organizaba ese sacerdote era perfecto, puntual y conveniente.

En la isla de Saint-Honorat solo tuvo contacto con un monje, que en silencio la llevó a una celda confortable, le dio de cenar y la despertó a la mañana siguiente para que embarcara en el barco en el que haría el último trayecto hasta el continente. Desde Francia llegar a Bélgica no fue difícil, y su aspecto, pulcro, incluso seductor cuando quería, facilitó las cosas cuando se complicaron levemente. Cinco días después de su salida de Italia, el tren la dejó en Chaudfontaine, a las afueras de Lieja, cuando tocaban las once.

La localidad, famosa por los baños termales, era diferente de lo que los carteles que la anunciaban prometían. El sol, escondido entre nubes, se resistía a aparecer, una llovizna persistente lo mantenía todo mojado y el ambiente era completamente invernal. Siempre que Ludo visitaba los países del norte de Europa —para ella, Bélgica lo era—, se sorprendía de que la gente pudiera ser optimista y alegre en aquellos climas. Para los mediterráneos, acostumbrados al sol y a los cielos altos, era más fácil, pero allí, donde las nubes rozaban las coronillas y la vista se acortaba, tenía mucho mérito. Que detestara tanto el mal tiempo siendo medio alemana era una más de las contradicciones de su vida.

Había quedado a las doce en el Hôtel des Bains con un desconocido, un enlace del empresario armamentístico Henri Pieper, que sería quien la llevara al lugar donde le entregarían las armas. En el doble fondo de su maleta guardaba la tiara con la que pagaría.

Encontró el hotel enseguida, pegado al río y con aspecto elegante. En la entrada preguntó por «la fuente de la vida» y, tras pagar, le indicaron el camino. Eran las doce exactas cuando llegó a un surtidor con forma de palmera de cuyas hojas caían, deslizándose, diferentes chorros de agua supuestamente medicinal con la que los

visitantes llenaban vasos y bebían. El hotel había conocido mejores tiempos y «decadente» era el adjetivo que mejor definía al entorno y al público, tan solo dos personas cuando ella llegó. Dos hombres. Uno con bombín la miró fijamente. El otro, de aspecto humilde y tez oscura, cogió un vaso, lo rellenó de agua, lo bebió y cogió un segundo vaso que insertó en el anterior: la señal convenida. Ludo cogió un vaso, miró dentro y, sin rellenarlo, volvió a dejarlo donde estaba. Cinco minutos después se encontraron en el puente, mirando hacia el río.

—La recogeré en la Rue des Pêcheurs a las dos en punto. Si no me ve al volante del vehículo, no suba. Si le dicen que lo haga, huya.

Ludo asintió.

A las dos se subió en el coche del hombre y se alejaron del pueblo durante media hora hasta llegar a un complejo industrial. Entraron en una nave pequeña, en la que una pequeña furgoneta ya estaba cargada.

—Tiene el depósito lleno. Las armas están en el doble fondo de los asientos, nadie la parará.

—Las contaré y revisaré.

—Estaba seguro de que lo haría, pero no debe temer. Mi jefe es amigo de su jefe y no se traiciona a los amigos. No se les engaña.

«Mi jefe», pensó Ludo satisfecha, «es una jefa». El hombre no sabía nada de la implicación de la princesa María José. Estaba segura de que un empresario de la reputación de Henri Pieper no iba a engañar a una princesa belga e italiana, pero contó los revólveres antes de volver a colocarlos debajo del asiento trasero del coche, donde se había creado un doble fondo en el que cabían muy justas.

—Si el material es el que esperaba, necesitaré que lo pague. Acompáñeme.

Ludo siguió al hombre hacia el fondo de la nave, donde en una esquina se distinguía la oficina de madera. Dentro se sentaron uno frente al otro y ella abrió el maletín, extrajo el cofre y procedió a abrirlo. Al verlo, el hombre abrió los ojos y de pronto ya no pareció tan hosco.

—Es magnífica —dijo.

—Lamentablemente, sabe lo que debe hacer.

—Sí, ahora mismo.

Al observar sus manos, Ludo comprobó que no eran las de un campesino. El hombre abrió un minúsculo estuche y extrajo una serie de pequeños alicates y martillos con los que separó una a una las seis aguamarinas, las perlas y los brillantes hasta que la montura de platino quedó desnuda.

—Es usted joyero —aventuró ella.

—Pero parezco otra cosa. —Sonrió él—. Siempre me ha gustado aparentar menos de lo que soy. Qué tontería hacen los que intentan lo contrario y acaban por decepcionar siempre.

Se despidió del joyero y empezó el trayecto de algo más de trescientos kilómetros que había de llevarla a Kronberg. Antes de abandonar Bélgica, se detuvo en una huerta, en la que compró varios kilos de calabazas, su salvoconducto principal para entrar en Alemania sin que registrasen la furgoneta. En la frontera explicó en perfecto alemán que el cargamento iba destinado al monasterio de Knechtsteden. Quizás no hubiera hecho falta, pero la nota del encargo que le había proporcionado el padre Orso acabó por convencer al guardia fronterizo. En el monasterio, un sacerdote silencioso, que ella supuso era minutante, volvió a ofrecerle cama y sustento antes de que partiera.

A la mañana siguiente llegó a Kronberg poco antes del mediodía, pero, en lugar de ir directamente al castillo, dejó la furgoneta en un

almacén cercano a la vicaría y, según lo acordado, cogió el coche que se encontraba allí, con el que llegó a su destino final.

El paso por el castillo de los Hesse no era casual. El príncipe Felipe y la princesa Mafalda volverían a Roma esa semana. Cargarían con mucho equipaje para ellos, y otro tanto para Justicia y Libertad.

Ludo no pensaba pedirles permiso.

33

DENTRO

La SD, el servicio de inteligencia de las SS nazis, tenía ojos en cada esquina de Alemania, y el castillo de Friedrichshof de Kronberg no era una excepción. La OVRA también los tenía. Nadie dudaba de la simpatía del príncipe Felipe de Hesse a la causa, de la misma forma que todos daban por sentado que la princesa Mafalda no compartía las ideas de su marido. En cualquier caso, en un país en el que todo el mundo era sospechoso hasta que se demostrara lo contrario, no habría hecho falta que la princesa fuera tan obvia en su actitud para que el SD hubiera infiltrado espías entre el servicio del castillo. Los Hesse estaban emparentados con las familias reales de Inglaterra, España, Italia, Dinamarca, Grecia y Prusia. Incluso con lo que quedaba de la familia imperial rusa. La casa real alemana llevaba siglos haciendo de nudo de sus parientes europeos, muchos de los cuales no eran en absoluto favorables al nazismo. Tener parientes antinazis era siempre sospechoso, aunque estos fueran reyes y príncipes. Así que en Kronberg había dos espías. Uno de ellos, casi como en las novelas de crimen más típicas, era el segundo mayordomo. El otro era el ser más insignificante del castillo, una doncella menudísima, silenciosa, falsamente tímida y falsamente buena.

Jutta se deslizó en la habitación de Ludo cuando sabía que ella estaría supervisando la cena del príncipe Mauricio y sus hermanos

pequeños. Era buena haciendo lo que hacía. Sus dedos secos nunca dejaban la más mínima huella y podía revisarlo todo sin que nadie se diera cuenta de que había escrutado hasta el último detalle. No se fiaba de Ludo. No se fiaba de su repentina aparición en Kronberg ni de sus habituales desapariciones en el recinto de la Palazzina en Roma.

Abrió el baúl y el armario. Revisó la cama y la ropa. Luego pegó la cara al suelo y comprobó que la madera fuera uniforme. No lo era: bajo la alfombra, un tablón sobresalía un poco. Rauda, lo levantó: premio. En un hueco limpio, hondo y cuadrado, una bolsa de seda la esperaba. La extrajo y la abrió. Dentro había un cofre de cuero azul que abrió también. Su contenido la sorprendió: una montura de tiara de platino con los huecos de las piedras vacíos. No era su labor discernir qué hacía aquel objeto precioso en la habitación de Ludo, pero, sin dudarlo, se la metió en el bolsillo del delantal, cerró el cofre, lo guardó en la bolsa y lo volvió a dejar donde estaba.

Esa misma noche entregó la pieza a Günter, el segundo mayordomo. El hombre la observó detenidamente antes de emitir un veredicto.

—Esta no es una pieza menor. O mejor dicho, no lo era. Habría que ver qué piedras la decoraban, pero, en cualquier caso, esta tiara era muy importante, fueran las que fuesen. El trabajo es exquisito. Pocos orfebres son capaces de trabajar el platino así. Obviamente, no proviene de la familia de Ludo. Apuesto a que viene de Italia. Podría ser una tiara de la familia real, o de alguna de las más importantes de la aristocracia. La familia real española está en Roma y tiene apuros económicos, quizás fuera suya. Da igual, no será difícil que averigüe qué tiara es esta y de dónde proviene. Los joyeros las tienen todas bien documentadas. De lo que puedes estar

segura es de que Ludo ha pagado algo con las piedras que faltan. Por eso ha ido a Bélgica.

—¿Por qué no llevó solamente las piedras, sin la tiara?

—Porque parte del valor de las piedras es su historia, y la tiara habla de ella. Si decoró la cabeza de una emperatriz, tiene mayor valor que si solo vistió la de una rica burguesa. Has hecho muy bien, Jutta. Incluso si Ludo averigua que ya no tiene la montura, le será imposible reclamar que se la devuelvan, porque es sospechoso que la tuviera en primer lugar.

—Por eso la escondía.

—Claro.

—Yo la guardaré. Cuando los príncipes estén en Italia, tendré tiempo de acercarme a Múnich. Preguntaré. Por lo demás, hay que averiguar qué ha comprado Ludo. Tiene que ser algo caro.

—Quizás tenga deudas.

—No lo creo.

—¿Su padre?

—Murió.

—En su habitación no tiene nada, pero revisaré su vehículo.

—Eso es. Si ha comprado algo, probablemente lo lleve consigo. Cuando el equipaje esté preparado, revísalo. Seguro que encontraremos algo. Creo que hemos hallado un hilo importante del que tirar. Nuestros superiores estarán satisfechos.

—Ludo tendrá que dar muchas explicaciones.

—Es tan solo una especie de niñera. Un peón de algo mucho mayor. —Günter respiró hondo mientras una sonrisa maliciosa se instalaba en su faz—. Si mis presentimientos son ciertos, alguien mucho más importante será quien deba explicarse.

34

LA MARCA DEL FALSIFICADOR

Juan trabajaba simultáneamente el cuadro que le había encargado Flavia y en el que le había encargado su marido, escondiendo uno de los lienzos mientras pintaba el otro. A pesar de creer que estaba haciendo lo correcto, no podía desprenderse de la idea de que engañaba a la mujer de la que intentaba desenamorarse. Era irónico que él, falsificador de profesión, detestara tanto la mentira. Aun así, si con ese engaño salvaba a Flavia, estaba dispuesto a llevarlo hasta el final. Ella vivía en el piso inferior al suyo, así que se veían constantemente, pero, para subir al de Juan, debía salir a la calle y entrar por la escalera que llevaba directamente al ático sin pasar por ninguna otra planta, así que él siempre tenía tiempo de esconder lo necesario.

Era pronto y Anetta le había vuelto a traer el desayuno y la comida, y limpiaba minuciosamente mientras hablaba consigo misma. Al parecer, una trifulca en el mercado había desatado una pelea por una col que ella había ganado, así que se felicitaba orgullosa. Anetta no podía dejar de hablar, y Juan se había acostumbrado a escucharla de fondo igual que el que tiene la radio encendida pero no le presta atención.

Estaba a punto de realizar su marca en el lienzo cuando se detuvo. Un asunto le intrigaba.

—Anetta, ¿conoces al marido de la señora Leone? —preguntó sin mirarla.

Ella dejó de barrer y se puso tiesa, apoyada en la escoba.

—Claro que sí. Cómo no voy a conocerlo si son amigos desde niños —dijo con tono redicho.

—Debe de ser una buena persona —respondió él, echando el anzuelo. Nada le gustaba más a Anetta que contradecir.

—Debe de serlo. Lo fue. Ahora...

—Es normal que vendiera la casa si no quiere tener propiedades en Italia.

—Sí, muy normal. —Puso los brazos en jarra y endureció el gesto —. Seguro, normalísimo. No hay un italiano de padres italianos casado con una italiana de padres italianos que tenga una propiedad en Italia. Eso sería una locura, por supuesto... —Calló un instante antes de estallar y acercarse a él, señalándolo—. ¡Paparruchas! Siempre he pensado que Carlo es un bombón relleno de licor. Suave y dulce por fuera, pero vicioso y perdido por dentro. De pequeño, siempre lo encontraba espiando, pero jamás admitía una culpa. De mayor... En el pueblo decían cosas sobre sus vicios. Los hombres bromeaban sobre él.

—¿Vicios?

—Sí, pero no seré yo la que diga nada sobre ese tema. Da igual que jugara o frecuentara locales de moral relajada, no seré yo quien lo cuente, aunque dijeran que sobre todo lo del juego era un problema. No, no y no. No diré nada.

Juan tuvo que contener la risa. Anetta no podía guardarse nada.

—En cualquier caso, parece que puede permitírselo. Es un brillante hombre de negocios.

—Eso dice él.

—Conocerá a su familia.

—Sí, claro. Su padre era buen hombre, muy trabajador. Pero su madre... No seré yo la que diga que era un piojo puesto en limpio, aunque lo fuera.

—¿Un piojo?

—Muy poca cosa, pero envuelta de manera que pretendía engañar a todos sin conseguirlo. Cuando venía al castillo de Faggio, adoptaba un aire de suficiencia, como si todo le pareciese normal, y hablaba de casas de su familia que nadie nunca vio. Un piojo puesto en limpio. Esa señora no había visto nada igual jamás, y se le notaba. Me daba un poco de lástima, y la señora me confesó que a ella se la daba también. No hay mayor esclava que la que mantiene una apariencia falsa. Y los esclavos dan mucha lástima.

—Carlo es banquero.

—Y muy bueno dice él. Pero sus negocios son siempre con el padre de Flavia. Parece un banquero privado. Uno con un solo cliente.

—Sabe usted mucho.

—Es por la señora Viel, la madre de Flavia. Tiene incontinencia verbal. Habla sin parar. No diré que sea indiscreta, aunque muchos lo pensarían.

—Pero Carlo quiere a Flavia.

—Más le vale. Ella es mucho mejor que él en todo. No seré yo quien diga que el señor Leone se casó por su dinero, pero lo decía medio pueblo. A Flavia le da igual. Carlo sabe ser atento, cómodo. Ella dice que es un buen amigo, pero es fácil serlo cuando todo va bien. Hasta los barcos más pequeños navegan bien empopados y con el mar plano. La amistad se demuestra en la tormenta.

—No le gusta Carlo.

—Yo nunca diría eso, aunque no me gustara ni un pelo.

—Claro.

—Pues eso —lo miró unos segundos—, pero el matrimonio es una cosa sagrada, y la señora está muy bien casada. No necesitamos que venga nadie a liarle la vida. Así que estese quieto, pinte y pregunte menos.

Juan obedeció, aunque las palabras de Anetta le hubieran sorprendido y puesto en alerta.

Volvió sobre lo que lo ocupaba antes de aquella conversación. Su marca en el lienzo. Siempre realizaba una imperceptible, única, que incluía en todos sus cuadros. Solo él la conocía, pero, aunque minúscula, identificaba cada una de sus copias. En la esquina superior izquierda, en un punto en el que el marco nunca la taparía, aplicaba un poco más de pintura de la necesaria, un pequeño granito que luego aplastaba por el centro dividiéndolo en dos. Ningún experto lo había detectado nunca, pero, para él, que era el único que conocía su existencia, era fácil de encontrar. El motivo de hacerlo era claro: si en el futuro su ojo lo engañaba confundiendo la copia con el original, podría reconocer todas sus obras. Engañarían a cualquiera, pero jamás a él. Ni siquiera su marchante estaba al tanto, y él se había propuesto morir manteniendo el secreto. Partió el engrudo, miró su marca y se echó atrás.

Luego volvió sobre la conversación con Anetta.

Había decidido que necesitaba saber más sobre Carlo.

35

DEUDAS

Carlo lanzó un jarrón al suelo de un manotazo. Estaba tan iracundo como preocupado, lo cual era la peor de las combinaciones.

El mismo día de la venta de la casa de Florencia, había tenido que entregar la mitad del dinero que había recibido a los Constanza, que llevaban fiando sus deudas de juego desde hacía años y habían amenazado con violentas acciones de no recibir lo que se les debía. Esa misma tarde algo muy similar había ocurrido, esta vez en forma de carta. Bruno Greco, el representante de la mafia siciliana, le reclamaba otra deuda. Había hablado con él antes de saber que la mitad de lo que iba a ingresar volaría tan rápidamente. Ahora no podía pagarle y, aunque la carta era cordial, Carlo sabía muy bien que a la mafia no le hacían falta palabras gruesas para infundir miedo. Llevaban siglos haciéndolo y todos se la tomaban en serio. Que sus acreedores hubiesen pasado su deuda a la organización era lo peor que le podía haber ocurrido.

El mayordomo llamó a su puerta. Pensó que lo había alertado el ruido, pero era algo peor: sus suegros estaban allí y lo esperaban en la galería. Bufó sin disimular lo inoportuno de la visita. El mayordomo trató de no entender. Había muchas cosas con las que hacía lo mismo.

—Giacomo —dijo dando la mano a su suegro—. Cosima —pronunció besando la de su suegra—. Qué agradable sorpresa —

mintió.

—Gracias, querido —se adelantó ella—. ¿Cómo van las cosas?

—Oh, muy bien, muy bien. Respecto a mis negocios, no podrían ir mejor. De hecho, hay una inversión de la que me gustaría hablarte —dijo, dirigiéndose a su suegro, al que tenía siempre la esperanza de sacarle más dinero. Lo había logrado muchas veces, pero por aquel entonces le costaba horrores—. Puedo moverte algún dinero —propuso, haciéndose el interesante.

—¿Significa que no sabré nunca dónde está? —dijo Giacomo sin pretender ser gracioso.

—Significa una oportunidad, pero no es necesario que la aproveches.

—En ese caso, pasaré.

Su relación no era como al principio, ni su suegro tan simpático como lo había sido siempre. Carlo lo odió por desconfiar de él, por ser más listo de lo que pensaba y hacer lo que él hubiera hecho en su lugar. Había perdido una a una todas las inversiones que le había sugerido a su suegro.

—Veníamos por otra cosa —dijo Cosima—, no hablemos de dinero. Ese no es el problema, por suerte. —«Ese es *exactamente* el problema», se dijo Carlo—. ¿Qué te dijo Flavia?

—He arreglado lo de su vuelta.

—¿Hablaste con ella?

—Sí, y además hice algunas gestiones para que vuelva con el cuadro. Si es lo que quiere, lo tendrá. Sabía que era tozuda, pero este episodio escapa a la razón.

—Maldito cuadro —dijo Giacomo—. Lo peor de tener algo que uno ama tanto es que haya gente que lo ambicione también. El miedo a la pérdida sea constante. Llevamos años luchando por el retrato de Colomba Corsini. Me encanta el cuadro, pero esto es demasiado.

—No lo sabía.

—Mi padre tuvo que resistir la tentación de una suma considerable por parte de los Rothschild, que lo deseaban. Su familia se enfadó cuando no la aceptó, pero no necesitaba el dinero y el cuadro le gustaba, así que a él le pareció lógico quedárselo. Mi abuelo también recibió ofertas de varias grandes familias. No hay coleccionista de importancia que no se haya interesado por él. Es especial. La tentación de venderlo es constante y, cuando lo miro, lo amo tanto como lo temo.

—¿Tanto?

—Sí, es valioso. Cualquiera que lo venda se hará rico, y es extremadamente fácil de colocar. Es pequeño y de la mejor calidad. Fácil de transportar. Fácil de guardar en un banco, de esconder en cualquier sitio. Eso no se puede hacer con *Las meninas* o con el *David.*

—¿Volverá Flavia entonces? —retomó Cosima.

—Sí, claro que lo hará, pero no le puedo negar nada. Volverá con Colomba Corsini.

—Oh, eso es fabuloso. Aunque, llegados a este punto, la única cara que quiero ver es la de mi hija. Me da igual la maldita Colomba.

Hacía rato que Carlo había tomado una decisión. Era cierto, a los Viel la pintura de Botticelli les daba igual. Se dijo que para ellos tan solo era un símbolo más de su estatus, uno de tantos. En cambio, a él le hubiera solucionado la vida. No era tan valiente como para cambiar el cuadro por uno falso, pero era muy capaz de entregar la copia de Flavia a la mafia en pago por todo lo que debía. Ella se iría con la copia que él había encargado; la mafia obtendría la otra. Y el pez más grande se quedaría el auténtico.

No se sintió mal. Le daría a Flavia la vida que merecía.

Y se daría a sí mismo la que él ambicionaba.

36

UNA MENOS: KRONBERG-ROMA

—Eres afortunada al poder ir de un lado a otro. En realidad, nadie en esta casa te ve como una criada, sino como una amiga. Una que nos ayuda mucho, con mis hijos y con todo lo demás. Me gusta verte aquí, aunque tenerte en Roma me causa también mucho bien. Siento que parte de mí está allí. Me alegro de que volvamos. Esto es cada vez más asfixiante.

La princesa Mafalda siempre le había hablado con franqueza, de manera muy distinta de lo que hubiera hecho cualquier persona en su situación a alguien del servicio. Ludo aprovechaba aquello para mucho más de lo que la princesa imaginaba.

—Me ha sorprendido que vuelvan... que volvamos tan pronto, pensé que el príncipe quería pasar todo marzo aquí.

Mafalda acariciaba la cabeza de su hijo Mauricio, que se recostaba sobre ella en uno de los sillones del cuarto de juegos del castillo.

—Es por el viaje del Führer. Mi marido los está ayudando. Parece más importante que los asuntos de por aquí, que es donde su gobernanza es realmente necesaria. Se lo dejé caer, pero no entra en razón. En cualquier caso, echo de menos Roma, aunque no me apetezca lo más mínimo la visita de Hitler.

Aquella conversación daba muestra de la poca cautela de Mafalda. Las paredes tenían oídos, y a esas alturas ni ser hija de rey ni

esposa del landgrave de Hesse era suficiente para salvarla si los nazis veían en ella a una disidente. A ella parecía no importarle.

—Su marido conoce bien Roma. Seguro que lo llevará a los lugares más importantes.

—Y a los menos. A todos los que el Führer sugiera. Por supuesto, ya ha hablado del Coliseo, también quiere ver la Galería Borghese, no sé, espero no tener que acompañarlo. Me horroriza ese hombre. Pero..., en fin, haré lo que me manden, como siempre. ¿Has preparado ya el equipaje de los niños?

—Sí, está todo listo —respondió Ludo, que ya había apuntado mentalmente las nuevas informaciones respecto al viaje de Hitler.

—Se han aficionado a la sopa de calabaza, pero te tengo que decir que tu *souvenir* de Bélgica ha sido de lo más excesivo.

Ludo sonrió. Había tirado tres cuartos del cargamento de las calabazas que le habían servido de camuflaje para las armas al entrar en Kronberg, pero había guardado unas cuantas para el personal del castillo.

—Me gustaron y eran baratas. Hay pocas verduras en esta época.

—No en el Mediterráneo. Pasado mañana nuestro menú será más variado. —Se levantó. Parecía hecha para castillos y palacios, y se desenvolvía con naturalidad y elegancia, sin dar importancia al suntuoso decorado que la acompañaba. Un lacayo abrió la puerta—. Te dejo. Que cenen bien. Mañana saldremos pronto —dijo, despidiéndose.

Cada niño tenía un gran baúl que Ludo había organizado. Ninguno iba lleno. Por la noche, hizo que los bajaran a la sala de equipajes, donde se almacenaban cerca de la cochera en los días previos al viaje. Luego subió a su habitación y esperó varias horas hasta que el castillo quedó en silencio y solo se oía de fondo el viento ulular y la nieve golpear las ventanas. Entonces bajó de nuevo a la sala de

equipajes y volvió a abrir los baúles de los niños, colocando debajo de la ropa un gran saco que quedó perfectamente disimulado. Satisfecha, cerró los candados de cada uno, dejó la llave escondida tras una lámpara y salió de la estancia.

Poco después, una camarera delgada y silenciosa se deslizó sin hacer ruido entre las puertas del cuarto de equipajes, miró alrededor, cogió la llave de donde Ludo la había escondido y se inclinó sobre el primero de los baúles. Llevaba días observando a la niñera e investigando su cercana relación con la princesa Mafalda. No creía ni una palabra de lo que decía. Todo en Ludo era sospechoso, empezando por su inesperada visita a Kronberg. Sabía que ocultaba algo y estaba segura de que lo encontraría dentro de aquellos baúles. Descubrir a disidentes, a enemigos del régimen, ese era su trabajo en la OVRA, la temible Policía secreta para la que orgullosamente servía desde sus inicios. Su insignificancia física era un disfraz perfecto para que nadie sospechara, y le satisfacía pensar que contribuía no solo al fortalecimiento del régimen, sino a la caída de los Saboya, aquellos parásitos que se cubrían de oropeles de otra época cuando la nueva Italia surgía. La princesa Mafalda era muy obvia en sus filiaciones políticas, pero necesitaba de hechos concretos para empezar a arrinconarla. Si en aquellos baúles había algo inapropiado, informaría a la central de la OVRA para que, una vez en Italia, en pleno trayecto hacia Roma, los detuvieran, los registraran y los descubrieran.

No esperaba que metieran a nadie de la familia real en la cárcel aún. Pero sucesos como el que preveía los acercaban poco a poco a la desgracia que les deseaba.

Abrió el primer baúl y con cuidado apartó la ropa hasta dar con el saco. Era realmente pesado. Se arrodilló para abrirlo sin saber que no estaba sola.

Cuando la mitad de su cuerpo se inclinaba y la cabeza asomaba al interior, la agente tuvo tan solo unos instantes para comprobar que lo que el saco contenía eran calabazas; luego, una décima de segundo para notar el cañón de una pistola en la sien. No llegó al segundo antes de que una bala atravesara su nuca.

Detrás de ella, la cazadora observaba a su presa. El padre Orso tenía razón, había una infiltrada en el entorno de la princesa Mafalda. Una además de ella. Una menos cauta. Una que ya no espiaría más.

Arrastró el cuerpo hasta el coche y lo cargó en el maletero. La lanzaría al río en uno de los barrancos que pasaban cerca del castillo. Nadie la encontraría allí, porque tampoco nadie la iba a buscar demasiado. Ese era el sino de muchos espías: negados por sus jefes y aislados voluntariamente de su entorno.

Tenía un par de horas para ir en busca del armamento, que esperaba dentro de la furgoneta aparcada en el almacén de la vicaría, y colocarlo dentro de los baúles de los niños.

A final de semana esperaba tenerlos en Roma.

Con todas las pistolas dentro.

37

SACRIFICAR PEONES

A finales de marzo de 1938, Ludo planificó dos reuniones, en las que fue recibida de forma desigual. La primera la llevó a Pisa.

Ranuccio Bandinelli volvía a su casa cuando ella se colocó a su lado. A pesar de tratar de ser cordial, Ludo no pudo evitar que la cara del profesor se ensombreciera. No esperaba menos: la Sociedad Honorable y ella eran los culpables de que no hubiera podido escapar de Italia.

—Me encantaría tomar un café con usted —fue su primer comentario.

—Lo imagino —dijo él sin mirarla y acelerando el paso—. Pero preferiría que no nos vieran juntos en público. Venga a mi casa esta tarde. Dejaré la cancela trasera abierta. La espero en el jardín. Doy por hecho que no hace falta que le dé las indicaciones para llegar.

—No, ninguna falta —respondió ella. Lo miró de arriba abajo, prestando especial atención al maletín de cuero con sus iniciales que llevaba siempre. Ranuccio se supo observado.

—La veré allí entonces —dijo acelerando un poco más para dejarla atrás.

A las cinco Ludo entraba en el jardín de Bandinelli, casi un patio trasero, pero pulcramente cuidado, con bojes recortados en cada esquina y paredes cubiertas de glicinias que despertaban del invierno. El jardín de una persona refinada.

—La Sociedad Honorable está segura de que usted será el guía principal de la visita del Führer. Todo el mundo lo ha recomendado.

—Yo también lo imagino. —Lo habían llamado ya y, aunque seguía intentando librarse, cada vez tenía más claro que no podría.

—Profesor, usted va a cambiar el mundo para mejor. Será algo de lo que sus hijas y sus nietos hablarán siempre. Le pondrán su nombre a plazas y calles de toda Europa.

—Pero quizás yo no vea nada de todo eso.

—Vamos a trabajar para que no sea así. Sabemos hacerlo. Hay muchas cosas por concretar, pero, si todo se desarrolla de forma similar a la visita del Duce a Hitler hace unos meses, creemos que irá en el coche con los dos dictadores. —Ludo sonrió—. Ese es, sin duda, el lugar mejor para acabar con Mussolini. Por supuesto, llegado el caso, no desperdiciaremos la oportunidad de hacerle un favor al pueblo alemán.

—Los matarán a los dos. Pero yo iré subido al coche y moriré también.

—Ya le he dicho que no. Algo de usted estará en el coche, pero quizás no usted. Tal vez su maletín.

—¿Voy a llevar un maletín bomba?

—A lo mejor. Pero es solo una de las opciones. Estamos estudiándolo. Puede que tan solo deba dirigir el coche hacia donde nosotros queremos, eso ya lo veremos. No se inquiete aún.

—Lo revisarán todo constantemente. No puedo llevar un maletín con una bomba todo un día.

—Sin duda. Pero usted va a controlar los lugares por donde pasarán, los que visitarán, así que podemos dejarle un maletín igual al que usted lleva donde usted convenga, y lo puede cambiar a lo largo del día. El inofensivo por el que contenga la bomba. Si es eso lo que decidimos, que no es seguro. Pero, como le digo, aún lo

estamos estudiando. Con todo, creemos que el lugar del atentado debería ser Florencia. Lo que necesitamos de usted, primordialmente, es toda la información del viaje. Puede que baste con eso.

—Cuando lo maten...

—Su familia ya estará fuera de Italia y usted los seguirá después —lo interrumpió Ludo—. La Sociedad se ocupará. Por eso también nos conviene más Florencia.

—Parece que irán también a Nápoles.

—Sí, lo sabemos. Pero en Nápoles nos esperan, es nuestro territorio... Debemos actuar donde *no* nos esperen. Florencia es perfecta: callejuelas, patios, tejados, palacios y túneles. Sabremos matar al Duce y salvarlo a usted.

—Quiero que me prometa que mi familia estará fuera de Italia en cuanto yo pise la ciudad.

—Tiene mi palabra.

Ranuccio pedía lo único que podía. Sabía que no le podían prometer salvarlo a él y que, si tenía que ser sacrificado en aras de la muerte de Mussolini, lo sería sin que nadie dudara ni un segundo.

—En cualquier caso, vendré a verlo cada semana. No se preocupe por informarme de su agenda, me acercaré en el momento que sea más oportuno. Tampoco se inquiete respecto al secreto de la misión. No se la comente a nadie, ni siquiera a su familia, pues la pondría en peligro. Siga con su vida normal. La Sociedad lo vigila a usted y a los que lo vigilan. Si vemos cualquier peligro, lo neutralizaremos.

—No sé cómo sentirme.

—No se preocupe por cosas que no puede controlar. Haga lo que nosotros le digamos y todo irá bien. Fíjese en lo que le digan y lo que vea en el ministerio. Si le piden sugerencias sobre lugares para visitar, señale los menos obvios; si son desconocidos para la

mayoría, también serán menos conocidos para los servicios de seguridad. Los traslados ofrecen las mejores posibilidades, así que evite museos en los que puedan pasear durante horas y malgastar un día completo. Mejor que vean varios lugares, que se muevan. En alguno de esos trayectos surgirá la oportunidad. Por el tiempo, probablemente vayan en un descapotable. Parece que quieran que los matemos.

—Supongo que Florencia será perfecta para lo que pretenden.

—Para lo que pretendemos, señor Bandinelli. Los fascistas están convencidos de que usted es uno de ellos, pero estoy segura de que, de no tener que participar, estaría encantado de que otro hiciera desaparecer el origen de tantos males. Usted es tan fascista como yo, es decir, nada fascista.

—Espero que nadie más sepa eso.

—No lo sabe nadie más, pero lo sabemos nosotros. —Ludo sonrió.

La segunda reunión llevó a Ludo, esa misma noche, a Florencia. Su camioneta de reparto disimulaba bien, bajo la carga trasera, doscientas pistolas para entregar a Justicia y Libertad. Esta vez las habían colocado una junta a otra, en plano, y sobre ellas habían instalado un suelo de chapa en el que Ludo había colocado diferentes muebles, fingiendo ser operaria de mudanzas. Bastaría con quitar seis tornillos para retirar la chapa y entregar la mercancía. Como era habitual, aquella acción iba a ser aprovechada por la mafia. Don Gonzaga sabía utilizar todas las cartas a su favor. El emisario del capo siciliano se reunió con ella a las afueras de la ciudad, en el punto acordado, a la hora acordada.

—Don Gonzaga cree que podemos sacar buen provecho de la relación con Justicia y Libertad —le dijo el hombre desde el asiento del copiloto. La oscuridad no permitía que ella distinguiera sus facciones—. Haremos que las fuerzas de seguridad y orden miren

hacia ellos en el momento adecuado y descuiden la atención sobre nosotros, que actuaremos con mayor decisión y eficacia.

—Me encargaré de estar al corriente de lo que hacen. Colaboraré para conocer sus planes, pero ellos no conocerán los nuestros —respondió Ludo.

—Eso es. Don Gonzaga le advierte que su hijo es sagaz y conoce bien a la Sociedad. Que extrememos la discreción con él. Debe llegar al día clave sin sospechar nuestras intenciones, y pide también que no participe en la acción propiamente dicha. Don Gonzaga inventará algo para que Santo acuda a Sicilia o esté lejos de Florencia cuando se produzca el atentado. Bueno, cuando hagamos que *no* se produzca.

—No lo comprendo.

—Queremos abortar la misión que Justicia y Libertad tenga planificada justo antes de que se produzca. Que la policía se quede saciada el mismo día de la visita del Duce. Alimentar a los que buscan a disidentes. Mientras detienen a los miembros de Justicia y Libertad, nosotros actuaremos. Es perfecto.

—Sí que lo es —convino Ludo sin atisbo de pena. A veces había que sacrificar a los peones para salvar a la reina.

—Su labor es confraternizar con Justicia y Libertad. Invente un plan y esconda el real. Que confíen en usted.

—Sabré hacerlo.

—No tengo duda. Buena suerte.

Llegaron a la hora convenida al punto de despedida y se dijeron adiós. Nunca más se volverían a ver. Ludo condujo hasta el centro y llevó la furgoneta hasta el final de una callejuela oscura sin salida. Sin necesidad de que llamara, un portón de madera se abrió de par en par y dos hombres con boina la animaron con la mano a que entrara.

Les indicó dónde estaba el cargamento y entró en el edificio que rodeaba el patio. Dentro la recibió una cara conocida.

—Santo Testa —dijo ella.

—Sí, yo también te recuerdo. Nos vimos en casa de mi padre. No tuvimos tiempo de hablar mucho entonces.

—Sin embargo, parece que tendremos oportunidad de hacerlo ahora.

—Eso es —replicó Santo—. Nos conviene mucho el cargamento que has traído. Ya tenemos una mano para cada una de esas armas. Supondrá un cambio importante.

—La organización tiene amigos influyentes.

—Los más —dijo él. Ludo supuso que Santo sabía que la princesa heredera estaba detrás de aquella operación, pagada con una de sus tiaras, pero se equivocaba.

—En cualquier caso, ahora tenéis que decidir qué vais a hacer con ellas. La única arma con verdadero poder ya la teníais y no la habéis utilizado —dijo señalándose la cabeza.

—Eso es injusto. Pero estoy de acuerdo en que ha faltado decisión.

—La organización que dirige tu padre nunca ha tenido ese problema.

—Lo sé. Pero nosotros actuaremos puntualmente y contra un enemigo concreto. Mi padre lleva toda la vida en guerra, es experto en empezarlas. No es esa mi intención: pretendo evitar una.

—Debemos actuar coordinados, aunque sea solo esta vez —intercedió ella—. Tú y yo mantendremos el contacto y hablaremos con nuestros superiores. Tú, con Matteo Maratti, y yo, con don Gonzaga.

Santo pareció sorprenderse de que Ludo supiera quién dirigía la célula de Justicia y Libertad en Florencia. Ella captó la mirada de sus

ojos oscuros: era tan guapo como inocente. Excelente combinación.

—La Sociedad Honorable lo sabe todo, amigo mío —dijo sonriéndole. Luego pensó algo más: aprovecharía sus reuniones con Bandinelli en Pisa para reunirse después con Santo en Florencia—. Te visitaré con frecuencia —declaró—. Nos has enviado buena información: el listado de profesores y académicos como posibles guías del Führer nos ha sido muy útil. Parece claro que Ranuccio Bandinelli será uno de los elegidos.

—Tenía todas las papeletas.

—Desde luego. Estamos haciendo un seguimiento exhaustivo de todos los preparativos. Te iré informando de los avances que se produzcan en nuestras reuniones. Te dejaré aviso en el palacio Maratti con las iniciales del templo florentino en el que nos veremos. Acude por la tarde, yo te encontraré. Sabes cómo comunicarte conmigo: envía una nota a la dirección que ya conoces de Roma, a donde enviaste el listado y todo lo demás. En esta ocasión, por primera y supongo que última vez, nuestros objetivos convergen, así que aprovechémoslo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Santo, unido de pronto a la organización de la que llevaba toda su vida huyendo.

Luego miró a la mujer que tenía enfrente. Era guapa, inusual en Italia, tan rubia y alta. Le había parecido atractiva en Sicilia y se lo parecía también en Florencia. Su frialdad tenía algo de retador que lo invitaba a comprobar si era capaz de derrumbar la distancia que ella marcaba. Era más fuerte que él. También eso le resultó atractivo.

Le hubiera estrechado la mano para sellar su alianza verbal, pero Ludo no le ofreció la suya.

Jamás se la ofrecía a quien pretendía traicionar.

38

MI PLAN

—Es idéntico —proclamó Flavia al ver el cuadro terminado.

Colomba Corsini miraba de lado con los mismos ojos indiferentes que ella recordaba, con una media sonrisa parecida a la de la Gioconda y el color de sus ropajes matizado por unos años que el lienzo no tenía. Juan lo había acabado la noche anterior. Él también estaba plenamente satisfecho. Asimismo, la segunda copia también estaba prácticamente acabada y la calidad era pareja. El cuadro se había realizado con témpera al huevo, una técnica que mezclaba pigmentos con yema de huevo. El material daba mucho brillo al resultado, luminoso y transparente. Los pigmentos que había utilizado eran los más lujosos de la época del cuadro original y también del siglo xx: ultramar de lapislázuli, azurita, cinabrio; ocre y laca roja para los tonos de la piel. El resultado era perfecto porque el cuadro original lo era.

El viaje del Führer estaba a la vuelta de la esquina y Flavia también había trabajado duro. El túnel desde la bodega de la iglesia de San Giovannino hasta el jardín del palacio Pandolfini avanzaba con trabajo, pero sin imprevistos. La joven calculaba que no faltaba más de medio metro para llegar al final, pero las vetustas paredes renacentistas, desconchadas y decadentes en su capa exterior, eran sólidas y fuertes por dentro, y cada muro necesitaba de mucho tiempo para ser horadado.

Con todo, era optimista con el resultado y, como Juan también estaba satisfecho, decidieron salir a pasear por la ciudad.

Sin darse demasiada cuenta, llevaban ya tres horas haciéndolo. Cruzaban el puente Santa Trinità y hablaban como los buenos amigos que no podían evitar ser, pero, cuando se miraban, ambos seguían sintiendo lo mismo que el día que se conocieron en la costa de Gerona, aunque todo hubiese cambiado y ambos tuviesen asuntos que echarse en cara.

—Sé que piensas que soy caprichosa —dijo ella de pronto—. Yo también lo pienso a veces.

—Caprichosa y osada —dijo él, avergonzándose de facilitar que Carlo la engañara con su último capricho. Iban a concederle el deseo de tener su cuadro, pero sería uno falso—. Pero eres adulta, tú decides, aunque no siempre se puede tener lo que uno quiere.

—Tienes razón. Pero se puede intentar. —Suspiró mirando hacia delante—. Lo más difícil es renunciar a lo que un día tuviste.

—Es solo un cuadro —dijo él.

—No hablo del cuadro. No es eso lo único que me resisto a perder. Es muy importante para mí, pero no creas que es lo único, de hecho, hay cosas que lo son más.

Los dos callaron y anduvieron un poco, encarando la calle al fondo de la cual se intuía la entrada a los jardines de Boboli. A la mitad, ella se detuvo.

—Pienso a menudo en esos días. En Sa Tuna. En ti. Siento que las cosas hayan salido de esta forma.

—Salieron de la forma que tú quisiste. —Sonrió él sin acritud—. Una vez más.

Ella no se molestó, pero quiso explicarse de una vez. Hacía tiempo que se lo debía. Los momentos que pasaban juntos habían aclarado las cosas.

—Te equivocas mucho. Mi boda con Carlo estaba planificada cuando te conocí. Cuando me enamoré de ti. Todo lo que te mostré era verdadero, pero estaba confusa. Buscaba excusas para no romper con un futuro que ya había asimilado. No había conocido nada como lo que viví contigo, y pensaba que, bueno, quizás no era para mí. Que era demasiado bueno para ser duradero. Ponte en mi lugar: llevaba años andando en una dirección y, de pronto, te conozco y en diez días me doy cuenta de que debo dar la vuelta, desandar lo andado e ir en dirección contraria. Buscaba excusas para no romper con todo y tú me las diste.

—Por mi trabajo. No te parece tan malo ahora.

—Fui tonta. No fue tan solo por tu trabajo como tal. Me di cuenta de que no te conocía. Eras lo desconocido, la aventura. ¿Debía arriesgarlo todo por una persona de la que sabía tan poco? Lloré durante días y todos a mi alrededor me consolaban sin saber por qué. Todos consideraban a Carlo maravilloso. La única que me dijo que rompiera el compromiso fue Anetta. Ella me leyó por dentro sin que le dijera nada. Pero hice lo que hice.

—Hiciste bien —dijo Juan, convencido de lo contrario.

—No —replicó ella—, me equivoqué.

Entraron en el jardín entre silencios y aguantaron hasta la Fontana del Forcone sin decirse nada más.

—Cuando te vi en la plaza, en San Raffaello, mirándome entre la gente que reía y me vitoreaba, el día que el pueblo celebraba mi boda, supe que había cometido el peor error de mi vida. —Sus ojos se empezaron a enrojecer—. Cada día que te veo, siento que ese error es mayor.

Juan la miró un segundo. Luego, algo dentro de él se desbordó y, sin poder evitarlo, la cogió de la cintura, la colocó entre el seto que rodeaba el camino y su cuerpo, y, sin pedirle permiso a ella, sin

pedírselo él, sin pensar en si era lo que su mente aconsejaba, decidió hacer lo que el corazón le obligaba. Le acarició la cara, le secó las lágrimas y, tras mirarla a los ojos un instante, la besó. Primero con hambre y furia. Poco después con la ternura de una vuelta a casa, de un reencuentro ansiado, de un regalo ilusionante.

Cuando separaron sus cabezas, ninguno pensaba en las consecuencias ni en el significado de lo que acababan de hacer. Dejaron escapar una risa nerviosa antes de apoyar sus frentes una contra otra.

—Lo siento —dijo él, sin sentirlo en absoluto.

—Yo no —dijo ella—. Me equivoqué una vez, pero no me volverá a pasar, al menos en este tema. No quiero a Carlo y estoy plenamente convencida de que él tampoco me quiere a mí. Los dos merecemos ser felices. Hablaré con él. Quiero... —Miró hacia el parque y luego cerró los ojos, concentrándose en ordenar lo que hacía tiempo sentía, en abrirse a Juan, en confesar—. Quiero perder el miedo a soñar, a rectificar mis errores y ser feliz. Quiero soñar con que puedo estar contigo para siempre sin sentir que soy una ilusa porque los sueños no se cumplen. Me he equivocado tanto que... me cuesta creer que pueda acertar, pero estoy segura de que necesito intentarlo. Quizás sea solo un sueño, quizás debería dejar de figurarme cosas de las que no tengo ninguna certeza.

—Tienes la certeza de que te quiero —dijo él—. Pero, en cualquier caso, no dejes de soñar. No lo hagas nunca. Aunque sean imposibles, cosas que nunca sucederán, es mejor soñarlas. ¿Qué problema hay? Suéñalas, deséalas, desea siempre algo grande, porque, si te quedas a medio camino, será mucho más lejos de lo que habrías andado de no haber soñado nunca. Intentémoslo. Veamos si el sueño se cumple y, aunque no lo haga, estoy seguro de que el tiempo en que lo intentemos habrá valido la pena.

Ella lo miró un instante y lo abrazó. Sus nervios se calmaron y su corazón acelerado se acompasó poco a poco con el de él, sereno, seguro y sólido. Se separó sin dejar de mirarlo.

—Tienes razón. Quiero estar contigo y no quiero a Carlo. Eso no es un sueño, es una certeza. Una realidad. Lo demás... Lucharé por que llegue, pero de momento debo arreglar las cosas. Carlo es una buena persona. Me entenderá.

Juan estaba decidido a no meterse en aquel tema. No le debía nada a Carlo, pero tampoco quería hacerle daño. Sabía lo que era caer en las redes de Flavia y estaba claro que Carlo lo había hecho. Algunas mujeres no podían evitar hacer daño. Quizás él fuera la siguiente víctima, pero sabía que no tenía remedio. Que estuviera en Florencia era la prueba del poder que ella tenía sobre él.

Flavia miraba por encima del hombro de Juan, aún abrazada a él cuando, a lo lejos, al final de la explanada que presidía la severa fachada del palacio Pitti, una figura desapareció en un camino.

—Carlo —susurró.

Se separó de Juan y miró en aquella dirección. Luego, acelerando el paso, se acercó al lugar donde había creído ver a su marido. Al fondo del camino al que se asomó, un hombre de figura parecida y abrigo similar al que llevaba a menudo limpiaba con la mano la superficie del banco en el que se sentaría poco después. Se parecía, pero no era Carlo. Suspiró. Tras ella, escuchó a Juan.

—¿Todo bien?

—Sí..., es... Tan solo... creí... —balbuceó Flavia. Él la cogió de los hombros y le dio la vuelta.

—¿Estás bien?

—Sí —respiró ella, recomponiéndose—, estoy bien.

Volvieron a Via San Gallo y, sin necesidad de explicaciones, Flavia siguió a Juan al ático. Allí, sus cuerpos recordaron que no se habían

olvidado, y no trataron ni por un segundo más de contener lo que llevaban meses intentando evitar.

Flavia sabía que había estado jugando con fuego y que había caído en la tentación que había tratado de evitar. La visita de Carlo y su manera de dejarle la puerta abierta al fin de su matrimonio al vender la casa conyugal le habían dado el empujón que necesitaba para saber que lo quería, pero que no lo deseaba. La vida era demasiado larga para aferrarse a las equivocaciones, para intentar arreglos imposibles, para construir donde no había terreno. Sería duro y Carlo sufriría, pero se liberaría. Su marido dejaría de luchar por conseguir de ella una sonrisa incompleta, una pasión incompleta, una vida incompleta. Se lo merecía y estaba dispuesta a pedirle perdón. Le debía toda la lealtad que él le había demostrado... aunque no sospechaba que fuera tan poca.

Por su parte, abrazado a la espalda desnuda de Flavia, tumbados en su cama, Juan se negaba a reconocer que también había sido Carlo, en parte, el que había acabado de convencerlo para que, al fin, se entregara a una pasión que no tenía intención de detener. Todo lo que ella le había dicho en aquel paseo era fácil de entender, pero, además, Flavia no tenía ni idea de que él conocía a Carlo. Su encuentro había sido revelador, porque, si como ahora sabía con certeza, Flavia lo amaba a él, era imposible que amara y se sintiera atraída por su marido, que era opuesto.

—Iré a Lausana —dijo ella de pronto. Él no dijo nada—. Veré a mis padres antes del día del cambio del cuadro. Si algo saliese mal, necesito despedirme de ellos, intentar por última vez que me entiendan. Tengo tiempo de sobra para acabar el túnel.

—Puedo ayudarte a cavar.

—No, lo haré yo —dijo dejando el asunto a un lado—. También hablaré con Carlo. Es una buena persona. Muy listo. No le pillará por

sorpresa.

—¿Lo vas a dejar?

—Sí. Claro.

—Yo...

—No por ti, tranquilo, sino por mí. Porque no quiero seguirle mintiendo. No quiero que desperdicie su vida conmigo cuando alrededor tiene mujeres que lo querrían sin mirar al lado ni frustrarse al saberse incompletas. Tampoco quiero desperdiciar mi vida. Soy demasiado joven, qué demonios. Tú quédate en Florencia y, si puedes, busca a Bandinelli. Si lo han escogido para ser el cicerone del Führer, tendrá información sobre su agenda. Mi plan no es viable si no sé lo necesario respecto a la entrega.

—¿Tu plan?

Flavia se giró y lo miró muy seria.

—Sí, el mío.

39

SU PLAN

Carlo se había acostumbrado a combinar sus ataques de ira, cada vez más frecuentes, con la destrucción de objetos a su alrededor. Los bibelots de la *suite* real del hotel Helvetia de Florencia fueron sus víctimas esta vez. Entre gritos hizo pedazos tres jarrones, un marco y las botellas del mueble bar. Luego pegó una patada a una silla que cayó de lado junto a la cama. Con la respiración acelerada, se tumbó boca arriba en la cama, sin haberse saciado.

Odiaba a Flavia por hacerlo sufrir, por alejarse de él, que la necesitaba acuciantemente como flotador para su cómoda existencia.

No, Flavia no había visto un espejismo. Él era el que estaba en los jardines de Boboli, observando cómo un falsificador de arte español la arrinconaba contra el seto y la besaba apasionado. Había arrancado a correr en su dirección, pensando que la forzaba, pero enseguida sus pasos se helaron ante la evidencia. Flavia deseaba tanto aquel beso como el maldito Juan Rezola.

Jamás había besado a Flavia de aquella manera ni ella había respondido con semejante pasión. Sus besos, sus encuentros sexuales, todo parecía agendado y se hacía cuando tocaba, de la manera que tocaba, sin imprevistos ni arrebatos. No era solo su decisión, ella actuaba de la misma manera. Para sus arrebatos, Carlo utilizaba a las mismas mujeres de siempre, las que se dedicaban a

saciar a hombres con matrimonios como el suyo. Alguna llevaba años haciéndolo, desde que él había despertado a la sexualidad de forma torpe y apresurada hasta que su gusto y aficiones se habían retorcido y sabía cómo satisfacerlo sin juzgarlo ni que se sintiera el enfermo que a veces era en parte.

Juan moriría, claro que lo haría. Se lo había encargado a la única de las organizaciones italianas que parecía no desfallecer nunca. Su cadáver acabaría en el Arno o en el fondo de un callejón. Lo encontraría alguien que no lo conociera, nadie reclamaría su cadáver y lo tirarían a la fosa común, donde sus trajes caros y sus camisas a medida se mezclarían con las ropas ajadas de los delincuentes, los vagabundos y los mendigos de la ciudad. Aquel pensamiento lo ilusionó, pero necesitaba más.

«Bien», se dijo, reordenando sus pensamientos.

La muerte de Rezola estaba decidida desde hacía meses y no debía tardar en producirse, pero las revelaciones de esa tarde lo obligaban a hacer algo más. Antes de matarlo, Carlo debía conseguir que su mujer se desenamorase completamente de él. No quería que lo llorase ni lo recordase siempre. No quería ver la tristeza permanente de lo que pudo ser pero no fue en la mirada de Flavia. Los amores incompletos son siempre los más difíciles de olvidar. Eso lo sabía todo el mundo.

Flavia debía decepcionarse. Debía desengañarse. Carlo tenía muy buenas cartas para que lo hiciera. Sus tratos con Juan eran perfectos para conseguirlo. Flavia odiaba la mentira y...

¿Acaso Juan no pretendía engañarla?

40

EL CABO SUELTO

María José de Saboya bajó las escaleras de la Palazzina Reale ansiosa por conocer el resultado de la operación de la que había sido partícipe. Sabía que había dado buenos frutos, pues de lo contrario habría sido informada, y se ilusionaba pensando que por una vez había pasado a la acción. Hasta entonces la única afrenta directa a Mussolini había sido renunciar, en los días anteriores a su boda, a su requisito para que cambiara su nombre por el de Maria Giuseppina. El gesto había molestado al Duce, pero no había servido de nada para debilitar el régimen del país del que esperaba ser reina algún día. La princesa heredera se esperanzaba con la idea de que el cargamento de pistolas sí podía ayudar a cambiar las cosas.

En la antesala de la capilla la esperaba el padre Orso. Su amplia sonrisa la llenó de alegría.

—¿Llegó todo? —preguntó, emocionada.

—Doscientas treinta y cuatro armas. Los Maratti ya están distribuyéndolas. Siguiendo sus instrucciones, solo se repartirán a los grupos con misiones concretas y aprobadas por la dirección de Justicia y Libertad.

—Eso es. No queremos que Italia se convierta en un wéstern.

—Nadie quiere eso.

—Pero me alegro de ayudar a la organización.

—Como sabe, están preparando algo para la visita de Hitler. Cualquier síntoma de que el régimen es más débil de lo que parece y de que no hay unanimidad en su aceptación será muy valioso.

—Espero no acabar recibiendo un tiro de esos chicos. Previsiblemente, pasaremos algún tiempo con el visitante. No cabe duda de que compartiremos varios actos. Ni siquiera mi cuñada Mafalda podrá excusarse.

—¿Serán muchos? —preguntó Orso, decidido a pasar la información al Vaticano, a Ludo, y a Justicia y Libertad.

—No. En realidad, no tantos. La recepción en la estación, por supuesto, la cena en el Quirinal y los actos de la Marina Real en Nápoles. Pero no estaremos en la parte más lúdica del viaje. Van a llevarlo al Coliseo, a la Galería Borghese... En Florencia también se ha confirmado la visita a los Uffizi. De todo eso nos hemos podido librar. Es mejor así. A mí me cuesta disimular, pero para mi cuñada es imposible. Supongo que su marido intentará estar en todo, ya sabe lo que le gusta al príncipe de Hesse el Führer.

—No le ha ido nada mal desde que llegó al poder.

—No, nada mal, pero las familias reales miramos lejos..., y unirse a alguien como el Führer históricamente nos ha dado siempre malos resultados. En fin, Dios dirá. Volviendo a nuestros asuntos, me gustaría conocer a la persona que ha estado involucrada en la operación.

—Pero, alteza...

—No, padre. Creo que me lo he ganado. Nadie arriesga más en esto que yo. Me gustaría que fuera él mismo el que me devolviera la montura de mi tiara.

«Ella misma», se dijo Orso.

—Lo comprendo, pero no depende de mí. Déjeme que se lo consulte a... él.

—Hágalo. Me gusta conocer a mis secuaces —dijo divertida—, y estoy orgullosa de nuestra colaboración.

Mientras tanto, a poca distancia, en Villa Polissena, Ludo había entrado en pánico. La montura de la tiara no aparecía y hacía una hora que la buscaba en los lugares más improbables, como si la pieza tuviera patas y pudiera salir de su estuche, que sí conservaba, y esconderse en algún lugar. Era absurdo y lo sabía, pero no podía hacer otra cosa.

Se sentó en el borde de la cama y rebuscó entre sus recuerdos más recientes para localizar el lugar en el que la había visto por última vez. «En Kronberg», se dijo al rato. Había abierto por última vez el estuche de cuero azul y tocado la montura desnuda antes de volver a meterla en su caja y dejarla en el pequeño compartimento bajo el suelo de su habitación. Luego la había guardado en el doble fondo de su baúl de viaje, que había permanecido cerrado hasta hacía unas horas. ¿Cómo podía haber perdido aquel elemento fundamental? La montura sin piedras arrojaría muchas preguntas y sería un hilo fácil del que tirar para alguien con el suficiente tesón y agudeza. Si las piedras aparecían en Bélgica en manos de un fabricante de armas, estaría todo dicho. Los joyeros conocían la mayoría de las joyas de las casas reales, quién las había realizado y para quién. La situación era terrible, pero, sin más opciones, decidió acudir al padre Orso en busca de ayuda.

Lo encontró a medio camino entre Villa Polissena y la Palazzina Reale, cuando él mismo iba en su busca, aunque con espíritu distinto. La sonrisa del sacerdote cambió al ver la expresión grave en la faz de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó directo.

—La tiara. La montura. Alguien la ha robado, el estuche está vacío.

—¡Cielo santo! —exclamó, preocupado—. ¿Podría haber sido alguien de aquí?

—No creo. No he deshecho mi equipaje hasta hoy, cuando he vuelto de Florencia. Estaba en un doble fondo del baúl, que estaba cerrado con llave. La cerradura está intacta. Han debido sustraerla en Kronberg.

Orso comprendió la gravedad del asunto; acababan de dejar un cabo suelto que podía comprometer nada menos que a la princesa heredera en una operación para armar a la disidencia fascista. Decidido, se conjuró para mantener la tranquilidad, pensar en cómo solucionar aquel asunto y... solucionarlo. Debía hablar con María José.

—Déjeme que hable con la princesa. Hay matices que lo cambiarían todo. No haga nada hasta que se lo pida. Necesito saber más.

Desanduvo sus pasos y volvió a la Palazzina, donde hizo llamar a la princesa heredera y volvió a esperarla donde hacía una escasa media hora se habían despedido. La cara de María José era de sorpresa.

—Ha surgido un problema —dijo Orso sin esperar.

Ella se sentó frente a él y escuchó lo que le decía mientras su expresión se endurecía y su preocupación aumentaba. Cuando el sacerdote finalizó la explicación, ella hundió la cara entre las manos, frotándose la frente mientras pensaba.

—¿Se ha puesto mucho la tiara? —retomó él.

—No, qué va. Muy poco, solo dos veces. Espere, quizás fueran tres. Recuerdo un baile en el palacio Torlonia, una gala de apertura

en la Ópera de París y... en el cumpleaños de los condes del Asalto, cerca de Barcelona.

—Son ocasiones menores, probablemente nadie pueda recordarlo. ¿La ha usado en ocasiones oficiales?

—Nunca.

—¿Quién puede relacionar la tiara con usted?

María José devanó sus recuerdos.

—Por supuesto, el señor Pieper, que se ha quedado las piedras, pero sabe el uso que les he dado, así que no hablará. Mi marido también la conoce, pero nadie le preguntará por ella. Será fácil que la relacionen con su anterior propietaria, la gran duquesa Vladímir de Rusia, pero falleció en 1918 al año de su llegada a Francia, así que no pueden preguntarle. Su hijo, el príncipe Andrés Románov, fue quien se la vendió a mis padres, que me la legaron a mí, y mis padres no hablarán... Andrés tampoco dirá nada *motu proprio.* A nadie le gusta reconocer que tiene que vender las alhajas familiares para sobrevivir.

—Pero quien quiera que tenga la montura acabará por saber que proviene de él.

—Sí. Acabarán por preguntarle, así que tenemos que adelantarnos. Andrés Románov tiene casa en Cap-d'Ail. Iré a verlo esta misma semana. Lo localizaré hoy mismo. Seguro que tenemos su teléfono en algún lugar.

—La acompañaré.

—Eso sería perfecto. Como sabe, disponemos de una casa en Bordighera, así que no resulta en absoluto sospechoso que nos desplacemos allí.

—Villa Regina Margherita.

—Sí, la casa de la abuela del príncipe. Vamos muy poco desde que ella murió. Pero lo solucionaremos esta misma semana. Es una

época excelente para visitar la Riviera, aunque sea para tan preocupantes menesteres..., pero, de cara a los demás, ¿quién no se acercaría a visitar a un buen amigo para pasar el rato? Su casa está a apenas una hora, a setenta kilómetros por la maravillosa carretera de la costa.

—Si me disculpa, iré a prepararlo todo —dijo Orso levantándose.

—¡Padre! —exclamó ella, alzando la voz y levantándose a su vez. Su expresión era de furia, pero estaba educada para sobreponerse a los impulsos del ánimo—. La persona que ha perdido la montura ha cometido un grave error. En el futuro, debemos valorar si es adecuada para estas misiones. Confío en que por lo menos sea alguien discreto, porque, de lo contrario, debemos alejarla al máximo de nosotros. La Corona no debe verse manchada. Si yo fallo, puedo arrastrar a la dinastía a la desgracia. Estoy arriesgando muchas cosas.

El padre Orso la miró, comprendiendo su angustia y la tesitura en que la vida la ponía.

—Alteza, tiene razón. Pero el mayor riesgo, como casi siempre, es que no haga nada.

41

EL GUÍA DEL GUÍA

A principios de abril Ranuccio ya sabía que era el destinado a guiar a Hitler por las bellezas artísticas de Italia. Su mujer recibió la noticia con cautela y, cuando vio que a su marido le preocupaba, se dedicó a enfatizar las cosas buenas que aquel encargo traería.

—Te colocarás en un lugar muy diferente al que estás ahora. Ya no serás un profesor más.

—Que es justo lo que me gusta ser.

—¡Oh, vamos! —exclamó Maria—. Todo el mundo te recordará por esto. Los libros hablarán de ti como el guía del Führer. ¡El guía del guía! —El comentario le hizo gracia solo a ella.

—Por Dios, déjalo. Ojalá nada de lo que prevés se cumpla. Los personajes como Hitler y Mussolini, que escalan tan rápido, suelen hacerlo sobre terreno inestable y acaban cayendo más rápido aún. Entonces, todos los que estuvieron cerca de ellos y consiguieron no caer también se esfuerzan en disimular su relación, en negarla, pero a menudo acaban por ser defenestrados también. Soy un académico, un arqueólogo, un profesor. Ojalá pudiera relacionarme siempre con ese lenguaje universal en vez de con uno que aparta a medio mundo.

—Eres muy dramático.

Ranuccio tenía motivos que su mujer no conocía para serlo. No era en nada imposible que en un mes ella fuera viuda.

—Voy a Florencia mañana.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—Pero si estuviste ayer.

—Y también mañana —replicó él, agotado.

—Bueno, yo he quedado con las chicas. Tus hijas se hacen mujeres. Te cuento luego, nos vamos de compras. Van a estar muy orgullosas de ti.

—No les digas nada aún.

—No entenderán por qué viajas tanto.

—Queda un mes para que el Führer llegue. Todo tiene que estar listo.

Miró por la ventana, sabía que Ludo no tardaría en aparecer en el jardín trasero como cada semana. Incluso cuando no estaba en Pisa, la efectiva mano de la mafia lo localizaba para mantenerse al día.

A las cinco la tuvo frente a él. No conseguía acercarse a ella, aunque se mostrara siempre cordial con él. Bastaban sus sutiles insinuaciones para que él comprendiera las advertencias que la Cosa Nostra le lanzaba. No podía salir de aquello solo, así que lo haría de la mano de la Sociedad Honorable.

42

TIEMPO DE MORIR

Carlo tenía instrucciones precisas para comunicarse con la mafia siciliana, que debía hacer el trabajo sucio con el que él no se atrevía a mancharse las manos. Cuando la comunicación llegó a la dirección de Roma, un mecanismo tan eficiente como desconocido se puso en marcha para que, en el día señalado, lo esperara Ludovica Conti en el *lobby* del hotel Helvetia.

—¿Una mujer? —dijo, decepcionado al verla.

—Una que hará lo que usted no tiene valor para hacer. Debería darle una vuelta.

—Pero...

—Me levantaré y me iré si eso es lo que quiere. Aunque, por lo que sé, soy bastante más efectiva en mi trabajo que usted en el suyo.

Él calló un instante antes de hablar.

—Bueno, seré muy breve. Recuerda el trabajo que aplazamos, ¿el que involucraba al español? Ha llegado el momento de que lo...

—Ejecute —dijo ella, que sonreía mientras le hablaba, dando la imagen para quienes los veían de una pareja de amigos hablando de cosas sin relevancia.

—Eso es.

—Hay un asunto que tenemos pendiente, como sabe. Le dijo a Bruno Greco, emisario de mi jefe, don Gonzaga Testa, que le pagaría

con la venta de su casa de Poggio Imperiale, pero, aunque se ha producido la venta, el dinero no ha llegado.

—Lo sé. Pero es porque tengo algo mucho mejor. Más conveniente.

—No es lo que hablamos.

—Es mucho mejor. Escúcheme. En pocas semanas un Botticelli obrará en mi poder, uno único, desconocido y muy valioso. Ha formado parte de mi patrimonio, pero me parece bien desprenderme de él de manera discreta. A don Gonzaga le satisfará plenamente, no lo dudo. Así que pregúntele.

—¿Cómo sabremos que es auténtico?

—Pueden preguntar en San Raffaello, donde tenemos el castillo de Faggio. Todo el pueblo sabe que teníamos un Botticelli allí. —Carlo sabía que la sustracción del cuadro se había hecho en secreto. Para los habitantes de la villa de los Abruzos, los Viel seguían teniendo el cuadro colgado en la pared del castillo.

—Entonces, no es suyo, sino de su mujer.

—Todo lo de mi mujer es mío. Ella está de acuerdo.

—Pero todo lo suyo es solo de usted, ¿no es así? —Ludo lanzó una carcajada breve—. Muy comunista. Aunque presiento que usted tiene muy pocos bienes, y no creo que a su mujer le interesen sus deudas.

—Maten a Rezola. —Carlo estaba harto de impertinencias. Sacó una pequeña agenda del interior de su chaqueta y marcó una fecha a principios del mes siguiente; luego se la mostró a Ludo, que asintió con la cabeza y memorizó el día—. Es una mala persona. Háganlo por la tarde, de forma que, simplemente, desaparezca, no quiero mártires. Mátelo sin hacerle preguntas, sin que él sepa por qué, ¿lo hará? Lo sacan de su piso, lo amordazan y lo tiran al río con un tiro en la nuca.

—Nunca hacemos preguntas —dijo Ludo, aunque no era cierto; precisamente, cuando le pedían que no preguntara, lo hacía—, pero nosotros matamos de cara. Solo los cobardes pegan tiros en la nuca. No me ofenda.

—Es solo que... las razones por las que Rezola debe morir atañen a asuntos personales míos y de mi mujer, a nuestra intimidad..., y preferiría que su naturaleza fuera privada.

—Lo comprendo.

—Me gustaría que dejara una nota con este texto —dijo pasándole un papel por encima de la mesa—. Que lo escriba con su letra y lo deje en su apartamento, que parezca que se ha ido... Tiene un perro, no lo deje allí. Cuando esté muerto, les daré el Botticelli y podrán hacer con él lo que quieran. Si lo venden, recibirán mucho dinero, y si no, don Gonzaga podrá colgarlo en su salón e impresionar a sus invitados.

Ludo sonrió con ironía.

—Don Gonzaga es muy distinto a usted y todos los que se mueven por el mundo con su simpleza. No pretende impresionar a nadie por lo que tiene, sino por lo que es.

43

LA NOTA

Juan acabó la segunda copia del retrato de Colomba Corsini pocos días después de la primera, pero no tuvo noticias de Carlo Leone hasta un mediodía a principios de abril, cuando el timbre del ático de Via San Gallo sonó.

Su mirada era en algo diferente a la que recordaba, pero el marido de Flavia seguía igualmente elegante, compuesto y educado. Lo miró sintiendo que lo sabía todo, temiendo que el olor de Flavia, con la que había pasado una noche más, lo delatara. Estaba en medio de aquella pareja rota, que no se había rozado en nueve meses, y, sin embargo, sentía que estaba traicionando a ambos. A Carlo con su mujer. A Flavia con los planes de su marido para engañarla.

Él se acercó al cuadro y lo miró satisfecho. Era tan perfecto como el original y la primera copia, y tenía el mismo marco, que Juan había adquirido al mismo artesano.

—¿Puedo? —dijo, haciendo ademán de cogerlo.

—Sin problema. Está seco y el marco ya está fijado.

Carlo lo sostuvo y acercó la mirada al lienzo.

—Es perfecto.

—¿Se lo lleva? —preguntó Juan. Hacía muchas semanas que temía que Flavia lo encontrara en alguna de sus frecuentes visitas y deseaba que Carlo se lo llevara cuanto antes.

—Sí. Me los llevo. Al cuadro y a mi mujer.

Juan no dijo nada. Aún no había llegado el momento de que interviniera. Las cosas eran demasiado complicadas. Con todo, el comentario sonó a provocación.

—La estoy salvando del desastre —dijo Carlo, metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. «El desastre» para Carlo no era que su mujer arriesgara la vida para recuperar un cuadro. El desastre era, sobre todo, que se quedara con Juan—. Aquí tiene el resto de lo acordado —continuó, dejando un sobre sobre la mesa.

El falsificador se acercó a él, cogió el cuadro y lo puso en la mesa, donde lo envolvió con papel de periódico antes de devolvérselo. Esperaba no tener que ver más ni al cuadro ni a Carlo. Ninguno le había hecho nada y, sin embargo, ambos lo ponían de mal humor, pues eran un recordatorio de que también él podría estar haciendo mejor las cosas. Carlo lo miró de arriba abajo indisimuladamente y le sonrió. Nunca la cordialidad había logrado un efecto tan contradictorio.

—Gracias, Rezola. Para cuando mi mujer aprenda que no siempre se puede tener todo, ya la habré salvado.

Juan ardía por dentro, pero se contuvo y lo vio partir.

Carlo salió de la casa con el cuadro bajo el brazo y la satisfacción de saber que, tras él, en aquel ático, muy pronto todo sería historia.

Por la tarde, Flavia volvía hacia la Via San Gallo cuando su marido la interceptó por sorpresa. Sonreía abiertamente y, aunque a ella no le provocaba ninguna alegría verlo, se forzó a sonreír también. Lo seguía queriendo como a un amigo y deseaba que le fuera muy bien lejos de ella.

—¡Sorpresa! Iba en tu busca. Me dijo Anetta que te habías instalado en un apartamento en San Gallo.

—Sí, es cierto. No sabía que ibas a venir a Florencia.

—Tenía cosas muy importantes que hacer. Enseguida lo entenderás. Tengo algo que enseñarte, creo que te gustará. Me he instalado en una *suite* del Helvetia. Vayamos.

—Yo... —Flavia no sabía qué excusa inventar—. De acuerdo —respondió acorralada.

Había intentado acabar su relación con Carlo en Lausana, a donde quiso ir, pero, tras telefonear a sus padres, estos le notificaron que Carlo no se encontraba en Suiza. Sorprendiéndola, también la informaron de la intención de su marido de recuperar el cuadro por sus medios. Flavia no podía creer que lo hubiera conseguido.

Anduvieron hasta el hotel y allí la hizo sentarse en un sillón de la *suite.* Enseguida Carlo volvió con un paquete envuelto en papel de periódico.

—Lo he recuperado —le dijo eufórico—, me ha costado Dios y ayuda, pero lo he recuperado.

Flavia deshizo el envoltorio. Frente a ella la mirada indiferente de Colomba Corsini era la misma que recordaba. La que había visto desde niña en el despacho de su padre en el castillo de Faggio.

—No puedo creerlo —dijo.

—He tenido que mover muchos hilos, pagar a gente y bucear en la Administración, pero aquí está. Tenías razón, debíamos luchar por él.

No sabía qué decir. Una parte de ella, la más difícil de desentrañar, seguía queriendo que el cuadro estuviera en manos de los fascistas y que su plan continuara, pero acababa de perder todo el sentido.

—Como lo has...

—Conocí al comisario de la exposición. Los profesores no tienen ni para comer y..., bueno, aceptó una cantidad generosa por decir que el cuadro no era digno de estar en la muestra. Fue una suerte que necesitara dinero. El pobre no tiene dónde caerse muerto.

—Es extraordinario. —Flavia ni lo había escuchado.

—Lo sé. Pero ya sabes que no hay nada que no haría por ti. Ahora tú tienes que hacer lo mismo. Vámonos a Lausana. Ya no hay nada que te ate aquí.

Pero claro que había algo. Algo que acababa de descubrir que era mucho más fuerte que el cuadro. El retrato se había convertido en su bien más preciado porque le había devuelto a Juan. Le había descubierto que la vida emocionante era mejor que la cómoda y que lo que parecía perfecto debía tener algo de imperfecto para serlo de verdad. No quería a Carlo. Eso no había cambiado y debía decírselo, pero antes quería ver a Juan. Él la aconsejaría. No se había preparado para dejar a su marido ese día.

—Abrázame —dijo él.

Se levantó y obedeció. Entre sus brazos, sintió el afecto de la amistad, de la familia, de sus recuerdos y de los tiempos apacibles de San Raffaello, pero ninguna pasión. Ninguna atracción física. Olía a la misma colonia de siempre y el tacto de su ropa era también el de siempre. La estabilidad sin emoción a la que no deseaba volver. Quería a Carlo, pero necesitaba a Juan.

—Ve a hacer las maletas. Yo solucionaré algunas cosas. Te recogeré a las cinco, ¿te parece bien?

Ella lo miró a la cara y le acarició la mejilla. Si Carlo hubiese conocido el amor, habría entendido que el gesto era como un beso en la frente o una palmada en la espalda. Era un gesto de amistad, aunque Flavia no estaba segura de que él quisiera ser su amiga cuando rechazara irse a Lausana.

Salió del hotel sin entenderse a sí misma ni su situación. Descolocada. Debía estar contenta por haber recuperado el cuadro, pero ese sentimiento no afloraba y la inminencia con la que debía dar un vuelco a su vida la hizo sofocarse tanto que, tras alejarse del

Helvetia, tuvo que apoyarse en la pared y respirar profundamente para no marearse. Luego pensó en Juan. Se había convertido en su refugio, en su mejor consejero. Aceleró el paso para encontrarse con él, para que fuera él el que decidiera qué debía decirle a Carlo. Era una suerte que su marido no lo conociera. Carlo se hubiera molestado mucho al saber cómo era Juan, pues tenía todas las cosas de las que él carecía. Por suerte, no era necesario que se encontraran nunca.

Tampoco sabía si su romance tenía futuro. De lo que estaba segura era de que su matrimonio con Carlo no lo tenía. Quizás tuviera que luchar cada día por su relación con el español, pero el temor a perderlo le haría ser mejor para conservarlo. Esperaba que a él le pasara lo mismo. Debía intentarlo. Podía con todo sola, pero no quería ocuparse de todo sola.

Llamó al timbre varias veces antes de decidirse a subir sin esperar respuesta, pero, cuando llegó al ático, no lo encontró. El piso estaba extrañamente despejado. La mesa limpia, la cama hecha, todo parecía ordenado. Cuando abrió el armario, descubrió que estaba vacío. Era imposible. Bajó al garaje corriendo: el Bugatti azul tampoco estaba allí. Subió de nuevo y lo revisó todo. Desde que habían entrado en el piso, Juan siempre dejaba el cuadro escondido tras una cortina, sobre el caballete, tapado con una sábana, y Flavia lo encontró allí. En un año había tenido uno, ninguno y, por fin, dos cuadros iguales. Daba lo mismo, lo único que quería saber era dónde estaba Juan.

Entonces, apoyada en una copa vacía, vio la nota.

44

LAUSANA

Subida en el Issota Fraschini de Carlo, Flavia cruzó el paso de Simplon y penetró en el que estaba destinado a ser su nuevo país. Le pareció que Suiza se parecía a su marido. Limpio, ordenado, sobrio y sin emoción. Un país neutral elegido por Carlo, experto en ser neutral. Trató de no volver demasiado sobre ese pensamiento, pues odiaba a la gente neutral, pero Juan la había abandonado y, sin tiempo de preguntarse por qué lo había hecho, se había subido al coche que la alejaría de Italia.

Había ido a Florencia para recuperar a Colomba Corsini, pero había decidido quedarse por Juan Rezola. Ahora que ya no tenía que luchar por ninguna de las dos cosas, tampoco quiso hacerlo contra la voluntad de su marido. Lo miró un instante y él le devolvió la mirada, sonriente. No sonreiría una vez que llegaran. Estaba decidida a dejarlo, aunque no fuera por nadie más que por ella misma. Iba ligera de equipaje. No había vaciado su piso de Florencia y Anetta se había quedado allí, sin saber bien por qué, agarrada a la vaga promesa de que ella volvería en algún momento. La copia del retrato se había quedado también en el apartamento, a su cuidado, como un ancla que la ligaba al lugar en el que esperaba permanecer. El cuadro que creía auténtico iba con ella.

—Qué bonito es esto —murmuró él, deseando que Flavia asintiera.

Sí que lo era. Bonito y perfecto. Se pegaron al lago Lemán y la carretera describió una trayectoria de curvas suaves entre el agua y las laderas verdes llenas de vacas satisfechas de su aburrimiento. Pasaron Montreux y Vevey antes de llegar a su destino final. Cuando entraron en Lausana, enfilaron la Avenue de l'Elysée y una sucesión de grandes villas empezó a jalonar el recorrido.

—Aquella es Vieille Fontaine, la casa de la reina de España —dijo él muy orgulloso. «Otra exiliada», pensó ella.

Giraron a la izquierda y bajaron en dirección al lago. De frente, tras una verja alta que custodiaban dos perros de piedra enmohecida, había una gran casa cubierta de hiedra.

—Esa es la de tus padres —anunció Carlo—; la nuestra es más bonita aún. —«La tuya», pensó ella.

Pasaron por delante de cuatro casas más hasta que el coche atravesó una puerta imponente y Flavia vio finalmente la casa que no pensaba habitar. Era magnífica en todo, y seguro que sería estupenda para Carlo.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Mucho —dijo ella—, pero quiero que hablemos, ¿por qué no vamos a un lugar donde podamos hacerlo tranquilos? Estoy agotada.

Él la miró unos segundos con extrañeza, pero, como le pasaba a menudo, no comprendió lo que su mujer sentía y pretendía hacerle saber.

Cruzaron un vestíbulo con las paredes paneladas de roble y un primer gran salón con vistas al jardín y el lago. Carlo lo mostraba todo orgulloso y deseando que ella se emocionara con su nueva casa, pero Flavia, que trataba de ser amable y asentía a lo que su marido le decía, necesitaba quitarse el peso de encima de una vez por todas.

Decidió hacerlo en cuanto se sentaron en una galería acristalada que hacía las veces de pequeño salón de cartas.

—Carlo, quiero que sepas que te quiero mucho y que lo que voy a decirte es, en parte, por eso.

—Yo también te quiero —dijo él—, ya sabes que somos uno.

—No —dijo ella poniéndose muy seria—. No somos uno. Somos dos y, aunque te quiero, no creo que debamos estar juntos. No estoy enamorada de ti y no puedo condenarme, ni condenarte, a una vida de mediocridad familiar cuando ambos merecemos tenerlo todo.

Carlo se incorporó un poco e inclinó su cuerpo hacia ella.

—¿«Mediocridad familiar»? ¿Qué término es ese?

—Quiero decir que estamos a tiempo. Que ni tú me quieres como se quiere a una mujer ni yo te quiero como se quiere a un hombre. Que hay cientos de mujeres que te amarían sin dudarlo, con toda la intensidad y la necesidad que se espera de una pareja. Pero yo no. Estos meses en Florencia me han dado mucho que pensar. No te he echado de menos, y a la vista está que tú tampoco a mí. Apenas nos hemos visto y no compartimos cama desde... ya no me acuerdo cuándo.

—Hemos estado muy ocupados.

—No lo suficiente.

—¿Hay otro?

—Lo ha habido. Un amigo de hace tiempo con el que me reencontré. Pero todo ha acabado. Carlo, nunca nos debimos casar. Lo sabes tú y lo sé yo.

—Eso es una tontería —dijo él, notando que su cara enrojecía—, no puedes hacerme esto.

—Es algo que uno de los dos debía hacer. Piénsalo. Somos jóvenes, no tenemos hijos y sabes que lo que digo es

completamente cierto. ¿Acaso pretendes convencerme de que has estado solo estos meses?

No lo había estado. Había ido a una casa de citas en la zona de Sevelin más a menudo de lo que le hubiera reconocido a nadie, pero las prostitutas eran solo eso, prostitutas. También había alternado con una chica de Montreux, pero no le daba importancia, pues jamás pensó en tener nada serio con ella. Flavia había tenido un amante, lo cual era completamente diferente. En cualquier caso, Carlo daba por hecho que el amante en cuestión había sido «neutralizado», pues para eso había contratado a la mafia. Además, estaba dispuesto a perdonarle todo a Flavia si ella le daba acceso a su dinero. Por lo que a él respectaba, su matrimonio era tan sólido como la cuenta corriente de los Viel en Zúrich. Exactamente igual.

—No he tenido amantes, si es a eso a lo que te refieres.

Ella se levantó.

—Quiero que seamos amigos. Lo hemos sido siempre. Eso es lo que somos y a veces es mucho más que ser amantes. Lo nuestro no se acabará nunca si tú no quieres.

—Podemos ser amigos que están casados —dijo él.

—No, Carlo. Sabes que eso no es posible. —Se acercó y le acarició la cara—. Me instalaré en casa de mis padres. Lo organizaré todo para que ambos seamos libres otra vez. No será difícil. Te deseo lo mejor.

Él le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí.

—No lo permitiré. No lo permitiré —repitió, apretando más. Flavia jamás lo había visto perder las formas.

—No tienes que permitir nada. Suéltame. —Luchó un poco más contra la fuerza de su marido, que trataba de apresarla—. ¡Suéltame! —insistió.

Alzó la mano libre para pegarle, pero justo antes él la soltó. No hizo falta más para que Flavia entendiera que Carlo no era exactamente lo que ella creía. Jamás había visto esa mirada en sus ojos y le dio miedo, más por lo que escondía que por lo que mostraba.

Se dio la vuelta y salió de la casa Leone en dirección al hogar de los Viel. Esperaba no volver a aquel lugar nunca.

La explicación a sus padres fue breve y clara. A ambos les entristeció su decisión, pero su padre se mostró menos apenado. Giacomo Viel llevaba algunos meses viendo cosas extrañas y teniendo claro que su dinero cada vez le interesaba más a su yerno. Estaba dispuesto a comprender que la fortuna familiar de Flavia era un aliciente para Carlo, pero algunos movimientos lo habían puesto en alerta y, secretamente, había obrado para que su fortuna no quedara en manos de su hija hasta que estuviera seguro de que quedaba *solo* en sus manos.

—Tiene el cuadro —dijo Flavia cuando ya no había más que decir.

—¿Lo ha recuperado? —se sorprendió su madre.

—Sí. Lo tiene en su casa. No sé bien cómo se ha apañado, pero ha conseguido que lo retiren de la exposición. Podéis ir a por él cuando queráis. Yo preferiría no tener que volver y vosotros debéis ver qué tal está Carlo.

—Entonces..., ¿te quedarás?

—Supongo que sí —dijo Flavia sin ilusión, enjugándose las lágrimas.

Por la tarde, sentada al escritorio de su habitación en casa de sus padres, se sintió una adolescente al abrir la nota de despedida de Juan. Estaba escrita con su letra inclinada y poco legible, pero

aunque la comprendía bien, no veía el mensaje oculto que Juan había dejado en ella.

Querida Flavia:

Lo nuestro es imposible y temo hacerte un daño que NO mereces. SOY una persona con una vida que no conoces. Debo seguir mi camino Y volver con mi familia, igual que tú. Mi mujer y tu marido nO merecen que destrocemos sus vidas por esta aventura.

Te deseo lo mejor,

JUAN REZOLA

«Su mujer». Aquellas palabras la perseguían. Estaba segura de que Juan no tenía mujer. Era totalmente imposible y, sin embargo, eso decía en la nota. La dobló al oír a su padre llamar a su puerta. Él asomó la cabeza, le sonrió con comprensión y se sentó a su lado.

—Esto también pasará —le dijo—. Cuando te preocupe el coste de lo que vas a hacer, piensa en el precio de quedarte donde estás. No tienes que pedir mi consentimiento, solo faltaría. De hecho, hay algo que quería comentarte. Algo que me ha parecido extraño.

—¿Extraño?

—Sí, bastante. Me tiene confundido. Como sabes, por tu boda transferí unos fondos importantes a una cuenta a tu nombre y el de Carlo. Una de la que puedes disponer siempre que quieras. El asunto es que en Suiza estamos trabajando con otros bancos y encargué a tu marido que en su visita a Florencia transfiriera los fondos de esa cuenta de la Banca Commerciale a una que he abierto a tu nombre aquí, en la que he ingresado otra cantidad. Como esperaba, no puso objeción alguna.

—¿Por qué me cuentas eso? —Flavia jamás se había interesado por las finanzas de su padre ni las de su marido. Había vivido de uno y de otro sin preocuparse. Era austera.

—Porque Carlo no ha hecho el ingreso.

—Estuvo ocupado en Florencia. Esas operaciones son tediosas a veces.

—Lo imaginé. Por eso llamé al director del banco, buen amigo mío, con la intención de pedirle que atendiera a Carlo él mismo, para que tan solo tuviera que presentarse, firmar la transferencia e irse. Ahí vino la sorpresa. Me dijo que no teníais cuenta alguna. Carlo la anuló.

—Habrá abierto una en otra entidad.

—Eso pensé, pero, cuando le pregunté por sus gestiones en Florencia, sin ninguna mala intención por mi parte, me dijo que no había tenido tiempo de acercarse a hacer el traspaso. Me mintió.

—Eso...

—Es muy raro, lo sé. Tras hacer algunas llamadas, me preocupó saber que tu marido solo tiene una cuenta en la Banca Nazionale del Lavoro. Es una cuenta sin fondos, es más, tiene pendientes dos plazos de un crédito.

—¿Un crédito?

—Sí, uno pequeño, lo cual me preocupó más aún. Ese tipo de créditos los piden los que tienen pocos fondos... y se conceden a los que tienen pocos fondos.

—Pero Carlo...

—Pregunté al vendedor de la casa en la que se ha instalado. La que has conocido hoy. Carlo dice que la ha comprado, pero está arrendada y ha pagado los últimos meses con retraso. Todo huele muy mal.

—Pero sus padres eran personas con dinero..., seguramente puedan ayudarlo si tiene apuros económicos.

—Sus padres están desaparecidos. Traté de dar con ellos, pero parece que han volado. Yo ayudaría a Carlo sin problema, pero que me haya mentido tanto me ha puesto en alerta. He tomado el

control de lo que un día será tuyo y no lo soltaré hasta que esté seguro de que será para ti.

—Carlo nunca ha sido mentiroso —recordó Flavia.

—Los mejores mentirosos nunca lo parecen —respondió su padre.

Era demasiado para un solo día.

—Oh, papá —dijo Flavia, echándose a sus brazos.

De pronto su marido era un completo desconocido.

Y ella la más ingenua de las mujeres.

45

LA BAILARINA, EL PRÍNCIPE Y LA SILLA

El padre Orso y la princesa María José no utilizaron el tren real para llegar a Bordighera, pues querían que su visita a la Riviera fuera privada. En lugar del opulento vehículo real, se les destinó un vagón que se enganchó en un convoy de pasajeros corriente que viajaba hacia San Remo.

La mañana siguiente, con el mar plateando y la primavera ya presente, cruzaban la verja de Villa Regina Margherita, que el padre Orso no había visitado nunca.

—Es una pena que vengamos tan poco —dijo María José al ver la imponente fachada neobarroca, pintada de amarillo, con los marcos de las ventanas y las esquinas decoradas en blanco—. La reina Margarita la construyó con toda su ilusión para pasar el invierno, pero desde su muerte apenas la hemos utilizado.

El padre sonrió mientras le descargaban las maletas.

—Supongo que no hay mal que por bien no venga. Los problemas nos han traído aquí, pero hay lugares peores a los que nos podrían haber llevado —respondió, irónico.

—Sin duda, padre. Estoy segura de que nuestra estancia satisfará sus exigentes expectativas.

No cabía duda de que lo haría. La casa era imponente, mucho más que la Palazzina Reale de Roma, que, en comparación resultaba más práctica, privada y familiar. La Villa Regina Margherita servía a

otro propósito y era una de las mejores de la Riviera. Bellamente decorada, su elevada posición la dotaba de excelentes vistas sobre el mar, y la luz abundante que entraba por sus tres pisos de ventanales hacía que el mobiliario, cuadros, lámparas y oropeles brillaran. Durante sus estancias, la reina Margarita se rodeaba de artistas y músicos, y ese aire cultural era fácil de imaginar en sus salones amplios y confortables.

Tras la comida en el jardín, se emplazaron para después de la siesta, que el sacerdote no perdonaba nunca. El príncipe Andrés Románov los recibiría para cenar en su casa de Cap-d'Ail esa misma noche.

—En realidad, ya no es suya —le explicó María José—, se la tuvo que vender a la princesa Oldescalchi hace unos años, dicen que para pagar sus deudas de juego. Un desastre, pero es que Mónaco y sus tentaciones están demasiado cerca. En cualquier caso, la princesa se la deja a menudo. La suerte de los príncipes rusos en el exilio está siendo muy diversa. Muy pocos han comprendido que los tiempos en los que tiraban las cuberterías de oro al Neva se acabaron y que su dinero es finito. La madre de Andrés, la gran duquesa Vladímir, era una de las mujeres más ricas de Rusia. También fue el último miembro de la familia real en abandonar el país. Se vanagloriaba de eso, pero lo pudo hacer por poco tiempo, pues murió al año siguiente de su llegada. No abandonó jamás la pompa, viajaba en su propio tren y se rodeaba de un lujo extremo para demostrar que la revolución no había podido con ella, aunque hubiera podido, claro está.

—Pero vendieron la tiara...

—No fue ella, sino su hijo. Andrés es divertidísimo, pero poco cerebral. Está casado con la que fue *prima ballerina assolutta* de Rusia. Se llama Matylda Krzesińska. La llama Mala, sin pensar en su

traducción al italiano o al español. La historia es truculenta porque era a la vez su amante y la del zar, su primo, que estaba perdidamente enamorado de ella. Pero ella eligió a Andrés, que la hizo su esposa al morir su madre. Tienen un hijo cuya paternidad las malas lenguas adjudican al zar. En cualquier caso, viven una vida al límite del gasto y no podrán mantenerla por mucho tiempo.

—Si nos ayuda, quizás usted podría ayudarlos económicamente.

—He pensado en eso, pero lo haré de forma sutil, hoy mismo. El punto débil del príncipe es su mujer. La aristocracia le ha dado la espalda por su matrimonio con Matylda. Valía para amante, pero no para ser princesa Románov. A Andrés lo rodean buitres de poco nivel que pretenden ser sus amigos, pero que lo abandonarán cuando no les quede nada que llevarse de él. Que yo lo visite es un espaldarazo para su reputación.

Las puertas de «Villa Mala», como llamaban a la propiedad, se abrieron cuando el sol se ponía y la gran mansión blanca rodeada de palmeras se teñía de sombras rosadas. Era algo menor que la villa de la que provenían, pero estaba situada en un lugar privilegiado, al borde de un acantilado frente al Mediterráneo.

En la misma puerta los recibió Andrés. Tenía sesenta años y conservaba buen porte, con un fino bigote, cara limpia y mirada altiva. Estaba feliz de recibirlos y los hizo pasar a «su» casa y a la imponente terraza que se abría al mar. Hablaron de sus familias evitando los problemas y enfatizando las anécdotas alegres durante un buen rato antes de que María José se ciñera al guion de su plan.

—Pensé que podría conocer a la princesa Románov —dijo refiriéndose a su polémica mujer.

Estaba segura de que la pobre se había resignado a permanecer en sus habitaciones, convencida de que era indigna de sentarse a la mesa de una hija de los reyes de Bélgica que, además, estaba

destinada a ser reina de Italia. Andrés disimuló como pudo su sorpresa.

—Oh, me ha pedido que disculpáramos su retraso. Está volviendo de Mónaco, pero estaba muy ilusionada con conoceros. —Se giró e hizo un gesto al camarero que aguardaba en una esquina—. No tardará en estar con nosotros.

—Oh, eso sería ideal. Necesito vuestra ayuda.

—Ya la tienes —dijo Andrés—. Toda la que necesites.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la flamante princesa Románov se presentó ante ellos. Alta y hermosa, a sus sesenta y seis años aún caminaba con aires de bailarina, el cuello erguido, los movimientos suaves y distinguidos. María José sabía que a la madre de Andrés le horrorizaba, pero incluso la estricta gran duquesa tenía que haber reconocido que la amante de su hijo no era en absoluto vulgar. Le entristeció pensar en su lucha continua por ser aceptada y se alegró de ayudar un poco a romper esa barrera mostrándose especialmente amable, casi halagadora. Andrés Románov observó satisfecho la escena. Orso supo que podrían pedirle cualquier cosa, pero, por si acaso, María José hizo algo más.

—Te he traído algo, querida. Siempre he sido muy aficionada al *ballet* y sentí mucho no poder verte en el escenario nunca. Hace seis años, mis padres me invitaron a La Monnaie, en Bruselas, para ver a Anna Pávlova en *La muerte del cisne.*

—Conozco el final de la historia —dijo Matylda, seria.

—Sí, el tren que llevaba a Anna descarriló. Ella se afanó en ayudar a los heridos en medio de una tormenta de nieve, y acabó por morir de neumonía días después. Mi padre me regaló esto para que lo llevara al teatro, pero desde entonces soy incapaz de ponérmelo. Aun así, le tengo cariño y es un bonito recordatorio de mujeres como Anna Pávlova, o tú misma.

—Pese a la rivalidad lógica entre bailarinas, siempre la admiré y la quise. Fuimos compañeras en el *ballet* imperial.

María José cogió su bolso y extrajo un pequeño cofre rojo, con guirnaldas doradas en los cantos, que le entregó a Matylda. Ella dudó un instante antes de aceptar el regalo y tímidamente abrió el estuche. Dentro encontró un broche de pequeñas piedras preciosas y esmalte con forma de cisne. Su cara se iluminó y sus ojos se humedecieron. Era la primera vez que alguien del rango de la princesa heredera de Italia tenía un detalle tan valioso con ella. Se inclinó hacia ella y le cogió la mano mientras la miraba con emoción.

—No sé qué decir. Es lo más bonito que me han regalado nunca.

—No digas nada, tan solo póntelo. Parece que está con quien debía estar.

Orso temió que, pese a la emoción, el broche acabara ofreciéndose en una subasta si las cosas para sus anfitriones seguían la línea presente, pero la jugada de la princesa era maestra. Contarían con toda la ayuda de los príncipes Románov, pidieran lo que pidiesen, y el ambiente de la cena era ya no solo cordial, sino de abierto afecto.

—¿Recuerdas la tiara que vendiste a mis padres? —preguntó María José al rato.

—La recuerdo muy bien —aseguró Andrés.

—Me puede traer problemas... y necesito tu ayuda.

El príncipe se irguió un poco, extrañado.

—Cuenta con toda la que pueda prestarte, aunque no veo cómo un objeto tan magnífico pueda traer nada malo.

—Vendí las piedras que la decoraban. Necesitaba dinero para un asunto privado y ni mis padres ni mi marido saben que lo hice. La cuestión es que me quedé tan solo con la montura, pensando, quizás, en volver a decorarla algún día.

—Como sabes, entiendo muy bien tu situación. —Sonrió Andrés irónico; hacía tiempo que había aceptado las cosas como venían, poniendo parches similares—. Las joyas de mamá están mayoritariamente en manos de nuestros primos de las casas reinantes. A ella le hubiera disgustado, pero sus hijos necesitamos vivir.

—El asunto es que la montura me ha sido robada y, si se relaciona conmigo y se comprueba el desmontaje, se asumirá que ha sido para vender las piedras y tendré problemas —continuó María José—. Hay preguntas a las que preferiría no tener que responder ante nadie de mi casa ni de mi Gobierno.

—No te la he visto puesta nunca —dijo Andrés.

—La he usado muy poco.

—Entonces, la solución es fácil.

Andrés barruntó en silencio unos segundos hasta que, perceptiblemente, una idea cruzó su mente y una sonrisa pícara se marcó en su cara. Inesperadamente, se giró hacia la cristalera que separaba el porche del interior de la casa y la miró de arriba abajo. Luego, ante la estupefacción general, se levantó lentamente, cogió la silla en la que estaba sentado y, sin dudarlo, la tiró contra el ventanal, que con gran estruendo se rompió en grandes piezas de cristal y cayó al suelo. Desde dentro de la casa enseguida asomó personal del servicio, alarmado. Andrés intervino.

—No se preocupen. Dejen las cosas como están de momento. Está todo bien.

El camarero que los acompañaba en el porche había palidecido y todos los demás, salvo Matylda, que estaba acostumbrada a las excentricidades de su marido, lo miraban sin entender nada. El príncipe Románov pidió otra silla y se sentó en ella, divertido con su travesura.

—Es terrible cómo está cambiando el mundo —dijo mirando hacia el mar, sabiendo que todos querían que se explicara—. Esta misma noche, precisamente cuando el servicio estará en sus dependencias a la entrada de la finca y Mala y yo en el casino, entrarán a robar rompiendo la cristalera del jardín. ¡Qué calamidad! Será una pena perder la preciosa tiara de mi madre a manos de esos malhechores. —Se giró hacia todos y levantó una ceja, pícaro—. ¿No creen?

Se miraron asombrados durante unos segundos antes de que el padre Orso estallara en una carcajada que rápidamente se contagió a los demás. Luego un problema sobrevino.

—Las fechas no encajan. El que tenga la tiara sabrá que no ha habido robo, pues él mismo robó la montura hace semanas —dijo el sacerdote.

—Por supuesto, pero déjemelo a mí. Este no es un robo a cualquiera, sino a un primo del zar de Rusia, y aún tenemos alguna influencia, por pequeña que sea. En Rusia detuvimos el tiempo durante muchos años y aquí puedo jugar aún un poco con él. El comisario pondrá al robo la fecha que yo le indique a cambio de una cena en esta casa y algunas anécdotas sobre la corte de San Petersburgo. ¿Dos meses antes sería suficiente?

—Lo sería —confirmó el padre.

—Entonces no hay nada más que decir. La policía hará un informe con bonitas fotos de mi cristalera rota y el tocador de Mala revuelto, una extensa explicación de mi pena por la joya sustraída y asunto resuelto. Es el trabajo más fácil que podría encomendarle. Mucho más que encontrar la joya.

Era perfecto. Cuando quien le hubiera robado la tiara a Ludo averiguara que era del príncipe, se acercaría a su villa a preguntar. Iniciaría pesquisas. Probablemente simularía ser un detective o algo parecido. Si llamaban a su puerta, el príncipe diría que había sido

robada y allí acabaría la historia, sin relacionar a María José en nada. Ahondar más en la investigación delataría al ladrón, que tampoco podía preguntarle a Ludo por qué la montura obraba en su poder en primer lugar. El asunto se cerraría con muchas incógnitas y muchas respuestas falsas.

—Quien le pregunte por la tiara está implicado en el robo. Solo los que estamos aquí sabemos que ha desaparecido —lanzó Orso.

—Eso es así —convino Andrés—. Y, sin duda, relacionarán la tiara con los Románov. Era típicamente rusa, con forma de *kokoshnik,* y mamá se hizo algunos retratos con ella.

—No creo que nadie venga —siguió Orso—, la policía avisará a los joyeros de que la tiara ha sido robada y la noticia correrá como la pólvora hasta los interesados en ella. No hará falta que venga nadie aquí.

—Si viene alguien —le pidió María José—, trata de retenerlo, de saber adónde va, si se va, o dónde se aloja. Memoriza su cara. Mandaremos a alguien a visitarlo.

—Ojalá lo haga. Hace tiempo que tengo ganas de un poco de acción. Mi vida en Rusia era más emocionante y ya no hay maleantes que me asusten, imagino que igual que a todos los príncipes rusos.

Horas más tarde, el padre Orso y la princesa María José volvían a Bordighera con una sonrisa en la cara. Sentados en el asiento trasero del coche, el padre convino:

—Un personaje extraordinario el príncipe.

—Sí, muy ruso, como ha podido comprobar. Todos eran parecidos cuando estaban en San Petersburgo. Príncipes refinados con alma de cosacos. Acostumbrados a la violencia y al exceso. Les gustaba romper cosas, tirar cosas, lo teatral y grandilocuente, la provocación. Sus fiestas nos impresionaban a todos por esa dualidad. Empezaban

como las de otras cortes europeas, pero acababan entre el delirio y el desmadre. Ni siquiera el príncipe Yusúpov, que en la distancia corta parece frágil y apocado, resultó ser tal cosa al final.

—Mató a Rasputín.

—Exacto. A veces creo que el único príncipe ruso que carecía de ese lado salvaje fue el que luego sería zar. Era el menos ruso de los rusos.

—Quizás por eso acabaron con él.

—Sí —dijo la princesa mirando por la ventanilla—. Lamentablemente este no es un mundo para poetas. Es un mundo para guerreros.

46

LA MAFIA Y EL ARTE

No le habían tocado un pelo desde que, como en un suspiro, una mujer había aparecido en su piso, lo había reducido en el suelo, encañonado y dejado muy claro que no vacilaría en pegarle un tiro si no la obedecía. Lapsus se había puesto muy nervioso y había ladrado tanto que Juan pensó que quizás atacara a la desconocida, pero, al ver que tenía una pistola, obligó a su labrador a calmarse. Un perro tan bueno era fácil de matar. Luego, la mujer lo hizo sentarse al volante de su Bugatti y salir de Florencia en la dirección que ella indicó. Tras pasar Mugello, entraron por un camino de tierra al fondo del cual una villa palladiana en ruinas desafiaba al tiempo.

—Bájate —le ordenó.

Él obedeció y enfiló hacia el edificio sintiéndola a la espalda y con el perro pegado a él. Tenía miedo, por supuesto, pero la curiosidad igualaba a esa sensación. Lapsus nunca había estado tan nervioso y jadeaba como si hubiera corrido durante horas.

—Soy una buena persona. No debo nada a nadie, nadie me lo debe a mí, vivo tranquilo y carezco de relevancia. Tampoco la busco. Si me vas a matar, me gustaría saber qué he hecho, porque temo que estés confundiéndote.

Ella valoró lo que Juan había dicho. Aunque estaba acostumbrada a matar sin preguntar, en aquella ocasión, precisamente porque Carlo Leone le había dicho que no lo hiciera, lo haría. Siempre

detectaba algo en el interior de la gente a la que ajusticiaba. Había cierta suciedad en su mirada, o en sus palabras, quizás solo en sus gestos..., pero Juan Rezola carecía completamente de aquello. Con todo, iba a tener suerte, porque, aunque su muerte estaba encargada, de momento las instrucciones eran tan solo que lo retuviera: don Gonzaga aún no había decidido si aceptaba que Carlo Leone le pagara ese trabajo y sus anteriores deudas con un cuadro, por muy Botticelli que fuera.

La Sociedad Honorable jamás mataba sin motivo o pago, así que Juan permanecería encerrado en una de las salas de aquella casona abandonada, acompañado por su perro, a pan y agua, hasta que Ludo recibiera instrucciones.

Llegaron dos días después. Don Gonzaga Testa aceptó que le pagaran con el cuadro, sobre todo porque estaba harto de Carlo, que llevaba varios meses escabulléndose de los emisarios del don. Ludo debía interrogar a Juan, averiguarlo todo sobre él y matarlo si no había nada que lo impidiera.

Por su parte, tras tener tiempo para rebuscar en su vida, Juan Rezola sabía bien qué era lo que había hecho mal, qué era lo que podía haberle acarreado los problemas que llevaba dos días sufriendo en aquella sala húmeda, fría, llena de ecos y vacía de todo lo demás, encerrado tras una puerta gruesa que había intentado derribar en vano. Era falsificador de arte y, como tal, había muchas importantes familias que disfrutaban de obras suyas sin sospechar que no eran de los afamados pintores a los que imitaba. Alguna habrá descubierto el fraude. Podía ser eso, así que cuando Ludo volvió a presentarse ante él y, sentado en un rincón, supo que su tiempo en el purgatorio había acabado y que las puertas del infierno se abrían para él, decidió ser sincero. Enfrentarse a la mujer grande, fuerte, con aspecto de profesional que lo encañonaba no era una

buena idea. Calmó a su perro, que por primera vez en la vida gruñó enseñando los dientes, para que tampoco él se arriesgara a llevarse un tiro.

—Lo siento —dijo serio—. Lo siento de veras. Me dejé llevar por la facilidad, por la única cosa que hago bien. Tengo dinero, puedo devolvérselo a quien se haya sentido engañado, a tu jefe, si es él quien ha descubierto mi engaño. —Ludo abrió los ojos mucho y asintió con la cabeza, invitándolo a seguir con una explicación que no había pedido—. He falsificado muchas obras de arte. He vendido muchas. Pero el encargo actual era de otro género. —Se le ocurrió que quizás fuera precisamente por eso por lo que se le castigaba—. Lo siento... si te gusta el Duce... Soy español, si actúo contra él es por la mujer de la que estoy enamorado. No puedo decir que me guste en nada Mussolini, pero, aun gustándome, haría todo lo que Flavia me pidiera. Pinté un cuadro para que su marido la engañara, una copia igual a la que viste en mi estudio.

«Un cuadro para su marido», se repitió Ludo, confundida ante aquella caótica explicación, pero a la vez empezando a interesarse.

Decidida a dejarlo hablar y preguntarle, se sentó frente a él, que ni lloraba ni imploraba piedad, rendido a la seguridad de su final. De nuevo, en sus ojos vio una dignidad limpia y alejada de la escoria con la que a menudo trataba.

—Quiero que me lo cuentes todo. Punto por punto —le dijo muy seria.

Y Juan lo hizo. Paso a paso y ordenadamente. Desde sus inicios como falsificador hasta la cala de la costa de Gerona donde se había enamorado de una italiana, a la que luego había seguido hasta su castillo en los Abruzos. La describió a ella, a su entorno y a su marido, del que Ludo ya tenía bastante información. Repasó su llegada a Trieste y su vida en Florencia. También le explicó el plan

para cambiar el cuadro auténtico por el falso, que ya no temía desvelar, pues Carlo lo había desbaratado haciéndole creer a su mujer que ya lo había recuperado él. Cuando Juan mencionó el túnel, el acceso secreto y su utilidad, Ludo vio el cielo abrirse, pues no podía haber nada más conveniente para ejecutar el plan que la Sociedad Honorable tenía: matar al Duce en una exposición privada, colocando una buena bomba en un jardín poco vigilado era sencillamente perfecto. Fácil y perfecto.

Pero de su conversación se desprendía algo más: ¿iba Carlo Leone a pagarles con un cuadro falso? ¿Acaso por aquella razón no quería que hablaran con Juan? A Ludo le costó creer que fuera tan osado, pero quizás tan solo era muy tonto.

Escuchó al cautivo hasta el final y, cuando acabó, vio cómo se quedaba mirándola un instante antes de apoyarse contra la pared y suspirar hondo. Eso era todo.

—¿Me vas a matar?

Ella le devolvió una mirada honesta.

—Es lo que me han encargado.

—¿Un coleccionista enfadado?

—Creo que no. Más bien un marido celoso. —Lo acababa de descubrir.

—¿Carlo?

—Sí.

—Sabe lo mío con Flavia.

—Sí.

—Debe de haberte pagado mucho.

—No es a mí a quien debe pagar, sino a mi organización.

—Pues a ellos entonces.

Ludo lo miró en silencio. La Sociedad Honorable estaba muy por encima de las trifulcas amorosas familiares y en parte era una

ofensa que la utilizaran para aquel menester insignificante. «Enemigo pequeño te hace pequeño», le había dicho en una ocasión don Gonzaga con toda la razón. Si habían aceptado el encargo sin hacer más preguntas, era tan solo porque iban a recuperar una deuda importante. Ludo mataba a personas relevantes, no a amantes, y aquel le parecía infinitamente más honesto que el señor Leone, que vivía una vida de mentiras y promesas incumplidas, las dos cosas que la Sociedad Honorable no perdonaba.

Frente a ella había un hombre que pretendía engañar al Duce, minar su prestigio... y tenía un buen plan para hacerlo. Ludo iba más allá: quería matar a Mussolini, y aprovechar el plan que Juan Rezola había dejado inacabado era una excelente opción. En otra línea de actuación, su cautivo también podía serle útil; si Juan estudiaba el cuadro con el que Carlo Leone pretendía pagarles, sabría dilucidar si era el que él había pintado o el auténtico. Si Leone pretendía engañar a la Sociedad Honorable, lo lamentaría.

En cualquier caso, que su acreedor tuviera tratos con un falsificador era una muy mala señal.

—Negociemos —dijo Ludo de pronto—. Quiero que me enseñes el túnel hasta el palacio donde pensabais sustituir el cuadro. Quiero saberlo todo sobre esa exposición privada. Somos una organización honorable, y este gesto sella la honorabilidad de nuestra relación. —Le tendió la mano y se la apretó—. Si no nos mientes, nuestra asociación no te traerá problemas.

Ludo no le dijo nada del Botticelli que Carlo Leone había prometido como pago, pero no cabía duda de que lo haría pasar por el filtro de Juan Rezola.

En serio deseaba que Leone no estuviera intentando jugársela, pero sonrió ante lo irónico de la vida. Las tornas habían cambiado para Rezola.

Al final sería él quien decidiera si Carlo debía morir.

47

DOS MARCOS

Anetta Calderone cruzaba el centro de Florencia con una urgencia que no tenía y una velocidad que no necesitaba. Llevaba días de mal humor y apartaba a la gente a su paso de mala manera, con una fuerza que contrastaba con su cuerpo menudo y flacucho. La señora Flavia la había dejado allí sin nada que hacer mientras arreglaba sus cosas, pero Anetta dudaba de que tuviera el valor. A menudo es mucho más fácil soportar lo mediocre que arriesgarse por lo excepcional. Así, sin creerla del todo, le había acariciado la espalda cuando ella le había contado que el español la había abandonado y que dejaría a su marido una vez que estuvieran en Lausana. Había pasado más de una semana y aún nada había sucedido, pero Anetta seguía yendo a diario al piso, que brillaba como la plata bruñida. Al margen de los preparativos para la visita de Hitler, que avanzaban a ritmo vertiginoso y revolucionaban el entorno, en el plano personal no había pasado nada en toda la semana hasta ese martes, en el que sucedieron dos cosas.

La primera ocurrió por casualidad, cuando, al entrar en una cafetería, cerca de la Academia, se topó en la barra con un profesor en cuya casa trabajaba desde hacía años su prima, y ella, si estaba en Florencia, ayudaba cuando necesitaban personal extra. Él la saludó muy amable, pero parecía ocupado, cansado, y cuando otro

hombre se sentó frente a él, Anetta, desde la mesa contigua, escuchó el porqué.

—Es por la visita del Führer. Estamos reordenando algunos de los lugares que va a visitar, trayendo los objetos y obras más relevantes, y poniéndolas en el lugar de otras de menor nivel —explicó el profesor.

—Debe de ser laborioso —dijo el otro.

—Mucho, mucho más de lo que imaginé... Pero, bueno, tan solo son unas semanas de duro trabajo. Por suerte no seré yo el que tenga que estar presente cuando den el veredicto a todo esto.

—¿El veredicto?

—Por supuesto. El veredicto. Debemos impresionar al visitante, al Führer alemán. Si no, será un tremendo fracaso. Será el profesor Ranuccio Bandinelli, de la Universidad de Pisa, quien esté con él entonces. Va a ser el guía principal de la visita. Bandinelli es perfecto para el trabajo, pero ya veremos cómo acaba la cosa. Los grandes hombres suelen ser los más imprevisibles. Esperemos que todo salga bien.

—¿Y ese profesor ya sabe qué enseñar? Florencia no se puede ver en solo un día —opinó el desconocido.

—Debe de saberlo ya, sí, claro. Nosotros conocemos gran parte. El programa está bastante claro. Acompañará a Hitler y al Duce a todo: Boboli y Pitti, los Uffizi... Lo típico.

«Ya veo, sí..., lo típico», se dijo Anetta, decidiendo cómo utilizar la información.

Más tarde encontró a un mozo con mono y gorra en la puerta del edificio de la San Gallo, llamando insistentemente al piso que Juan Rezola había dejado. Como le gustaba hacer siempre, se presentó como la guardiana del lugar, molestándose de que cualquiera se atreviera siquiera a tocar la puerta.

—¿Qué desea? —le dijo, adoptando el tono exigente del que no le gusta que invadan su espacio.

—Busco al señor Rezola —dijo el joven quitándose la gorra—. Le dejé hace un par de semanas un marco igual al que le hicimos anteriormente, pero me manda mi jefe porque no lo ha pagado aún.

—¿Otro marco?

—Sí. Una obra de arte para enmarcar una obra de arte. Un marco idéntico al que hicimos en primer lugar. Igual al que encargó la señora Flavia Leone.

—¿Para qué querríamos dos marcos para una sola obra?

—Si son para la misma obra, para nada.

—¡Pues claro!

—No tiene sentido.

—No, no lo tiene.

—Pero el trabajo está hecho —volvió él—. Yo mismo lo entregué.

—Y la señora Leone no debe dinero a nadie.

—Es el señor Rezola el que lo...

—¡Chitón!, el señor Rezola es un caballero, tampoco debe dinero a nadie —lo interrumpió Anetta, sorprendiéndose por defender al español.

Miró de arriba abajo al mozo y recordó su cara de la tienda cercana al Ponte Vecchio. Sin dudarlo, se metió la mano en el bolsillo, pagó lo que se le debía y se apuntó mentalmente la cifra, que le reclamaría luego a Flavia.

No consiguió entender por qué un solo cuadro debía tener dos marcos.

Pocos días después, Flavia recibía una carta en la Villa des Hortensias, la casa de sus padres en Lausana. Una carta que, sin quererlo, era reveladora.

Querida señora:

Le escribo por la tarde en su apartamento de Via San Gallo, el sol entra por las ventanas y parece que la primavera finalmente se ha instalado en la Toscana. Espero que venga pronto, seguro que sí.

Todo se está preparando para la visita del Führer y la gente no sabe qué pensar. Ni siquiera yo sé decirle si la ciudad está bonita u horrorosa, pero, en cualquier caso, es una Florencia diferente y más incómoda. Ha llegado mucha policía y dicen que ya falta poco para acabar las obras, que estorban. Respecto a eso, parece que el guía escogido será el profesor Ranuccio Bandinelli. Al parecer, es muy célebre, pero yo solo he sabido de él por lo que he investigado tras oír su nombre por casualidad. Es profesor en la Universidad de Pisa. Bueno, ¿usted había escuchado alguna vez ese nombre? Imagino que fue él quien ayudó a su marido a recuperar el cuadro.

Respecto a eso, el otro día sucedió algo extraño. Apareció un hombre en la puerta de la casa llamando al apartamento del señor Rezola. Al parecer, le había encargado otro marco más, igual al que tenía el retrato original y que encargó usted. Me extrañó mucho, pero lo pagué, le adjunto la nota. ¿Para qué un cuadro tendría dos marcos iguales?

Bueno, espero verla pronto, que deje a su marido si eso es lo que quiere y que don Giacomo y doña Cosima la entiendan lo mejor posible. Señora, vivir es lo más urgente que hay en la vida. Recuérdelo.

La espero en Florencia,

ANETTA

Flavia dobló la carta extrañada. Luego algo pasó por su cabeza y decidió ir a casa de su aún marido para averiguar si era una tontería o algo a lo que debía prestarle atención. No había visto a Carlo más que en misa el domingo, y él se había mostrado muy amable, sin presionarla, pero extremadamente parco en palabras. Su padre lo había saludado con frialdad. Ella seguía digiriendo lo que sabía respecto a sus sospechosas finanzas, pero todo había sido muy civilizado, tanto que su madre había insinuado que podían proceder de aquella manera el resto de su vida.

—No hablarse con tu pareja puede ser una ventaja. Es mucho más fácil discutir y encontrar puntos de roce cuando se habla mucho. Cuando se mantienen las distancias, los matrimonios funcionan estupendamente. Si tu marido no dice nada que te interese, quizás sea mejor que no lo diga.

Flavia ni había contestado.

Llamó a la puerta y enseguida la llevaron al salón, igual que hubieran hecho con una invitada. Carlo nadaba entre varios fajos de papeles desordenados, con aspecto malhumorado. Al verla, su expresión se ablandó y sonrió.

—Qué agradable sorpresa —dijo.

—Te veo muy ocupado —replicó ella. De pronto tenía que fingir una calidez que no sentía.

—Bueno, ya sabes, negocios, un aburrimiento.

Siempre igual.

—Bueno, Suiza es aburrido. Casi te envidio, por lo menos tienes algo que hacer.

—Volveremos a Italia en cuanto podamos. Ten fe —dijo él. Hacía días que Flavia la estaba perdiendo sin remedio.

—No le tengo simpatía —dijo ella acercándose—, pero me hubiera gustado estar para la visita del Führer. Me ha escrito Anetta, al parecer está todo patas arriba. Han escogido al guía, a Bandinelli. Entiendo que ese es el hombre al que debo agradecer que el retrato de Colomba Corsini no se vaya con Hitler.

—Eso es. A Bandinelli... y a mí, que le pagué.

—Cierto. Me dijiste que necesitaba el dinero.

—Bueno, eligió una mala profesión. Los profesores no ganan demasiado. Bandinelli es un hombre con estrecheces y me lo hizo saber. Vi la oportunidad y la aproveché. Pobre hombre... Supongo que es lo normal en su gremio. Ninguno vive en una casa como esta.

—Que compraste para nosotros.

—Sí, me alegra que..., bueno, que comprendas que la compré para una familia, no para mí solo.

—¿Vas a colgar el retrato? —dijo ella, recordando que su padre le había dicho que la casa estaba en realidad alquilada y que, además, Carlo la pagaba con retraso.

—No pensaba. El cuadro es de tu padre. Se lo puedes llevar si quieres. Está allí mismo.

Otra señal. El fabuloso Botticelli familiar estaba apoyado contra la pared, en el suelo, cerca de una puerta que supuso daba a la cocina, en un lugar donde no hubiera sido difícil que alguien lo golpeara. Flavia se acercó al cuadro y lo cogió con las manos. Luego le dio la vuelta para mirarlo por detrás. El lienzo era antiguo y los parches de la tela eran idénticos a los del original, pero un detalle llamó su atención. No había hembrilla atornillada al marco. La copia que había dejado en Florencia sí la tenía, y ella lo sabía bien, pues había sido muy arduo encontrar una antigua. El original, que había colgado durante años en el castillo de Faggio, también la tenía. Aquel marco no solo no tenía aquella pieza, además, su madera lisa no mostraba señal alguna de haberla tenido. Flavia lo entendió todo rápidamente.

Era una copia. Una copia hecha por Juan Rezola. Solo él era capaz de aquella perfección.

Odió a Juan por haberla engañado. Odió a Carlo aún más por haberla engañado también en aquello y, se temía, en tantísimas cosas más. La casa, sus finanzas... y las de Ranuccio Bandinelli. Flavia conocía bien a la familia Bandinelli. Era una de las de mayor importancia de Siena, con extensas propiedades y un patrimonio que hacía que el de Carlo, incluso el impostado, fuera insignificante a su lado. No, Bandinelli no era sobornable, y menos aún por su marido, que, al parecer, necesitaba dinero con urgencia. Probó algo más, aunque lo hizo mirando el retrato para que él no viera sus ojos inyectados en rabia.

—Mañana papá quiere que vayamos al banco. Imagino que con tanto papeleo no tendrás tiempo de venir, pero, si quieres, puedo retirar un poco de dinero. Aún no tengo claro que debamos estar juntos, creo que no, pero, como te dije, somos amigos, así que, si necesitas que lo retire yo, ya me lo devolverás cuando vayas al banco tú.

Carlo no levantó la mirada de los papeles, pero su tono de voz cambió ligeramente a más alegre.

—Oh, sí, sí, me harías un favor. No tengo un minuto estos días. Quizás podrías sacar mil o dos mil francos.

—Vaya, es una cantidad importante. —Flavia se impresionó. Los problemas financieros de Carlo debían de ser serios.

—No te preocupes, iré yo. Es solo que... sin ti aquí me tengo que ocupar de todo y los bancos cierran tan pronto... —replicó él, deseando que ella se negara.

—No te preocupes. Mañana volveré. En serio, quiero que seamos amigos.

—Seamos más que eso, por favor. Me voy a ir unos días a Milán. Asuntos de trabajo. Pero me gustaría verte a la vuelta. Sabes que te quiero. Te necesito cerca.

«No tengo ninguna duda», se dijo ella.

—Me llevo el cuadro. A papá le gustará mucho volver a verlo.

—Llévatelo. Siempre ha estado enamorado de Colomba. Ojalá tú me quisieras igual.

Flavia sonrió con desgana y encaró la salida. «Mi amor hacia ti es tan auténtico como este cuadro», hubiera querido replicar.

48

LIBRE

La mafia se había movido por interés siempre, y aquella no iba a ser una excepción. Ludo necesitaba que, cuando Carlo pagara a su organización, Juan verificara si el cuadro que les entregaba era auténtico o falso. Si los engañaba, lo haría por última vez. Además, también quería que Juan le mostrara el túnel que habían excavado, que había pasado a ser un elemento prioritario en sus planes para atentar contra Mussolini. Hacerlo en el poco vigilado palacio Pandolfini, donde podría entrar horas antes y colocar una bomba, era tan fácil como quitarle un caramelo a un niño.

Así que, a mediados de abril, Juan Rezola volvió a encontrarse en su apartamento de la Via San Gallo con una mujer, una rubia y alta, de ojos azules y aspecto frío, muy distinta a la morena y sonriente de la que estaba perdidamente enamorado. Una que lo había raptado y lo había liberado, irónicamente lo contrario de lo que había hecho Flavia, que lo hizo libre cuando se conocieron y lo había encadenado a ella al enamorarse. Estaba deseando quedarse solo para escribirle y comunicarle que aún estaba vivo y la esperaba. Anetta sabría cómo hacerle llegar la carta.

Pero había otra mujer a la que añoraba: la copia del retrato de Colomba Corsini que se había quedado en Florencia no estaba en su piso, donde la había dejado.

—Usted misma vio que había un cuadro —dijo Juan.

—Lo sé —respondió ella, pensativa—, pero no creo en las casualidades. El que ha entrado en su piso ha venido exclusivamente a por él. El señor Leone ya tiene su copia. ¿Para qué querría otra?

—Para entregársela a usted —aseguró Juan—: la copia que le hice a Carlo se la ha dado a su mujer, alegando que es el original, y lo mismo pretende hacer con ustedes entregándoles la segunda copia.

—¿Reconocería la obra? ¿La falsificación?

—En un santiamén. Antes que nadie —dijo Juan recordando la marca que hacía en sus obras.

—Me cuesta creer que sea tan osado. La Sociedad Honorable... Todo el mundo sabe lo que pasa cuando se nos engaña.

—Cierto, pero la desesperación activa la osadía.

—Así es. Habrá que ver si el señor Leone se arriesgará a cambiar el cuadro auténtico por su cuadro falso o si pretende engañarnos entregándonos directamente el falso. Si engañará a Mussolini o a la Sociedad.

—No me gustaría estar en ese brete.

—A mí tampoco. Pero nadie llega a un cruce de caminos tan oscuro sin haber transitado mucho tiempo en su dirección. Enséñeme el túnel.

Era mediodía y la puerta del templo estaba abierta. Discretamente, Juan abrió el armario de la entrada y apremió a Ludo para que lo siguiera. Esta se mostró maravillada, tanto que la vio sonreír por primera vez. Bajaron a la cripta y de allí pasaron a la bodega. Tras la hilera de toneles, Juan le mostró el túnel. Serían por lo menos cuatro metros que había excavado, en solitario, Flavia.

—Es extraordinario.

—Sí que lo es —convino Juan—, quedan tan solo unos centímetros. Tras esta pared hay un laurel que tapa la salida al jardín. A pocos metros, en el otro extremo del césped, está la galería

donde se expondrá el cuadro. El lugar donde se le entregará el regalo a Hitler.

—Lo tiene todo muy claro. ¿Por qué debería creerlo?

—Porque solo miento con el pincel. Soy un falsificador de arte que odia la mentira.

Ludo era de las pocas personas capaces de entender aquella contradicción. Pertenecía a una organización controvertida. Cruel para muchos y fiel para otros. De amores y odios extremos. Le creyó.

—¿Quieren matarlo? —preguntó Juan.

—Eso no es importante.

—Quieren matarlo —aseguró el español—. Tranquila, no seré yo quien se oponga.

—Nunca se oponga a quien no pueda ganar.

—Quizás puedan librarnos de los dos. Hitler y Mussolini. Italia y Alemania se lo agradecerían.

Ludo no dijo nada, aunque estaba de acuerdo. Matar a Mussolini y de propina llevarse también al infierno a Hitler. Tal vez eso colocara a la Sociedad Honorable bajo otro cristal y la gente perdonara tantas décadas de calamidades. Habían defendido sus intereses aplastando a menudo los de los demás, arrastrando a mucha gente a la desgracia con su violencia. Quizás fuera la hora de hacer algo que fuera beneficioso para todos. Quizás, por una vez, el león cazara para las gacelas.

Miró a Juan en la penumbra de la bodega y, sin entender bien por qué, le dijo:

—Es usted un buen hombre. No debí haberlo retenido. —No podía disculparse porque solo cumplía órdenes, pero se sintió en deuda con Juan. Por haberlo maltratado injustamente y por la ayuda que le acababa de prestar —. Ojalá nunca nos necesite, pero, si lo hace,

encuentre la forma de localizarme. Mi nombre es Ludovica Conti. Nunca olvido a la gente que me ayuda.

49

LA RUTA

Ranuccio Bandinelli se había acostumbrado a que Ludo apareciera semanalmente en algún momento. Ya no había un lugar de encuentro fijo, pues su propia vida empezaba a carecer de puertos a los que volver y de rutinas establecidas; la soldado de la mafia se presentaba a su lado cuando menos lo esperaba y en los lugares más inverosímiles. La vida de paz que había planeado se había vuelto peligrosa, pero, aunque Ludo fuera el motivo de sus temores, debía reconocer que la profesionalidad que demostraba y el aplomo con el que le hablaba contribuían a hacerle pensar que por lo menos no estaba en manos de una banda de pistoleros chapuceros. Era un consuelo escaso, pero menos era nada.

En aquella ocasión, la joven italoalemana lo asaltó en el centro del Ponte Vecchio, allá donde las tiendas desaparecen brevemente y la vista sobre el río de pronto se hace realidad.

—Sígame —le dijo pasando por su lado para colocarse delante de él.

Él obedeció y anduvo tras la trenza trigueña unos minutos más, hasta que ella entró en una pequeña taberna y se sentó al fondo de la barra. Era guapa pero dura, tanto que incluso los más seductores de sus compatriotas debían pensárselo mucho antes de acercarse. Una vez más, se mostró amable pero directa. No le importaba nada que no tuviera que ver con el atentado a Mussolini.

—Entiendo que la ruta ya está confirmada, ¿cierto?

—Sí. El ministerio y el mismo Duce la aprobaron hace una semana y la delegación alemana dio el visto bueno ayer. Se pretende que sea un día intenso y que Hitler vuelva impresionado del apoyo al régimen. Se ha declarado festivo en la Toscana. Quieren calles repletas y vítores.

—Eso es.

—El presupuesto de la visita es de diecinueve millones de liras, pero ya se ha gastado buena parte y será de más aún. Un lastre para las finanzas de la región, pero claro, nadie ha osado discutirlo.

—Si todo sale bien, se hablará muy poco del coste.

—Los alemanes llegarán a las dos a la estación de Santa Maria Novella, donde los recibirán Mussolini y el conde Ciano.

—¿El rey no?

—No, parece que no, y, por lo que se habla en el ministerio, todos dan por sentado que Hitler está encantado.

—Probablemente desprecie al rey.

—Desde allí circularán por Via Panzani hasta la Piazza del Duomo.

—Esa será su primera parada, claro.

—Se equivoca. No se bajarán, ni siquiera descenderán del coche. Es una especie de desplante hacia la Iglesia. Hacia la casa católica de Florencia.

—Son absurdos.

—Sin duda. Pero desde allí se dirigirán a otra basílica que sí visitarán. Circularán junto al río hasta la Santa Croce. La plaza es muy amplia y estará abarrotada. Quizás allí puedan...

—No se preocupe por eso. La información es reveladora. Los dictadores han previsto un trayecto donde la gente prácticamente podrá tocarlos.

—Es cierto, y se estrecha aún más. Ya conoce Florencia. El centro... es el centro.

—Exacto.

—Bueno, como le decía, se bajarán a visitar la Santa Croce, previsiblemente cerca de la estatua de Dante. Visitarán la cripta de los mártires del fascismo. Han añadido una lápida nueva, por los mártires del imperio y por España, en referencia a los que lucharon en Abisinia y a favor de Franco.

—Una visita de relieve para una ciudad en la que tenemos tumbas diseñadas por Miguel Ángel. —Rio Ludo.

—Miguel Ángel está enterrado en esa misma iglesia, como sabe. También Galileo. No he intentado disuadirlos de visitarla. Es magnífica. Desde allí iremos al palacio Pitti. Por el camino hay prevista una parada en un mirador para observar la vista. Entrarán en el recinto del palacio a través de la puerta Romana y los jardines de Boboli, donde se les ha preparado un espectáculo de juegos medievales con trajes de época. No se bajarán del coche, pero se detendrán a verlo y se les ofrecerá un regalo al finalizar. No he conseguido disuadirlos de esta parte, que, por lo que sé, no interesará a nadie. En cualquier caso, aunque Hitler se alojará en su propio tren, se le han preparado estancias en el palacio para que descanse luego si quiere hacerlo. La visita le gustará, de eso no cabe duda.

—Seguro.

—Desde allí seguirá a pie por el corredor Vasari.

—Mmm —barruntó Ludo.

—Sí, lo sé. Los dictadores van a usar el corredor exactamente con la misma intención por la que fue construido por los Medici. Un kilómetro de pasillo cubierto desde su palacio de descanso, el Pitti, hasta su palacio de trabajo, el Vecchio. Los Medici no querían

mezclarse con la gente de la calle, incluso hicieron cerrar los comercios cuyo olor los molestaba a su paso, pero el Duce se asomará al balcón al cruzar el Ponte Vecchio, justo encima del punto central en el que hoy me ha interceptado. Han hecho una gran abertura a tal efecto, imagino que no se fijó.

—No lo hice, no.

—Bueno, la verá luego. Desde allí seguirán por el corredor hasta los Uffizi. Hay planificada una exposición de arte alemán además de la existente. Desde allí, aún en el corredor Vasari, llegarán al Palazzo Vecchio. Saludarán al alcalde y a los descendientes de las familias nobles florentinas en la Sala de los Quinientos, y luego, desde el balcón, al pueblo.

—¿Sabemos qué familias han sido invitadas?

—No al Vecchio, pero después los dos dictadores irán en coche al palacio Medici Riccardi, donde cenarán con un grupo de ciento veintiséis invitados que sí conocemos. Los mismos acudirán más tarde a la representación en el Teatro Communale. A nuestro invitado se le ha reservado el palco real sin queja alguna de nadie. Hitler irá con todo su séquito de jerarcas: Goebbels, Hess, Himmler, Frank y Von Ribbentrop. Mussolini lo hará con el conde Ciano, y los ministros de Educación y de Cultura Popular, que, a fin de cuentas, son los que están al mando de toda la organización cultural. Tras la representación, volverán a la estación pasando por la plaza Vittorio Veneto, donde se ha previsto un espectáculo pirotécnico.

—Me gustan los fuegos artificiales —dijo Ludo—, disimulan muy bien los disparos.

Bandinelli obvió el comentario.

—Lo que me ha extrañado es que, tras esa parada, el Duce irá directo a la estación mientras el Führer y yo daremos un rodeo. Por

lo visto hay una parada prevista, pero no he sido informado, hay cierto secretismo respecto a ella.

—Pararán en el palacio Pandolfini.

—Pero... nadie me ha dicho nada de eso...

—Le informarán pronto. Quizás el día antes. Planean regalarle algo al Führer y lo harán en ese palacio. Por lo que dice, será una parada de minutos, poco más que entrar y salir mientras el coche espera fuera.

Ludo le explicó la situación por encima al tiempo que se daba cuenta de un importante inconveniente: Mussolini no pensaba acercarse al palacio Pandolfini. Su plan para utilizar el túnel que Flavia Viel había construido se acababa de desvanecer y era el mejor plan posible. Negándose la realidad, hizo lo que cualquier otro hubiera hecho.

—¿Está completamente seguro de que el Duce abandonará a Hitler después de los fuegos artificiales?

—Completamente. Vuelve a Roma el mismo día y va a detestar la visita de principio a fin, habida cuenta de su afición por el arte.

—Pero quizás le guste ser testigo de la entrega del regalo a su homólogo alemán.

—Me extrañaría mucho. Se llegó a sugerir que lo dejaría solo a mitad de la visita y se reencontraría con él en el Teatro Communale, pero al final parece que se esforzará en ser cortés, aunque no tanto.

«Eso es un contratiempo», se dijo Ludo. Su plan para colocar una bomba en el palacio Pandolfini era imposible. No quería matar a Hitler, quería matar al Duce, y, si no iba a pisar el palacio, no le servía de nada el túnel.

—¿Sabe qué piensan regalarle al Führer? —interrumpió Ranuccio.

—Creo que arte, un cuadro —contestó Ludo, aún rumiando qué hacer.

—Eso es terrible —continuó el profesor—. Con la poca afición del uno y la mucha del otro, seguro que nuestro país se despedirá de alguna obra única.

—Puede estar seguro.

—Cielo santo.

—Sí, pero vayamos a lo nuestro: si logramos acabar con el Duce, la obra será el recuerdo de una mala jornada. Me ha dado mucha información. Hay varios puntos débiles, tantos como personas encontrarán en su recorrido.

—¿Qué tendré que hacer?

—Probablemente nada. Ya ha hecho lo más valioso: conocer el recorrido lo facilita todo.

—Es alto secreto.

—Lo sabemos.

—Recuerde el trato que tenemos respecto a mi familia —apuntó Bandinelli.

—Está todo organizado. El día anterior de su llegada a Florencia ellos viajarán a Suiza desde la finca de Siena. La Sociedad los alojará en un chalet en Rougemont, cerca de Saanen. Allí lo esperarán.

—Ojalá no sea una espera eterna. No soy un héroe. No quiero morir cuando maten al Duce.

—No lo hará. Su labor será sencilla. Quizás solo deba explicarle una de las obras a Mussolini un poco más tiempo del necesario para que podamos apuntar limpiamente, o agacharse en el momento adecuado. En pocos días lo sabremos, pero lo que ha hecho hasta el momento es muy satisfactorio. La Sociedad Honorable estará en deuda con usted... y somos muy buenos pagadores.

Ranuccio no mostró ninguna alegría. Si moría, no podría cobrarle nada a nadie.

50

LA BOMBA

Ludo pasó un par de días diseccionando cada uno de los puntos del recorrido de los dictadores. Pese a ser secreto, una vez localizados, la vigilancia sobre los mismos y la decoración y pulcritud de aquellos lugares evidenciaban su importancia. La información de Bandinelli era perfecta y única, porque no solo detallaba por dónde pasaría el Duce, sino a qué hora lo haría. Rara vez se contaba con tantos datos fiables antes de una operación. El profesor se estaba ganando su consideración. De no ser por él, seguiría centrada en utilizar el pasadizo que llegaba al palacio Pandolfini para colocar una bomba que, a la postre, solo hubiera matado a Hitler. «Solo», se dijo con ironía.

Así que contempló diferentes opciones. Al principio pensó en un disparo con francotirador hacia el hueco por el que el Duce saludaría desde el Ponte Vecchio, pero el ángulo bueno era frontal, desde el río, y era muy complicado que no los descubrieran antes. Una barca hubiera obligado a un tiro contrapicado nada fácil, y hacerlo desde el puente de la Santa Trinità, el inmediatamente posterior, río arriba, era imposible sin ser descubierto antes. También pensó en disparar desde el edificio de Generali, que ocupaba el otro extremo de la Piazza della Signoria, cuando salieran a saludar al balcón del Palazzo Vecchio. En el edificio de la compañía aseguradora trabajaba tanta gente que le hubiera sido fácil colarse en él y, si no la localizaban

antes, el tiro era fácil, pero nuevamente la zona estaría demasiado vigilada. De no haberlo estado, el plan le seducía por su teatralidad, matar a Mussolini ante tanta gente, pero no dejó que su vanidad la cegara y fue a lo seguro.

Una bomba al paso del coche.

El problema era que el recorrido estaría blindado, absolutamente revisado, y una bomba era imposible de colocar. Quizás podría disparar, pero sería extremadamente difícil fugarse luego. Solo tenía una opción: debía desviar el coche, hacerlo salir del recorrido previsto para que transitara el imprevisto.

Alguien debía intentar atentar, provocando que la comitiva se desviara de su ruta. Alguien a quien no importara demasiado perder.

Con esa elucubración, un plan tomó rápidamente forma volviendo a una idea planteada hacía algunas semanas. Debía preparar un primer atentado que se descubriera *in extremis* y obligara al coche a desviarse y dirigirse sin remedio hacia la auténtica boca del lobo, donde otro atentado, minuciosamente ideado, acabara con la vida del Duce. Una bomba colocada en aquel lugar por el que nadie había considerado circular.

Miró al cielo pensativa y de nuevo discernió sin intervención alguna de su corazón. La operación conllevaría un sacrificio importante.

Había llegado el momento de poner a prueba el idealismo de los jóvenes de Justicia y Libertad.

51

LA OPERACIÓN DECISIVA

Santo Testa había repartido más de la mitad de las armas que la princesa María José había conseguido entre las células más activas y organizadas de Justicia y Libertad. Desde entonces, discretamente, la organización había cobrado mayor relevancia y sus acciones también. Había sido como abonar en invierno, meticuloso y aburrido pero productivo. Ver que la OVRA se alarmaba y los perseguía con mayor intensidad era preocupante, pero también un síntoma de que los tomaban en serio y de que quizás empezaban a temerlos un poco.

Lo malo del idealismo es que a veces se queda solo en las ideas y Santo estaba encantado con pasar a la acción.

El eje principal de los planes de la célula florentina que comandaba junto a los Maratti era el atentado contra el Duce durante la visita de este a Florencia. Para ello habían reclutado a seis jóvenes más, que ya habían dado muestras de valentía en diferentes operaciones y los apoyarían en la misión más crucial de la organización. Ludo lo citó en la Via Calzaiuoli, una de las calles principales del centro, que conectaba la Piazza della Signoria con el Duomo. Santo le caía bien, pero era inexperto, y Ludo no tenía ninguna duda de que la operación le venía muy grande. Con todo, la historia estaba llena de magnicidios ejecutados por novatos. Si,

como era muy probable, Santo y su equipo fallaban, su idea era que, por lo menos, ayudaran al plan que ella preparaba.

—¿Qué hacemos aquí? —dijo Santo, observando la áspera fachada de un templo en el que jamás había reparado.

—Entremos —propuso Ludo empujando la puerta y ascendiendo rápidamente la escalera que llevaba al piso superior de la iglesia.

Cuarenta escalones más arriba, la única nave de San Carlo de los Lombardos era bien visible a los pies del lugar en el que se encontraban, pero seguía pareciendo igual de desnuda. Insignificante para una ciudad en la que cada puerta similar se abría a un tesoro de mármoles de colores y obras maestras. A su derecha, en el lado de la calle, un gran óculo sobre la puerta dejaba que la luz del exterior bañara el interior.

—El sacerdote de este templo es siciliano, así que se ha prestado a ayudar sin hacer preguntas —dijo Ludo—. El día anterior a la llegada del Duce, os dejará entrar en el templo desde la sacristía, en la calle trasera. Una semana antes deberéis haber traído las armas, pues sabemos que los registros serán frecuentes en los días previos a la visita. El coche del Duce pasará por debajo de la ventana. Es un descapotable. Mi sugerencia es que disparéis a la vez desde el tejado y el óculo. Con el coche en movimiento, el ángulo de tiro no será bueno hasta que esté cerca. La comitiva es de veinte coches. Debéis dejar pasar a los motoristas y a los de seguridad, y disparar desde cerca, en picado, a Mussolini. Para cuando se den cuenta de que ha recibido un tiro, varios tiros, se habrá desatado el caos y la mitad de la seguridad estará alejada, con muchísimas dificultades para dar la vuelta. Si disparáis antes de que hayan pasado, no solo tendréis más probabilidades de errar el tiro, además, los *carabinieri* y los miembros de las SS podrán atraparos. Debéis tener sangre fría.

—Creo que podría dar en el blanco fácilmente —dijo Santo mirando por el óculo.

—Puede que sí —sostuvo Ludo, que no lo creía.

—¿Y luego?

—Los *carabinieri* detectarán fácilmente el punto desde el que se ha disparado, pero la puerta de la iglesia es fuerte. Tendréis tiempo de salir corriendo por la sacristía. Dejad las armas aquí y mezclaos entre la gente.

—Parece muy simple.

—Lo es y, sin embargo, es un plan que ha funcionado muchas veces y funcionará muchas más.

—Hablaré con los demás.

—Perfecto. Encontrémonos mañana aquí.

Una duda asaltó a Santo.

—Y la Sociedad Honorable no va a...

—La Sociedad también tiene un plan. Uno que puede hacer innecesario el vuestro si lo completamos antes, o necesario si vosotros falláis. No queremos medallas. Queremos resultados. Ya conoces a tu padre.

—Sí —dijo Santo, que llevaba toda la vida lidiando con la figura de un hombre que le provocaba admiración, rabia y pena a la vez.

—Está orgulloso de ti.

—Ojalá acabe estándolo yo también —se sinceró él.

Se despidieron y Santo enfiló directamente al palacio Maratti, donde Matteo y Andrea esperaban noticias de la reunión con Ludo. Hacía días que el nerviosismo se había instalado entre las paredes del palacio y, conforme la fecha de la visita se acercaba, la sensación de que todo estaba en el aire se acentuaba. Cada día, en algún momento, alguno de los tres no podía evitar pensar que lo que pretendían les iba grande y que era mejor abandonar la idea. Pero el

plan que Santo les explicó parecía sencillo y los tres convinieron que no podían desaprovechar la ocasión.

—Me ocuparé de todo. Buscaré un piso cercano donde poder escondernos y organizaré la vía de escape. Deberemos abandonar Florencia lo antes posible —dijo Andrea Maratti.

—Estoy invitado a la cena en el palacio Medici Riccardi —informó su padre—, debo ir. Nadie entendería que no lo hiciera. Sería sospechoso. Nadie se excusa de una cena con los dos hombres más poderosos de Europa.

—Si todo va bien, la cena se anulará.

—Si no, tengo algo pensado. —Se levantó y desapareció unos minutos antes de volver con la levita del frac, que puso sobre la mesa—. ¿Veis algo diferente? ¿Algo raro?

Tanto Andrea como Santo revisaron la chaqueta. Todo parecía normal. Matteo la cogió y con los dedos presionó un botón, que se aplastó como si estuviera hueco.

—Es una cápsula. La voy a rellenar con cianuro. Si tengo la ocasión y vosotros habéis fallado, acabará en la copa de Mussolini.

—Esa ocasión no existe. No es tan fácil matar al Duce.

—Eso pensé, pero, si aparece, no la desperdiciaré.

—No será tan fácil —repitió Santo, que lo creía imposible.

—Lo sé. Será muy difícil. Pero, si surge la oportunidad, la aprovecharé —insistió Matteo una vez más.

—Ojalá no sea necesario —dijo Andrea.

—Ojalá —aseveró Santo.

52

FLORENCIA DE NUEVO

Juan Rezola paseaba por la Piazza della Signoria cuando observó, frente al palacio, a Ranuccio Bandinelli. Sin dudarlo, se acercó a él. Como experto en arte, el profesor le interesaba, pero a aquellas alturas todo el mundo sabía que era el encargado de guiar a Hitler por las maravillas de Florencia, lo que doblaba su interés por él. Era pasada la una y Juan había reservado una mesa en el restaurante Buca Lapi, muy cerca de donde se encontraban. Deseó que Bandinelli tuviera hambre.

El académico lo vio a pocos metros y pareció alegrarse. La última vez que se habían visto, le había hablado de su intención de abandonar Italia. Juan no sabía que aquella conversación escuchada por Ludo había servido para impedirlo. Tenía aspecto cansado y estaba algo más delgado, pero mantenía su buen porte y aspecto refinado.

—Rezola —dijo él extendiendo la mano.

—Profesor Bandinelli. He sabido mucho de usted estos días. Toda la ciudad lo conoce ya.

A Ranuccio el comentario no le pareció halagador, pero, como sabía que pretendía serlo, no se molestó.

—Señor Rezola, rara vez somos conocidos por lo que desearíamos. Por eso prefiero que solo hablen de mí los que me conocen de verdad y son indulgentes con mis fallos.

—Lo comprendo. ¿Entiendo que sigue metido de lleno en la planificación de la visita?

—Sí, así es. Mi trabajo sería más fácil en otra ciudad. Aquí hay demasiado que ver.

—Por suerte.

—Sí, por suerte.

—Comamos —propuso Juan, directo—. Puedo ayudarlo a discernir si tiene dudas o hablar de otra cosa si lo que necesita es airearse. Tengo una mesa en Buca Lapi, en el...

—Lo conozco. —Bandinelli dudó un instante antes de decidirse. No conocía mucho a Juan, pero le caía bien, y a veces estar con gente desconocida resultaba lo mejor para olvidar—. De acuerdo, lo acompañaré —dijo al fin.

Podían haber sido buenos amigos. Los dos lo habían sabido desde su primer encuentro en el palacio Maratti. Incluso a pesar del interés con el que Juan se acercaba a él, el español disfrutaba de la compañía del italiano, y estaba seguro de que el otro lo hacía también. Juan era bueno escuchando. Bueno callando. Fácil para las conversaciones sencillas y aplicado en las difíciles. Aprendía hasta de los necios para no serlo nunca. Se interesaba por lo que era interesante, y su compañero de mesa, más allá del presente de cada uno, sin duda lo era. Hablaron de arte y de España, que Ranuccio conocía bien, por lo que le apenaba especialmente la cruenta guerra civil que seguía desangrándola. Por sus palabras, Juan comprendió que no estaba ante un convencido fascista, por más que estuviera afiliado al partido. Solo dos veces en toda la comida salió el nombre de Mussolini y, en ambos casos, Bandinelli se ocupó de cambiar de tema rápidamente. No quería hablar de él, lo cual era lo contrario que hacían sus adeptos. Parecía que el profesor había decidido que, si no podía decir algo bueno del Duce, prefería no decir nada. Una

manera muy elegante de evitar criticarlo, pero, en el fondo, demostraba su oposición.

—Florencia está muy cambiada —lanzó Juan observando por la ventana cómo se acababa de limpiar una fachada renacentista.

—Mucho.

—Tan... limpio. Las fachadas, las calles... Parece otra.

—Es un error. Un error tremendo, pero nadie parece verlo igual que yo, quizás sea por mi formación, al fin y al cabo, soy arqueólogo. Me gusta ver el paso del tiempo en las obras. Limpiar algunas es una aberración.

—Como los frisos del Partenón.

En aquellos años, el Museo Británico estaba limpiando los frisos arrancados del Partenón de Atenas. La operación sumaba polémica tras polémica. Tras el expolio, se dañaban las esculturas limpiándolas con ácidos y herramientas de cobre que acababan con la pátina color miel que las cubría y las dañaban irreparablemente. La comunidad académica se había indignado.

—Es quizás el ejemplo más elocuente. No solo las arrancan y las ponen absolutamente fuera de contexto, sino que las dañan al sacarlas, al conservarlas y al exponerlas. Es una vergüenza y los ingleses deberían sonrojarse. Pero es que, sencillamente, no deberían moverse las obras de arte del lugar para el que fueron creadas. No solo la arquitectura, todo el arte está ligado casi siempre a un lugar de creación e inspiración. El *David* es tan italiano como la Capilla Sixtina. No pueden estar en otro lugar que no sea Italia.

—Se ha usado el arte como herramienta diplomática muchas veces.

—Es distinto. Absolutamente distinto. Al margen de eso, cada país tiene su arte, y esa es su identidad. Si los países poderosos acaban

llevándose las obras de aquellos a los que dominan, el mundo se volverá un lugar muy pobre. Defender el arte de nuestro país es defender nuestro país. ¿Qué sentido tendría visitar Italia, España o Grecia si sus bellezas artísticas estuvieran en Inglaterra, Estados Unidos o Alemania?

La conversación era muy relevante. ¿Cómo valoraría Bandinelli que Hitler se llevara tantas buenas obras para su disfrute personal? Ranuccio jamás había hablado de la exposición privada y el regalo a Hitler, y Juan no sabía si estaba al corriente. Suponía que no. Sabía por Flavia que no había intervenido en la selección de las obras ni en la decisión del lugar donde exponerlas, porque todo se había decidido antes de implicarlo a él. Era mejor así, aunque, de haber contado con más tiempo para confraternizar, Juan pensó que quizás podría haberlos ayudado. A ningún amante del arte le gustaba que expoliaran el de su país.

En cualquier caso, cuanto más se acercara al profesor, mejor. Bandinelli daba pequeñas informaciones sin darse cuenta. Puntos de la ruta que iba a realizar con los dictadores, detalles de la comitiva, nombres de las personas implicadas. Juan lo memorizaba todo.

Acabaron de comer y descubrieron que los dos volvían a sus casas en la misma dirección. La providencia quiso que la del profesor estuviera antes que la de Juan, en un bonito edificio de Via Guelfa, cerca del palacio Medici Riccardi. Con un abrazo se despidieron. Se caían bien. Mejor que bien, en realidad.

Con aquella impresión, Juan siguió su camino hacia Via San Gallo.

Las revelaciones respecto a su marido llevaron a Flavia Viel a un estado que no conocía. Habiéndolo creído todo, tras descubrir que había sido engañada, se preguntó durante cuánto tiempo se había

dado aquella circunstancia y empezó a desconfiar de todo. De lo primero, de la nota que Juan Rezola había dejado en el ático de la vía de San Gallo. Aquella en la que la abandonaba sin explicaciones.

Respecto al cuadro que Carlo le había entregado con tanto orgullo, no tenía ninguna duda de que era falso.

Descubrió que solo necesitaba explicaciones de las personas a las que quería y, tras convencerse de que solo quería a Carlo como amigo, por causa de sus turbios asuntos, enseguida había pasado a sentir una total indiferencia hacia él. Le daba pena, pero él solo se lo había ganado con sus mentiras y tejemanejes.

Así que volvió a Florencia. Ante la estupefacción de sus padres, el desconocimiento de su marido y las mil preguntas que se abrían ante ella, decidida a resolverlo todo, temerosa del cambio que se avecinaba. Retomando su plan inicial para recuperar el auténtico Botticelli.

Llegó a la estación y desde allí anduvo con su maleta y la copia del retrato de Colomba Corsini envuelto en dirección al apartamento que el padre Orso le había prestado debajo del de Juan. A ambos lados, Florencia se engalanaba para la visita de Hitler, y cada farola, cada balcón, cada retrato y cada esvástica le recordaban que la cuenta atrás estaba en marcha. Giró por Via Salvestrina y pudo ver la puerta de su casa, pero también algo más. Frente a la entrada, rebuscando en el bolsillo, la silueta espigada, el pelo claro revuelto y el aspecto despistado de Juan eran inconfundibles. La había engañado accediendo a tratar con Carlo, pero en aquel instante la ilusión de verlo apartó todo lo demás. Dejó la maleta en el suelo y se quedó parada, mirándolo como quien mira un atardecer bonito, esperando que dure, aunque el sol se ponga rápidamente. Sin saber por qué, él se giró hacia donde estaba ella y se quedó mirándola. Luego abrió los brazos.

—¡Flavia!

Se acercaron poco a poco, como si el espejismo fuera a desaparecer, hasta que, seguros de que lo que veían era cierto, con el corazón desbocado y la alegría recorriéndolos, se lanzaron a la carrera el uno hacia el otro. En medio de la calle, sin importar quién los viera, se fundieron en un abrazo. Lo habían pasado mal, habían sufrido engaños y hasta violencia, pero lo peor había sido la distancia. Lo podrían haber superado todo menos aquello, pero no hizo falta que se dijeran con palabras lo que evidenciaban sus cuerpos. Se apartaron para mirarse y se volvieron a abrazar varias veces, sin poder hablarse aún.

Ninguno tenía ya en mente lo que los había separado desde aquel primer encuentro amoroso en la cama de Juan, ni desde las horas que lo siguieron. Subidos en una nube, nada más importó durante toda la tarde. Saciada su sed del otro, era ya de noche cuando, aún en la cama, ella apoyó la cara en una mano y, recostada, le preguntó.

—No la escribiste tú, ¿verdad? Me refiero a la nota que me dejaste.

—Me obligaron —dijo él sentándose con las piernas cruzadas como un niño—, pero traté de decirte en esa misma nota que no era yo el que la escribía. En mayúsculas te decía que no era yo.

—No vi nada, qué tonta.

—Bueno, era muy sutil. No se me ocurrió nada mejor. Puse en mayúsculas cada letra de mi mensaje oculto. En esos momentos fue lo único que se me vino a la cabeza.

—Siento no haber...

—No lo hagas. Yo... han pasado algunas cosas.

Juan se lo explicó todo. El secuestro. Sus averiguaciones. Los tratos de Carlo con la mafia siciliana. Los suyos con Carlo y cómo

había estado a punto de morir asesinado por el encargo. Ella adquirió una faz pétrea, sin vida, sin color, llena de ira. Cuando acabó de escucharlo, se levantó lentamente en silencio, se acercó a la ventana y se sentó en el poyete, cogiéndose las rodillas con los brazos y hundiendo su cara entre ellas. Juan supo que Flavia debía digerir lo que acababa de saber. No era poco e hizo falta casi media hora de lágrimas ahogadas y rabia para que volviera a mostrarle su mirada, ahora encharcada. Él se acercó y le acarició el pelo.

—Carlo me convenció de que estabas echando tu vida a perder. De que debía facilitarle una copia más del retrato de Colomba Corsini para pretender que la había recuperado. Sabe cómo ablandar el corazón. Se presentó como un marido devoto que trata de salvar la vida de la mujer a la que ama.

—Y luego encarga que maten al amante.

—Sí, eso parece.

—Es un cobarde. No ha tenido el valor de preguntarme por ti ni de hacer el trabajo sucio... ¿Sabes por qué?

—Porque no puede ganarnos ni a ti ni a mí —aseguró Juan.

—Exacto. Lo he querido mucho. Ha sido un gran amigo desde la infancia, pero es una persona diferente a la que creí. Nunca lo quise a él, sino a la imagen que me vendió de sí mismo. Disipada esa imagen, no queda nada. Odio haberlo querido.

—No lo hagas. Nunca se quiere en vano. Lo que damos acaba por volver a nosotros.

—Espero que no vuelva nunca el odio que siento por él. Ese no se irá nunca.

—Él parece quererte.

—No, quiere mi dinero. Soy su salvavidas, el que tiene más cerca. En vez de buscar otro, se aferra a mí. Y es un asesino. Hay que saber cómo querer y qué querer. Si Carlo me quiso alguna vez, me

quiso mal. Ahora solo quiere lo que tengo, no lo que soy... Y aunque me quisiera, no deseo estar cerca de un hombre que está dispuesto a matar a quien le molesta. Peor, a encargar a otro que lo haga, como buen cobarde.

—Siento haberte engañado. Me dejé convencer.

—No puedo enfadarme contigo, solo te he traído desgracias. Por todos los santos, podrías haber muerto. Encontrarte conmigo es lo peor que te pudo pasar.

—Eso no es ver...

—Juan —le dijo, poniéndole el dedo sobre los labios—. Sí que lo es. Pero juro que intentaré compensarte.

—Quizás Carlo solo quisiera que no te arriesgaras. —Juan no podía creer que estuviera defendiéndolo—. Pensó que podría engañarte y salvarte.

—Carlo me conoce desde hace muchos años y aún hay una cosa que no entiende. A ti te costará mucho menos, estoy segura, porque en el fondo eres como yo. En el futuro, si dudas sobre cómo proceder conmigo, solo debes entender que lo único que quiero más que a ti, más que a nada, es mi libertad. Nunca la sacrificaré. Me dejaré aconsejar y te escucharé, Dios sabe que eres más cabal que yo, pero, si decido algo, debes dejar que me enfrente a mi decisión. ¿De acuerdo? Si no me quiero a mí, me costará querer a alguien, y, si no soy libre, no me querré nunca.

—De acuerdo —respondió Juan mirándola un instante.

La besó en los labios despacio, la miró de nuevo, le secó una lágrima y, besándola con más intensidad, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

A más o menos la misma hora, un Issota Fraschini burdeos se detenía frente al hotel Helvetia y Carlo Leone salía del coche con el aire de suficiencia de siempre. A pesar de habérselo dicho a Flavia, no había ido a Milán, sino a Florencia. Como todos los adictos, mentía incluso cuando no era necesario. No dio propina y se registró rápidamente, deseando que al final de la estancia sus problemas financieros se hubieran solucionado. Flavia no le había llevado el dinero que le había pedido en Lausana, y, como tampoco había vuelto a su casa, no quiso ir él y mostrar lo apurado de su situación económica. Había pedido un pequeño préstamo más, a gran interés y a una entidad sin ningún prestigio que, sorprendentemente, no lo conocía aún. Debía apretarse un poco el cinturón, pero antes pidió la cena en la habitación.

Al rato llamaron al timbre y un camarero con un carrito le organizó una mesa con una perfecta mantelería y tres campanas plateadas con su primer, segundo y tercer plato. Tras él, un botones le entregó un paquete envuelto.

La copia del retrato de Colomba Corsini que había extraído del apartamento de Juan Rezola. Su pago a la mafia. Hubiese bastado con que lo vieran manipularlo para saber que era falso. El mismo día en el que había encargado a Ludo que se llevara a Rezola de su apartamento y lo matara, el ladrón que ya había visitado el piso del español había vuelto a por el cuadro. Carlo se tumbó satisfecho antes de incorporarse para cenar. Le gustaba mucho que trabajaran para él.

53

BIENVENIDO, HERR HITLER

El 4 de mayo de 1938 los nervios en el recinto de Villa Savoia eran palpables y de diversa índole. El rey Víctor Manuel III iba a ofrecer una cena de bienvenida en el palacio del Quirinal a un invitado al que no apreciaba, pero con el que toda Europa trataba de congraciarse. Por desgracia, lo tenía todo para que Hitler le menospreciara. Medía 1,53 y los uniformes le hacían parecer un soldadito de plomo, sus modos eran discretos y reflexivos, jamás levantaba la voz y observaba antes de hablar. Su educación exquisita ocultaba sus complejos, y, aunque gozaba de amplios poderes y, de hecho, de haber querido, con la ley en la mano podría haber destituido a Mussolini, su cautela lo tenía paralizado como a un roedor ante una serpiente. Hitler, que sabía todo aquello, se había formado una opinión nada favorable del monarca. Su séquito llevaba meses mofándose del rey.

A última hora, la recepción en la estación Ostiense de Roma había resultado exactamente como esperaba la familia real: no había ido bien. A Hitler le frustraba que, protocolariamente, su visita a Italia fuera una invitación del rey, y que, por tanto, tener que pasar tiempo con él fuera obligado. El rey se le dirigía en francés, idioma que el Führer ni dominaba ni apreciaba, lo que dificultaba que ni tan siquiera la conversación banal y sin interés que se debían fluyera. Deseaba departir con el Duce, expansivo y enérgico como él, pero se

veía obligado a hacerlo con Víctor Manuel III, que era inteligente, pero discreto en todo.

Habían recogido a la delegación alemana en coches de caballos, cosa que los invitados consideraron sin disimulo una pérdida de tiempo. Incluso habían nombrado la calle que iniciaba el recorrido hasta el Quirinal como avenida de Adolf Hitler, pero tampoco eso había acabado de romper el hielo.

En total casi quinientas personas y prácticamente todos los dirigentes del Gobierno alemán, salvo Hermann Göring, que se había quedado al mando en Berlín, habían llegado a la capital italiana, lo que daba una idea de la importancia que ambos países otorgaban a la visita.

Ya en el palacio, al alemán no le habían impresionado los apartamentos que le prepararon, nada menos que los destinados al príncipe heredero, que se habían renovado completamente, con nuevas colgaduras de seda, nuevas embocaduras para las puertas y suelos de mármol. Los ascensores, las cocinas, la calefacción también eran nuevos, pero, pese a los esfuerzos de la casa real, el que decían que era el sexto mayor palacio del planeta no parecía suficiente para Hitler. No era el único que habitaría el palacio. Los jerarcas más importantes de la delegación alemana también lo harían. Como en la mayoría de las cosas, aquellos hombres habían esperado a que el Führer diera su opinión para ofrecer la suya, que, como era de prever, tampoco fue favorable. La idea de que dormían en un museo se asentó y muchos se encargaron de comentar que envidiaban al resto de la delegación, alojada en el Gran Hotel Plaza, en el norte de Roma.

Todo lo que intentaban que se apreciara como un honor al alemán le parecía anacrónico y pasado de moda, y el pobre rey sentía que,

en vez de reforzar su posición, había abierto la puerta del gallinero al astuto zorro.

Otro habría bajado los brazos rendido y pasado el testigo de la visita a Mussolini, que era el dirigente que realmente interesaba a Hitler, pero, harto de ser desplazado, Víctor Manuel III se conjuró para ocupar su lugar por mucho que se abriera la tierra bajo sus pies y por incómodo que resultara.

Los Saboya podían equivocarse en muchas cosas, pero no eran ingenuos respecto a las opiniones de su invitado, razón por la que se iban a esforzar en mostrarle la dignidad que siglos de historia y matrimonios con las mejores casas europeas les habían dado. Quizás eso funcionara. En las visitas de otras monarquías se imponía el protocolo de gran corte, con tiaras y vestidos largos, pero, a sabiendas del gusto del Führer y de las indicaciones del Duce, aquella noche se había optado por algo menos rígido, y las mujeres de la casa se habían tocado tan solo con sombreros y los hombres llevaban uniforme militar.

—Perlas para los cerdos. Hace no tanto ese hombre apenas llegaba a fin de mes pintando cuadros mediocres —musitó la reina mientras se colocaba dos lazos de brillantes sobre su vestido de seda oscura. La doncella le abrochó el collar de perlas en la nuca. Del mismo colgaba un crucifijo de brillantes que captaba la atención sobre el resto del atuendo.

—¿Majestad, está segura? —le preguntó su dama de compañía al verla poco después. Era una afrenta directa a Hitler, que despreciaba la religión.

—Muy segura —zanjó ella ante la sonrisa de los príncipes del Piamonte.

Sí, a su nuera aquel gesto le satisfacía. Si iban a ser barridos por la historia, por lo menos lo harían con dignidad y sin renunciar a sus

valores. María José miró a su marido, imponente —solo por fuera— con el uniforme de la Marina Real. Humberto era el resultado de la sangre nueva y poco corrompida de su suegra, la misma que llevaba un crucifijo consigo a la cena de bienvenida a aquel monstruo. Había heredado sus rasgos y su altura, pero dudó de que tuviera más arrojo que su padre. Sin aquella característica, mucho tendrían que ayudar todos los demás para que la monarquía sobreviviera a Mussolini. Deseó que su conspiración hubiera servido para algo, y que en algún momento de aquella visita, en alguno de aquellos paseos en coche descapotable, una de las pistolas que había comprado para Justicia y Libertad solucionara el problema.

El padre Orso había celebrado una misa en la capilla de la Palazzina pocas horas antes de la llegada de la delegación alemana. Nadie había manifestado sus temores entonces y su sermón tampoco pidió la intercesión de lo divino en algo con lo que los humanos pretendían poder lidiar, pues tan solo hubiera recalcado la debilidad de la familia. En confesión, poco antes, el sacerdote había puesto al día a María José.

—Será en Florencia, mis contactos allí lo confirman, así que esté tranquila. Nadie de la familia real recibirá una bala.

—Ya que no estaremos allí —aseveró la princesa del Piamonte.

—Hasta el fin de Mussolini, Justicia y Libertad y la monarquía navegan en la misma dirección.

—Lo sé. También la Iglesia. Pero ojalá hubiera algo más planeado. Un plan alternativo por si ese falla.

—Hay una posibilidad que quería comentarle —dijo el sacerdote acercándose un poco más y bajando la voz—. En Florencia, después de la visita al Palazzo Vecchio, se celebrará una cena en el palacio Medici Riccardi. Asistirá la flor y nata florentina, entre ellos el cardenal Ducci, que es el único que se ha prestado a hacerlo, pues,

como sabe, la Iglesia es contraria a esta visita. Irá con la excusa de su relación con los sacerdotes castrenses, el clero integrado en el Ejército, pero, sobre todo, para obtener información de la velada. Es buen amigo mío.

—¿Minutante?

—No, pero el cardenal es ciego y va siempre acompañado por un joven sacerdote, el padre Lobera. Él sí lo es.

—¿Y?

—Lobera está dispuesto a actuar, a llegar mucho más lejos de lo que debe, pero desde las más altas instancias se le han parado los pies. Es español, de la zona del Pirineo catalán, y de demostrada valentía. Salvó a un grupo de quince religiosas de la persecución de los republicanos. Hasta que recibió la llamada del Señor se había dedicado al boxeo. Tiene expresamente prohibido actuar solo, pero ayudará en lo que haga falta si se le requiere.

—Sé de una persona de la organización que asistirá a esa cena —replicó María José pensando en Matteo Maratti.

—¿Tiene algún plan?

—Es uno de los miembros más activos de Justicia y Libertad. Podría ser que haga algo si tiene la oportunidad, pero lo desconozco.

—No importa. Es mejor que, si tiene un plan, solo lo sepa él. En cualquier caso, hágale llegar la información respecto a Lobera. Si surgen problemas en el palacio Medici Riccardi, debe saber que tendrá un amigo dispuesto a ayudarlo.

—Lo haré. Gracias, padre.

—Espero que la cena vaya bien. O al menos lo mejor posible.

—Eso parece más difícil —confesó la princesa con una sonrisa irónica y cansada—, pero rece por nosotros.

Horas más tarde, la familia llegaba al palacio del Quirinal tras recorrer en coche de caballos una Ciudad Eterna plagada de símbolos fascistas y manos alzadas. Debajo de esvásticas, pebeteros de fuego y efigies de Hitler, la multitud los saludaba a su paso sin que ellos supieran si estaban haciendo algo para rectificar el destino al que parecían abocados, pero devolviendo el saludo. En procesión, los Saboya penetraban en su residencia oficial, un palacio enorme, plagado de importantes colecciones, con casi trescientos tapices, lámparas de cristal de Murano y porcelana única en el mundo. El edificio del que habían huido en busca de una vida burguesa, que obstinadamente se les resistía, los recibía sin conseguir que se sintieran cómodos. Los italianos, que se habían esmerado en organizar un banquete fastuoso, comprobaban la indiferencia de sus invitados. «Perlas para los cerdos», repitió la reina en su cabeza mientras se sentaba junto a Hitler.

El protocolo tampoco satisfizo al Führer en aquella ocasión, pues lo rodeaban personas en las que tenía nulo interés, en esencia, la familia real, y en cambio el Duce estaba sentado junto a la princesa Mafalda, lejos de la presidencia, un lugar que se había reservado, de nuevo, al rey. Transparente en su disgusto, el alemán ignoró los dos intentos de conversación de la reina. Impertérrita, ella decidió dejar de hablarle. Se habían tomado muchas molestias para que estuviera contento ofreciéndole un menú vegetariano mientras los demás degustaban carnes de caza con ricas salsas, bebiendo tan solo un poco de los excelentes caldos italianos, ya que el Führer no lo hacía, y tratando a un hombre que les resultaba antipático y temible como si fuera lo contrario. Pero el antagonismo del poder que representaban unos y otros quedó aún más marcado.

Cuando, en un aparte, Hitler observó a la gente arrodillarse para besar con devoción el vestido de la reina, se convenció de que el

tiempo de los Saboya había pasado y el suyo se impondría. La misma noche pidió a Goebbels que en las fotos en las que coincidían borrara a los miembros de la familia real.

A la altura de la segunda gran lámpara de cristal de Murano, en la misma mesa, la conversación de Mafalda de Saboya estaba resultando mucho más fluida. Había pocas mujeres en la delegación alemana, pero las que se habían sumado al viaje eran importantes. La que más, la mujer de Joaquim von Ribbentrop, el ministro de Exteriores.

Annelies Henkell, Annelies von Ribbentrop para todos, era hija de un exitoso productor de vino espumoso, rica de nacimiento y altiva por convicción. Segura de sí misma, se enorgullecía de formar parte de la élite del partido, y creía firmemente que podía impulsar la trayectoria de su marido, que en realidad no era especialmente brillante, y al que muchos de los que estaban por encima de él consideraban ineficaz y arribista. A pesar de su pomposo apellido, lo cierto era que Von Ribbentrop procedía de una familia de clase media y solo hacía diez años que había incorporado el *von* a su apellido. Su mujer, afamada esnob, parecía haberle perdonado ese dato. En la visita a Italia había adquirido cierta importancia y era una de las pocas personas que estaba feliz en aquella mesa. Durante todo el ágape trató de confraternizar con la princesa Mafalda. Al fin y al cabo, además de ser hija del rey, estaba casada con un príncipe alemán, así que creyó poder confraternizar. La princesa hablaba alemán mejor que ningún otro miembro de su sangre, pues lo usaba a diario. Mafalda, quien, a pesar de detestar el nazismo, estaba muy acostumbrada a lidiar con él, prefirió ser amable con ella, pensando que quizás se encontrara en su misma situación, es decir, casada con un hombre que, para su desgracia, se había comprometido también con el nazismo.

Así, al acabar la cena, a Annelies no le hizo falta romper el hielo para plantearle a la princesa una petición.

—Quería pedirle ayuda con un asunto que, aunque no se lo parezca ahora mismo, es de la mayor importancia. —Mafalda se sorprendió de que fuera precisamente ella la encargada de ayudar, pero escuchó con atención—. Junto con la delegación alemana ha venido una amiga a la que tengo enorme estima. Está alojada en el Excelsior y no se ha previsto que se una a ninguno de los actos oficiales. Pese a ello, queremos que lo pase bien y que pueda conocer Roma desde la posición que le corresponde. Ya sabe, los mejores modistos, zapateros, etcétera. Es una mujer joven que ha viajado poco, pero es extremadamente agradable; viene con su hermana y una amiga. Me preguntaba si usted las acompañaría mañana, tan solo unas horas, de compras. Un coche de la embajada la recogería en su casa. Tan solo serán unas horas. Tres o cuatro como mucho. Quería hacerlo yo, pero, por desgracia, debo acompañar a mi marido; en cambio, por lo que sé, la familia real no asistirá a los actos de mañana.

—Así es. Pero quizás yo no sea la persona más adecuada para lo que me pide.

—Oh, alteza, claro que lo es. Es usted la más elegante de las damas que he visto y habla alemán perfectamente. Es usted medio alemana en realidad. Hágame el favor. Le prometo devolvérselo cuando me lo requiera.

Que aquella mujer estuviera en deuda con ella podía ser valioso. Mafalda decidió aceptar, aun sin entender a quién iba a hacer de cicerone.

—De acuerdo, la ayudaré.

—Oh, es maravilloso. Gracias, alteza. Mañana... ¿quizás a las cuatro?

—A las cuatro está bien. Estaré preparada.

—Oh, se lo agradezco mucho. El Führer estará encantado.

Mafalda no entendió por qué Annelies le daba importancia a algo tan banal, pero se prometió que lo averiguaría. ¿Quiénes eran esas tres chicas?

María José de Saboya fue directa a la casa que el padre Orso ocupaba en el recinto de Villa Savoia en cuanto volvió de la cena en el Quirinal. La noche había sido desagradable y los reyes, sus suegros, habían optado por irse a dormir sin comentarla con el resto de la familia, sin duda preocupados porque, si Hitler les mostraba aquel desprecio, solo era cuestión de tiempo que Mussolini se lo mostrara también. Los dos dictadores estaban redibujando Europa y lo que les pasaría a las testas coronadas del viejo continente era, cada vez más, una incógnita.

Pero los pensamientos de la princesa del Piamonte eran otros. Tenía algo que valía la pena investigar y, sin dudarlo, acudió al sacerdote.

Alberto Orso era una bendición. Sereno, inteligente y mejor informado que cualquiera. En cada acción, para cada movimiento, Orso buscaba la ayuda de Dios, pero jamás esperaba a que llegara para empezar a actuar. A Dios rogando y con el mazo dando. Lo encontró despierto, con los restos de una cena opípara en un lado y una botella de buen champán a medio terminar. Su casa era la de un príncipe de la Iglesia, aunque aún fuera solo un sacerdote, excelentemente amueblada, con óleos de grandes dimensiones y una extensa biblioteca de volúmenes encuadernados en cuero, con su escudo familiar y sus iniciales. El sacerdote reconocía que pecaba

de gula y no aplicaba el voto de pobreza, pero se escudaba en su debilidad humana y pedía perdón por ello.

Sonrió al verla y le sirvió una copa de champán.

—Creo que en la cena no lo han probado —dijo, irónico.

—Muy poco, y es una pena, porque hubiese ayudado a mejorar el ambiente. Los reyes estaban muy incómodos y Hitler parecía estarlo más aún.

—Pero no ha venido a comentar esto.

—No, padre. Es otro asunto el que me trae aquí. Algo que me ha contado la princesa Mafalda. Al acabar la cena, la señora de Von Ribbentrop, el ministro de Exteriores alemán, le ha solicitado que mañana acompañe a tres mujeres de la delegación alemana de compras.

—Es una petición muy extravagante para hacerle a una princesa de sangre real.

—Eso he pensado yo.

—¿Sabemos quiénes son?

—No, eso es lo que me ha puesto en alerta. De haber sido alguna de las esposas de los hombres de la delegación, habrían destinado a alguien de la embajada, o quizás a algún contacto de alcurnia de Roma, pero pedírselo a una hija del rey es inaudito, y creo que nos da pistas. Esas mujeres son de alguna forma importantes y..., más sospechoso todavía, alguien desea que permanezcan en el anonimato.

—Es muy extraño, sí. Mujeres lo bastante importantes como para que las pasee una princesa, pero que no participan en los actos de esta noche, y a las que la mismísima primera dama de la delegación alemana en Roma se preocupa por entretener. Sé un poco sobre la señora Von Ribbentrop. Es hija de un empresario del vino y extremadamente altanera, lo cual nos da una pista clara: si se

preocupa por esas mujeres es porque espera algo a cambio..., congraciarse de alguna manera con aquellos que la pueden favorecer, que son pocos. Su marido ya está muy arriba en la pirámide de mando, así que... no necesita esforzarse con la mayoría de los que han venido. Por encima del ministro de Exteriores solo está Hitler, pero en la práctica Göring, Goebbels y Hess tienen mayor poder. Los tres lo detestan, lo consideran un advenedizo.

—¿Así que quizás esas mujeres sean de importancia para Hitler?

—Estamos elucubrando mucho, pero podría ser. También puede que los Von Ribbentrop quieran tener un gesto con los tres que le he nombrado.

—¿Quizás sean sus amantes?

—De ningún modo. Serán algo más que eso. Las amantes se ocultan. Nunca le pedirían a la hija de un rey de Italia que se relacionara con mujeres de dudosa moral. No... ¿Sabe dónde se alojan?

—Sí, en el Excelsior. La misma señora Von Ribbentrop se lo dijo a la princesa Mafalda.

—Bien. Haré mis averiguaciones. ¿A qué hora se verán?

—Recogerán a la princesa mañana a las cuatro, en Villa Polissena.

—Espero tener algo antes. De no ser así, dígale a la princesa que en algún momento de su recorrido la informarán de quiénes son sus acompañantes. Dígale que escuche mucho y opine poco. Quizás no haya nada que sacar de todo esto, pero no podemos descartarlo. Cuando vuelva de la visita, vengan a verme. Extraeremos toda la información antes de que su cuñada la olvide.

—¿No le importa que sepa que usted...?

—No me importa, no. Llegados a este punto, todo esfuerzo es poco. Debemos empezar a confiar en los demás. Roma no se construyó en un día, y Mussolini no caerá en dos.

54

COMPRAS

Un enorme Mercedes proveniente de la embajada alemana penetró en la finca real de Villa Savoia con destino a Villa Polissena. En su interior, tres mujeres, Eva, Gretl y Anni, contemplaban por las ventanas los jardines que los reyes de Italia disfrutaban, excitadas de encontrarse allí y felices del plan que se les presentaba. Cuando las paredes rosadas de la villa a la que se dirigían se mostraron al final del camino, vislumbraron también a una elegante dama saliendo del edificio.

El coche se detuvo y ellas descendieron en orden. La primera en hacerlo fue Eva, que se acercó a Mafalda sonriente. Ella le devolvió la sonrisa mientras la miraba rápidamente de arriba abajo.

La alemana a la que debía pasear era una mujer guapa. Rubia, con el pelo corto, la piel muy blanca y los ojos azules. Su cuerpo conservaba algo de voluptuosidad juvenil, y su mirada mantenía la inocencia de la inexperiencia. Tendría por lo menos diez años menos que ella y no tenía ni idea de por qué era importante, pero su cuñada, la princesa María José, le dijo que la observara con detalle porque, sin duda, lo era. Por desgracia, aún no había dado tiempo a que averiguaran su identidad.

Tras ella aparecieron dos chicas de edad parecida, una de las cuales se presentó como Gretl, hermana de Eva, y la otra como Anni, amiga de Eva.

No hizo falta más para que Mafalda comprendiera quién era el eje de todo el grupo y en quién debía fijarse. Le sorprendió que ninguna se presentara con su apellido, pero se dijo que le costaría bien poco averiguarlo.

—Alteza, estamos realmente agradecidas —dijo Eva, intentando una especie de genuflexión—. No conocíamos Roma. Es preciosa—. Observó la villa—. ¿Puedo tomar una fotografía de la casa? Soy fotógrafa y amo tener recuerdos de allá donde voy.

La pregunta sorprendió a Mafalda, que en otra situación hubiese respondido con ácida ironía, pero se contuvo.

—Estoy segura de que encontrará lugares más dignos de ser inmortalizados, pero, por supuesto, puede tomar una fotografía si quiere.

—¿Podría hacérmela con usted?

Todo resultaba extrañísimo.

—Por supuesto —respondió ella, incómoda—, pero me tiene que mandar una copia, a mí también me gustará tener un recuerdo.

Eva vaciló un instante y sus amigas la miraron con una expresión que Mafalda no supo definir. ¿Quizás no debían dejar pruebas de aquella tarde?

—Por supuesto que sí —dijo la alemana al fin, pasándole la cámara a su hermana y acercándose más de la cuenta a la princesa —, se la haré llegar.

Tomaron la foto y las cuatro subieron al coche, tan amplio que podrían haber invitado a alguna amiga más. Mafalda había mandado nota a todas las tiendas que pensaba visitar, las mejores de la ciudad, y en todas se la esperaba. Por lo menos para eso aún tenía poder.

—Bueno —dijo centrándose—, si quieren ir de compras, había pensado que podemos ir de abajo arriba. Es decir, de pies a cabeza.

¿Les gustan los zapatos?

Las tres extranjeras se miraron como un grupo de adolescentes y aplaudieron al unísono.

—¡Nos encantan! —exclamó Eva.

—Pues entonces vayamos a Via Condotti. Número 65, por favor.

El conductor asintió sin decir palabra y se dirigió a la dirección indicada. En el exterior, un cartel rezaba FERRAGAMO. El trío volvió a aplaudir con intensidad. Mafalda sonrió. Aquellas debían de ser las alemanas más expresivas del país. Ella, que no lo era, se dijo que aguantaría lo que hiciera falta.

Con una señal, al entrar en la tienda, un hombre se colocó en la puerta impidiendo que nadie más accediera, dejándola en exclusiva para el grupo que presidía la princesa. No se arrepintió. En cuanto entraron, Eva empezó a señalar unos modelos y otros, y, sentada en un canapé, esperó a que le fueran trayendo cada par en la talla 36 para probárselos. En ningún momento preguntó el precio. A su lado, cada vez que se ponía un zapato, Gretl y Anni asentían y alababan su buen gusto. Indulgente, la joven compró también un par de zapatos para cada una de sus amigas. Mafalda, acostumbrada a la contención y a la rigidez de las casas reales europeas, contemplaba el espectáculo con asombro y apuntando un detalle más que evidente: quien quiera que fuera Eva, no tenía problemas económicos de ningún tipo.

—¿Quiere algo? —le dijo la joven, tratando de ser amable—. Debería dejar que le obsequiara con un par de zapatos por las molestias. Sé que es una mujer ocupada, una... princesa real.

—Ya tengo lo que necesito, querida —replicó Mafalda. Aquella incauta acababa de pretender ofrecerle una limosna. «Origen burgués», apuntó nuevamente.

Cuando apenas había una decena de modelos que hubieran escapado a la vorágine de la joven en la tienda del señor Ferragamo, Eva se acercó a la caja, indicó que vendrían a pagarlos esa misma tarde, firmó la nota y ordenó que llevaran las compras al Excelsior. Mafalda fue a despedirse del encargado, que apenas podía contener la euforia.

—Alteza, un gusto exquisito el de su amiga.

—Yo no diría tanto —replicó la princesa sin poder aguantar más, sonriendo al zapatero y bajando un poco la voz—. El buen gusto es ser selectivo. A mi acompañante le ha gustado todo.

—La señora Braun parece una apasionada de los zapatos —siguió este, dándole la pista más valiosa de la tarde.

—Sin duda, sin duda... —dijo ella, mientras apuntaba en su cabeza: «Eva Braun, quién será esta misteriosa mujer».

La respuesta a aquella pregunta llegó tras una parada en Borsalino, donde Eva compró varios sombreros e insistió en regalarle uno a Mafalda que ella supo que jamás se pondría. En una peletería de Via del Corso, la alemana llevaba media hora probándose abrigos cuando Mafalda vio que un hombre parlamentaba unos segundos con el que vigilaba la puerta de la calle y, tras franquear el paso, le hacía una señal para que lo siguiera a una esquina.

—Traigo una nota de la Palazzina —le dijo escueto, entregándole un sobre sin el membrete de palacio.

Mafalda cogió la nota con desinterés, asintió y se dio la vuelta. Despacio, mientras miraba a las tres alemanas nadar entre pieles de todo tipo y excitarse con cada producto que les mostraban, paseó por la tienda hasta elegir una estola. Con ella se metió en un probador. Luego pensó que una verdadera conspiradora no habría fingido probarse una estola en privado, pero, si resultó sospechoso,

ninguna de las alemanas le prestó la más mínima atención. Leyó con detenimiento la misiva:

> Eva es la mujer del Führer. No es solo una novia o una amante. Lleva por lo menos tres años con él, viven juntos y la élite del partido convive con ella. Su relación es secreta para el pueblo. Averigua lo que puedas. Ve con muchísimo cuidado.

Pensó que sería imposible extraer ninguna información mientras las compras distrajeran al grupo, así que decidió que, antes de la siguiente parada, acudirían a un café. Luego inició una técnica que no hubiera engañado a ningún adulto, pero que tenía posibilidades frente a la inexperiencia.

Se sentaron en la mejor mesa de Babington's, en la plaza de España, rodeadas de una elegante concurrencia. Sin perder tiempo, Mafalda puso en práctica su plan. De pronto aquella joven bella y vulgar la ponía nerviosa a ella, hija del rey de Italia. Su corazón se aceleró.

—Oh, estoy pasándolo tan bien... —dijo mirando hacia la plaza—. Ustedes no se hacen una idea de la vida que me hacen llevar. —Suspiró, captando la atención de la mesa—. Paso la mitad del tiempo expuesta como un cuadro, sin poder decir ni hacer nada, frente a gente que no conozco, y la otra mitad encerrada en casa, aguardando el momento en el que se me permita ser vista. Mi marido... —Miró hacia su té y sacó la bolsita fuera de la taza—. Sus responsabilidades lo ponen en el foco de cada acontecimiento y teme que yo distraiga la atención, razón por la que paso más tiempo en casa del que me gustaría. En una jaula de oro, por supuesto, pero en una jaula al fin y al cabo. Todo está tan medido, tan controlado, que tardes como esta, rodeada de amigas, andando por la calle sin problemas ni prisas, son un auténtico placer. —Todo era mentira, pero, conforme hablaba, los ojos de Eva se abrían. Para

cuando acabó su perorata, la alemana había puesto una mano sobre la suya.

Las tres jóvenes se miraron. Dos dudaron en hablar, pero Eva empezó a perder la cautela.

—La comprendo tan bien. Mi marido... mi...

—Tu marido —confirmó Gretl.

—Es un hombre... Es el hombre más ocupado del mundo. Su dedicación es tal que sé que siempre seré una parte menor de su vida.

—Pero le ha permitido venir a Roma, sola, con amigas mientras él permanece en...

—Él está aquí —dijo Eva de pronto, deseando explicarse—. Oh, alteza...

—Llámeme Muti, así es como me llaman mis amigas, y siento que ya lo somos.

Mafalda, habitualmente fría, estaba interpretando el papel de su vida. Más aún frente a una nazi, pues detestaba todo lo que emanara de esa ideología. Eva se sintió honrada. Nadie de abolengo la había tratado con complicidad. Miró a sus amigas. Era inocente y feliz. Ellas no la animaron a que confesara, pero su corazón le mintió, obligándola a confiar.

—Mi marido... Mi hombre es el Führer.

Mafalda fingió sorpresa y se quedó boquiabierta.

—Por favor, mantenga el secreto —dijo acercándose un poco más —. El amor que nos tenemos solo lo fortalece, pero en Alemania hay personas que no lo entenderían.

—Es impresionante. Está usted unida al hombre más importante del mundo.

—Lo sé. El Führer es un hombre sin igual. Es un gran honor.

—Y una gran responsabilidad.

Gretl y Anni estaban asustadas. El mayor de los secretos del grupo acababa de ser desvelado sin demasiada dificultad. Mafalda las tranquilizó.

—No se inquieten. No tengo ningún interés en hacerles la estancia más complicada. Suficiente hace ya mi familia por enrevesar las cosas. No saben de lo que hablo, pero yo lo vivo a diario. La pompa y el protocolo lo ralentizan demasiado todo. Las familias reales son demasiado ceremoniosas y retrasan siempre los asuntos más importantes. Las decisiones. Todo tiene un orden tedioso y antiguo. De saber que usted es quien es y estaba en Roma, esta tarde hubiera sido imposible. Avanzaríamos en coches de caballos saludando al pueblo sin poder hacer nada con libertad. —Mafalda supuso que estaba dibujando un sueño para Eva. Como todas las jóvenes, la alemana quería ser princesa, ser reconocida, saludar desde el balcón y bautizar buques de guerra, pero, a pesar de su importancia, la tenían escondida—. Pompa, tradiciones, ceremonias —continuó la princesa—. Imagino que el Führer no estará acostumbrado a tanta circunstancia.

—No lo está, no —dijo Eva—, pero está feliz de visitar su país y de que lo lleven a ver las obras de arte que tanto admira.

—Entre una cosa y otra tendrá poco tiempo para nuestro Duce. —Rio Mafalda—. A Mussolini seguro que le gustaría tenerlo solo para él. ¡Como a todos!

—¡Oh, Muti, es usted tan graciosa! Somos demasiados alrededor de esos grandes hombres. Si yo tuviera un papel más... público..., trataría de hacer las cosas de otra forma. Quizás podríamos ir por un lado ustedes..., la familia real, y nosotros..., la familia del Führer, y que los dos dirigentes se reúnan y traten lo crucial. Esta vez se ha mezclado todo.

—Eso sería perfecto... —opinó Mafalda, consciente del papel nulo que otorgaban en el seno del Gobierno alemán a su familia—, pero espero que el Führer tenga tiempo de avanzar en sus importantes proyectos con nuestro país.

—Oh, sí..., se entiende bien con el Duce. Y, bueno..., suele encontrar huecos siempre para estar solo con quien corresponde. No debe inquietarse por eso. Normalmente, antes de la última cena es cuando lo deja todo arreglado. Bastan unos minutos para entenderse cuando hay voluntad. Puede apostar a que en Florencia, antes de irnos, en la misma cena se cerrarán importantes acuerdos. Mano a mano. ¡Así es él! Sobran las palabras cuando hay... conexión. ¡Míranos a nosotras, Muti!

—Tienes toda la razón, Eva. —A Mafalda le ponía los pelos de punta aquella familiaridad, pero trató de que no se notara—. En cualquier caso, de ser necesario, puedo avisar a la casa real para que habiliten un espacio para que se reúnan si no está organizado ya.

Era del todo absurdo porque todo estaba planificado, pero Eva picaba el anzuelo una y otra vez, dándole información.

—No se preocupe por eso. En el palacio Medici, el de la última cena en Florencia, ya lo han previsto. Pensé que podría asistir y me compré un bonito conjunto, pero... tampoco podrá ser. Me gustaría quedarme en Roma, aunque seguramente tengamos que ir a Florencia y ni siquiera podamos bajar del tren. El Führer dice que es peligroso para mí. Al parecer, las calles son estrechas e incluso han tenido que cambiar el coche en el que se moverán por uno más pequeño. Me hizo gracia el nombre, lo llamaban torpedo.

—¿Al coche?

—Sí, gracioso, ¿no cree? El Führer y el Duce en un torpedo por las calles de la ciudad. Pero me apena no poder conocer la ciudad.

Dicen que es bonita. Quizás en otra ocasión.

—¡Hombres! —lanzó Mafalda.

—Eso es, Muti, ¡hombres! —replicó ella, alzando el café que estaba tomando para brindar como hubiera hecho en una cervecería bávara.

Mafalda comprendió que Hitler no mostrara demasiado a su novia. Ella misma se avergonzaba de que la vieran con ella.

Pero la conversación estaba siendo sumamente interesante.

55

EL PLAN

Cada una de las informaciones relativas a la visita de Hitler y Mussolini a Florencia ponía a Ludo en marcha. Iglesia, mafia, monarquía y Justicia y Libertad tenían por una vez el mismo objetivo, aunque no fueran tan claros como su organización a la hora de expresarlo. La Iglesia hubiera querido que nadie matara a nadie, pero que el coche del Duce se quedara sin frenos y saltara por un acantilado. La monarquía, que el Duce cogiera una enfermedad incurable que lo apartara del poder para poderlo ejercer ella, y Justicia y Libertad, que su organización liderara una revolución que levantara al pueblo contra el dictador y lo apartase del poder, pudiendo establecer la justicia y la libertad y todas las utopías que daban nombre a su grupo. Ludo reía ante la ironía. Todos querían que el Duce muriera, pero solo la Sociedad Honorable hablaba claro y se movía para que aquello sucediera. Incluso les había organizado el atentado a los jóvenes idealistas que planeaban disparar al Duce. Ella misma había proporcionado las pistolas. Con todo, aunque ninguna de las organizaciones tuviera su arrojo, por lo menos por una vez podía contar con que los ayudaran. La información, más que ninguna otra cosa, era la clave de esa valiosa ayuda.

Las últimas llamadas desde Roma daban más detalles respecto a la visita a Florencia. La más relevante, el cambio del vehículo en el

que se trasladarían los dictadores. El enorme Lancia Astura iba a ser sustituido por un Fiat Torpedo, también imponente, pero algo menor, en el que solo había dos filas de asientos, por lo que Ranuccio Bandinelli se vería obligado a viajar en el asiento del copiloto. El dato favorecía sus planes. La carrocería del Torpedo era menos sólida que la del Astura y, por lo tanto, los que viajaban en él, más vulnerables. Asimismo, la altura de las puertas era algo más baja, por lo que la deflagración llegaría con mayor facilidad a su objetivo. Por último, aunque era de menor importancia, las posibilidades de que el profesor Bandinelli saliera ileso aumentaban exponencialmente, al estar en el asiento del copiloto, el más alejado del del Duce. El padre Orso era minucioso en cada dato, era una lástima que no formara parte de la Sociedad Honorable.

Así que se puso manos a la obra.

El plan era sencillo y se basaba en la distracción y en la traición. Ludo haría que la emboscada de Justicia y Libertad en la iglesia de San Carlo de los Lombardos se descubriera justo antes de producirse. No lo hubiera hecho de confiar lo más mínimo en aquellos jóvenes idealistas, pero estaba segura de que, si los dejaba actuar, no lograrían el objetivo que perseguían y tampoco facilitarían su plan, mucho más factible. La información respecto a ellos obligaría a que el coche que llevaba a los dictadores se desviara por la calle paralela. Allí, en una calle menos vigilada, sería mucho más fácil colocar una bomba que se activara al paso del vehículo. Nadie lo esperaría. La pondría en el lado izquierdo de la calle, el lado que, por protocolo, ocupaba el Duce en el automóvil que también llevaba al Führer. Ranuccio Bandinelli sabría dónde agacharse. Podría disimular que buscaba algo en el maletín y quedar protegido por la carrocería. Quizás muriera. Quizás muriera ella también. Todos

estaban jugando a lo mismo. Todos arriesgaban la vida. La única muerte que importaba era la de Mussolini.

Tenía un buen plan y, sin embargo, no estaba segura de que fuera a salir como esperaba.

Cuando dependía en parte de otras personas, ¿algo lo hacía alguna vez?

56

RESURRECCIÓN

Instalado en el hotel Helvetia, Carlo no podía decir que estuviera ahorrando, pero, mientras degustaba una langosta *cardinale* en su *suite* y leía el periódico, pensó que todo marchaba, por una vez, en la dirección correcta. Suponía que Flavia seguía en Lausana y, conociendo a sus padres, sobre todo a su madre, estarían convenciéndola de que volviera con él, un buen hombre que la cuidaría. Le había dolido su aventura, pero, visto por el lado positivo, que tenía acentuado aquel día, en el fondo era un arma que podría utilizar muchos años, algo que echarle en cara cada vez que hiciera falta. De reojo miró a la cama, donde una mujer se desperezaba desnuda.

—Vete —le dijo sin levantar la vista de *La Nazione.*

Ella se incorporó, se atusó el pelo y se acercó a él por la espalda, pasándole los brazos por encima de los hombros.

—Te he dicho que te vayas —repitió él, zafándose.

—Ayer eras más cortés —dijo ella sin darle demasiada importancia.

—Tú eres actriz, ¿no es así? —La joven tan solo había hecho de tendera, sin hablar, en la función de medio pelo, en el teatro de medio pelo al que Carlo había asistido.

—Sí, lo soy —dijo, no obstante.

—Pues yo también. El de anoche fue mi papel. Muy creíble, como viste, pero no tengo demasiado mérito. Llevo años mejorándolo. Recoge tus cosas y vete.

Ella se apartó un poco, lo miró con desprecio e hizo lo que le ordenaba.

—Maldito engreído —escuchó él como despedida sin importarle lo más mínimo. «Al león no le preocupa la opinión de la oveja», pensó, pasando de página.

La primera noche de la visita del Führer había sido un éxito, al menos según el periódico. En las imágenes, poco claras, se le veía descendiendo las escaleras del palacio del Quirinal del brazo de la reina Elena. Le gustaba Hitler, aunque se hubiera puesto un poco pesado con los judíos. La familia de Flavia lo era y les deseaba toda la prosperidad posible, pues pensaba vivir a su costa muchos años.

En cualquier caso, no convenía relacionarse demasiado con aquellos a los que el régimen, poco a poco, arrinconaría, sino con los que dominarían el mundo, y Carlo ya había hecho algún movimiento audaz, aunque a la postre le hubiera complicado un poco las cosas.

Había pasado año y medio desde que le presentaron en Milán al ministro de Cultura Popular, Dino Alfieri. Para entonces ya se sabía que el Führer visitaría Italia y Mussolini iría a Alemania. Los dos países se acercaban y aprendían el uno del otro. Además del ministro, en la mesa había varios importantes empresarios que, paulatinamente, fueron ausentándose. Carlo y un par más se quedaron escuchándolo, soportando sus peroratas aburridas e interminables, ambicionando acercarse a él. Decían que era muy cercano al Duce, así que a todos les convenía.

La organización de la visita de Hitler se puso sobre la mesa a media tarde. Poco después hablaron del asunto del regalo. La dificultad de regalar algo que estaba en los museos, la mala imagen

que aquel gesto podía suponer, etcétera. Una idea llevó a la otra. Tenían que conseguir que un particular ofreciera una obra de arte de su propiedad, pero estaban de acuerdo en que sería difícil localizar a quien quisiera desprenderse de su valioso patrimonio, así que habría que buscar una manera de forzarlo. Buscar gente que fuera vulnerable de alguna manera, fácil de extorsionar. La pista de lo que se estaba haciendo en Alemania llegó sola. En Italia los judíos aún no tenían problemas, pero nadie aseguraba que no los tuvieran en el futuro, a tenor de la creciente influencia del nazismo en el fascismo italiano.

A aquellas alturas Carlo ya pensaba solo en el retrato de Colomba Corsini que colgaba del despacho de sus suegros y, como hacía a menudo, fanfarroneó. Él podía localizar por lo menos una decena de obras para que el Führer eligiera la que más le gustara.

Nadie lo creyó del todo, pero por una vez cumplió.

Cinco meses después, tras acompañar a Flavia a cenas y fiestas, tenía localizados a cinco coleccionistas judíos. Pasó la lista. Recibió los respetos del ministro y se aseguró su amistad. Alfieri organizó la exposición obligada de las obras, se las llevaron con todo el cinismo y los propietarios se resignaron a no volverlas a ver.

Bueno, no todos.

No esperaba que a Flavia el maldito cuadro le importara tanto, pero, visto en perspectiva, todo había salido más o menos bien. Había tenido que encargar la muerte de Juan Rezola y trabajar más de lo esperado, pero estaba satisfecho. Se dijo que, de tener de nuevo la oportunidad, habría actuado igual.

Le encantaba ser tan diferente de la imagen que proyectaba. Su cara blanda y bondadosa era el disfraz perfecto para su oscuridad.

Estuvo contento hasta que llamaron a la puerta. La cortesía del servicio del Helvetia había cambiado un poco desde que pagó su

anterior estancia tarde y con excusas, pero esta vez no encontró al apocado director del hotel en la puerta de su *suite.* La sonrisa de Ludovica Conti le erizó la piel.

—No la esperaba. No me gusta que me asalten de esta manera —dijo serio.

—Eso no importa. No importa nada. —Ludo lo apartó con el brazo y entró en la estancia—. Está en su mano cerrar nuestra relación lo antes posible. Lo puede hacer cuando quiera, hasta que seamos nosotros quienes decidamos.

—Ya le dije cómo les pagaría.

—Sí, con un cuadro. Un Botticelli. El problema es que sabemos que hay por lo menos dos copias de ese cuadro.

—¿Cómo sabe eso? —Carlo temió que Ludo hubiese faltado a su palabra y hubiese hablado con Juan Rezola antes de matarlo. Por desgracia, no podía preguntar más sin acusarse y sabía que ella no le iba a contestar.

—Eso no importa —dijo la joven, confirmando su idea—. Pero nos debemos asegurar de que nos entrega el auténtico.

—Me ofende usted.

—No, es usted el que podría ofenderme a mí: si piensa que tengo cualquier motivo para confiar en usted es que cree que soy necia. Mi organización no está formada por necios. Todo lo contrario.

—Yo no los engañaría. —Odiaba que esa mujer le diera tanto respeto. ¡Una mujer!, pero su intuición le decía que tenía más fuerza y más destreza para cualquier enfrentamiento que él. Tan rubia, tan guapa y tan fría.

—No sea cínico —continuó ella—. Ha engañado a su mujer, a su suegro, a todas las personas a las que les dijo que pagaría y probablemente a muchos más que no me he tomado la molestia de encontrar.

—Tengo el cuadro aquí mismo.

—Bien. No me lo dé aún. Le voy a dar una oportunidad que no merece. Medite. Si es el auténtico, entréguemelo mañana a esta misma hora en los jardines de Boboli. Vaya con él, yo lo encontraré. Tal como me lo entregue, verificaré con la única persona capaz de hacerlo si es o no el Botticelli auténtico. Si lo es, no tendrá ningún problema y no nos volveremos a ver. No nos gustan las personas como usted. Si trata de engañarnos, descubrirá que nuestra paciencia es finita y que su vida también.

—Me parece bien. —Carlo estaba casi seguro de que nadie notaría que entregaba una copia. Era perfecta, ni siquiera Flavia había dudado—. Busque al mejor experto. Él lo verificará.

—Tengo a alguien mejor que un experto. Tengo a Rezola.

Deseó que su cara no lo delatara. Probablemente lo hizo.

—No ha cumplido su parte. No lo ha matado.

—No lo he hecho, no. Los trabajos se deben pagar.

—Quedamos en que le pagaría después de matarlo. Le pagaría ese trabajo y todo lo...

—Todas sus deudas. Dígalo. Las tiene.

—Demonios, ¡le voy a pagar con una obra maestra!

—Si lo es, estará todo bien. Pero antes debemos comprobarlo, y solo el autor de las copias puede asegurarnos que no nos entrega usted una de ellas.

—Todo esto me espanta.

—Lo comprendo. Pero usted y solo usted ha transitado su vida hasta este momento. Es una pena que haya desaprovechado su cuna de esta manera. Es injusto. Cuando, al nacer, uno sale en la mejor posición, es exigible que por lo menos llegue a la meta en las de cabeza, no en la última.

—Déjese de metáforas.

—Probablemente acabe de perdonarle la vida. Si el cuadro que me pretendía entregar no es el auténtico, consiga el que lo sea. Y desdeñe cualquier idea de engaño: juega a las cartas con profesionales, y usted es un aficionado.

Ludo le sostuvo la mirada unos segundos. Carlo jamás había sentido tanto miedo. Luego se dio la vuelta y lo dejó allí.

El día se acababa de torcer. Solo esperaba que su vida no lo hiciera también. Por supuesto, no iría a los jardines de Boboli al día siguiente. No entregaría el cuadro falso hasta que no hubiera nadie que pudiera reconocerlo como tal.

El problema era claro: Juan Rezola había resucitado.

El plan también: se encargaría de que fuera por poco tiempo, aunque matarlo resultara difícil.

Después de todo, recuperar el cuadro auténtico le parecía imposible.

57

UNA CÓMPLICE

—¿Qué hay después? —le preguntó Juan a Flavia.

Era pronto, pero se habían despertado a la vez y se habían mirado a los ojos en silencio mucho rato, apoyados en la almohada, con las sábanas dibujando sus cuerpos entre sombras mientras la claridad del ático aumentaba y su bóveda despertaba cambiando de color. No así Lapsus, que, con su pelo oscuro y su corazón claro, seguía dormido en una esquina, boca arriba, como el perro de las ruinas de Pompeya, solo que vivo y feliz.

A su alrededor Juan tenía la vida que había soñado, la que quería para siempre.

Volvió a preguntar.

—Dime, Flavia, ¿qué hay después?

Era una pregunta para la que ninguno tenía respuesta.

—Esto estaría muy bien —dijo sonriéndole y acercándose un poco más.

—¿Aquí, en Florencia? ¿O en Trieste? ¿En Gerona si acaba la maldita guerra? ¿Dónde?

—No tengo un lugar favorito. Tengo personas favoritas. Donde estés tú, será mi lugar. —Juan la abrazó.

—Pero, mientras, arriesgaremos la vida por el cuadro.

—La arriesgaré yo.

—Te ayudaré.

—Ya lo has hecho. No quiero que hagas nada más.

Cerrando el tema, Flavia se incorporó y se desperezó, dejando que su melena cayera en bucles sobre sus hombros, oscura, densa y brillante, segura de que, al observarla amanecer, Juan perdería el hilo de lo que comentaban y del asunto importante que no sabía aún. No dejaría que se arriesgara tanto como pensaba hacerlo ella.

—Hoy Hitler está en Nápoles. La Marina Real va a realizar unas maniobras en su honor. El Duce mostrando el poderío de su flota, la que temerá todo el Mediterráneo —dijo Juan.

—Estará deseando que le enseñen otras cosas, pero esa pareja funciona de manera similar a todas: un día lo que quiere uno, un día después lo que quiere el otro; un día van a ver los barcos de Mussolini, otro día, los cuadros de Hitler —dijo Flavia, ridiculizándolos.

—¿No les tienes miedo?

—Les tengo pánico. Por eso los humanizo.

—Eres valiente. Muy inconsciente, pero valiente.

—Supongo que una cosa ayuda a la otra, y, bueno, en la vida todos nos tenemos que enfrentar alguna vez a la misma decisión, o se te va el miedo, o se te va la oportunidad. En fin. El túnel está casi listo. La pared se mueve. Estoy a pocos centímetros del jardín de los Pandolfini. Y ayer encontré una hembrilla igual a la que tenía el lienzo original cuando estaba colgado en Faggio. Ya está puesta. No cometeré el mismo error que el tonto de Carlo.

—¿Sigue pensando que estás en Lausana?

—Seguro. Hablé ayer con mis padres. Carlo no está allí. Me dijo que tenía asuntos pendientes en Milán. Probablemente sea otra mentira.

—No parece importarte.

—No, porque no me importa él. Me dolería que tú me mintieras, pero no él. Ya no.

Juan se incorporó un poco. El perro percibió que estaba despierto y, girando sobre su espalda, sus patas tocaron el suelo. Se levantó y avanzó trotando hacia él para, sin sutileza alguna, lanzarse sobre la cama y aplastar su cráneo negro contra el torso del español, que lo abrazó.

—Lapsus nunca te hará daño. Los perros no hacen daño a la gente que los quiere. Esa es su mayor diferencia con los humanos —dijo Flavia.

—Espero que tú tampoco me lo hagas.

—Ya te lo he hecho en el pasado..., y es posible que vuelva a hacerte sufrir, aunque no lo desee. Es casi inevitable. La gente que quieres es la que más daño te hará. Nadie tiene más poder sobre nosotros que la gente a la que amamos.

—Bueno. No le des muchas vueltas. Supongo que no nos queda otra opción. Es un círculo vicioso. Amar conlleva sufrir, para no sufrir hay que evitar amar, pero, si no amas..., sufres. Si has conocido el amor, estás atrapado, qué puedo decir.

Sonrió con ironía, tomándoselo un poco a broma y sin querer ahondar en el tema. Odiaba hablar de problemas que aún no habían llegado. Se levantó y fue a la cocina, donde le sirvió la comida al perro. Flavia lo miró. Le gustaba de una forma diferente a cualquier otra persona. Le gustaba hasta enfadado.

—Nunca he querido a nadie tanto como a ti —murmuró.

Él giró la cabeza hacia ella. No la había oído y Flavia necesitaba que lo hiciera. Era fría y las muestras de cariño la avergonzaban, pero, con una intensidad que desconocía, un impulso la llenó de pronto... y sintió que le debía a Juan toda la sinceridad.

—Te quiero —dijo de pronto en alto, sin poder evitar que su corazón hablara. Juan la miró un poco sorprendido. Nadie se lo había dicho antes. No de aquella manera. Nunca le había sonado tan real—. Quiero que lo sepas. Que lo sepas de verdad. Si todo sale mal, si algo ocurriera..., no quiero que nos alejemos sin que lo recuerdes. Te quiero. Más de lo que nunca pensé que querría a nadie y de una forma muy diferente. Siento que, el día en que nos encontramos en esa cala perdida, se me hizo el regalo más importante. Uno que, bueno, lo cambió todo. Cambió los planes que tenía porque eran mucho peores, y me hizo valorar el presente. Desde el primer día tuve miedo a perderte, a que se acabara, y lo tengo aún. Por eso no doy nada por sentado y trato de disfrutar cada día, pero a la vez no puedo evitar pensar en que me gustaría que fueras lo último que viera antes de apagarme, ojalá dentro de muchos años. Ojalá tú no lo hagas nunca, ojalá seas feliz a mi lado y, cuando yo ya no esté, lo seas más aún. —Juan la observaba hipnótico, contemplando el corazón de Flavia abrirse ante él. Inesperado, impulsivo y reflexivo a la vez, lleno de verdad. Ella siguió.

»A... Bueno, a los que me gustaron antes que tú, muy pocos, les regalaba cosas que hablaban por mí, que decían lo que yo no me atrevía a fingir. Pero a ti te debo la verdad y, aunque puedo comprarte cualquier cosa, este es el regalo más caro que he hecho jamás..., y no me da vergüenza, porque me parece tan bonito y tan real que... es lo mejor que he podido regalar nunca. Es el primer regalo del que estoy verdaderamente orgullosa. Juan, te quiero. Si supieras con qué intensidad, con qué furia, con qué pasión y ternura, entenderías que todo lo que has hecho hasta ahora ha valido la pena. Y siento lo mismo. Si mi vida terminara en este

momento, me habría compensado. Mi cuerpo está lleno de... vida. Más que nunca. Lleno de arriba abajo. Lleno de ti.

Juan ya se acercaba a ella. La miró a los ojos y, sin esperar ni un segundo más, se metió en la cama. Sentía exactamente lo mismo.

Era plenamente de día cuando se fue a la ducha. Al salir, Flavia ya estaba vestida y desayunaba algo con sonrisa plácida y plena.

Con diferente espíritu y la misma —nula— sutileza que su perro, Anetta apareció poco después en el apartamento. Juan ya se había acostumbrado a que la pequeña mujer estuviera a punto de pillarlo desnudo cada mañana, razón por la que había renunciado a pasearse en paños menores por su apartamento y se cambiaba tras una especie de vestidor que se había hecho con unas cortinas. Desde detrás de ellas la escuchó hablar.

—El señor Leone está en la ciudad. Lo sé por las camareras del Helvetia. Una de ellas, Bruna, bastante golfilla pero divertida, se ha quedado en estado de uno de los mozos de la cocina, un canalla que ...

—Anetta, por favor —la interrumpió Flavia.

—Ah, sí, sí. Bueno, Bruna me dijo que había vuelto. Que estaba instalado en su *suite* habitual y que había llegado con bastante equipaje. Todos se horrorizaron con la idea de tenerlo muchos días allí. Otra camarera me dijo que se había traído hasta un cuadro, que tiene en un lado de la cama y ha pedido que nadie toque.

Juan asomó la cabeza tras las cortinas mientras se calzaba.

—Es mi cuadro —dijo Juan—. El que yo le pinté.

—El que tú le pintaste está aquí. Carlo tiene el que me pintaste a mí —matizó Flavia.

—Fue él quien lo robó de este apartamento el día en que me...

Anetta no sabía nada de todo aquello y estaba sumamente interesada. Apoyada en la escoba, escuchaba sin perder detalle.

—Anetta, quizás podrías ir a limpiar mi piso —la tentó Flavia.

—Oh, no, no, qué dice, qué dice. Prefiero un millón de veces escucharlo. ¿El señor Leone robó el cuadro? ¿En qué clase de comedia de enredo viven ustedes? ¿Es que no va a pasarles nada normal nunca?

—Anetta, ve a mi piso.

—Que no, que no. De ninguna manera. Siga hablando, señor Rezola.

A Juan no le importaba nada que ella lo escuchara. De hecho, tras reflexionarlo rápidamente, creyó necesario que lo supiera todo. Sabía que podía contar con su ayuda y que, aunque no era discreta, si tenía que callarse por la seguridad de su señora, jamás abriría la boca. Flavia pretendía dirigirse en todo sin la ayuda de nadie, pero tenía un objetivo demasiado grande para abarcarlo sola. Si a él le sucedía cualquier cosa, no tendría a nadie a quien acudir.

—Cuéntaselo todo —le dijo—, hazlo. Se acerca el día, e incluso sin imprevistos puede que necesitemos ayuda. Anetta se mueve bien, conoce a mucha gente y jamás nadie parecerá menos sospechoso.

—No sé cómo tomarme eso —murmuró la mujer.

—Saldré a pasear a Lapsus —dijo él, ignorándola—. Cuéntaselo todo. Cuando vuelva, podemos comentarlo. Quizás Anetta vea fallos que no hemos detectado, o cosas que podemos mejorar.

La criada miró a Flavia y asintió muy seria.

—Haga caso a don Juan. Él sí es de fiar. Lo supe desde el momento en que lo conocí.

—Anetta —lanzó Juan desde la puerta—, no me hablaste en dos meses.

—Porque no lo conocía. Cuando lo conocí, todo cambio. ¡Baah! —dijo gesticulando con la mano—. Vaya a pasear a su chucho y deje de decir tonterías, que es usted de fiar, pero también muy absurdo a

veces. —Juan soltó una carcajada y bajó las escaleras dejándolas allí —. Señora, haga caso al español, cuéntemelo todo —dijo la mujer, apoyando la escoba en la pared y sentándose en una silla, expectante.

Flavia la miró un instante, se acercó a la cocina y cogió dos tazas en las que vertió café. Anetta la miraba nerviosa, deseando saber todo lo que se le había ocultado tantos meses.

Flavia le tendió la taza y ambas bebieron antes de ponerse a hablar.

—Está tibio —dijo la criada con una mueca de disgusto, dejando la taza en la mesa y apartándola con la mano—. No me gusta nada que sea tibio. Ni el café, ni el amor ni las personas. ¿Va a contármelo todo de una vez?

—Me alegro de que te guste Juan.

—A usted le gusta aún más. Él no es tibio. Nada tibio.

—Es cierto. Estoy bien con él. También es inteligente y bueno.

—Lo segundo es lo más importante, señora. La bondad. La inteligencia es un regalo que nadie se ha ganado, que viene con nosotros como los dedos de la mano o el color del pelo, pero ser bueno es una decisión. ¿Qué es lo que traman? Cuéntemelo de una vez. ¡Hable ya, demonios!

—Te convertirás en cómplice de algo muy peligroso —le advirtió Flavia.

—Señora, llevo siendo su cómplice demasiados años ya para que algo me asuste.

Flavia esbozó una sonrisa irónica.

—Esto lo hará —le aseguró.

58

MAMÁ

La comunicación entre Santo Testa y Ludovica Conti se intensificó mucho en los días previos a la visita de Mussolini y Hitler a Florencia.

Santo siempre había sido avispado, principalmente porque había nacido en un entorno en el que quien no lo era acababa por desaparecer, pero no sospechaba nada respecto a los planes de Ludo para traicionar a Justicia y Libertad, para lograr el fin que aquella organización —y también la suya— perseguían. Santo hablaba con ella siempre con la sensación de que ella jamás traspasaba los límites de lo que debía decirle, jamás improvisaba, jamás fallaba. Había intentado romper aquel muro de contención, buscar cierta afinidad, pero Ludo era más alemana que italiana, por más que su sangre estuviera mezclada.

Con todo, aquel día Santo recibió el primer gesto humano por su parte.

—Tu padre te llamará esta tarde al palacio Maratti alrededor de las cinco, así que atiende esa llamada, es importante —le informó.

Santo había recibido menos de una decena de llamadas de su padre desde que se había ido de Sicilia. Las comunicaciones telefónicas eran engorrosas y, aunque la tecnología avanzaba rápidamente, aún tenían que conectarse a través de operadora y los centros de tránsito de Palermo y Roma, esperando a veces más de una hora a que la llamada se efectuara.

Así que, si su padre lo llamaba era por algo urgente.

A las cinco estaba sentado en el salón de bustos del palacio Maratti, donde habían instalado el teléfono hacía algunos años. Su modernidad destacaba en el entorno clásico de los bustos de ónix y mármol de los antepasados de su benefactor. El gran reloj de pared estaba a punto de tocar las seis cuando lo que sonó fue la llamada, y, tras escuchar a la operadora, la voz de su padre, lejana pero aún firme, llegó a sus oídos.

—¡Hijo! —dijo alzando la voz, como siempre hacía al comunicarse por ese medio.

—Padre, te escucho —respondió Santo, respetuoso.

—Ven a casa. Ludovica te dará los pasajes. Mamá no está bien. Se cayó ayer y no remonta. Creo que no aguantará mucho. —Gonzaga Testa nunca había tenido tacto.

—Pero... ¿qué le ha pasado?

—Creemos que tropezó con un tiesto de los de la escalera de fuera, la encontró Luca inconsciente con un golpe muy fuerte en la cara, que ahora tiene morada como una zarzamora. Está monstruosa y el médico nos ha dicho que se va a morir. Ha sido una gran mujer y, aunque no me habla desde hace años, o quizás por eso, hemos convivido muy bien. Vuelve a casa.

—Y... ¿nuestros planes? —De haber asimilado las palabras de don Gonzaga, Santo habría corrido a hacer el equipaje, pero se preguntaba por el atentado que habían planificado: ¿acaso no iba a participar en él?

—Ya habrá tiempo para eso, tus amigos son muy capaces de trabajar sin tu ayuda, no te preocupes por ello. —Los dos sabían que las comunicaciones estaban vigiladas, por lo que no era necesario que recordaran ser cautos—. Ludovica tiene los billetes. Los iba a recoger hoy, te los dará para que viajes mañana pronto.

—Mamá...

—Debes venir a verla, hijo. Se va a morir —insistió don Gonzaga.

La comunicación pareció estar a punto de cortarse y el aparato emitió un sonido vibrante y desagradable. Cuando volvió a escuchar a su padre, estaba enfadado y maldiciendo.

—¡Lo haré, padre! —le dijo, interrumpiéndolo para hacerle saber que seguía en línea. Su corazón latía desbocado por la noticia y le hablaba alto y sin estar seguro de cuáles de sus palabras llegaban al otro extremo de la línea—. ¡Gracias por avisar! ¡Lo organizaré todo ahora mismo y haré el equipaje! ¡Esperaré a Ludovica!

—¡Hazlo, hijo, hazlo! —le gritó don Gonzaga. Probablemente había escuchado solo una parte de las últimas palabras de Santo—. ¡Te veo en casa pronto! Demonio de..., maldito apara...

La comunicación se cortó sin que Santo supiera si había sido voluntariamente. Colgó el teléfono con la amarga sensación de que se perdía algo importante y de que estaba demasiado lejos para averiguarlo. Las conversaciones con su padre, a menudo llenas de silencios y algo frustrantes, empeoraban cuando se utilizaba el teléfono, que ambos detestaban. Su padre decía que era como hablar con alguien que le respondía en portugués: se entendían, pero nunca del todo.

En cualquier caso, el joven no dudó ni por un segundo. Debía acudir al encuentro de su madre.

Por la tarde habló con Matteo Maratti y su hijo Andrea. Ambos lo animaron a que partiera cuanto antes y le aseguraron que el plan seguiría tal y como lo habían trazado, pero con un tirador menos. Desde el principio sabían que bastaba con uno bueno para ejecutarlo, y Andrea se creía capaz.

Más tarde, Ludo le dejó los billetes. La mañana del día 5 de mayo, Santo se subió al tren con destino a Nápoles.

59

SEDA DENSA

Ranuccio se asomó a Via Veneto desde la ventana de su *suite* en el hotel Excelsior. A sus pies, Roma descansaba antes de coger aliento para una nueva jornada con el Führer.

Revisó su agenda por enésima vez:

Día 3 de mayo – Roma, llegada delegación alemana.
Día 4 de mayo – Roma, reuniones. Visita al Panteón y basílica de Majencio.
Día 5 de mayo – Nápoles, maniobras navales.
Día 6 de mayo – Roma otra vez. Desfiles militares. Exposición de la Romanidad.
Día 7 de mayo – Roma, visita cultural. Galería Borghese, Coliseo.
Día 8 de mayo – Cena de gala de despedida en Roma.
Día 9 de mayo – Viaje a Florencia, visita completa. Despedida.

Tachó los dos primeros días. Ya solo quedaban otros cinco y, en teoría, solo en dos se le requeriría.

Observó a un grupo de mujeres entrar en el hotel seguidas por una fila de botones cargados de bolsas y paquetes. Las había visto el día anterior y, aunque no tenía ni la más remota idea de su identidad, la extrema dedicación tanto del personal del hotel como del de la embajada alemana dejaba clara su importancia. Aquellos mismos funcionarios le habían procurado a él una *suite* en la cuarta planta e instrucciones precisas sobre cómo dirigirse al Führer. Por enésima vez. Parecía como si lo tratado desde hacía semanas en las

múltiples reuniones en el Ministerio de Educación o en el de Cultura Popular no hubiera servido de nada.

Estaba cansado de escuchar a tanta gente repetirle lo mismo. Además de explicarle detalles personales que lo ayudarían para que la visita cultural fuera fluida, habían intentado educarlo, sin saber que, en eso, como en casi todo lo que le mostraban, eran aficionados a su lado. Ranuccio procedía de una familia de gente educada e ilustrada, y él más que nadie sabía cómo dirigirse a todo el mundo.

Era mucho más educado que sus interlocutores y mucho menos poderoso también.

Lamentablemente, no se ganan guerras ni se llega al poder sabiendo distinguir un Filippino Lippi de un Domenico Ghirlandaio, o cogiendo los cubiertos sin que parezca que uno sostiene las lanzas de *La rendición de Breda.* No. Ranuccio sabía que la educación, por lo general, solo la aprecian los educados, y no esperaba tratar con ninguno en los próximos días.

Observó el uniforme sobre la cama: pantalón, camisa, corbata y *giubba* negras. Botas negras. *Berretto* negro con la insignia del hacha fascista delante.

«Intenciones: negras», pensó con ironía, deseando que llegara el día 10 y, si sobrevivía, nunca más volver a relacionarse con nadie de los que había conocido aquel año. Tan solo quería dar sus clases, divulgar los descubrimientos arqueológicos y volver de vez en cuando a la villa de Geggiano para descansar, leer y ver crecer a sus hijas. No era tanto.

Pese a que estaba disponible las veinticuatro horas y que Hitler le había hecho notar que, si por él fuera, habría hecho el viaje en solitario con él, lo cierto era que desde la llegada de la delegación alemana su trabajo había variado sustancialmente de intensidad a

cada momento. Así, aquel día 5 de mayo su protagonismo en el programa era nulo y al siguiente también iba a ser escaso, con una única visita a una exposición sin interés. Los dos dictadores estaban en Nápoles observando maniobras de la Marina, así que Ranuccio había pasado el día revisando el recorrido del 7 de mayo, cuando llevaría a los dictadores de visita al Coliseo y la Galería Borghese. El día siguiente, 8 de mayo, habría una cena de despedida en Roma. El 9, el Führer estaría en Florencia, donde Ranuccio había diseñado un intenso programa de visitas culturales. Desde el momento en el que Hitler pusiera el pie en la capital toscana, no se separaría de él hasta que partiera a Alemania.

Lo había conocido el segundo día de la visita. Toda Europa hablaba de él y gran parte deseaba conocerlo más que a ninguna otra personalidad. Ranuccio lo había temido, pero, en contra de lo que esperaba, el Führer había sido amable desde el primer momento, lo que había provocado que rápidamente toda la comitiva lo fuera también. El alemán bebía de sus explicaciones y cambiaba la expresión y el humor cuando se veía rodeado de arte. Así, aunque la parte cultural había ocupado solo una porción de la jornada, esta había sido intensa en emociones. Tras una ceremonia en la tumba del soldado desconocido en Piazza Venecia, habían visitado el Panteón de Agripa, donde había estado codo con codo con el dictador. Él escuchaba sus explicaciones con sumo interés, reflexionando cada comentario y observando cada detalle que Ranuccio le mostraba. El edificio le había asombrado por su perfección y su antigüedad.

—Si Berlín está destinada a ser la nueva Roma, necesita de edificios como este —le comentó al salir.

Como en cada ocasión cultural, Mussolini no había disimulado su aburrimiento. Era demasiado expansivo, demasiado expresivo y

bruto para disimular nada.

Por la tarde, la parte institucional y la cultural se mezclaron en el Foro. Tras recorrerlo, en la basílica de Majencio el Führer se dirigió a la comunidad alemana residente en Italia, reafirmando la unión de los dos países y sus culturas.

Ranuccio sabía que entre las culturas del viejo continente había muchas más próximas a la suya que la alemana, pero, como estaba allí para agradar al visitante, se calló. Con todo, la sensación de que Italia y Alemania eran como una pareja dispar buscando formas de gustarse se asentó en su cabeza.

Llamaron a la puerta de la *suite.* No había pedido nada, así que se resignó a que el enésimo funcionario del Gobierno le indicara cómo debía hacer su trabajo. Se equivocaba.

—Tiene una llamada —le dijo un botones—; si me acompaña, esperamos tener la conexión en pocos minutos.

Ranuccio siguió al joven hasta una cabina situada al fondo del *lobby* del hotel, en un lugar apartado en el que había cuatro cubículos iguales. Esperó unos minutos hasta que la conexión se produjo y la operadora le pasó la llamada. Al rato escuchó una voz conocida.

—¡Ranuccio! ¿Me escuchas? —El profesor respiró aliviado.

—Maria. ¿Todo bien?

—Todo bien —respondió ella, escueta.

—¿Las niñas bien?

—Se han peleado dos veces, pero supongo que eso es que todo va como siempre. —Él sonrió.

—Te veré muy pronto.

—Seguro.

—Todo va muy bien. El Führer es un gran entendido, tal y como nos habían adelantado, y Roma está preciosa. Es una pena que no

puedas estar aquí.

—Lo deseaba con todo mi corazón, pero confío en que me lo cuentes todo con detalle cuando acabe la visita. Cuídate mucho.

—Tú también. Da un abrazo a las niñas.

El teléfono sonó seco al otro lado y la comunicación se cortó. Ranuccio se alegró de ver que la mafia siciliana cumplía su parte: su familia ya estaba en Suiza. Si todo salía mal, podrían empezar una nueva vida allí. La llamada habría sido escuchada por el servicio secreto y no habría levantado, igual que él, la más mínima sospecha. Fue entonces cuando reparó en la elegante mujer de la cabina de al lado. Ludo.

—Sí, sí, claro. Ahora mismo —dijo mirándolo mientras le hablaba al teléfono—. En el café Davide —le indicaba dónde debían verse—. Claro, querido, te esperaré.

La vio salir de la cabina y pasar frente a él, con una pamela roja ladeada sobre su cabello rubio, vestida elegantemente con una camisa abullonada en los hombros que se encajaba en la cintura de avispa de su falda negra hasta debajo de las rodillas. El dulce envoltorio de una mujer dura.

Esperó unos minutos y salió hacia el café, situado a un par de manzanas, en una calle perpendicular a Via Veneto.

En una mesa al fondo lo esperaba. Le sonrió sin intención y esperó a que se sentara con ella.

—Le he pedido un *espresso.*

—Dígame —siguió Ranuccio, que aquellos días no quería alargar nada que pudiera acortar.

—El plan está ya organizado. Como le dijimos, será en Florencia. Hoy mismo vuelvo allí para acabar de ultimar algunas cosas. Por su parte, lo único que tendrá que hacer es estar atento, así que no se preocupe por los registros o cacheos. Usted no va a llevar nada

encima, solo la camisa que le dejo en la bolsa que tiene a los pies. Es exactamente igual que la que lleva estos días, solo que por dentro está revestida de seda de altísima densidad. Si algo de metralla le diera en el pecho, la detendría, aunque, como verá a continuación, esa no es la idea.

—Cielo santo. ¿Y la cara? No me puedo poner un pasamontañas de seda de esa.

—Atienda: como ya sabe, está previsto que el coche circule por Via Calzaiuoli. Lo vamos a desviar. Antes de llegar a la iglesia de San Carlo, quizás en la misma Piazza della Signoria, el coche cambiará de ruta para circular por la Via Calimala. En el número 25 agáchese para buscar algo en su maletín, o para abrocharse los cordones.

—Llevo botas de montar...

—Eso da lo mismo, usted agáchese. Una bomba explotará en el lado izquierdo. Yo la activaré. El blindaje del coche lo protegerá. En Florencia se van a mover en un Fiat Torpedo, no en el Lancia Astura que utilizan en Roma, y eso le beneficia. Hasta ahora, se ha sentado en el asiento de la fila intermedia, en el lado izquierdo. En esta ocasión viajará en el lado derecho, en el asiento del copiloto, así que estará más alejado.

—Por todos los santos, vamos en un descapotable.

—Lo sé, por eso le digo que se agache para que le proteja la carrocería. Fíese de mí. He hecho esto antes.

—Pero... incluso si yo me salvo, morirá mucha gente. La calle estará atestada.

—No se preocupe por eso. Nos ocuparemos de que no suceda. Tenemos formas de hacerlo.

—No veo cómo.

—No haga más preguntas. Podría habérselo ocultado y usted moriría. La prioridad de esta misión es matar al Duce, no salvar a

nadie.

—Si yo no les hubiera dado el horario y la ruta de todo, difícilmente podrían haber planeado nada. Me parece que también he cumplido mi parte.

—Lo ha hecho, y, como la Sociedad Honorable es, efectivamente, honorable, no morirá —le dijo Ludo.

Su expresión facial, dulce y alegre, era opuesta a la crudeza de lo que decía, y el sombrero tapaba los labios a la concurrencia, de forma que nadie podía vislumbrar lo que hablaban. Soltó una carcajada y le tocó la mano como a un buen amigo. Luego se levantó, se puso el bolso bajo el brazo y salió del café dejándolo allí.

Ranuccio no pudo alegrarse por no tener que ser él mismo quien llevara la bomba encima o la detonara de alguna manera. Al fin y al cabo, lo más probable seguía siendo que muriera. Cogió la bolsa con la camisa que debía salvarlo y, con pocas esperanzas de que sirviera de algo, volvió al hotel.

60

UNA IGLESIA MISTERIOSA

Carlo Leone acudió pronto a la Academia, donde había quedado con Tomasso Russo, el subsecretario del Ministerio de Cultura Popular.

Su cabeza era una olla a presión, y sus problemas se acumulaban.

Que Juan Rezola siguiera con vida implicaba que él no pudiera entregar su copia del retrato de Colomba Corsini como pago a la mafia, pues esta ya le había dicho que acudiría al español para verificar si el cuadro en cuestión era el Botticelli auténtico o, por el contrario, una copia realizada por él.

Debía matarlo, pero le faltaba arrojo, y sus contactos en el hampa se habían acabado. Mientras pensaba cómo hacer que el español desapareciera, decidió que debía mejorar su prestigio, que en círculos financieros era ya inexistente. La visita del Führer le ofrecía una excelente posibilidad y, aunque había muchos actos previstos, los más notables florentinos se peleaban por acudir a la exclusiva cena que se preparaba en su honor en el palacio Medici Riccardi. Le interesaba asistir a esa reunión.

Si alguno de los banqueros que allí estarían observaba su buena relación con el régimen, quizás cambiara la percepción que tenían de él. Una corta conversación con el Duce o quizás el agradecimiento efusivo de algún alto funcionario del partido podía obrar el milagro. Carlo creía que se lo debían.

Tomasso Russo estaba muy agradecido por la gestión que Carlo había hecho al identificar los cuadros que se iban a mostrar y a ofrecer al Führer. Dino Alfieri, su superior en el ministerio, le había dejado muy claro que estaban en deuda con él, y enseguida se mostró dispuesto a atenderlo. Se encontraron en un despacho desordenado y lleno de papeles que se aislaba como podía del incesante rumor de la oficina. Carlo pensó que era el momento de sacar rédito de sus acciones.

El hombre, insignificante en todo lo físico, se sentó al otro lado de un escritorio y cruzó los dedos de las manos sobre la mesa aguardando su explicación. Tras unos minutos de falsa cortesía, Carlo fue al grano.

—He sabido que hay prevista una cena, un encuentro con el Duce y nuestro honorable invitado el día 9, en el palacio Medici Riccardi.

Tomasso entendió lo que quería y estaba dispuesto a concedérselo. Había recibido la misma petición de otras personas, pero la disposición a ayudarlos del señor Leone merecía que se le concediera.

—Le gustaría asistir —dijo abreviando.

—Mucho. Será un encuentro con buenos amigos y seguro que disfrutaré de la velada. Será un honor.

—Como comprenderá, su mujer no podría acompañarlo. El Führer no se lleva bien con los judíos.

—Lo comprendo perfectamente, me pasa lo mismo a menudo —dijo socarrón—: yo no soy judío. —Tomasso se rio.

—En ese caso, delo por hecho.

Conseguido el objetivo de la reunión, Carlo quiso volver sobre el tema que había propiciado su buena relación con el ministerio.

—Quería saber cómo va el asunto de la exposición de los cuadros de los que le di noticia. Los que le presentarán al Führer.

—Ah, sí, sí —dijo Tomasso con cierta emoción—. Es una selección extraordinaria que, sin duda, agradará muchísimo a nuestro invitado. La visita está siendo un éxito y todo el mundo desea que concluya tal y como empezó. La demostración naval de ayer en Nápoles fue magnífica. Hoy están de nuevo en Roma, donde, seguro, los desfiles militares están siendo espectaculares también. La Italia que a todos nos gusta ha vuelto. Mañana verán el Coliseo y algunas cosas más, y dos días después estarán aquí en Florencia. El nerviosismo es grande, pero tenemos todo muy bien organizado.

—¿Y la exposición?

—Será el colofón. La guinda del pastel. Le estamos muy agradecidos.

—Doy por hecho que los cuadros se irán a Alemania.

—Sin duda, aunque las familias cedentes lo desconocen aún.

—Estarán honradas.

—Sí, eso pensaba yo, pero su mujer... Flavia Viel.

—Flavia Leone —lo corrigió Carlo.

—Eso es... Como le decía, su señora esposa estuvo algo impertinente, si me permite la palabra, cuando le insinué que ese honor se produciría. Nos encontramos hace meses en una velada en el palacio Maratti. No parecía contenta con la idea.

—No debe preocuparse. Su marido soy yo y yo sí estoy contento. Las mujeres son muy impertinentes a veces, por eso no hay que hacerles demasiado caso ni dejar que se metan donde nadie las llama.

—Es muy sabio lo que dice.

—Y la exposición... Explíqueme un poco más... Es ilusionante pensar que he colaborado a que se produzca.

—Es usted modesto, señor Leone. Usted fue quien localizó las obras. Sin usted no sería posible. Será en el palacio Pandolfini, en

la...

—Via San Gallo.

—Eso es, ¿lo conoce? El edificio es una obra de arte de Rafael. El conde Pandolfini se mostró un poco reticente al principio, pero finalmente se rindió a nuestro poder de convicción. La aristocracia, ya sabe. Los condes son discretos, y la exposición lo será también. Se espera que dure apenas media hora, que es poco, pero, si lo piensa, es muy probable que el Führer pueda pasarse horas delante de este magnífico regalo una vez en Alemania.

Carlo no escuchaba. No podía ser casual que el piso donde se había realizado la copia del cuadro fuera aledaño al palacio. Flavia había encontrado una forma de cambiar el cuadro falso por el real accediendo a la exposición. Había encontrado un acceso al palacio desde el edificio donde se alojaba Juan Rezola. Volvió en sí un instante para recabar la información que surgía de aquella revelación.

—Entiendo que estará ya lista —dijo, tratando de no parecer sospechoso.

—¿La exposición? Oh, no, no. Aún no, los cuadros están bajo custodia aquí, celosamente vigilados. Se colocarán mañana por la tarde para comprobar la luz.

—Espero que también los vigilen en el palacio.

—Por supuesto. Tendremos guardias en la puerta y en el jardín. Es un recinto cerrado, fácil de vigilar. La exposición se realizará en la galería del jardín, así que incluso el acceso desde el interior del edificio estará controlado. No hay más puertas.

«No que usted sepa», pensó Carlo.

A mediodía se apostó en la ventana de una pequeña *trattoria* en la acera contraria al palacio Pandolfini y el edificio de Via San Gallo en el que residía el amante de su mujer. Observaba el conjunto,

escrutándolo, pensando si, como sospechaba, existía una entrada directa entre uno y otro sin la más mínima idea de cómo encontrarla. No podía llamar a la puerta y preguntarlo abiertamente a alguno de los residentes, y mucho menos recurrir a su mujer para que le confirmara si esa había sido su intención desde el principio, porque supondría reconocer que sabía de la existencia de Juan Rezola y que Flavia sospechara que el cuadro que él decía haber recuperado no era sino otra copia.

Se aburrió durante horas hasta que, de la iglesia junto al palacio, un pequeño templo con la cruz de Malta sobre la entrada, salió inesperadamente Flavia.

Le costó distinguirla, pues llevaba un pañuelo cubriéndole el pelo y su ropa era la de una trabajadora. La falda estaba sucia y ella parecía cansada y desmejorada.

La hacía en Lausana y no pudo creer que estuviera allí de nuevo. Sintió ganas de gritar. De romper cosas. Parecía claro que había vuelto en busca de Rezola y lo había encontrado. Maldita Ludo. Malditas deudas. Maldito Rezola.

Le alegró el pobre aspecto de su mujer: «Esa es la vida que te espera lejos de mí», quiso decirle, aunque realmente fuera a él a quien la vida se le oscurecería lejos de ella. Venía de trabajar, pero ¿qué estaba haciendo dentro de una iglesia? La intriga se tornó en ira cuando la vio entrar en el edificio de Juan Rezola. Maldita furcia.

Salió del coche y entró sigiloso en el templo. Estaba vacío, salvo por un par de ancianas con mantillas negras que rezaban en los primeros bancos. Sin dudarlo, se acercó a preguntarles. Las dos estaban de cara al altar, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas en oración.

—Buenas tardes. Disculpen que las moleste —susurró, sentándose a su lado.

—No lo haga y no hará falta que lo disculpe —replicó sin girarse la más joven, que rebasaba, seguro, los ochenta años.

—Soy el encargado. ¿Saben si está por aquí alguien de mi equipo? —Su imaginación le sorprendía a menudo.

—Encargado de qué, ¿de molestar? ¿Equipo de qué? —respondió airada, elevando el susurro.

—Bueno, la mujer que está aquí trabajando. La estoy buscando.

—Aquí no ha venido nadie. Ni siquiera a rezar. Ya nadie reza. Ese maldito Duce.

—Una mujer joven con un...

—¡Nadie! ¡Nadie reza! —le dijo enfadada y alzando la voz.

—Señora, acabo de ver a una mujer salir de esta iglesia —insistió.

—Pues habrá sido un fantasma. Llevamos toda la mañana aquí. No ha entrado ni el sacerdote. Quizás esté también colgando esvásticas para el alemán. ¡Déjenos en paz!

La otra mujer abrió los ojos y lo miró con severidad.

—Pesado —añadió con desprecio.

Hacía tiempo que no caía tan mal a primera vista. Giró sobre sí mismo observando el templo. Era tan pequeño que era imposible que no hubieran visto a Flavia. Fue hacia la calle, saliendo primero al vestíbulo que hacía de cortavientos con el exterior. Se le ocurrió que Flavia no hubiese ido más allá de aquella entrada, pero no había puertas alrededor suyo, solo armarios, y la mera idea de estar allí carecía de sentido.

Volvió al Helvetia con más preguntas que nunca y con una respuesta clara a todos sus problemas: Juan Rezola debía morir de una vez.

61

TRES CAMISAS NEGRAS

María José de Saboya, hija del rey de Bélgica, princesa de Piamonte, mujer del príncipe heredero al trono italiano y emparentada con todas las casas reales de Europa, llevaba varios días sometida a la voluntad de los hijos de un agente de aduanas austríaco y de un herrero.

Por suerte o por desgracia, los prejuicios iban en ambas direcciones. Para ella, Adolf Hitler y Benito Mussolini eran unos peligrosos advenedizos, llenos de vanidad. Para ellos su familia era poco menos que el polvo que levanta un caballo poderoso a su paso, inútil y decadente, apenas el recuerdo de una gloria lejana.

Se encontraba en sus aposentos de la Palazzina Reale cuando su cuñada Mafalda apareció en la puerta. Estaba tan horrorizada con la visita como ella, si no más, pues sentía que el espíritu nazi que había invadido los salones de su casa familiar en Hesse llenaba de pronto los paisajes de su infancia. El trato que el Führer dispensaba al rey, su padre, era otro motivo de indignación.

—¿Lo has visto? Dime que lo has visto.

—Muti, no sé por qué te impresionas. Además, ¿preferirías que fueran amigos?

—Preferiría que el invitado del rey se mostrara agradecido y que, cuando esté con él, cambiara esa cara de que todo es terrible y prefiere estar con el Duce.

María José y Mafalda no eran especialmente cercanas, pero en aquellos días sus caminos se habían cruzado. Mafalda había averiguado todo lo posible sobre el entorno de Hitler a través de Eva Braun y se lo había explicado al padre Orso y a María José. Estos no la habían informado sobre ninguno de sus planes ni de nada que tuviera que ver con Justicia y Libertad, pero la princesa de pronto encontraba una vía de escape para expresar unos sentimientos que, junto a su marido, ferviente nazi, debía ocultar. Eran dos mujeres fuertes, cada una a su manera. No eran amigas, pero eran familia, y luchaban por que los peligros de su entorno no se las llevaran por delante.

—Y hay algo más. Me lo ha contado mi marido.

—Felipe parece muy contento por cómo están saliendo las cosas.

—Lo está. Pero esta tarde me ha informado de algo nuevo que me ha sublevado. Al parecer, el Führer se va a ir con un regalo. «Un pequeño *souvenir»,* ha dicho Felipe.

—Te escucho.

—Nada menos que un Botticelli, un Guido Reni, un Guercino, un Caracci y..., ah, sí, un Bellini. Cinco obras maestras.

—Cielos, ¿los han sacado de los museos? Eso no es un regalo, es un expolio.

—Eso he pensado yo. Dice Felipe que varias familias los han donado. No me lo creo. No me creo nada. Se los entregarán pasado mañana en Florencia, en el palacio Pandolfini, como sorpresa final antes de que acabe la visita. Han metido a Felipe en la organización. Está muy orgulloso de participar, aunque sea en una cosa tan pequeña. El Führer estará apenas media hora, y mi marido se va a ocupar de que todo salga bien. Quiere que un experto esté presente y organizará la seguridad. Así que hemos lanzado un bonito mensaje: puede venir usted a Italia, despreciar a nuestro rey, no

dirigirle la palabra a nuestra reina, y le regalaremos unas cuantas obras maestras.

—Hablaré con el padre Orso. Él tendrá más información.

—No podrá hacer nada.

—Te equivocas, Orso *siempre* sabe qué hacer con la información.

La princesa María José no se equivocaba, pero tampoco se daba cuenta de la importancia de lo que le estaba explicando al sacerdote. Hacía días que Orso buscaba información sobre el acto, pero el secretismo que lo rodeaba había hecho difícil que hallara los datos que necesitaba para facilitar la operación que su gran amiga Flavia Viel tenía en marcha. De pronto se enteraba de que la mejor fuente de información estaba a pocos metros de él, en la Villa Polissena, y que no era otro que el orgulloso príncipe Felipe de Hesse, que, además de confiar en él, estaría ansioso por hablar del tema.

La mente analítica y organizada del sacerdote sabía discernir qué contar y qué ocultar para sacar el máximo beneficio en cada momento; no dijo que sabía lo de aquel regalo al Führer, ni que Flavia estaba en el centro mismo de un intento de sabotearlo, que uno de los cuadros era de su familia y que su plan era sustituirlo por uno falso. Tampoco le dijo que él mismo había convencido al falsificador que había hecho la copia. No, el padre Orso no le había dicho nada, y tampoco quiso hacerlo entonces. Pero, si Felipe de Hesse tenía información actualizada, debía extraérsela.

—Alteza, dígale a su cuñada que organice un aperitivo. Necesito saber más sobre esto —espetó enseguida.

María José se alegró. Necesitaba sentirse útil.

—Ahora mismo. Nada le gustará más a Felipe. Creo que nadie en este recinto lo escucha demasiado cuando habla de Hitler.

Por la tarde, sentados a la sombra de un sauce llorón en el jardín delantero de Villa Polissena, Mafalda escuchaba sonriente a su marido. Junto a ella, su cuñada María José y el padre Orso lo hacían más aún. Efectivamente, Felipe había sido honrado con la organización final del acto en el palacio Pandolfini, la exposición y entrega de cinco obras maestras al Führer. Sería el más sencillo de todos los eventos del viaje, pero alguien hábilmente le había vendido al príncipe que, justo por su carácter secreto, era imposible dejarlo en manos que no fueran de extrema confianza. Felipe de Hesse se vanagloriaba ante aquel escaso público de ser el depositario de aquella confianza.

Llegados a aquel punto, el acto requería de una escasa organización: traslado de las obras a la galería del jardín del palacio. Colocación en caballetes. Supervisión de la iluminación y del montaje por el profesor Agostini, a quien solo el padre Orso conocía entre los presentes. Posible supervisión final por algún otro experto. Revisión general del jardín, que, dada la fama de cuidadosa de la familia propietaria, era completamente innecesario. Coordinación de la seguridad previa. Dos camisas negras en el exterior. Uno en el interior. Horarios. Todo listo a las seis. Visita del Führer tras acudir al Teatro Communale y al espectáculo pirotécnico.

Mafalda pensó que su marido, además de muy nazi, era muy confiado, lo cual era una combinación fatal. El padre Orso, que pensó lo mismo, agradeció una vez más que la vanidad se llevara tan mal con la discreción.

Tras el aperitivo, llamó a Flavia Viel.

Finalmente, tenía toda la información que necesitaba.

TERCERA PARTE
EL CAMBIO

62

AMOR Y ENGAÑO

1938, 5 de mayo

Santo Testa veía el paisaje de Italia cambiar de tonos desde el interior de su vagón, camino del sur. Camino a casa.

Echaba de menos muchas cosas de Sicilia, pero tenía también muy claro que su vida era mejor porque se había establecido lejos de la isla. Lejos de su familia. Con todo, el espíritu que formaba parte de él era aquel, más ruidoso, más apasionado, más dramático. Drama. Tras demasiados dramas, su madre había dado un golpe sobre la mesa y le había apartado de ellos. Ella había sido la que había sacrificado la unidad familiar en pos de su bienestar.

Conforme se acercaba a su hogar, pasando del verde del norte a los campos labrados del sur, se entristecía pensando en no volver a verla con vida. La familia era lo primero, por muy lejos que estuvieran y por muy equivocado que fuera el mundo que su padre había heredado y mantenido a su alrededor. La Sociedad Honorable solo les había traído desgracia, pero Santo entendía que su padre ya no podía abandonarla. Dentro de la Sociedad el peligro era constante y la guerra jamás acababa, pero fuera de ella para don Gonzaga no había nada. Prefería ser el capo, mandar en lugar de obedecer. No había posibilidad intermedia.

Su madre había sufrido este estatus desde el primer día. Se había casado joven con un hombre guapo, valeroso, con abundantes tierras y el respeto de todos. La habían entregado a Gonzaga sus propios padres, que lo sabían casi todo, mientras que ella desconocía la mayor parte. Enseguida se resignó. Parió a sus hijos. Vio morir a uno y se encerró en un mundo en el que solo lo que su marido no podía tocar la hacía feliz, a saber, su hijo Santo y sus pensamientos.

Paralelo a su tristeza, un sentimiento de decepción recorría el cuerpo de Santo desde que había dejado atrás los techos rojizos florentinos. Había planeado algo que cambiaría la historia, que cambiaría su vida, y había tenido que dejarlo en manos de otros. No buscaba la gloria, quizás solo un poco; buscaba sobre todo demostrarse que era capaz de la misma determinación que su padre, pero dirigida hacia el bien común. Sabía que Gonzaga no tenía demasiado respeto a Justicia y Libertad; de hecho, había sido una sorpresa que a través de Ludo les pusiera en bandeja un plan que en otras circunstancias no habría dejado en manos de nadie. Su padre no delegaba. No lo había hecho nunca.

Este pensamiento le hizo caer en la cuenta de que la colaboración de la mafia con Justicia y Libertad era del todo anómala. ¿Por qué lo habían hecho? Santo, en alguna ocasión, había pensado que podía valerse del apoyo de su padre para alguna de las operaciones de la organización, pero hasta que Matteo Maratti le había pedido que hablara con él, jamás se había decidido. Matteo creía que la mafia solo colaboraría si Santo se implicaba, pero al final llevarían a cabo un plan en el que él no estaría. Todo por aquella caída de su madre, que andaba siempre sin prisas y estaba en perfecta forma. Todo el mundo se podía tropezar, pero su madre rara vez lo hacía porque, además, se movía poco.

Aburrido, Santo miró el trayecto en los billetes: «Florencia, Arezzo, Orvieto, Roma, Formia, Nápoles, Reggio Calabria», leyó mentalmente. A un lado, tenían el sello de la oficina de viajes que los había emitido. Borrosa pero visible, aparecía la fecha de compra, en la que no se había fijado. Estuvo seguro de que Ludovica Conti tampoco. Eran del 2 de mayo. Su padre lo había llamado el 4 para decirle que su madre se había caído el día anterior, es decir, el 3 de mayo. ¿Habían sacado los billetes un día antes del accidente?

De pronto diferentes datos se ordenaron en su cabeza como las piezas de un puzle: una colaboración inusual entre la Cosa Nostra y Justicia y Libertad, un viaje obligado que evitaba que participara en la operación y, sobre todo, unos billetes comprados antes de que él supiera que tendría que viajar.

Lo habían engañado.

Pensó un poco más y descubrió que era peor aún: si su padre lo apartaba de un plan que él mismo había trazado, era porque sabía que iba a fracasar. Porque había sido diseñado para fracasar.

El tren entraba en la estación de Nápoles y Santo solo quería saltar de este para subirse a uno que lo llevara de vuelta a Florencia. Para asegurarse de que lo que sospechaba era cierto, buscó una última confirmación.

Se acercó a una cabina y pidió conexión con el *baglio* de la familia Testa. Tras unos minutos, estuvo activa. Santo se puso un pañuelo en la boca y entonó con voz aguda, tratando de imitar la de una anciana.

—Con la señora, por favor —dijo escueto. Al otro lado hubo un instante de silencio.

—¿Quién la llama? —respondió la inconfundible voz de Marcia, la cocinera.

—Su hermana Paola.

Otra vez silencio. Paola era la única hermana de su madre. A veces llamaba. Tenía ochenta años y su voz era tan débil como la conexión telefónica y la imitación de Santo.

—Iré a por ella —respondió Marcia.

Cuando, al otro lado de la línea, Santo escuchó la voz de su madre, tan firme como siempre, colgó directamente y corrió hacia las taquillas.

Necesitaba un billete de vuelta a Florencia, pero no iba a ser tan fácil. La estación era un hervidero, ruidosa como un mercado, caótica y confusa, y, frente a las taquillas, personas que como él trataban de encontrar un billete se quejaban de la ineficacia y la lentitud del personal en colas desordenadas que serpenteaban por el vestíbulo principal. No le costó nada averiguar el motivo del inusual bullicio: Hitler y Mussolini habían estado presenciando las maniobras de la Marina Real y pasaban el día en Nápoles.

Volverían esa misma tarde a Roma.

Y necesitaban todos los trenes.

63

SALVADO

1938, 7 de mayo

Ludovica estaba acostumbrada a hacer muchas cosas a la vez y a no quejarse jamás, pero don Gonzaga Testa la había cargado con un trabajo inesperado cuando sobre su espalda ya se acumulaban importantes labores.

El día anterior por la mañana, al llegar a Florencia, había recibido un nuevo encargo: Santo no había llegado a Sicilia, como habían planeado para evitar que participara en el atentado de Justicia y Libertad; por el contrario, al llegar a Nápoles, había bajado del tren y había esperado paciente a tener plaza en alguno de los que regresaban al norte. Varios contactos lo vieron dormir en la estación y coger el expreso de vuelta por la tarde del día 6. Era un tren moderno, pero paraba en multitud de poblaciones, además de detenerse dos horas en la estación de Roma, por lo que hasta primera hora del día siguiente, Santo Testa no llegó a Florencia. Ludo imaginó que Santo había descubierto que el accidente de su madre era una mentira creada para alejarlo de Florencia. Quizás esa certeza lo hubiera llevado a sospechar que algo no iba bien en el plan de Justicia y Libertad, o, más aún, que la mafia les estaba tendiendo una trampa.

No se equivocaba. Ludo iba a delatarlos. Ya tenía preparada una carta para avisar a los *carabinieri,* así que, irremediablemente, aquellos jóvenes idealistas e inocentes iban a convertirse en mártires. Tratando de esquivar el tumulto que provocarían para detenerlos, la policía mandaría el coche del Duce directo a la trampa que la Sociedad Honorable le había preparado. Pero claro, Santo no podía verse involucrado. Por algo era el único hijo que le quedaba a don Gonzaga Testa.

Ludo decidió enviar una nota al palacio Maratti y quedar con él, segura de que acudiría a la cita en busca de explicaciones.

Lo citó junto al Duomo y, a la hora acordada, lo vio llegar puntual, solo y enfadado, exactamente como había previsto.

—Basta de engaños —le dijo él nada más verla.

—Eres muy listo —replicó ella, que no estaba del todo segura de aquella afirmación.

—Dile a mi padre que no le perdonaré que haya jugado de esta manera con mis...

—Oh, no, no, no... No seamos tan dramáticos. Claro que lo perdonarás. Pero, aunque eso a mí no me importa nada, si es lo que le quieres decir, hazlo tú mismo.

—¿Qué es lo que tramáis? ¿Por qué me sacasteis de Florencia?

—¿Tan difícil es de adivinar? Tu padre solo tiene un hijo, tú. No quiere que mueras. Moriría él a la vez.

—¿No confía en el plan que él mismo ha trazado? Te recuerdo que has sido tú la que sugeriste que nos apostáramos en la iglesia de San Carlo, el plan de escape, la idea de disparar desde...

—Lo sé. Pero no hay ningún plan perfecto.

—Ese os lo reserváis para vosotros, para la Cosa Nostra.

—A tu padre no le gustaría que llamaras así a la...

—Sociedad Honorable —la interrumpió—. Me da igual, estoy harto de sus intrigas y traiciones.

—Tenemos otro plan —replicó Ludo muy tranquila—, no te equivocas. Se activará si falla el vuestro. Ojalá no haga falta.

—Mi padre nunca dejaría esto en manos de otros —musitó Santo, pensativo y confuso.

—Tienes mucha razón. Pero no sois «otros». Tú lo has dicho. Os hemos dicho dónde esconderos, desde dónde disparar, os hemos dado el recorrido del coche del Duce y la vía de escape. ¿No te das cuenta? Tu plan, vuestro plan, es el de la Sociedad Honorable. Es el plan de tu padre. —Ludo no mentía, aunque el papel de Justicia y Libertad en ese plan fuera sacrificarse.

—No el plan completo —matizó él. «Quizás no sea tan tonto», pensó Ludo.

—Tienes razón. Acompáñame.

Santo asintió en silencio y la siguió hasta Via Calimala, donde ella lo invitó a pasar al interior de un edificio antiguo y silencioso, y a subir las escaleras hasta la buhardilla. El joven había cambiado la indignación por la incertidumbre, pero no había tenido tiempo de preguntarse si acompañar al lobo a su guarida era una buena idea. No lo era.

—Asómate a la ventana —le indicó Ludo—; si vuestro golpe fracasa, los coches pasarán por debajo y... volveremos a intentar lo mismo que vosotros.

Santo se asomó y observó la calle desde arriba. Era una de las pocas vías anchas del centro de la ciudad, y por eso sería también la probable ruta alternativa. Tenía sentido. Desde la ventana, agazapada entre los edificios de su alrededor, dedujo la localización de la iglesia de San Carlo, donde él se iba a apostar. Iba a pedir más explicaciones, pero por sorpresa Ludo le dio la más elocuente. Sin

tiempo para que pudiera reaccionar, se le abrazó por la espalda colocándole un pañuelo húmedo sobre la nariz y la boca, y lo inmovilizó mientras él trataba inútilmente de zafarse. El esfuerzo y la búsqueda de aire llenaron sus pulmones del cloroformo que rápidamente lo dejó inconsciente.

Ludo arrastró su cuerpo a un rincón, lo amordazó y, atado de pies y manos, lo colocó sobre el colchón que ella misma había utilizado muchas veces. Tener a Santo allí era un contratiempo importante y una carga extra de trabajo, pero no podía hacer otra cosa. Miró el reloj y calculó cuándo despertaría. Le llevaría algo de comer y le explicaría las cosas. Si no las comprendía, por lo menos sabría la verdad. Se enfadaría, pero sobreviviría.

64

EL DÍA

1938, 9 de mayo

El último día de su visita a Italia estaba siendo el preferido de Hitler. Como a un niño consentido, se le habían concedido todos los deseos, y el Führer, que habitualmente se cuidaba mucho de parecer impresionado, era incapaz de disimular su interés por todo lo que veía.

Sí disimulaba como podía Ranuccio Bandinelli, quien, aun pensando que su vida podía acabar en pocas horas, explicaba cada obra de arte, cada monumento, pintura o escultura tratando de que nadie notara ni su miedo ni su nerviosismo.

Hitler le prestaba una atención que no había ofrecido a casi nadie, e, imitándolo, su séquito hacía lo mismo. El caso de Mussolini y quienes lo acompañaban era todo lo contrario. Como el Duce se aburría y tan solo esperaba que las explicaciones de Ranuccio fueran breves, sus acompañantes actuaban igual. Al principio el profesor pensó que quizás estuvieran acostumbrados a lo que veían, pero luego se convenció de que aquellos hombres no se habían interesado nunca por el arte.

Todos salvo Hitler deseaban que la visita a Italia concluyera.

Enfilaban el Corredor de Vasari en el tramo del Ponte Vecchio, evitando al pueblo llano como habían hecho los Medici, a seis metros

por encima del bullicio de tiendas y multitudes. El corredor, estrecho y bajo, había mejorado su iluminación gracias a la ampliación reciente de algunas ventanas y, si bien su aspecto era de sobria desnudez, las vistas eran espectaculares, y conseguía el efecto de estar sobrevolando los tejados rojizos de la ciudad. Cuando las explicaciones cesaban, se oía el murmullo vibrante de la vida a sus pies.

—Volveré a Florencia algún día —le dijo Hitler a Ranuccio antes de asomarse al Arno—, me gustará que me acompañe también entonces. Un día es insuficiente para ver tantas maravillas.

—Lo acompañaré encantado, mi Führer —respondió él, pensando en lo diferente que sería su impresión al final del día.

Ranuccio había llegado la noche anterior a la ciudad para revisar la exposición del palacio Pandolfini, de la que había tenido noticia ese mismo día. Se había ido a dormir tan intranquilo como las noches pasadas, pero también estaba indignado. Que Mussolini pretendiera regalar aquellas obras maestras daba una idea del valor que le daba al arte.

Luego pensó que, cuando el atentado se produjera, todo quedaría en suspenso, incluida la visita a aquella exposición y las pretensiones de los alemanes de llevarse las obras. En su cabeza quería que el atentado triunfara, pero que lo ejecutaran sin su colaboración.

Eran las seis y media y el sol seguía tostando la capital de la Toscana. Tras pasar por la Galería de los Uffizi y ofrecer detalladas explicaciones, dejó a las dos delegaciones en el Palazzo Vecchio y se acercó a comprobar que todo estaba en orden en el palacio Medici Riccardi para la cena. Poco después decidió airearse paseando hacia el río. Funcionaba con dos identidades. Por un lado, el organizado guía verificaba que nada de la visita fallara. Por otro, el cómplice necesario de un magnicidio lo miraba todo con la nostalgia de no

saber si lo contemplaba por última vez. De haber tenido valor, hubiera echado a correr para escapar de Florencia, pero se habría convertido rápidamente en el sospechoso número uno, sobre todo tras el atentado. Tenía que subirse al coche, agacharse en el número 25 de Via Calimala y rezar lo que supiera para que la carrocería sólida del Fiat Torpedo lo salvara. Se acercó al río, encendió un cigarrillo y se quedó mirando su corriente imperturbable y la vida que seguiría cuando él ya no estuviera. Nunca pensó que ser profesor de arte o arqueólogo pudiera haberlo llevado a semejante situación. Al girarse, vio una cara amable caminando hacia él.

—Rezola —dijo obligándose a sonreír. Sus encuentros con el pintor siempre le habían sabido a poco. Compartían su pasión por el arte, por la cultura mediterránea, y se interesaban mutuamente, de forma que la conversación con él siempre era agradable.

—Ranuccio —dijo Juan, tendiéndole la mano—. Lo hacía entregado a sus altas responsabilidades.

Al profesor le pareció que lo decía por cortesía. Quizás fuera solo una sensación, pero el español no parecía fascista.

—Están en el Palazzo Vecchio. He aprovechado para comprobar que todo está bien en el Medici, a donde irán luego, y me he acercado a respirar un poco.

—Parece que tienen un día intenso.

—Sí, lo tenemos todos, pero el Führer no se cansa del arte. Además, en el palacio Pitti le han preparado unas estancias para que se repusiera. A todos nos ha dado la sensación de que no hacía falta. Enseguida ha querido seguir con la visita y hemos ido hacia los Uffizi.

—La ciudad está muy bonita con todo tan engalanado y limpio —dijo Juan. Ranuccio volvió a detectar algo de ironía en su tono.

—¿Le parece? —inquirió, harto de disimular. Enseguida rectificó—: Discúlpeme, es solo que la Gestapo es agotadora. Hemos repetido el recorrido tantas veces que he perdido la cuenta. Parece que deba ser yo el que garantice la seguridad de herr Hitler. —«Eso sí era irónico», pensó—. La visita, eso sí, está resultando un éxito. El Führer ha disfrutado mucho en Roma y aquí parece que lo está haciendo todavía más.

Fue entonces cuando el español lanzó un comentario curioso. Uno que más tarde le haría pensar.

—Mientras no se lleve nada, no hay problema.

Ranuccio lo miró. ¿Sabía algo Rezola? ¿Era posible que la exposición de los regalos no fuera tan secreta como pensaba? Cuando dejó de sospechar, volvió a sonreír.

—Nada que usted vaya a echar de menos —dijo pensando en aquellas obras de arte desconocidas para el público general—. Tiene suerte. No se echa de menos lo que no se ha visto nunca.

—Diríase que usted no está en la misma situación.

—No. No lo estoy —replicó él—. Pero el arte siempre ha sido un elemento útil para la diplomacia. Las obras más extraordinarias han ido de un lugar a otro del mundo: Goyas españoles a Londres, obeliscos egipcios a París, tapices gobelinos a Madrid... Así que supongo que hay que asumir las cosas como son, aunque a veces entristezcan. —Intentaba convencerse sin éxito, probablemente sus palabras tampoco convencieran a Juan—. Es tan solo que anoche vi un... —Se contuvo como pudo, aunque deseara con todas sus fuerzas comentar la situación para aligerar el peso de conocer tal información.

La cara de Juan Rezola cambió un poco y su expresión, más que de curiosidad, pareció de miedo.

—¿Qué vio?

Ranuccio dudó. Luego se dijo que qué más daba ya.

—Un cuadro. Varios en realidad, pero uno era realmente mayúsculo. Es una especie de exposición de la que el Führer podrá llevarse lo que quiera. Cinco cuadros. Llegué anoche a Florencia para verlos. Uno me encandiló por su calidad. Se trata de un retrato maravilloso. Una mujer que deberá seducir al Führer... y que seguro lo hará. Pese a estar acostumbrado a tener ante mí grandes obras, tras una hora frente a ella difícilmente borraré de mis retinas tal belleza. A nuestro afortunado invitado le agradará el regalo, no me cabe duda. Pocos hay mejores. Pero reconozco que me será difícil ver cómo se lo entregan.

Le sorprendió ver a Juan palidecer, pero, si era tan amante del arte como él, era lógico que se apenara por el hecho de que aquel cuadro se perdiera para siempre en algún salón alemán. Enseguida lo escrutó un poco más: ¿era pena lo que veía en sus ojos? Por un instante le pareció que su expresión era de pavor.

—Pero no se preocupe demasiado... —continuó, intentando tranquilizarlo—. Ni usted ni la inmensa mayoría de los italianos la añorará... —Estaba hablando demasiado—.En fin. Debo volver —dijo, tirando el cigarrillo al río—. Siempre es un placer verlo.

—Lo mismo digo —replicó Juan—, quizás cuando esté más tranquilo deberíamos organizar un encuentro.

—Descubrirá a otra persona, se lo aseguro. Mi misión actual es un gran honor, pero una responsabilidad agotadora también.

Se dieron la mano y Ranuccio vio a Juan alejarse con paso ágil y con la sensación extraña de que se le pasaba algo importante por alto.

En cualquier caso, ya era bastante con lo que tenía encima. A su alrededor, la gente, cada vez más numerosa, avanzaba en dirección a la Piazza della Signoria, presidida por el Palazzo Vecchio en el que

los jerarcas y sus séquitos se encontraban. A las siete le habían pedido que estuviera preparado para subir de nuevo al coche.

Agradecía que le hubieran hecho fotos. Si sobrevivía, servirían para recordar aquellos días, para evitar que se borraran de su memoria como un evento traumático y que en su vejez no pudiera discernir si habían sido reales o solo una pesadilla. Cuando el coche de los dictadores avanzaba por las avenidas de Roma o Florencia, rodeado de multitudes que alzaban el brazo ante aquella comitiva que a veces contaba con más de veinte vehículos y que el suyo presidía, le costaba entender las sensaciones que lo recorrían. Cuando veía a Mussolini a un lado y a Hitler al otro, sentados detrás de él, seguía impresionándole haber acabado allí.

El problema principal era que no quería que su vida también *acabara* allí.

Abriéndose paso entre miles de personas, alcanzó la fachada almohadillada y marrón del Palazzo Vecchio y saludó a un *carabiniere* que enseguida le franqueó la entrada a la zona acordonada donde esperaba el coche. A su alrededor todo el mundo miraba hacia el pequeño balcón del centro de la fachada.

Estaba esperando como todos los congregados allí cuando vio a un grupo de policías ponerse nerviosos, recibir instrucciones de un superior y salir apresuradamente hacia un lateral del palacio para alejarse con sus motocicletas por la calle trasera. No supo a qué se debía aquel movimiento, pero su corazón empezó a acelerarse. Instantes después, la multitud empezó a lanzar vítores y sobre su cabeza vio a los dos dictadores asomarse al balcón exultantes. La concurrencia enloqueció y Ranuccio pensó que, una vez más, los gobernantes creían que la opinión de los que los vitoreaban era más válida y general que la de los que se habían quedado en casa.

65

PREPARADOS

Ludo había colocado la bomba por fases y sin despertar la más mínima sospecha. Se beneficiaba de la multitud de obras que se remataban en la ciudad para que nadie se fijara en ella.

Había dejado instalado hacía semanas el cable que, pegado a una bajante de agua del tejado, conectaba el artefacto explosivo con el detonador, ubicado en la buhardilla del edificio. El buzón de la Regie Poste cargado con TNT llevaba tres días colocado en un lugar en el que nunca había existido un buzón. Ludo imaginaba que ya tendría alguna carta en su interior, aunque solo ella tenía la llave para abrirlo. Su colocación había sido muy sencilla y en pocos minutos la caja de metal fundido rojo decoraba la pared del lado izquierdo de Via Calimala. No podía evitar sonreír cuando se recordaba vestida de funcionaria de Correos. Su aspecto nunca daba la más mínima idea de su letalidad.

En un alarde de consideración, el continente de la bomba había sido fabricado con metal muy grueso por los lados y muy fino en el frente, de forma que la explosión fuera dirigida hacia delante, por donde pasaría Mussolini.

Era una suerte que la mafia siempre dispusiera de los explosivos necesarios. Tener que robar en obras o en almacenes y minas siempre levantaba sospechas y dejaba una pista fácil de seguir para la OVRA, que llevaba años evitando atentados y vigilando a

cualquiera al que se le pasara por la cabeza cualquier acción contra el Duce.

Con todo, se había resignado a que hubiera víctimas colaterales. Muchos tendrían menos oportunidad de salir con vida del atentado que el mismo Bandinelli, que quizás lograra sobrevivir. O quizás no. Aquella era una operación con mártires necesarios.

Miró hacia un lado de aquella buhardilla polvorienta. Sentado en la cama, enrojecido de ira, Santo Testa la miraba fijamente. Llevaba un día y medio secuestrado y no habían intercambiado ni una sola palabra.

—Ya queda menos —le dijo—. En unas horas todo habrá acabado, y, si va como prevemos, tú te salvarás y Mussolini habrá muerto. Pórtate bien.

Se acercó y le quitó la mordaza. Luego le dio a beber de una botella de agua que él sostuvo como pudo con las manos atadas. Cuando acabó, Ludo le secó la barbilla mojada.

—Si actúas desde aquí, será fácil que te atrapen... y a mí también —dijo él.

Estaba indignado, pero había estado pensando. No iba a participar en el atentado, pero, si se quedaba en la buhardilla de Ludo, lo atraparían y pensarían que había sido partícipe. Había visto el detonador y el cable que salía por la ventana, así que sabía que ella no iba a disparar, sino a accionar una bomba al paso del coche del Duce.

—No te preocupes. En cuanto haya sucedido, saldremos por el tejado hacia el otro lado. La buhardilla del edificio contiguo da a una escalera que baja hasta el sótano, donde este se comunica con el de una frutería. Su furgoneta está a mi disposición para abandonar rápidamente la ciudad. Yo me ocuparé. No me han cogido antes y no lo harán ahora.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Pero el primer paso para que las cosas sucedan como uno quiere es creer que así será. Ya falta poco. Me acercaré a la Signoria para ver cómo va todo —mintió Ludo—. Se les oye desde aquí. ¿Cuántas veces deberá la humanidad encumbrar a esta clase de tiranos antes de ver su verdadera cara? ¿Cuántas veces alimentaremos a mediocres lagartijas hasta convertirlas en dragones que nos ataquen y nos quemen? —Santo no dijo nada. Ludo volvió a amordazarlo—. Siento de veras tratarte así, pero, sencillamente, no puedo dejar que mueras... creo que tus amigos de Justicia y Libertad lo van a hacer. En cualquier caso, tienen mi admiración. Hace falta mucha más gente valiente en este mundo. Morirán por la libertad y la justicia, piénsalo así. Lo único importante es que también muera Mussolini, y, si de algo puedes estar seguro, es de que mi bomba no va a fallar.

Lo dejó allí y salió de la buhardilla cerrando con llave la puerta.

Santo se levantó como pudo y se acercó a la botella que Ludo había dejado sobre las baldosas. Luego, aún atado de pies y manos, saltó sobre ella y cayó al suelo al tropezar. La segunda vez tuvo éxito y el recipiente se partió en varios trozos. Arrodillándose, cogió el mayor y en posición fetal lo acercó a la cuerda que le ataba los tobillos. Tardó diez minutos en conseguir cortarla, pero con las piernas liberadas le fue mucho más fácil aprisionar el mismo cristal con los pies y cortar también la cuerda de las manos.

Se acercó a la puerta para abrirla, pero estaba totalmente bloqueada y, a su alrededor, en aquella buhardilla vacía, no había nada con lo que hacer fuerza para abrirla. Miró por la ventana. La calle estaba atestada de gente yendo y viniendo, sin duda en dirección a los diferentes puntos de la calle contigua y de la ciudad

por los que pasaría la comitiva. Podría haber gritado, pero no era seguro que alguien lo oyera.

Entonces recordó la vía de escape que Ludo acababa de señalar, la ruta por la que pretendía huir después del atentado.

Sin dudarlo, fue hasta la ventana trasera, que se asomaba a un mar de tejados, y se dispuso a seguir las instrucciones que minutos antes había conocido. Tenía medio cuerpo fuera cuando recordó la vista de la otra ventana, la que daba a Via Calimala.

Debía actuar.

66

INSURGIR PARA RESURGIR

Bandinelli se subió una vez más al Fiat Torpedo a las siete y media. La salida se había retrasado brevemente y había cierto nerviosismo en la escolta, que esperaba instrucciones. Ludo le había dicho que un altercado provocaría que el coche se desviara hacia Via Calimala, así que temió que fuera ese misterioso hecho el que estuviera provocando el retraso. De fondo, a lo lejos, creyó oír algún disparo, pero había tanta gente y el ruido que provocaban era tan intenso que no supo distinguir si el sonido había sido real o solo imaginación suya.

Al fondo de la Piazza della Signoria vio que los *carabinieri* apartaban a la gente y colocaban vallas en otra dirección. Un mosquetero del Duce se acercó al coche e informó al chófer, que, susurrando nervioso, trasladó los hechos a Ranuccio.

—Acaban de desactivar un atentado. Otra vez los de Justicia y Libertad. Pistoleros escondidos en la iglesia de San Carlo. Nos van a desviar para evitar el tumulto. Parece que el Duce se ha vuelto a salvar.

«No lo creo», pensó Bandinelli, seguro de que evitaban el mordisco del perro para meterse de lleno en la boca del lobo.

Entonces, la comitiva se puso en marcha. Primero, las motocicletas, después un primer coche oficial. Tras ellos, el enorme Fiat Torpedo se abría paso a través del cordón que los separaba de

una multitud eufórica agitando banderines italianos y alemanes y alzando los brazos para saludar a los dictadores sentados a pocos metros del profesor. Tras el coche principal, otros dos, un pequeño furgón y cuatro motocicletas más cerraban la comitiva.

La confirmación de que el «altercado» del que Ludo le había informado se había producido llegó casi de inmediato. El coche se iba a desviar del recorrido inicialmente planeado. El profesor supuso que, en el vehículo que ocupaban, solo él y el chófer sabían por qué. En lugar de enfilar Via Calzaiuoli, la procesión de vehículos entró por una calle más adelante, Via Calimala. Ranuccio intentó que nadie notara que empezaba a temblar mientras, lentamente, el Fiat avanzaba. El orden se desbarató un poco pese a que nadie imaginaba el peligro al que se aproximaban. La calle no estaba acordonada, así que la circulación era más dificultosa y la escolta de Mussolini y los *carabinieri* apartaban como podían a los viandantes, obligándolos a quedarse en las aceras y a no ocupar la calzada.

Ranuccio se preocupó muchísimo al ver que había tanta gente. Quizás la bomba acabara con la vida del Duce, pero lo que era seguro es que muchos inocentes lo acompañarían en su viaje. Iba a ser imposible que no se produjera una masacre.

A pocos metros, en la iglesia de San Carlo, la alarma ya no era una hipótesis, sino una certeza. Antes siquiera de que alguno de los miembros de Justicia y Libertad se hubiera asomado desde donde pretendían disparar, cuatro coches de la OVRA y varios *carabinieri* habían llegado a la puerta cerrada del templo.

El pánico en Via Calzaiuoli se desató rápidamente y la gente empezó a alejarse de la fachada de la iglesia y de los edificios contiguos.

Santo había llegado tan solo media hora antes, y, sin demasiadas explicaciones, zanjó las preguntas de sus compañeros con un «tenía que estar aquí» y un «os explicaré todo luego» que en realidad no estaba seguro de que llegara nunca.

Le inquietaba la seguridad con la que Ludo había asegurado el fracaso de la misión, pues desconocía si se sustentaba en algo que él no conocía. Pese a ello, se dijo que no podía abandonar. Que debía estar allí. Que la vida no merecería la pena si se salvaba sin arriesgarse y sus compañeros morían haciendo lo que debían o, peor aún, si descubría que de alguna manera su padre podría haber evitado el desastre y no lo había hecho.

Estaban revisando las armas cuando escucharon los coches en la calle.

Los gritos que los siguieron.

Los golpes en el portón del templo.

No habían efectuado ni un disparo y ya los habían descubierto. Santo miró a Andrea Maratti asustado, esperando una respuesta, una solución que él tampoco conocía. Los otros integrantes del comando hicieron lo mismo, pero nadie sabía qué hacer aparte de huir. Huir antes de actuar. Actuar para que todos pudieran huir.

—Por la sacristía. ¡Corramos! —indicó Andrea.

Bajaron las escaleras saltando, volando de una planta a otra, y se asomaron a la nave cuando el portón que la comunicaba con la calle ya crujía a punto de romperse. En la sacristía escucharon un instante con la oreja pegada a la puerta en un intento poco fiable de saber si había alguien al otro lado. La vía de escape hubiese funcionado en el instante posterior al atentado, cuando todos se preguntaran de dónde provenía el tiro, pero era muy precaria en la situación en la que se encontraban, con el templo vigilado. El lateral de la iglesia

estaba demasiado cerca de los policías que trataban de derribar la puerta principal. Con todo, no tenían otra opción.

Cuando la puerta se abrió, Santo pidió en vano que esperaran, pero los tres más jóvenes, inexpertos y asustados, salieron al exterior corriendo. Una ráfaga de balas indiscriminada no preguntó por sus intenciones. En pocos segundos su sangre teñía los adoquines.

Andrea miró a Santo.

—Escóndete en el templo. Yo me entregaré. Diré que no hay nadie más.

—¡No! ¡No lo hagas! —intentó Santo.

—Tu padre tiene maneras de salvarte y esconderte. Yo no. Buena suerte, amigo mío. ¡Viva la libertad, viva la justicia! Hay que insurgir para resurgir —dijo repitiendo los lemas de su organización—. Corre, ¡escóndete! —le ordenó.

Luego salió a la calle con los brazos en alto, convencido de que recibiría una ración de tiros similar a la de sus compañeros. Para su sorpresa, un policía lo tiró al suelo y lo inmovilizó. No estaba seguro de que aquello fuera mejor que morir.

67

LA BOMBA

Cuando Ludo regresó a la buhardilla desde Via Calimala y comprobó que Santo Testa había escapado, dio por seguro que estaría en la iglesia de San Carlo y muerto. Poco antes ella misma había hecho llegar el mensaje urgente que tenía preparado a los *carabinieri* informando del atentado que se preparaba contra el Duce en el templo, indicando que cuatro activistas de Justicia y Libertad estaban apostados allí para dispararle. Al final habían sido cinco. Santo había sido muy necio y ahora su padre pagaría su muerte. Era triste, porque el clan de los Testa solo podría continuar con un sobrino una vez extinguida la línea principal.

Por lo que a su plan se refería, todo había salido según lo planeado, y a lo lejos veía con claridad el Fiat Torpedo que llevaba al Duce, al Führer y a Bandinelli acercarse inexorablemente al lugar donde la bomba estallaría.

La calle estaba atestada y el buzón que contenía el TNT se escondía tras las espaldas de los florentinos. Aunque al paso de la comitiva se separara a las personas de las aceras, era imposible que no hubiera más víctimas. Tan solo esperó que ninguna salvara al Duce con su cuerpo. Por la potencia del artefacto, parecía muy difícil.

Ludo pensaba las cosas hasta el momento de ejecutarlas, llegado ese punto, simplemente actuaba. El tiempo de echarse atrás había

pasado. Nunca sabría el cómputo final de personas a las que iba a salvar matando a Mussolini, y quién sabe si incluso al Führer. En la iglesia de San Carlo ya había provocado el primer martirio. Todo compensaba si se consumaba el magnicidio.

Las motocicletas pasaron y ella cogió el detonador. Luego pasó el primer coche oficial. Desde arriba vio a Ranuccio Bandinelli agacharse en el asiento del copiloto, como rebuscando entre sus botas.

Cuando el Fiat Torpedo de los dictadores llegó a la altura del 25 de Via Calimala, frente a un buzón que nunca antes había estado allí, presionó el detonador.

—¿Qué hace, profesor? —le dijo el chófer a Ranuccio—. Va usted en el coche del Duce, muéstrese con dignidad.

Bandinelli hizo caso omiso, apretando la mandíbula y cerrando los ojos a la espera de la explosión. Llevaba la camisa de seda densa que, según Ludo, haría de escudo antibalas, lo que sumado a sus nervios le hacía sudar profusamente. A su alrededor el ruido de la multitud lo llenaba todo a la espera de que la tragedia le arrebatara el protagonismo. La bomba iba a provocar muchas muertes, incluida la suya, cada vez lo tenía más claro.

—¡Álcese! —le repitió el chófer—. Vamos a llegar a la plaza Vittorio Emanuele y no pueden verlo ahí hurgando en el suelo del coche. ¡Demonios! —insistió—. ¡Póngase recto!

El profesor tardó unos segundos en procesar lo que había oído. Luego se preguntó: «¿Plaza Vittorio Emanuele?». Alzó poco a poco la cabeza y después se irguió. Habían pasado por delante de la bomba y no se había producido la explosión. Se giró hacia atrás para mirar el lugar donde el atentado tendría que haber cambiado la

historia y se encontró con la cara del Duce, sano, vivo, serio y lleno de sí mismo. Sus miradas se cruzaron un instante. Ranuccio deseó que su sorpresa y su miedo no se reflejaran en sus facciones. Si lo hicieron, no hubo consecuencia alguna y el Duce volvió a mirar hacia el lado del coche donde miles de personas lo vitoreaban.

No sabía por qué, pero se había salvado. Y también Mussolini.

Ludo maldijo a Santo sobre todas las cosas. Al tirar del cable del detonador, comprobó que estaba suelto, cortado, y solo el hijo del capo de la Sociedad Honorable podía estar detrás del sabotaje.

Era un buen chico que no entendía que el bien mayor conlleva sacrificios mayores. Quizás a esa hora ya lo comprendiera, pero, antes de escapar de la buhardilla en la que Ludo lo retenía, Santo Testa había conseguido que la operación que llevaban meses planeando fracasara. Se lo imaginó contemplando la calle llena de gente y dándose cuenta de que la bomba iba a provocar una masacre, de manera que había decidido salvar la vida de los inocentes viandantes. Inocentes. En toda guerra hay inocentes, y la Sociedad Honorable estaba en guerra contra el fascismo. Ludovica tenía muy asimilado que era la sangre de los inocentes la que había regado los campos de batalla, no la de los que provocaron las guerras.

Dos atentados boicoteados. El de Justicia y Libertad por obra de la Sociedad Honorable. El de la Sociedad Honorable por culpa de Justicia y Libertad. El día arrojaba una lección: siempre era preferible pactar con un enemigo declarado que con un amigo disfrazado.

Se tiró sobre la cama rabiosa. Debía volver a Roma, pero antes trataría de enterarse de la suerte de Santo Testa.

68

PLAN FALLIDO

—Tu copia es perfecta —insistió Flavia en el sótano de Via San Gallo.

Acababa de encontrar a Juan allí, cuando ya había acabado el túnel y las entrañas de la iglesia de San Giovannino y el jardín del palacio Pandolfini se comunicaban por su obra y gracia. Había dado por hecho que, tal y como le había pedido, Juan estaría alejándose de Florencia, o por lo menos lejos del epicentro de la operación que ella se había obligado a realizar sola. Pero el español era tozudo y la quería, lo que complicaba mucho las cosas.

Rezola se había encontrado con Bandinelli y este le había explicado que había visto el cuadro original nada menos que la noche anterior, en el lugar en el que estaba en aquel momento y durante una hora. Un experto en arte había contemplado con detalle la obra original y, si actuaban según el plan de Flavia, contemplaría la copia en pocas horas. Juan quería que abortara la operación porque estaba seguro de que el ojo del profesor Bandinelli detectaría el engaño. Ella se resistía a que todo su trabajo acabara de aquella forma. La rabia y la impotencia iban camino de consumirla.

—Mi copia es muy buena, pero la he hecho a partir de fotografías y cuadros similares, del mismo autor y época. He utilizado pigmentos antiguos, he pintado sobre un lienzo viejo y parecido; he hecho todo lo posible, pero, si colocas los dos cuadros, uno al lado del otro, un ojo experto detectará que no son el mismo. Es un

Botticelli perfecto, pero distinto al que os requisaron. Perfecto para engañar a cualquier aficionado, incluso a un experto, pero no a Ranuccio. Jamás pensamos que alguien del nivel de Bandinelli vería los cuadros. Los dos. Menos aún en un intervalo tan corto de tiempo. En la mente de Ranuccio, los cuadros estarán así —dijo poniendo sus manos una al lado de la otra— uno junto al otro. Los podrá comparar pese a tener uno delante y el otro en su cabeza. Él mismo me ha dicho que estuvo una hora observándolo ayer mismo. ¡Ayer, Flavia!

—Es igual, ni yo misma reconocería la copia y he visto ese cuadro en un millón de ocasiones —intentó convencerse.

—Sabes que no. Lo sabes. Flavia. Lo siento de veras, pero, si quieres salir con vida de esto, hay que abortar la operación.

—Me arriesgaré.

—No lo harás. Todos preferimos perder un cuadro que perderte a ti. No dejaré que lo hagas, aunque tenga que atarte de pies y manos o amordazarte.

La realidad se imponía al deseo. La cabeza ganaba al corazón.

Rendida, de vuelta al ático de Juan, tumbada en su cama, Flavia se negaba a hacerse a la idea de que todo acabara allí.

Era tan tozuda como Juan, pero más inconsciente, y, pese a que las circunstancias obligaban a retirarse, hubiera bastado un débil argumento positivo para que volviera al túnel y cambiara el cuadro, pasara lo que pasara. Su impotencia crecía por momentos.

Pero había algo que no sabía.

Mirándola desde una silla, mientras su cabeza bullía, Juan Rezola no se había rendido aún.

69

LA ÚLTIMA CENA

Ranuccio Bandinelli se despidió del Führer tras mostrarle la capilla de los Reyes Magos del palacio Medici Riccardi. La cena de gala en el imponente edificio estaba reservada para las delegaciones alemana e italiana y los más ilustres miembros de la sociedad florentina, entre los que nadie pensaba que pudiera estar él. Pese a ello, su trabajo con Hitler no acabaría hasta que lo dejara en la estación de Santa Maria Novella de madrugada. Antes estaría con él en la exposición del palacio Pandolfini, en una parada poco conocida pero muy relevante. Ranuccio pensó que incluso los fascistas sabían que el regalo que le ofrecían al alemán era desmesurado y que, precisamente por eso, preferían que se mantuviera en secreto.

A Hitler le había gustado el palacio Medici Riccardi, uno de los mejores de Florencia. El exterior era algo severo, con paredes almohadilladas, ventanas proporcionalmente pequeñas a la fachada y una gran cornisa, todo muy renacentista, pero el interior era suntuoso y barroco. El edificio se había sometido a una apresurada y completa renovación para aquella noche y los dorados de las paredes, los muebles de las mejores maderas y los suelos de intricados dibujos sorprendieron por su lujo y su belleza a los propios florentinos, que, aunque los habían visto antes, nunca lo habían hecho con tanta pompa.

La cena se celebraba en el Salón de Espejos, una de las estancias más opulentas del palacio, puramente barroca. A tal efecto, bajo la bóveda pintada por Luca Giordano se había instalado una mesa en U para Hitler, Mussolini y sus allegados, entre los que estaban Goebbels, Himmler, Von Ribbentrop y el conde Ciano, junto a las más destacadas figuras del régimen.

Alrededor se habían dispuesto mesas redondas para los invitados de menor relevancia, aunque casi todos los ciento cincuenta comensales tenían poder e importancia de algún tipo.

Matteo Maratti estaba allí a sabiendas de que la cena se le atragantaría. Mientras sus amigos lo saludaban, tan elegantes como él, con su frac impoluto y su pechera almidonada, no podía evitar mirar al Duce, al que su hijo había intentado matar sin éxito. Era muy difícil acercarse a él. Cuando algún invitado se adelantaba un poco hacia su mesa, alguien del partido le preguntaba muy amablemente su identidad e intenciones. Si eran las de saludar a alguno de los dictadores, se acercaban un poco más, daban el nombre a otra persona, y esta rara vez asentía y dejaba que el dudoso honor se produjera. Tras pasar el filtro, las conversaciones eran breves, se tomaba alguna foto y se despedía a la persona en cuestión.

Matteo se tocó el botón de la levita en el que escondía la cápsula de cianuro que, demasiado inocentemente, había creído poder utilizar para envenenar *in extremis* al Duce; era imposible. Lamentó no haber intentado colar una pistola en el evento, férreamente vigilado por la OVRA y los mosqueteros del Duce, porque, sin pensar en las consecuencias, habría disparado al dictador. Estaba desesperado y triste: tras el fracaso de Justicia y Libertad, su hijo no había vuelto a casa y temía lo peor. Su cara desencajada no podía disimular su angustia.

Había muy pocos representantes de la Iglesia en la cena. A Hitler no le interesaban y ellos detestaban a Mussolini tanto como a su invitado. El papa se había retirado a Castelgandolfo con la orden de cerrar los Museos Vaticanos y el cardenal Elia Dalla Costa, arzobispo de Florencia, había declinado la invitación. En cambio, sí estaba el cardenal Ducci, anciano y prácticamente ciego, con poca influencia, pero históricamente relacionado con los sacerdotes castrenses, un grupo aún numeroso integrado en el Ejército. Junto a él, un sacerdote corpulento y vestido de negro le hacía de lazarillo.

Matteo vio que el sacerdote ayudaba al cardenal a sentarse antes de ir directo hacia él. No lo conocía. Nunca lo había visto, pero su cabeza estaba en otro sitio, así que tampoco se fio demasiado de ella. Llegó con una sonrisa en la cara y le ofreció la mano para que se la besara, luego se la puso a la espalda y agachó un poco la cabeza, en un gesto más amigable que sospechoso.

—Acompáñeme inmediatamente —le dijo con una autoridad que contrastaba con sus modales.

—Yo... ¿Quién es usted?

—Ahora —insistió el sacerdote.

Lo sacó del salón y lo siguió conduciéndolo con la mano en la espalda, alejándolo del comedor.

—¿Qué sucede? —preguntó Matteo, empezando a asustarse.

—No tema. Soy el padre Lobera. Su amiga belga me pidió que lo ayudara si usted lo necesitaba. Y lo necesita. Vienen a detenerlo.

—María José...

—No diga su nombre —lo interrumpió—. Entiendo que no sabe nada de su hijo.

—Andrea.

—Sí. Está en comisaría. Ha tardado más de lo esperado, pero ya ha confesado su identidad. En estos momentos están registrando su

palacio, lo buscan. Los criados ya habrán informado de dónde está usted. Debe huir.

—Pero... mi hijo.

—Olvídelo. No podrá hacer nada por él.

Seguían avanzando por un pasillo y dos agentes de la OVRA los miraron de reojo. Por suerte, un cura y un anciano no levantan demasiadas sospechas.

—Se darán cuenta de que mi silla está vacía.

—Tardarán en hacerlo. Yo la ocuparé. No estaba previsto que me sentara. —El padre Lobera miró a ambos lados y metió de un empujón a Matteo en un pequeño vestíbulo del que arrancaba una escalera de caracol hacia abajo—. Ahora, escúcheme. La cena va a ser muy rápida. Lo dejaré aquí. Baje al sótano y espere. Allí lo recogerá alguien. Dirá que viene de parte de su amiga belga. Lo sacará del palacio. Todos estamos arriesgando la vida para salvarlo, así que obedezca nuestras instrucciones o todos caeremos. Yo me ocupare de la OVRA.

—¿Y mi hijo?

—Su hijo habrá muerto esta noche si no lo ha hecho ya. No hay nada que podamos hacer ni usted ni yo.

Matteo bajó la cabeza, sintiendo que moría con su hijo, e hizo amago de derrumbarse, se tocó el botón en el que guardaba el cianuro, decidido a ingerirlo, pero Lobera lo agarró por los hombros y lo obligó a mirarlo.

—Jugamos un juego peligroso. Sabemos todos a lo que nos exponemos. No se derrumbe. Incluso el duelo debe planificarse y usted no puede dolerse aún. Esté orgulloso. El mundo sería un lugar mucho peor si los que lo tienen que cambiar no hicieran nada para intentarlo. —Matteo adquirió un rictus pétreo—. No se dé por vencido. Muerto no nos sirve de nada. Aún tendrá muchas

oportunidades para cambiar las cosas. Por la memoria de su hijo, debe aprovecharlas todas.

—Tiene razón —dijo recomponiéndose y soltando el botón—, ahora más que nunca. Gracias. Gracias por salvarme.

—Déselas a su amiga belga —replicó Lobera, al tiempo que le ponía una mano en el brazo y le daba fuerza.

Poco después, escondido entre basura y cajas de fruta vacías, Matteo Maratti abandonaba el palacio Medici Riccardi con destino desconocido. No volvería a ver su casa en mucho tiempo.

En el comedor las cosas no salían como Carlo Leone hubiera deseado.

Vio a un sacerdote sentarse en la mesa contigua justo cuando los discursos empezaban. En la suya tenía alrededor a diferentes personalidades de la ciudad: aristócratas, terratenientes, algún alto funcionario. No había conseguido acercarse al Führer ni al Duce, y ninguna de las conversaciones de la cena le interesó. Alzaba el cuello observando a los demás invitados, buscando complicidades más relevantes, y todos los que compartían mantel con él se dieron cuenta de que no le importaban. Era cierto. A Carlo, cada vez más, le interesaban únicamente él y sus problemas, que no estaba resolviendo. Como les sucedía a todos los arribistas, en cuanto la sociedad había asumido su afición a trepar, sus métodos se habían hecho más evidentes. Carlo disimulaba poco porque ya todos sabían lo que era, y, mendigando la relevancia, se mostraba él mismo irrelevante, poca cosa. Los banqueros que le habían abierto los brazos cuando era el educado y discreto marido de Flavia Viel ahora lo desdeñaban porque comprendían que era un alpinista social de

mucha fachada y poco fondo. Mientras, en su cabeza, Carlo se repetía: «Malditas deudas. Maldita Flavia. Maldito Rezola».

Se dio cuenta de que odiaba más a Juan Rezola que a sus problemas porque lo culpaba a él de todos. Así, su voluntad empezó a volverse irracionalmente hacia un único objetivo: acabar con el falsificador que impedía que pudiera dar el cuadro a la mafia y que, además, había enamorado a su mujer.

Vio a Dino Alfieri levantarse de la mesa. El ministro de Cultura Popular era el encargado máximo de la brillantez de aquella cena y su valedor en ella. Sin disculparse ante los comensales que se sentaban junto a él, se levantó también y lo siguió.

El ministro, de elegantes maneras, esbelta figura y cara ovalada con fino bigote, era impecable y altivo, pero, al verlo acercarse, se dulcificó un poco y le sonrió.

—Señor Leone. Espero que esté disfrutando de la velada.

—Mucho, señor ministro.

—El colofón de la noche aún está por llegar como sabe. Estamos todos deseando ver la reacción del Führer.

—El Duce disfrutará ofreciéndole el regalo.

—Oh, sin duda, aunque no estará presente. Yo lo haré en su lugar. Nuestro líder debe descansar. Estas jornadas han sido extenuantes incluso para alguien con su energía.

Carlo se decepcionó un poco. Luego hizo una petición que lamentó no haber hecho mucho antes.

—¿Podría acompañarlo?

El ministro torció un poco el gesto.

—No. Desde luego que no. ¿Por qué debería estar usted?

—Porque el cuadro era de mi familia. —«Y porque me encantaría que el Führer y el Duce lo tuvieran presente», pensó para sí.

—Eso no importa ya. Su familia recibirá el agradecimiento del mismísimo Duce una vez que todo haya pasado. ¿Cuál sería su utilidad en el palacio Pandolfini? ¿Para qué querría estar allí? No puede haber demasiada gente.

Carlo no tenía respuesta para eso. Su cabeza, desordenada y confusa, lo traicionó, mezclando hechos y conceptos inconexos. Flavia y sus planes para cambiar la obra auténtica por la copia de Rezola. Su necesidad de tener el original para pagar a la mafia. El deseo de matar a Juan Rezola para que no lo delatara si, finalmente, tenía que hacer pasar su copia por el auténtico retrato de Colomba Corsini. Catalizó una respuesta absurda e, incauto, la lanzó, apremiado por la mirada incisiva de Alfieri, arrepintiéndose de cada palabra que pronunciaba un segundo después de haberlo hecho.

—Porque he visto el retrato de Colomba Corsini un millón de veces... y podría comprobar que es el mismo que estaba en Faggio. La obra auténtica de Botticelli.

Instantáneamente, Alfieri endureció el gesto y se acercó a él, amenazante. La mera idea, la más lejana posibilidad de entregar un cuadro que no fuera auténtico al hombre más poderoso de Europa, lo sublevó, porque se parecía demasiado a querer engañarlo. Aquello no estaba yendo nada bien.

—¿Por qué iba a ser falso? ¿Por qué? —Se acercó un poco más a Carlo, nervioso y molesto—. Es el que se recogió en su casa, se ha guardado en una cámara acorazada con el resto de las obras y está vigilada permanentemente. ¿Acaso tenían un cuadro falso? ¿Ha intentado engañarnos? —Nervioso, apuntó con el dedo índice al pecho de Carlo, que se asustó y se arrepintió de inmediato de lo que había dicho.

—Por... por supuesto que no es falso. Es auténtico. Mi suegro... Los Viel... no tienen falsificaciones. Su Botticelli ha sido estudiado

por innumerables expertos. Es una obra maestra, verificada a lo largo de muchos siglos.

—Eso es. Pues... ¡no diga sandeces! —le exigió Alfieri, tranquilizándose un poco, pero con la sensación de que algo muy extraño acababa de suceder—. El Führer se irá con cuadros tan auténticos como la amistad del pueblo italiano. —Lo miró de arriba abajo con desprecio—. Y por Dios, apártese de mí y siéntese. Uno no deja su silla vacía en la mesa si no es para ir al cuarto de baño o por una urgencia.

Carlo supo que cada segundo con el ministro empeoraba las cosas. Se dio la vuelta y aceleró el paso.

—Este hombre es muy torpe —escuchó decir sobre él a su espalda.

70

SAN CARLO DE LOS LOMBARDOS

Ludo entró en la iglesia de San Carlo de los Lombardos por la misma puerta por la que los integrantes de Justicia y Libertad habían intentado también la fallida huida. En la calle, la sangre aún manchaba el pavimento, pero el entorno, horas antes bullicioso, estaba ahora oscuro, silencioso y desolado. Atravesó la sacristía hasta llegar a la nave principal del templo.

El aire era fresco como el de la montaña y olía a piedra húmeda y madera. Sus pasos resonaban entre las paredes.

Sabía que Santo no había sido capturado, pero no estaba en el palacio Maratti ni había señales de él en ninguno de los lugares que frecuentaba de la ciudad. Nadie lo buscaba aún porque nadie sabía de su participación en el atentado. Aún. En la nota que Ludo había enviado a los *carabinieri,* se informaba de cuatro terroristas y habían capturado a cuatro hombres, tres que habían muerto al intentar escapar y Andrea Maratti, que moriría cuando su cuerpo se venciera al tramo final del interrogatorio cruel al que estaba siendo sometido. Así que, hasta que Andrea le diera más nombres, solo ella buscaba a Santo Testa.

El óculo que se abría sobre la puerta principal de la iglesia dejaba entrar la luz tenue y blanca de la noche, suficiente para que Ludo inspeccionara el lugar en busca de alguna pista del paradero de Santo. Subió al piso superior sin hallar nada y revisó de nuevo la

planta baja. Volvió sobre sus pasos para salir del templo, convencida de que no había nadie, pero se equivocaba.

Tras de sí, una voz llena de rencor, un susurro que reverberó entre las paredes de piedra centenarias la hizo girarse: Santo. Su figura se recortaba en la oscuridad.

—Nos traicionaste —dijo directo.

—No a ti —replicó ella, dándose la vuelta.

—Por eso no queríais que estuviera en Florencia. Delatasteis a mi grupo para que el coche se desviara a la calle donde vuestro atentado tendría lugar.

—Sí —dijo ella.

—Jamás te perdonaré.

—No lo espero. Pero te tengo que sacar de aquí.

Santo se acercó a ella. Ludo supuso que quizás le pegara un puñetazo. No le importaba lo más mínimo con tal de abandonar Florencia con él. La cara del joven estaba desencajada y su juventud se había marchitado. La muerte lo había acariciado lo bastante cerca como para dejar su marca en él.

—No iré contigo. El mayor error de mi vida ha sido contar con mi padre, volver a él.

—El día ha sido un completo fracaso —dijo ella. No estaba dispuesta a meterse en dramas familiares. Estaba sola precisamente por eso.

—Tres personas han muerto por tu culpa. Y Andrea Maratti está arrestado.

—Lo sé. Pero tú estás vivo.

—Y todos los que no han muerto gracias a que desconecté la bomba están vivos también. Habría sido una masacre.

—Mussolini está vivo también.

—De haber muerto, mañana habría un Duce nuevo.

—Si nos agarramos a esa clase de pensamientos, es mejor que todos dejemos lo que hacemos.

—No quiero hablar contigo —replicó Santo.

—Yo tampoco contigo, pero déjame que te saque de Florencia. Andrea Maratti dará tu nombre en cualquier momento. No estás seguro aquí. Es un milagro que no te hayan encontrado. Probablemente en pocos minutos esta iglesia esté llena de agentes de la OVRA y de *carabinieri.*

—No iré a ningún sitio.

—Debes hacerlo. Si no es por mí ni por tu padre, hazlo por Andrea.

—No te atrevas a pronunciar su...

—Basta, basta. No voy a discutir contigo. Cada minuto que Andrea aguanta el interrogatorio lo hace para que tengas tiempo de escapar. Si no ibas a aprovechar su valentía y su resistencia, le podrías haber ahorrado mucho sufrimiento. Ya ha delatado a su padre. En el palacio no te buscan a ti, solo a él. Pero no dudes de que vendrán. Déjame sacarte de aquí. Ten la valentía de enfrentarte a tu padre de una vez. Dile lo que piensas y abandónalo para siempre si es eso lo que quieres. Pero no dejes que te atrapen. Vamos.

Santo no respondió y Ludo lo tomó como un asentimiento.

Lo cogió por el brazo y, antes de que se revolviera o cambiara de opinión, lo sacó de la iglesia y lo subió a la parte trasera de una pequeña furgoneta que, pintada con dibujos de naranjas, rezaba «Fruttivendolo Blasco». No habían doblado la esquina de la calle contigua cuando se cruzaron con tres coches a toda velocidad hacia San Carlo.

Ludo respiró aliviada. Era la primera operación del día que salía bien.

71

EL FASCISTA

Eran las doce de la noche cuando Ranuccio se acercó al apartamento que ocupaba en Via Guelfa. La calle estaba desierta, algo tenebrosa, plenamente medieval, y solo un pequeño monoplaza azul aparcado en un lado, justo debajo de la farola, devolvía al profesor al siglo xx. Regresaba a pie de la estación de Santa Maria Novella, que estaba muy cerca. Hitler se había despedido de él con una sonrisa y con planes de volver a Italia. Frente al *Amerika,* el tren en el que pasaría la noche mientras lo devolvía a Alemania, la delegación alemana parecía satisfecha con el viaje. No tardarían más de una hora en empezar a alejarse. Estaban cargando grandes baúles y, con impotencia, él había supervisado el vagón en el que iría el botín que se llevaban los nazis antes de que empezaran a cargarlo.

Los vínculos con Italia se habían estrechado y Mussolini había reforzado su poder, descubriendo en su alumno más aventajado a su referente. Las tornas habían cambiado y lo harían aún más. La fortaleza de la Italia fascista era teatral, la de la Alemania nazi era muy real.

Todo había acabado y, pese a ser tan solo un profesor de arte, un arqueólogo que había hecho de guía, Bandinelli no podía evitar sentir que había colaborado decisivamente en un viaje que no iba a traer nada bueno.

La guinda a su pesar y a su rabia la había puesto el regalo final. Cinco cuadros únicos que habían sorprendido al Führer y habían rematado el éxito de la jornada. Como era de esperar, el dictador se había maravillado especialmente con el pequeño pero fabuloso retrato de Colomba Corsini, de Botticelli. Había dedicado menos de cinco minutos a contemplarlo antes de ordenar que lo llevaran al tren junto con los otros cuatro cuadros.

Así, sin más, Italia perdía cinco tesoros en manos de un aficionado al arte al que había que agasajar. Pero había más. Le habían regalado libros únicos, esculturas, incluso una tabla de Domenico Ghirlandaio, el maestro de Miguel Ángel. En el trayecto a la estación, Ranuccio supo que además se estaba presionando al príncipe Lancellotti para que vendiera al Führer el *Discóbolo,* la escultura romana de la que el alemán se había enamorado. Nada parecía suficiente.

Bandinelli, que como arqueólogo se apasionaba con la recuperación de lo perdido, no podía digerir que se entregara todo aquello. A cambio, Hitler le había regalado un gran Mercedes al Duce.

Ranuccio había colaborado en todo. También en el intento de atentado, se dijo, tratando de consolarse, pero en el fondo sintiéndose manipulado y falto de voluntad. No tenía ni idea de qué había fallado, pero no necesitaba ninguna explicación. Ojalá no volviera a ver a Ludo nunca más.

Estaba a punto de entrar en el portal cuando a su espalda apareció Juan Rezola. Su inesperada presencia lo sobresaltó y, pese a que le tenía aprecio, no le gustó verlo, porque presentía que no era por nada bueno. Recordó que el español lo había acompañado paseando hasta aquel punto hacía unas semanas después de comer

juntos. Su expresión aquella tarde apacible era muy distinta a la de cierta urgencia que mudaba su cara a aquellas horas.

—Profesor —le dijo con aspecto apurado.

—¡Rezola! —respondió Bandinelli—. Es muy tarde. Me ha asustado.

—Necesito que hablemos.

El cansancio podía más que la curiosidad y Ranuccio intentó no darle más trabajo a su cabeza.

—Quizás podamos comer en unos días. No es un buen momento.

—Lo lamento, pero el asunto por el que vengo no puede esperar. Tiene que ser ahora. Es sobre el retrato de Colomba Corsini. —La mención al cuadro lo puso inmediatamente en alerta—. Necesito que vea algo —insistió Juan.

Que Rezola conociera la existencia de ese cuadro era inverosímil.

—¿Cómo sabe que...?

—Es de una amiga —lo interrumpió—. La obligaron a entregarlo para una exposición y, si no hace nada al respecto, lo perderá para siempre. Acompáñeme, por favor. Es aquel coche —dijo Juan, señalando su Bugatti.

Ranuccio se acercó al coche. Juan se inclinó sobre el vehículo y extrajo un lienzo.

—Pero... —Bandinelli no podía creer lo que veía— acabo de entregar este cuadro al Führer. ¿Es una copia? —Juan lo apoyó en el vehículo mientras el profesor Bandinelli lo observaba detenidamente —. No... —dijo Ranuccio dudando—, no es una copia. El trazo..., los pigmentos... Diría que... Debería verlo con mejor luz —dudó. Solo la farola arrojaba algo de claridad.

—Es una copia —le confirmó Juan—, pero es perfecta.

—Deberían haberle entregado esta al Führer —murmuró Ranuccio.

—Eso es exactamente lo que quiero que hagamos: quiero pedirle que la cambie por el original. Hitler no merece tenerlo. Italia no puede desprenderse de una obra así a la ligera.

Bandinelli apartó la cara del cuadro y se irguió. No se lo tomó en serio y estaba tranquilo.

—Lamentablemente llega usted tarde, el cuadro ya está en el tren. En cualquier caso, de haber entregado esta obra, habría arriesgado la vida. Mussolini se hubiera enfurecido al saber que era falsa.

—Nunca lo hubiese sabido. ¿Cuánta gente podría asegurarlo?

Bandinelli meditó unos segundos.

—Poca..., muy poca. Además de yo mismo...

—Usted ha dudado.

—El profesor Agostini, el profesor Ascanio..., quizás el conservador de...

—Nadie que vaya a verlo.

El arqueólogo se separó un poco.

—Señor Rezola, ¿qué es lo que está haciendo aquí?

—Quiero que intercambie los cuadros. Creo que podemos intentarlo. Debemos intentarlo.

—No puede hablar en serio.

—Lo hago. Muy en serio. Señor Bandinelli, es usted un defensor del arte igual que yo. Lleva varios días mostrando los hitos artísticos de su país a Hitler. Cree que ha sido solo eso, pero la realidad es que, en parte, ha acompañado a un megalómano de compras. Donde usted cree que el Führer ha visto museos, su camarilla, él mismo, han visto el escaparate de una tienda de la que, sin demasiado esfuerzo, puede llevarse lo que quiera. Ha conseguido cinco obras maestras, usted mismo me lo dijo. Una de ellas es este pequeño retrato, pequeño solo en tamaño, que tenemos la oportunidad de recuperar. Dentro de unos años, cuando el mundo

haya cambiado, porque cambiará, a saber cuántas obras habrá ofrecido el Duce para congraciarse con Alemania. Tenemos mucho arte, y ellos bastante menos, al menos que no consideren «degenerado», y esa es la premisa que utilizarán. ¿Y no va a hacer nada por evitarlo? Inténtelo al menos. Ayúdeme. Cuando muera, podrá contarlo. Imagínese el ridículo en el que quedará Mussolini para la historia, engañado por un profesor de arte..., o el mismo Hitler, que colgará el retrato en un lugar preferente. Debe ayudarme, y lo sabe.

—Yo no sé nada —replicó Ranuccio. El tono era más cavilante, menos seguro.

—Sí, lo sabe. Lleva días acompañando a personajes que detesta.

—Rezola, frene. Usted no me conoce.

—Sé lo suficiente para ver que le duele que estas obras se pierdan para siempre en algún despacho alemán. Que sabe que el Duce no tiene ni idea de lo que está entregando al Führer y que él no se saciará con este bocado. Usted excava para recuperar obras de arte, no me diga que no quiere intentar recuperar esta de un tren.

—No sabría cómo.

—Tan solo diga que el cuadro que tienen es falso. Que usted tiene el auténtico. Que se lo han hecho llegar. Lleve este. Lo creerán.

—Eso es absurdo. Y no hay tiempo.

—Que el tiempo apremie puede ser una ventaja. Les dará menos tiempo para pensárselo. Será más fácil que decidan en uno u otro sentido y, cuando lo hayan hecho, no volverán sobre el tema. Cuando se discute una o dos veces la autenticidad de una obra, esta pierde valor. Esta noche se decidirá que la copia es auténtica y que el original no lo es..., y esa decisión no cambiará porque a nadie le interesa. Diga que lo habían sustituido. Estuvimos a punto de

hacerlo en el palacio Pandolfini, y la prueba está a la vista de quien quiera verificarla.

—Eso es absurdo.

—No lo es. Abrimos un túnel que llega al jardín del palacio Pandolfini. Si se acerca un *carabiniere* a verlo, lo descubrirá detrás del laurel. Podríamos haber sustituido el cuadro esta tarde, pero no lo hicimos porque temimos que usted, al haber visto ayer la obra original, se daría cuenta. Si alertaba del hecho, se descubriría la operación, el túnel y a nosotros, que estábamos al final de él. Las calles estaban cerradas. Nuestra fuga era imposible. No podíamos arriesgarnos, aunque puede que nos equivocáramos. Usted habría detectado el cambio, pero, de haber tenido ocasión de que le explicáramos que el cuadro original estaba en manos de sus legítimos propietarios y que se quedaría en Italia, donde ha estado siempre, no hubiera dicho nada. ¿Es así?

—Eso ya no importa —dijo Bandinelli, confirmando lo que Juan Rezola pensaba.

—Diga que le han dejado el cuadro en su casa con esta nota. Léala.

—Señor Rezola, en serio está usted intentando un imposible. No tengo por qué...

—Léala, por favor —insistió Juan.

Bandinelli cogió la nota con cierta ansiedad y Juan sintió que su negativa a ayudarlo se tornaba menos categórica.

—Esto... esto no está bien. No funcionará. Déjeme hacerlo a mi manera.

—Haga lo que crea que funcionará.

—No funcionará, señor Rezola. Y me puede traer problemas.

—¿Lo intentará?

En cualquier otro momento, Ranuccio Bandinelli hubiera dicho que no. Que tan solo era un arqueólogo, un académico, una persona del mundo del arte, con familia y sin posibilidad ni intención de cambiar el mundo, pero había pasado varios días con la posibilidad real de cambiar las cosas y no lo había hecho. El fascista más devoto no habría agradado más ni a Hitler ni a Mussolini..., y lo que nadie sabía era que, en realidad, Ranuccio los detestaba a ellos y a lo que representaban. Estaba afiliado al partido porque era la forma de que pudiera seguir con su vida, sus clases y su pasión por el arte sin ser señalado o apartado, pero el arqueólogo estaba muy lejos de las ideas totalitarias fascistas. De haber sido más valiente, podría haber acabado con la vida de los dos dictadores más fácilmente que ninguna otra persona, pero amaba su vida y no estaba dispuesto a decir adiós tan pronto.

Juan Rezola le ofrecía la oportunidad de hacer algo, de aplacar los remordimientos que amenazaban con perseguirlo a partir de entonces.

Era el momento.

—Deme el cuadro. Pero no saldrá bien. No le prometo nada. Y necesito que escriba otra nota.

72

UN BUEN ITALIANO

Ranuccio metió el cuadro en una maleta de viaje algo más amplia que un maletín y dejó que Juan Rezola le acercara a la estación de Santa Maria Novella, de donde se había ido apenas quince minutos antes, tras la despedida oficial. La calle estaba cortada, por lo que tuvo que bajar del coche antes de llegar y hacer el último tramo, unos escasos metros, a pie. La zona seguía completamente acordonada por los *carabinieri* y la seguridad era máxima. Estaba a pocos metros de la entrada cuando vio el Fiat Torpedo del Duce abandonar el lugar seguido por sus mosqueteros y toda la parafernalia que lo acompañaba. Una gota de sudor recorrió su frente mientras aceleraba el paso; el tren alemán no tardaría en ponerse en marcha.

No podía creer que estuviera haciendo aquello, él, persona reflexiva, nada impulsiva. La indignación por el numeroso expolio que acompañaba al viaje lo había empujado a intentar la locura que Juan Rezola planeaba. Se dijo que muy probablemente no ejecutara el plan. Que solo lo haría si, aunque supusiera un riesgo, había alguna posibilidad de que saliera bien. Se acercaba a la estación como un autómata, como subido a un vehículo que le negaba los mandos. Una señal. Necesitaba una señal de algún tipo para decidirse. Si no aparecía, si no lo veía claro, volvería a casa sin abrir

el maletín. Tenía familia. Dos hijas. Una mujer que lo quería. Una buena vida. Por Dios, ¿qué estaba haciendo?

Le favorecía que en aquellos días su figura hubiera adquirido prestigio y que todos lo conocieran, porque ninguno de los cordones de seguridad se le resistió y uno a uno los agentes de la OVRA, los *carabinieri* y los mosqueteros del Duce le franquearon el paso sin problema. Enseguida estuvo en el andén frente al imponente *Amerika.* Algunos de los vagones de carga seguían abiertos y se llenaban de baúles y diferentes equipajes. A un lado, a pocos metros, encontró a Alessandro Pavolini, con quien se había reunido muchas veces para planificar el viaje que estaba a punto de concluir. El secretario federal del Partido Fascista en Florencia estaba exultante por el éxito de aquellos días y saludó a Ranuccio abriendo los brazos.

—Amigo mío. Nuestros esfuerzos han merecido la pena —le dijo convencido.

Ranuccio aún no sabía por qué se estaba complicando tanto la vida.

—Hay una comprobación que necesito hacer —dijo muy serio—. ¿Dónde está el ministro Alfieri?

—¿El ministro? ¿Va todo bien? —preguntó Pavolini.

—Sí, va todo bien —dijo con aplomo—, y, si no va bien, lo solucionaremos inmediatamente.

En ese momento, Dino Alfieri bajaba de uno de los vagones con paso decidido. Con la misma actitud, Ranuccio fue directo a él. El ministro también estaba contento, aliviado y cansado. Lo recibió con una sonrisa que tornó en gesto serio cuando comprobó el espíritu con el que se acercaba Bandinelli.

—Señor ministro. Hay algo que me preocupa y que debo comprobar inmediatamente. Puede que estemos a punto de cometer

un terrible error.

—Cielos, profesor, parece grave —respondió él, preocupado.

Era una suerte que todos lo tomaran tan en serio. Una semana antes, la actitud había sido completamente distinta, pero, tras el viaje y su aparente complicidad con Hitler, todos lo trataban con deferencia. Incluso en el mundo del arte, había hecho falta que un fracasado pintor austríaco lo escuchara para que los demás lo valoraran.

—Es grave. Necesito ver el retrato de Colomba Corsini ahora mismo.

Alfieri palideció al recordar las palabras que Carlo Leone había pronunciado en el palacio Medici Riccardi. Horas antes, se había indignado al escucharlo decir que quería asistir a la entrega del cuadro para verificar que fuera auténtico. Había tratado de olvidar el comentario sin conseguirlo. Cogió a Ranuccio del hombro y lo apartó un poco.

—Es falso, ¿verdad? —le dijo sin más.

Una señal. Ranuccio no podía creer lo que oía. Alfieri le acababa de poner las cosas muy fáciles.

—Necesito verlo.

—Están esperando a cargar todo lo demás. Será lo último que subamos al tren. Oh, profesor Bandinelli, el señor Leone tendrá que dar muchas explicaciones si ese cuadro es falso —dijo el ministro dándose la vuelta y acelerando el paso hacia un grupo de baúles y cajas que esperaban en el andén a ser cargados.

El profesor siguió al ministro. No tenía ni idea de quién era el señor Leone, pero presentía que le había hecho un gran favor. Sin dudarlo, Alfieri apartó un par de cajas para coger una del tamaño del retrato.

—Vamos dentro. Esto no puede verse. ¡Por favor! ¡¿Es que siempre tiene que pasar algo?! —susurró, nervioso.

Ranuccio lo siguió al interior de la estación y de allí a un despacho que estaba ocupado por algunos funcionarios que fumaban y charlaban.

—Fuera todos —ordenó Alfieri. Inmediatamente se quedaron solos —. Haga los honores —le dijo a Bandinelli, dejando la caja sobre la mesa.

Ranuccio abrió la caja de madera cuidadosamente y cogió el cuadro por el marco dorado y barroco. Luego lo dejó en la mesa y acercó la lámpara para verlo mejor. Aproximó la cara y lo miró casi desde encima, fingiendo analizarlo. Podía sentir la impaciencia del ministro a su espalda. Al poco rato se irguió con gesto grave.

—Por todos los santos, profesor, ¡diga algo! —le espetó Alfieri.

—Sin ninguna duda, es falso —afirmó Ranuccio.

El ministro se giró dándole la espalda, tenso y preocupado. Iracundo, dio una patada a una papelera, que se estampó ruidosamente contra la pared. Había llegado el momento.

—No debe preocuparse. Hemos llegado a tiempo.

—¡¡Cómo no me voy a preocupar!! —le gritó—. ¡Esto va a ser un ridículo monumental! ¡No puedo entregar un cuadro que un experto como usted en Alemania detecte como falso, pero tampoco puedo hacer llegar un cuadro menos al Führer! Voy a matar a Leone. Juro que lo mataré. Y usted... ¡¿cómo demonios no se dio cuenta antes?!

—El cuadro que vi la noche de ayer era auténtico —le aclaró Bandinelli—. Hoy, con la luz y las prisas..., habría engañado a cualquiera. El cuadro ha sido cambiado justo antes de la llegada del Führer. Pero tengo el auténtico aquí.

—¿El auténtico? —La cabeza del ministro iba a estallar.

Ranuccio apartó el original y, tras abrir la maleta, colocó el falso junto a él.

—Este es el Botticelli.

El ministro se acercó. Para él era exactamente igual al otro.

—¿Me puede explicar cómo ha acabado en sus manos? —le dijo bajando el tono.

—Estaba en mi puerta cuando he llegado a casa. Al parecer, se trata de una operación de Justicia y Libertad. Han hecho un túnel desde la iglesia de San Giovannino hasta el jardín del palacio Pandolfini. Cambiaron el cuadro y lo guardaron, pero la persona que debía recogerlo no apareció.

Alfieri cerró los ojos y se los masajeó con los dedos mientras pensaba.

—Hoy ha habido un intento de atentado. Es un asunto confidencial. La OVRA lo desbarató todo antes de tener que lamentar nada. Cuatro jóvenes. Apuesto a que el que debía recogerlo era uno de ellos. Todos han muerto.

—Eso lo explicaría. La persona que tenía este cuadro ha sentido que le quemaba en las manos y se lo ha devuelto a la única persona que no está rodeada de seguridad y que sabía que se lo daría a ustedes.

—Un profesor de arqueología que lleva una semana pegado al Gobierno. Usted.

—Eso es.

El ministro pensó unos segundos antes de salir del despacho, llamar a un *carabiniere* y darle órdenes precisas. Luego volvió con Bandinelli.

—Un motorista irá al palacio Pandolfini. Comprobará lo del túnel. Me resulta demasiado increíble. Además..., si ese túnel existía, ¿por

qué no poner una bomba o robar todos los cuadros? ¿Por qué precisamente este y no otro?

—Porque de este tenían una copia.

—Eso tiene sentido.

—¿Y por qué no aprovechar el túnel para atentar contra...?

—El Duce no iba a estar presente en el palacio.

—Claro. Querían acabar con el Duce, no con Hitler. Meta el cuadro auténtico en la caja. Esperaremos a que nos confirmen lo del túnel. Déjeme ver la nota.

Ranuccio le pasó la nota que le había hecho escribir a Juan Rezola. Era breve y daba pocos datos, justo lo que necesitaba Alfieri, que la leyó detenidamente.

> Profesor Bandinelli, dejo en sus manos el auténtico retrato de Colomba Corsini, que esta tarde ha sido sustraído y cambiado por una copia a través de un túnel excavado hasta el palacio Pandolfini desde la iglesia de San Giovannino, y cuya salida queda escondida por un laurel.
>
> La persona que me lo entregó y debía sacarlo de Florencia no va a poder hacerlo y soy demasiado mayor para esconderlo, ya que sé que solo puede traerme problemas.
>
> Lo dejo en sus manos para que lo custodie.
>
> Habrá más ocasiones para que la justicia y la libertad triunfen.

—No da demasiadas pistas. Pero puede que lo conozca. Sabe dónde vive.

—No lo creo. Debió de pensar que se lo entregaría porque soy miembro del partido desde hace años. Respecto a mi dirección, mucha gente la conoce, es pública en la universidad. Además, me ha recogido un coche oficial en la puerta de mi casa varios días, antes de esta visita... y hoy mismo. Florencia es una ciudad de chismosos, y por causa del viaje del Führer he alcanzado cierta notoriedad.

—No cabe duda. Quédese aquí —dijo Alfieri ansioso, saliendo del despacho.

Las cosas iban bien. Ranuccio se enfrentaba a una especie de carrera de obstáculos que iba superando. No tardaría en volver el motorista. Si encontraba el túnel del que le había hablado Juan Rezola, su historia tendría verosimilitud. No había mayor experto en arte del Renacimiento en toda la Toscana, y, de haber recurrido a alguno de los profesores cuyos conocimientos se acercaban a los suyos, ninguno habría disentido de su opinión. Pero había algo más: además de conseguir que en el *Amerika* viajara la copia, debía abandonar la estación con el original.

Al cuarto de hora el ministro entró en el despacho. Consternado.

—No puedo creer que hayamos estado a punto de hacer el ridículo de esta manera. El motorista ha encontrado el túnel. Voy a pedir que le traigan los otros cuadros. Verifique que son auténticos. El tren partirá en quince minutos. ¿Tendrá tiempo?

—Creo que sí. Pero serán auténticos. Parece claro que el objetivo era solo la obra de Botticelli —intentó tranquilizarlo Ranuccio.

—Da lo mismo. Verifíquelos. Se los traerán ahora mismo... y ojalá todo vaya bien. —Alfieri sudaba profusamente y algunos de los presentes se extrañaron de su nerviosismo.

Enseguida dos *carabinieri* llevaron los cuatro cuadros restantes. Antes de sacar ninguno de la caja, empaquetó la copia que él había cargado y se la dio para que la trasladaran al tren. El cuadro auténtico se iba a quedar en Italia. Desempaquetó los demás, tentado de decir que algún otro era falso. Lo descartó enseguida. No tenía copias y, si no llegaban cinco cuadros a Alemania, habría muchas preguntas que responder. Por el momento, solo el ministro y él estaban al corriente de lo que sucedía en la estación y a ninguno le interesaba que más gente lo conociera. Si el cambio era secreto, si nadie sabía que se había producido, nadie comprobaría su historia ni

verificaría la autenticidad del Botticelli, por lo menos no de inmediato.

El ministro volvió al despacho a los pocos minutos. Ranuccio le sonrió.

—Puede estar tranquilo. Son todos auténticos.

Alfieri se apoyó en la pared un instante, perdiendo un poco la compostura que siempre aparentaba.

—Bien, profesor. Bien.

Se asomó a la puerta y con un gesto ordenó a los mismos *carabinieri* que recogieran las cajas de los cuadros y las llevaran rápidamente al tren. El pitido de la locomotora sonó dos veces y el motor gigantesco del vehículo se revolucionó. Sin prestarle atención al *Amerika,* Dino Alfieri se acercó a Ranuccio con cara amable, casi cómplice.

—Ahora solo me queda pedirle un favor. Uno que sé que hará y que yo recompensaré.

—Por supuesto —le aseguró Bandinelli.

—Mantenga la más absoluta discreción sobre lo que ha sucedido aquí esta madrugada. Es necesario. Sobre el papel este viaje ha sido perfecto, pero, si el Duce averigua que ha estado a punto de hacer el ridículo regalándole una especie de *souvenir* a Hitler, o que ha puesto su vida en peligro al tener uno de los accesos al recinto donde él se ha encontrado sin vigilar..., rodarán cabezas. Un túnel hecho por una organización terrorista como Justicia y Libertad... Es inaudito. Hay muchos departamentos que están implicados en este fallo, y preferiría que, ya que la suerte ha querido que todo haya acabado bien, ninguno se viera afectado. Como confidencia, le diré que nos ha parecido a todos que Alemania nos mira por encima del hombro injustamente. Ya sabe. Los caóticos y chapuceros

mediterráneos frente a los perfectos y ordenados alemanes. Si ama este país, mantenga el secreto.

—Lo haré sin duda.

—Meta el cuadro en su maleta, que nadie lo vea salir con él. Nadie lo ha visto entrar. Destrúyalo al llegar a casa. —Ranuccio trató de no mostrar ninguna emoción—. Que nunca se sepa que existió.

—Lo haré, señor ministro.

Alfieri se acercó a él y lo cogió de los hombros mirándolo de cerca. Acababa de salvar su reputación y, seguro, su carrera política.

—Profesor Bandinelli, debe enorgullecerse, es usted un verdadero fascista. Italia le debe mucho.

Ranuccio no dijo nada, pero, mientras salía de la estación con el auténtico cuadro de Botticelli en la maleta, se enorgulleció de saberse mal fascista y buen italiano.

73

UN DÍA IMPORTANTE

A las doce de la mañana del 10 de mayo, Carlo Leone entró en la Questura central de la Policía, cerca de la plaza Cavour, escoltado por dos *carabinieri* que lo habían sacado de su *suite* del hotel Helvetia con la firmeza necesaria y la cortesía que aún le debían. No se le acusaba de nada, pero debía dar algunas explicaciones.

Carlo, que había intentado engañar a todos menos al Gobierno, dejó la copia que aún tenía del retrato de Colomba Corsini escondida debajo de su cama del Helvetia y acudió tranquilo a la Questura, de donde estaba seguro de poder salir sin mácula.

La primera sorpresa llegó cuando, tras meterlo en una sala de interrogatorios, se encontró no con un policía, sino con un ministro. Este pidió que los dejaran solos y lo invitó a sentarse con menos simpatía de la que acostumbraba.

Dino Alfieri había pasado la noche tratando de asimilar lo que había sucedido de madrugada en la estación de Santa Maria Novella. Había mandado buscar a Carlo en el mismo momento en el que vio alejarse al profesor Bandinelli.

—Va a ser un interrogatorio muy rápido si usted así lo quiere —le dijo, advirtiéndolo de soslayo.

—Entonces lo será. Estoy agotado y desearía volver al hotel cuanto antes —replicó Carlo.

—En el palacio Medici Riccardi se ofreció para asistir a la entrega del regalo que se le iba a ofrecer al Führer en el palacio Pandolfini, la selección de obras que usted ayudó a escoger. Cuando le dije que no era necesario, pues el evento estaba muy restringido, mencionó algo que no me gustó: que podría ir para verificar que la obra que venía de su casa familiar era auténtica.

—No lo recuerdo bien —mintió Carlo—. Pero, si lo dije, fue una tontería.

—¿Por qué lo dijo? ¿Por qué no iba a ser auténtica?

Carlo comprendió que Alfieri sabía algo que le ocultaba, que lo estaba poniendo a prueba y que debía evitar morder el anzuelo.

—Hubo algo que me preocupó. No tenía motivos, pero no me hizo gracia.

—Lo escucho.

—Hace algunos años, mi suegro tuvo un conflicto importante con un marchante que le ofreció varias obras de importancia. Era español, educado, de trato amable y a todas luces fiable. Lo tuvimos cenando en Faggio varias noches. Se llamaba Juan Rezola y había vendido cuadros a algunos conocidos. El asunto es que, días antes de que mi suegro cerrara la compra de una de las obras que le ofrecía, descubrió que era uno de los falsificadores de arte más importantes del continente, especialista en arte renacentista, que había estafado a los más destacados coleccionistas y museos, y que estaba en búsqueda y captura.

—Pero su cuadro, el de su suegro, el Botticelli, es auténtico.

—Por supuesto, pero, días antes de la visita del Führer, paseé hasta el palacio Pandolfini, pura curiosidad, por ver el lugar de entrega del cuadro del que su equipo me había hablado anteriormente en una de nuestras reuniones, y cuál no sería mi

sorpresa al descubrir que el pintor que había intentado estafarnos tenía su estudio en el edificio contiguo. Vi a Juan Rezola entrar en él.

—Comprendo.

—Sí. Luego pensé que era una coincidencia, incluso que mis ojos me habían engañado y que, si no lo habían hecho, no habría por qué preocuparse... Pero la idea de que tenían a un falsificador en la puerta de al lado me persiguió de manera absurda. Por eso dije lo que dije. Enseguida me di cuenta de que era una tontería, pero pensé que había visto tantas veces el retrato de Colomba Corsini que, si era una falsificación, que si por arte de magia una obra de Juan Rezola acababa en la exposición, lo detectaría fácilmente. Quizás no podría haber ayudado con los otros cuadros, pero sí con el que provenía de mi casa.

Alfieri se echó atrás, miró a los ojos a Carlo y creyó cada una de sus palabras. Tenían sentido. Ese español era el hombre que había hecho la copia que habían intentado que Hitler se llevara. Debía ser apresado y fusilado inmediatamente si, como necesitaba, aquel hecho no debía conocerse nunca. Su cabeza se centró en ello y quiso concluir la reunión.

—Le agradezco que haya venido. Puede irse —dijo displicente.

Carlo salió de la Questura aliviado. Creía haberse salvado y, mejor aún, había condenado a Juan Rezola.

A los pocos minutos, dos coches de *carabinieri* volaban en dirección a Via San Gallo. Desde la esquina, al verlos pasar, Carlo Leone sintió que finalmente había acabado con su enemigo.

74

TRATO CERRADO

Carlo miraba hacia al lago Lemán sin nostalgia. A su espalda, al principio de aquella ladera verde e impoluta salpicada de flores, en la casa ya no quedaban muebles y sus maletas estaban preparadas para otra mudanza, para otra vida. Todo se había complicado y estaba seguro de que lo mejor era hacer borrón y cuenta nueva, aprendiendo de lo que había fallado, comprendiendo que debía conocer mejor a las personas de las que pensaba aprovecharse. Ese había sido su fallo, creer que Flavia no acabaría por darse cuenta de que se había enamorado hacía muchos años de su castillo, de sus cuadros y tapices, de sus otras casas y de la certeza de que, a diferencia de las suyas, estaban cimentadas sobre una fortuna que no las pondría en peligro jamás. Había jugado fuerte y lo había perdido todo, pero seguía siendo apuesto, listo y sin escrúpulos, cartas poderosas si las utilizaba bien. Anetta Calderone le había explicado la situación con palabras menos educadas, pero más claras, que las que su familia política habría utilizado. No volvería a ver a Flavia e, igual que ella, sus suegros no querían verlo a él. Carlo supo que la criada había disfrutado al contarle que sus señores lo sabían «todo».

No le importaba demasiado.

Sabía cómo consolarse.

Había acabado con Juan Rezola y nadie podría jamás verificar que la copia que tenía del retrato de Colomba Corsini fuera eso, una copia y no el original.

Había dos cuadros iguales al suyo. El auténtico, en manos de Hitler, y el de Flavia, ambos difíciles de ver. Tres cuadros iguales en total. Tres pequeños lienzos que nadie distinguiría jamás el uno del otro. Su billete a una nueva vida. Iba a huir a Hispanoamérica. Allí había mucho dinero y afición a lo antiguo. ¿Quién podría resistirse a un Botticelli? Era fácil fingir ser un aristócrata italiano ante jóvenes ricas que no sabían nada ni de la aristocracia ni de Italia. Sí, Argentina o quizás Chile serían un buen destino. Fincas grandes, mundos nuevos, oportunidades de todo tipo entre gente buena y confiada. En Europa solo le quedaban deudas y malos recuerdos, y no pensaba llevarse ninguna de las dos cosas.

Se giró un instante hacia la casa que había habitado poco, magnífica y reluciente al sol. Hacía días que estaba solo en ella, recorriendo sus pasillos y salones como si fuera totalmente ajeno a ellos, como si nunca hubiesen encerrado nada más que falsas esperanzas y mentiras. Flavia tenía que haberlos amueblado, pero, cuando los vio por primera vez, su mujer ya estaba de mudanza. Lo había descubierto tarde, tras toda una vida de amistad, pero lo había hecho al fin. Carlo se decía que siempre había sido el mismo, pero la ambición combinada con la mentira, como la gangrena, acaban por pudrirlo todo. Eso habían hecho con él.

Entornó la mirada al ver a una figura acercarse desde la casa. Su humor cambió instantáneamente y el castillo de naipes de sus planes de futuro empezó a tambalearse una vez más.

Ludovica Conti.

La emisaria de la mafia siciliana sonrió al llegar junto a él. Era realmente guapa, pero imponía tanto respeto que nadie veía nada

más allá de su carácter. A la luz del sol de montaña su pelo parecía casi blanco, y su piel, joven y tersa como un tambor, se sonrosaba un poco.

—La esperaba —mintió Carlo. Ella solo sonrió. No lo creía, pero no era nada fácil escapar de la mafia—. Vayamos dentro, tengo lo suyo.

—Eso está bien —replicó ella.

Tendría que pensar otra manera de financiarse, pero por lo menos los Testa no irían tras él. Para seguir con su vida, de entrada, debía vivir, y los sicilianos no iban a aceptar más excusas.

—Me voy de Suiza, es un país muy aburrido —dijo por decir Carlo, tratando de explicar la desolación de aquellos salones vacíos.

—Lo sé. A Hispanoamérica, imagino —contestó Ludo, que siempre sabía mucho más de lo que parecía.

Carlo no pudo evitar inquietarse un poco. Por suerte, Rezola estaría muerto o en algún rincón oscuro de una prisión y no podría boicotear la transacción.

Entraron en una salita pequeña en la que solo quedaba una mesa. Colgado de un clavo, en una pared que lo hacía parecer diminuto, el retrato de Colomba Corsini de Juan Rezola era el único punto de interés.

—Aquí lo tiene —dijo triunfal—, dígale a su jefe que la espera le ha reportado pingües beneficios. El valor de este pequeño lienzo es muy superior a la deuda que contraje.

Ludo apenas lo miró un instante sin cambiar de expresión. Se acercó un poco al cuadro y Carlo lo hizo un poco más que ella.

—Mire, aquí tiene la firma —dijo señalando la esquina.

Pero Ludo no buscó la firma de Botticelli, sino la de Juan. La marca que el falsificador dejaba en todos sus cuadros. La marca secreta de la que el mismo falsificador la había informado días antes.

El grumo de pintura partido por la mitad en la esquina superior del lienzo.

—Dese la vuelta —ordenó ella, muy tranquila y harta.

Carlo obedeció sin darle importancia, pero al instante el frío cañón de la pistola de Ludo se le pegó a la frente.

—Aquí tiene mi firma —le dijo antes de dispararle un tiro.

La bala atravesó el cráneo de Carlo, con la mirada helada, y acabó en el de la bella Colomba. Ludo no pudo evitar pensar que nadie tendría problemas para reconocer la copia nunca más.

Luego, mirando el cuerpo de aquella mala persona en el suelo, muerto y con la sangre brotándole de la frente, se despidió.

—Recuerdos de Juan Rezola.

No estaba satisfecha, pero al menos había cerrado el trato.

75

EL RIDÍCULO

María José de Saboya acudió a la llamada del padre Orso en cuanto este le pidió que se reunieran. A principios de junio los reyes se habían trasladado a la residencia estival de la Tenuta di San Rossore, en Pisa, y los Hesse habían vuelto a Kronberg, así que en Roma solo quedaban ella y su familia más inmediata, que hacían vidas elegantemente separadas.

En su soledad, el padre Orso constituía una de las principales distracciones, con sus conversaciones interesantes, sus intrigas vaticanas y su ácido humor. En el complejo real, el sacerdote había organizado a su alrededor un entorno confortable y de la calidad a la que estaba acostumbrado. Tenía una sola cocinera, una sola doncella y una sola costurera, pero cada una de ellas era la mejor de Roma. Incluso su coche, un Alfa Romeo Pescara siempre reluciente, había sido adaptado con un motor más potente y era el más rápido de la curia. A Orso el voto de pobreza se le seguía resistiendo con uñas y dientes, y había cejado en su empeño de cumplirlo. Su carne era débil, su mente fuerte, y sus gustos caros.

Se sentaron en una pequeña glorieta del jardín cercana a la casa y contemplaron las laderas ondulantes del resto del parque de Villa Savoia, el paraíso que habitaban y cuyo final veían venir. El sol se ponía sobre la ciudad iluminando sus riquezas y atenuando sus defectos, y ellos, encarados a la vista, disfrutaban del momento.

—Quería decirle que todo no salió tan mal como creíamos —le dijo el sacerdote tras dejarse rellenar su copa de Cinzano y dar un mordisco a un *maritozzi* de *foie.*

—Creo que no vamos a estar de acuerdo —lo contradijo la princesa heredera—. Matteo Maratti ha huido de Italia, su hijo ha muerto y el Duce sigue vivo. Es más, al único al que todo le salió perfecto fue, una vez más, a él.

—Tiene razón respecto a los Maratti, y, aunque sabían a lo que jugaban, es una desgracia, pero, en cuanto al Duce, se equivoca, porque no todo salió perfecto. Lejos de eso. Aunque él no lo sepa aún. De hecho, la historia tiene cierta gracia y puede provocar un ridículo monumental. ¿Recuerda la exposición cuyos últimos retoques organizó su cuñado, el príncipe Felipe de Hesse?

—Por supuesto, él mismo nos lo explicó a usted, a la princesa Mafalda y a mí, a pocos metros de aquí, en el jardín de Villa Polissena. Le iban a regalar cinco obras maestras al Führer. A todos nos pareció una aberración, pero no lo comentamos en el momento. Felipe volvió muy contento del resultado.

—Lo sé. A sus ojos y a los de casi todos, la entrega fue perfecta y el agasajado quedó encantado. Es más, se enamoró perdidamente de uno de los cuadros.

—No me diga que solo se llevó uno. Es impropio de él.

—No, no, por supuesto que no —aclaró Orso—. Hitler se los llevó todos, pero, al parecer, una de las obras le robó el corazón. Tiene buen ojo, sobre el papel era la más valiosa de todas. Mis fuentes me indican que, por sí solo, el pequeño retrato de Colomba Corsini es más valioso que las otras cuatro obras que lo acompañaron a Alemania. Me dicen que el Führer ha colgado el cuadro en su salita privada en el Berghof, en Obersalzberg, en los Alpes bávaros.

—Conozco la zona.

—Pues aquí viene lo mejor. —El padre se acercó un poco a ella, pícaro—. Sorpréndase: es una copia, una burda falsificación.

—No es posible —dijo María José.

—Se lo aseguro. Una pareja de audaces jóvenes cambió la obra original por la falsa, que es la que Hitler observa a cada rato, orgulloso de tener un Botticelli. ¡La joya del Renacimiento que el hombre más poderoso de Europa cree tener fue pintada hace pocos meses! ¡Y la ve y admira a diario!

—¡No es posible! —exclamó ella, pasando del asombro al humor.

—Se lo aseguro —insistió él.

—¡No es posible! —repitió otra vez antes de aplaudir la anécdota y empezar a reír sin freno. El padre la cogió de la mano.

—¡¡¿Se lo imagina?!! ¡Hitler se ha llevado un burdo *souvenir,* una copia que trata como obra maestra y que todos sus jerarcas observan sesudamente admirando el trazo, comentando lo gran artista que era Botticelli!

—¡Un pintor de segunda dándoselas de experto! —lanzó con sorna la princesa.

—Y lo mejor... lo mejor es que un día averiguará la verdad... y Mussolini también. Y sea quien sea el que lo haga antes, la situación es hilarante por el ridículo. Si Hitler lo averigua antes, pensará que el Duce lo ha engañado y se lo hará saber, ultrajado como un amante al que se le descubre una aventura...

—¡Al revés es casi mejor! —replicó María José sin dejar de reír—. Que Mussolini descubra la verdad y que tema cada día la llamada desde Obersalzberg. Que, cuando vaya a la residencia de Hitler, vea el cuadro y piense que es falso y disimule. ¡Cielos, es como una comedia de los Hermanos Marx!

—Y piense en esto —dijo el padre tranquilizándose un poco—: los dos dictadores ocultan bajo su orgullo muchos complejos. Los

aplacan con la violencia y el miedo, que no son más que el último recurso de los necios, y temen que se rían de ellos porque sienten que sus debilidades están a la vista. Nada les duele más que el ridículo porque demuestra que no son perfectos, ¡que no son tan listos!, que, como al resto de los mortales, también se les escapan cosas y que, como a los demás, también se les puede engañar.

—Como no saben reírse de sí mismos, no comprenden que los demás lo hagan. ¡Esto es fantástico! Si en un tiempo es seguro para los que han ejecutado esta hazaña, debe difundirla si no se ha sabido ya. Permita que todos se rían tanto como he hecho y seguiré haciendo cada vez que lo recuerde. Padre, me ha alegrado el día. Téngame al corriente de esta situación y, si conoce a los genios que idearon esta maniobra tan sutil, tan fina e inteligente, dígales que la princesa heredera se lo agradece mucho, que no la olvidaré y que un día les recompensaré por ella.

El sacerdote sonrió. Sabía por Anetta Calderone que Flavia y Juan habían retomado una relación que jamás deberían haber dejado. Él había detectado aquella atracción, aquel vínculo indisoluble, desde el momento en el que ella le pidió que fuera a convencer al español para que la ayudara a recuperar el cuadro. Desde el momento en que Rezola se había mostrado tan dolido con ella como incapaz de negarle la ayuda. El padre Alberto Orso sabía bien que el amor acaba en indiferencia, no en odio, y aquellos jóvenes sentían rencor, pero ni una pizca de indiferencia.

Al fin y al cabo, Orso era experto en amores imposibles de olvidar a pesar de las decepciones y los silencios, de los desengaños y las preguntas, de la incomprensión, de la soledad, de la lucha entre cabeza y corazón, de lo que se ve y lo que se siente. De la fe y la razón. Era sacerdote y, precisamente por eso, conocía bien el amor.

Un cuadro había hecho que la pareja se reencontrara, pero solo ellos habían decidido permanecer juntos. Se habían reunido con una excusa y se habían abrazado con una certeza. Nada le gustaba más al sacerdote que comprobar que, en medio de tanto odio, siempre vencían los sentimientos positivos. La amistad, la lealtad, la generosidad o el amor.

—Les haré llegar su mensaje, alteza, pero debe estar tranquila, estoy seguro de que han encontrado recompensa suficiente a su acción.

76

CAMBIAR

1938, agosto, Misilmieri, Sicilia

Santo se había retirado a una parte de la finca de sus padres en la que de pequeño jugaba con su hermano. Era una especie de país secreto en el que solo estaban autorizados a entrar ellos dos. A nadie de la casa se le escapaba su localización, pero el espejismo de aquel sueño infantil se mantenía y se alimentaba, haciendo que los pequeños Testa amaran aún más el lugar.

Sin embargo, salvo las rocas y los pinos que lo rodeaban, todo había cambiado. Su hermano había muerto y él estaba más solo que nunca. Andrea Maratti había sido fusilado. Matteo estaba huido y desaparecido. A él se le buscaba como implicado en el atentado de Florencia, razón por la que no había lugar más seguro que la sombra de su padre y la Sociedad Honorable.

No había sido capaz de hablar con él aún. Se habían mirado a los ojos y se habían odiado mutuamente. Su padre, a él por arruinar el atentado a Mussolini. Él, a su padre por sacrificar la vida de sus compañeros de Justicia y Libertad. Por traicionarlos. Por traicionarse.

El ambiente era tenso y, mientras observaba el paisaje sentado sobre una roca, su cara se ensombreció al ver a Ludo acercarse. Habían llegado juntos y llevaban más de un mes en el *baglio* Testa:

Ludo, en el equipo de don Gonzaga; Santo, en el de su madre. Sin hablarse.

—Discutamos —le dijo sentándose en una roca frente a él.

—No —replicó Santo—. Eres la última persona con la que lo haría. Bueno, la penúltima.

—Discutir con quien estás de acuerdo no tiene interés. Ni mérito. Creo que no has reflexionado nada. La Sociedad Honorable mira por sus intereses, con el objetivo final de mantener su poder. Mussolini lo amenaza, razón por la que busca acabar con él. No hay más.

—Y traiciona a unos jóvenes idealistas que no le han hecho nada.

—Sí. Y a ancianos y a mujeres y a todo el que haga falta. La Sociedad solo es leal a los suyos. Por eso te quisimos salvar. Por eso en ningún momento pensamos en los demás. Me sorprende que te impresione. Al principio pensé que eras bastante tonto y que quizás te faltaran agallas, pero he descubierto que no eres ninguna de las dos cosas. Esto lo deberías entender. Pensabas disparar desde un piso a un coche en movimiento. Tú y tus cuatro compinches inexpertos. ¿En serio crees que no hubieras dado más que al Duce? Habríais matado a varios inocentes, seguro. Las balas rebotan, se pierden... y no sois profesionales. Si lo piensas, tú también habías aceptado los daños colaterales. Que no lo verbalices, que apartes ese pensamiento, no significa que no lo conozcas.

Santo calló.

—Naciste en medio de todo esto. No debería ser yo la que te lo explique. Nada de lo que ha pasado debería haberte sorprendido. Has vivido desde niño traiciones similares. Sabes que la Sociedad no se achanta, no se arruga, nunca vacila. La Sociedad actúa. Trabaja.

—Se puede trabajar de otra forma —se escuchó decir Santo de pronto.

—Hazlo. Tu padre es mayor y sabio, pero quizás tú puedas llevar las riendas de otra manera. Tienes los soldados, tienes los medios y tienes la posición. No te quedes sentado en esa roca. Habla con tu padre. Llévalo a tu terreno. Habrá más oportunidades de acabar con Mussolini. Planifícalas a tu manera. Hemos estado más cerca que nunca... y viene una guerra. Los enemigos del Duce se van a multiplicar... y podemos serles de gran ayuda, no cabe ninguna duda.

Le estaba haciendo pensar y, como la escuchaba, Ludo decidió empujar sus convicciones un poco más.

—No eres el primero que se enfrenta a algo así. Todos lo hacemos alguna vez en la vida. Puedes huir de lo que no te gusta o puedes cambiarlo para que te guste. Dices que todo es malo a tu alrededor. Sé bueno tú y hazlo mejor.

Santo se quedó en silencio. Ludo lo dejó que meditara. Lo miró a la cara mientras lo hacía y le pareció que había madurado y que los hechos de Florencia lo habían marcado de forma no del todo negativa. Sabía que Santo no era ni tan blando ni tan cándido como había pensado al conocerlo. No pretendía que perdonara a don Gonzaga, pero debía desengañarse respecto a sus métodos. La Sociedad Honorable era cruel y sangrienta, un monstruo nada venerable, pero con poder. Si quería, Santo era la persona destinada a moldearlo y darle la dirección adecuada.

Era exactamente lo que Santo pensaba. Si él iba a heredar la posición de su padre, lo cambiaría todo. Se abrió a Ludo. Empezaron a hablar y a discutir, sin echarse demasiado en cara, sabiendo dónde se encontraba cada uno. Vieron las horas pasar acercando posiciones. Sorprendiéndose con lo que sus visiones de la vida tenían en común. Escuchándose. No se había acabado de poner el sol sobre la isla cuando el joven se irguió y le lanzó una mirada.

—Hablaré con mi padre. Si vamos a luchar, tengo que estar más seguro de ganar.

—Te ayudaré —replicó Ludo, que llevaba ya un rato impresionada por el discernir de él—. Juego bien para mi equipo —aseguró sonriéndole, atraída por primera vez por el joven. No le sorprendió. ¿Acaso hay algo más atractivo que la inteligencia?

77

LA CALMA

Muchos kilómetros al norte de Florencia y aún más de Roma, en el golfo de Trieste, una barca de pescadores volvía al embarcadero de la pequeña casa pegada al mar. Las piernas de Flavia se balanceaban a los lados de la roda de proa, dejando que las puntas de sus pies se mojaran en el agua cristalina y fresca del Adriático. Giró la cabeza para mirar a Juan, que bebía de un botellín de cerveza con su perro, mojado, negro y divertido, a los pies. Él la sonrió como hacía al final del día, entre cansado y entonado por la bebida, tan tostado por el sol como ella.

Habían llegado la misma noche en la que Ranuccio recuperó el Botticelli y se lo había entregado a Juan en su casa, donde este había esperado nervioso a que el profesor volviera de la estación.

Bandinelli estaba orgulloso de su hazaña, pero no quería saber nada más del asunto. No estaba hecho para esas aventuras y las detestaba. Les pidió que se fueran lejos con el cuadro y que no volvieran a verse en una temporada. Juan sabía que, en un tiempo, el profesor desearía que retomaran el contacto y que, cuando la tormenta hubiera pasado, nada sería mejor que comentar su exitosa singladura juntos. Habían hecho bien en seguir su consejo, pues no tardaron en enterarse por Anetta de que el ático de la Via San Gallo había sido registrado pocas horas después de que ellos lo abandonaran. La explicación de Carlo Leone había llevado a un

registro completo del edificio, y el ático, con restos de pintura por todas partes, había sido el principal foco de una investigación que no había conducido a nada. No había ni rastro de ellos, ninguna pista que fuera a dar con el pintor que lo había ocupado. Nadie buscaba a Flavia. Muy pronto tampoco nadie buscaría a Juan.

También fue Anetta la que los informó de la muerte de Carlo, un hecho ante el que durante un tiempo Flavia no supo cómo reaccionar, cómo comportarse para que lo que tenía dentro, todo contradicciones, se manifestara de alguna manera. Encontró la forma en la división de Carlo en dos personas diferentes.

Una era su amigo de la infancia, el que se había dejado arrastrar por ella en sus travesuras, el que la había acompañado siempre sin más maldad que la de cualquier persona. Una que la había querido a su manera y con la que se casó porque no supo remar en contra de la corriente por la que llevaba navegando demasiados años. Por esa persona sintió pena.

Pero sintió más pena por la persona en la que su marido se había convertido con el paso de los años. Sus elecciones, una a una, lo habían llevado a aquel desenlace sin ayuda de nadie, por hacer de la mentira y la traición sus compañeros de viaje. Había decidido transitar por los lugares oscuros de los que su nacimiento lo había librado, y lo había hecho a conciencia. Le dio pena que nadie le fuera a echar de menos y que fuese mejor que nadie lo recordara, porque había demasiadas malas experiencias a su alrededor.

Su marido había intentado arreglar su vida a través de la mentira y, cuando esta ya no había funcionado, había intentado arruinar la vida de los demás. Era muy triste, pero olvidar a Carlo era la manera más piadosa de perdonarlo.

Juan le dio la distancia justa para que Flavia pasara aquel complejo duelo sin volver sobre cosas que ambos sabían, sin darle

su opinión sobre la persona que había intentado matarlo ni insistir en engaños que ella ya conocía. La dejó reflexionar sola, pero en su presencia, para que entendiera que, si la pena o la angustia sobrevenían, él sería el puerto seguro en el que amarrar.

El español había completado una vida que jamás había sentido incompleta hasta conocer a Flavia. Hacía un año le había costado aparcar el rencor y aceptar ir a Florencia para ayudarla en una misión que a todas luces era una locura, pero, cuando echaba la vista atrás, agradecía que el padre Orso hubiera sido tan convincente. Lo había apostado todo sin pensar que fuera demasiado, sin darse cuenta de que no arriesgarse era más peligroso aún, porque habría perdido la pieza final que lo hacía completamente feliz.

Se querían sin esperar nada a cambio, sin forzarse, sin dejar de hacer lo que a cada uno le gustaba, pero encontrándose constantemente para compartir las muchas cosas que ambos deseaban. Eran diferentes y, al aceptarse tal cual eran, habían descubierto que se parecían en lo importante. En lo que importaba.

Sin miedo, esperando sorpresas buenas y malas, afrontaban la vida juntos, decididos a luchar por que siguiera vivo lo que los unía y creciera muchos años más. Día a día. Mes a mes. Año a año. Deseando que cada uno compensara.

Su relación, que había resistido la tormenta, se fortalecía con cada día en calma.

Mientras descorchaba una botella de *chianti* y volvía a la pérgola de parra vieja, la miró, descalza, con el pelo recogido en un pañuelo, la camisa medio abierta y las piernas doradas a la vista, recostada en una tumbona de loneta, concentrada, leyendo con la cabeza de

Lapsus sobre los pies. Los perros siempre saben a quién acercarse, y su labrador negro le había cogido un cariño casi traicionero a Flavia, de la que no se separaba. Probablemente su familia creciera, pero, en la imagen que tenía frente a él, no faltaba nada. Una mujer que lo quería, un amigo fiel, un lugar agradable en el que vivir y, miró la etiqueta de la botella que sostenía..., una botella de buen vino para compartir.

—¿Es bueno? —le preguntó sobre el libro, sentándose en el sillón más cercano. Ella cerró un poco el tomo y le sonrió plácida.

—Mucho. Pero a ti no te va a gustar.

—¿Demasiado romántico?

—No para ti. Deja de hacerte el duro.

—Demasiado irreal entonces.

Cerró el libro y lo depositó sobre el velador. Luego se acercó a él y se sentó apoyando la cabeza en su hombro, mirando hacia el mar.

—No para ti —repitió.

Juan le acarició el pelo. Flavia tenía razón. Había pocas cosas más improbables, más excepcionales y únicas que su propia historia.

Mientras España se seguía desangrando con la guerra y el resto de Europa se empezaba a oscurecer bajo la misma amenaza, en secreto, casi sin atreverse a reconocérselo, en aquel rincón del Mediterráneo tan parecido al que los había unido, Flavia y Juan habían encontrado la paz.

EPÍLOGO

1938, invierno, Baviera

La nieve y el viento golpeaban los ventanales del Berghof provocando que la vista, habitualmente espléndida, desapareciera en medio de la agresividad de la tormenta alpina. No se veía ni un prado, ni un pueblo ni una montaña, tan solo la furia del clima contra el que la casa resistía altiva. Dentro, aunque el calor de la chimenea y del moderno sistema de calefacción mantenían la temperatura a raya, un grupo de hombres se miraba sin atisbo de confort.

La tormenta del exterior sería una minucia si decidían desatar la del interior.

Hacía dos días, a la llamada de Adolf Hitler, la residencia había recibido a Hans Posse, el director de la Galería de Pinturas de Dresde. Tras su viaje a Italia, la fascinación del Führer por la riqueza artística del país había crecido al mismo ritmo que la comparaba con la del Reich y se decepcionaba. Así, una vez más, el germen del descontento había catalizado en un proyecto megalómano: el Museo del Führer, en Linz.

Sería él, el Führer, el guía elegido para devolver a Alemania la gloria, el que se ocupara de que contara con el museo mayor, más rico y mejor. Uno que supliría de una vez por todas las carencias del

Reich en esa área. Uno que haría sombra al Louvre, al Prado y a los Museos Vaticanos.

Hans Posse, historiador y experto en el arte que el Führer admiraba, sería el encargado de proponer qué habría dentro de aquel edificio aún inexistente cuyo diseño estaba en manos de Albert Speer.

Por supuesto, nadie se preguntaba de dónde saldrían las obras, porque nadie dudaba de que Hitler pudiera hacerse con ellas. El Museo del Führer iba a ser la gran joya del Reich y uno de los juguetes predilectos del hombre que le daría nombre. Los planes, aunque aún preliminares, eran muy reales.

Pero había surgido un problema donde nadie lo esperaba. Hitler había recorrido la residencia mostrando a Posse la selección de arte de altísimo nivel que decoraba sus paredes, cuadro por cuadro. El Tiziano, el Böcklin, el Ziegler, los tapices gobelinos... y, cómo no, el Botticelli que recientemente le había sido regalado.

Todos habían impresionado al director, pero el Botticelli le resultó desde el primer momento extraordinario. Por la noche, antes de que el Führer volviera a su habitación, pidió verlo de nuevo y por la mañana otra vez más.

Hitler se enorgulleció. También a él le gustaba el cuadro.

Todo había ido bien hasta algunos días después, cuando Goebbels recibió en el mismo Berghof la llamada telefónica del académico.

Su piel palideció y sus ojos se llenaron de asombro al escuchar lo que Hans Posse le aseguraba. Sin ningún género de duda, sin margen de error, el cuadro de Botticelli no era más que una excelente copia. Una copia cuya autoría tenía clara. Había un falsificador especializado en el Renacimiento trabajando desde hacía años. Se trataba de uno de los mejores que la historia había conocido, y había conseguido vender sus cuadros a los principales

museos y colecciones haciéndolos pasar por obras de maestros renacentistas. En los mejores salones del mundo colgaban obras fruto del fraude, y el hombre más poderoso de Europa tampoco había escapado al engaño.

Un cuadro falso, regalado por el Duce, en la salita privada del Führer. A Goebbels no se le ocurría una combinación peor. Los demás no pudieron consolarlo porque todos estaban de acuerdo. El asunto era realmente grave.

Albert Speer, que tampoco era ajeno a los extremos cambios de humor de Hitler, se puso de lado.

Göring, amante del arte e incipiente coleccionista, respiró al no haber estado presente en la entrega del maldito retrato en Florencia.

Nadie sabía qué hacer. Todos temían. La verdad no podía traer nada bueno, pero, si se descubría con retraso, si el Führer averiguaba que todos sabían que admiraba una falsificación y que había hecho el ridículo, sería peor aún. Las relaciones entre dos ególatras como Mussolini y Hitler soportaban muy mal lo que entre individuos más ponderados hubiera resultado anecdótico.

Goebbels respiró hondo y se acercó a la puerta del Führer. Golpeó dos veces la puerta y esperó a ser autorizado para entrar.

Dentro, Adolf Hitler miraba atentamente a Colomba Corsini.

NOTA DE AUTOR

La visita de Hitler a Italia en 1938 fue un acontecimiento mayúsculo no solo para Italia sino para el mundo, pues vino a forjar una alianza cuyas consecuencias todos conocemos. De esos días, relevantes en tantos aspectos, me he valido para crear el marco en el que se mueve la acción de *El falsificador,* una novela, es decir, ficción, pero con elementos absolutamente reales.

El eminente profesor Ranuccio Bianchi Bandinelli fue, efectivamente, el guía de Hitler esos días. Reclutado por su experiencia y por su teórica adhesión al fascismo, la realidad es que el arqueólogo detestaba a ambos dictadores. De aquellos días queda su diario, en el que relata la visita. En el mismo, llega a afirmar poder cambiar el mundo y verbalizar la idea de subirse al coche en el que viajaba con los dictadores portando una bomba. Como de todos es sabido, la circunstancia no se produjo, por lo que en un reportaje sobre su figura se le llama «el hombre que no cambió el mundo». Los hechos que protagoniza en estas páginas son, por tanto, en gran medida fruto de mi imaginación.

La mafia italiana fue una firme opositora a Mussolini, pues socavaba su poder. La sanguinaria organización, capaz de las mayores crueldades y una lacra para muchos, colaboró de manera activa en el desembarco aliado en Italia durante la Segunda Guerra Mundial, ayudando en las labores de información y logística. Se sabe

que intentó atentar contra Mussolini pese a que los detalles de aquellas acciones, al fracasar, se han mantenido en secreto. En ningún caso he querido blanquear a esta organización terrorista, pues bien sabemos lo que nos duele a los españoles que se intente lo mismo con las de nuestro país.

Por otra parte, Justicia y Libertad fue el germen de organizaciones de partisanos más conocidas y activas.

La animadversión de las princesas y de la reina de Italia por Mussolini ha sido documentada en muchas ocasiones. A pesar de ello, el precio que la casa real tuvo que pagar por su tibieza con el régimen fue muy alto. Tras la Segunda Guerra Mundial y la abdicación del rey Víctor Manuel III, su hijo Humberto reinó tan solo treinta y tres días antes de que se instaurara la república y la familia real partiera al exilio. Lo hizo de manera incompleta. La princesa Mafalda había muerto un año antes en el campo de concentración de Buchenwald tras ser capturada en Italia por las tropas alemanas en el marco de la operación Abeba, ordenada por Hitler para apresar a la familia real.

En el mundo del arte se habla lo menos posible, pero desde hace muchos años, de un falsificador conocido como El Español. De él se conocen poquísimos detalles al margen de su nacionalidad. Se asume que muchos de sus cuadros cuelgan de los mejores museos del mundo y algunos expertos incluso se atreven a señalar algunos de ellos. La mayoría prefiere no tirar de la manta, pues se da por hecho que son muchos más de los que nadie imagina. A veces, es mejor no saberlo todo.

En el búnker de la cancillería, donde se supone que Hitler se suicidó, se encontraron los restos de algunas de sus obras de arte preferidas. También de los zapatos que su mujer había comprado en Ferragamo durante su visita a Roma.

Se sabe que, por lo menos, estos últimos eran auténticos.

AGRADECIMIENTOS

La publicación de esta novela, igual que la de las anteriores, se ha convertido en una de las fechas alegres del año, alrededor de la cual giran muchas emociones, por suerte, todas buenas. A pesar de llevar ya otras cinco fechas similares a mi espalda, me sigue pareciendo increíble haber sido bendecido con este inmenso regalo, al que aún no me he acostumbrado y que debo agradecer a muchas personas.

A los libreros. A todos los que os esforzáis en recomendar lo mejor para vuestros lectores y levantáis la persiana cada día, listos para que mi libro y muchos otros se vayan a distintos puntos de nuestra geografía. A Salvi, que me lo recordó y que sé que seguirá cerca aunque toque descansar un poco.

A mis lectores, tan fieles, tan amables y cercanos. Gracias por seguir ahí, leyendo y hablando sobre mis títulos, escribiendo reseñas, acompañándome en esta aventura que es vuestra también. A los numerosos clubes de lectura. Nunca podré agradeceros suficiente que sigáis contando conmigo y tratándome con tanto cariño.

A mi editorial, Espasa, un lugar de mucho talento, buen rollo y buena gente, con profesionales que jamás pierden la sonrisa y las ganas de ayudar a hacer de cada lanzamiento un éxito. A David Cebrián, que no sé de dónde saca tiempo para estar tan cerca; a Sergio García, siempre alegre y con el sí por delante; a Laura

Fernández, a la que muy injustamente trato a menudo de agenda y, además, le doy sustos; a Sara, Luisa, Fernanda, María, Nuria, Viviana, Mónica y Elena.

Al Grupo Planeta, del que todos nos sentimos muy orgullosos.

A Rosa Pérez, la editora que necesito. Sin ti, imposible. Gracias por poner cordura y experiencia a todo, aunque no me dejes ir a Rusia.

Al profesor Fernando Fernandez Lerma, por ayudarme una vez más con toda la documentación y descubrirme al increíble Bandinelli.

A mi cuñado Jorge Coll, de Colnaghi, por ayudarme a entender el universo del arte desde dentro.

A Allegra Pandolfini, por aceptar que su palazzo forme parte de estas páginas.

A mis padres, que siguen siendo ejemplo para mí en tantas cosas.

A mi hermano, por no aflojar de intensidad (no me creo que esté agradeciéndoselo, qué miedo).

A mis primos, especialmente al equipo Sanan NG, que se ha convertido rápidamente en experto en bombas de agua, tejados que gotean, picudos de palmera y parcheado de instalaciones seculares. Creo que Beo y Bea se lo están pasando muy bien viéndonos lidiar con tantos frentes (y con éxito) y están encantados de que las paredes viejas de siempre sigan uniéndonos tanto.

A Gamst, por su tenacidad. A José, por cubrirme en Montaz Media cuando no puedo estar en todo, comprender mis despistes y tener tiempo junto con Paloma y mi madre de leer las primeras versiones del manuscrito.

A mis amigos. Tantos y tan buenos. Gracias por estar siempre dispuestos a ayudar y por ilusionaros tanto con esto como yo, por hacer de mis libros vuestro regalo recurrente y tenerlos en lugar

preferente en vuestras librerías. Chiqui, Ramón, Fer, Hugo, Bore, Nacho, Jaime, Juanma y todo el equipo Mas Cerquita. A los de Formentera, grupo imbatible y espero irreductible año tras año, que leen para recuperarse. A Santi Viciano, tan buen amigo como abogado, degustador de Tofu y apoyo legal insustituible. A Susana Da Silva por su apoyo desde el Valle del Tiétar. A las Oliver, que son pura energía. A Isa Hidalgo y Esther Asín. A la Junta. Gracias a todos los de Barcelona, con los que no pasa el tiempo. A Roxana, que me ve teclear sin descanso. A todos los que me dejo, que son muchos, porque tengo la enorme suerte de tener mucha y muy buena gente cerca.

Y a Dios, por tantas bendiciones.

El falsificador
Rafael Tarradas Bultó

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Rafael Tarradas Bultó, 2026

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Agustín Escudero Pérez

© De las imágenes de las guardas:
Iconografía DAU / Grupo Planeta
Florencia desde los Jardines Boboli, obra de Lancelot Théodore Turpin de Crissé, Colección Particular. Firenze. Vue prise des jardins Boboli. R. F. 2598. Paris, Musée du Louvre. Foto: © Akg-Images / Album.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2026

ISBN: 978-84-670-8301-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta